3 1761 09373058 8

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

A la distinguida seño
ta Dª Cármen Laparte
y Catalina

Recuerdo afectuoso de
La autora

NARRACIONES DEL HOGAR.

114

OBRAS DE MARIA DEL PILAR SINUÉS

que se hallan de venta en las principales librerías, y en casa de la autora, Vergara, 1, 2.º izquierda. Madrid.

	Ptas. cénts.
Una herencia trágica.—Un tomo.....	4
El Angel del hogar.—Dos tomos.....	6
El alma enferma.—Dos tomos.....	7
Un libro para las jóvenes.—Un tomo.....	3'50
Combates de la vida.—Un tomo.....	2'50
Verdades dulces y amargas.—Un tomo...	3'50
La Dama elegante.—Un tomo.....	4

DE TEXTO.

A la luz de una lámpara.....	1
La Ley de Dios.—Un tomo.....	1'50

OBRAS EN PREPARACION.

La Vida real, alegrías y tristezas de una familia (nueva).—Un tomo.
Morir sola (nueva).—Un tomo.
El abismo (nueva).—Un tomo.
Hija, esposa y madre.—Dos tomos.
Un libro para las madres.—Un tomo.

LS
56184n

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

NARRACIONES DEL HOGAR.

PRIMERA SÉRIE.

EL LAZO DE FLORES.—LA RAMA DE SÁNDALO.

MADRID:
Imprenta de la Viuda é Hijos de J. A. García,
Campomanes, núm. 6.
1883.

EL LAZO DE FLORES.

La paciencia es un árbol de raíces muy amargas, pero cuyos frutos son dulcísimos.

(Proverbio persa.)

21201

EL LAZO DE FLORES.

I

Una familia bien unida.

La señora Baltasara Gil era una honrada viuda, de edad de cuarenta y ocho años, que vivia en compañía de su padre, el señor Pedro, y de sus dos hijas, Florencia y Trinidad.

Estas dos niñas se llevaban dos años: Florencia cumplia diez y nueve dos dias antes de hacer Trinidad los diez y siete, y ambas se amaban tanto, que eran el modelo de las hermanas y la envidia de las madres cuyas hijas no vivian en buena armonía.

Sin embargo, las jóvenes no se parecian absolutamente nada, ni en carácter, ni en figura; Florencia era como su madre, alta, gruesa, y bastante fea: sus cabellos, negros y encrespados, eran abundantes, pero ásperos como la crin de un caballo: tenia la nariz muy corta, la boca muy grande, los ojos pequeños, la frente estrecha, las manos y los piés enormes;

y á no ser por su aseo y por su aire de bondad, nadie hubiera mirado á la pobre muchacha.

Por un triste capricho de la naturaleza, sus pequeños y hundidos ojos eran azules, lo que hacia el más feo contraste con su tez gruesa, encendida, y tan morena que parecia negra.

Trinidad era de talla mediana y esbelta: sus cabellos, de un castaño claro, eran suaves, brillantes y con hermosos reflejos dorados: tenia los ojos pardos, rasgados y guarnecidos de largas pestañas rizadas: su boca, roja y fresca, se asemejaba á la entreabierta flor del granado: su nariz delicada y su linda frente eran encantadoras; y su talle, sus manos y sus piés, tenian una rara perfeccion.

Florencia—como ya he dicho—se parecia á su madre: Trinidad era el retrato de su padre, difunto ya hacia trece años, pero de cuya gallardía se acordaban aún todos sus amigos al ver á su hija menor.

La señora Baltasara era una mujerona fornida, alta, y con una voz muy gruesa: su cara, del todo igual á la de Florencia, respiraba bondad; comia mucho, trabajaba más, y no bebia mas que agua.

Siempre estaba cantando ó riendo: nadie la habia visto triste más que el dia de la muerte de su esposo Matías Carmona, hombre de bien á carta cabal, y á quien ella habia dominado siempre, si bien con yugo muy dulce y alegre.

Baltasara amaba en extremo á sus hijas, aunque no pasaba media hora sin que las regañase; pero daba cuatro gritos, y en seguida se quedaba tan contenta.

Para quien Baltasara guardaba todos sus cariños y ternezas era para el señor Pedro, su padre, hombre de unos setenta años, alto, flaco, sério, y lo más avaro del mundo.

El tio Pedro adoraba á sus nietas, sobre todo á Trinidad: y aunque á imitacion de su hija, las reñia á menudo, las alababa sobre manera cuando ellas no estaban delante.

Ya es tiempo de que diga á mis lectores que esta honrada familia vivia en Torres de Berrellen, pueblo muy pequeño del reino de Aragon, en el cual el señor Pedro ejercia hacia sesenta años el honrado oficio de tejedor, y cultivaba además algunas tierrecillas; es decir, cuidaba de lo que hacian dos peones, pobres padres de familia, á quienes ocupaba una parte del año por un módico jornal.

Este jornal, sin embargo, era mayor que el que se da generalmente en las aldeas, pues llegaba á cinco reales, y á veces á veintitres *cuadernas* (1).

Los dos pedazos de tierra, que daban pan y aceite al tio Pedro, á su hija y á sus nietas para todo el año, eran propiedad de Florencia y Tri-

(1) En Aragon piezas de dos cuartos.

nidad, para quienes las habia comprado su padre, y éste habia dejado encargado á su esposa que las administrase hasta que las niñas tomasen estado.

En cuanto al tio Pedro, jamás habia tenido otros bienes conocidos que su oficio de tejedor y una pequeña viña; cuando casó Baltasara con Matías Carmona, su padre le dió un vestido de alepin negro, otro de indiana de ramos, una arroba de lino para hilar, y doce duros; además cedió á los novios un cuarto en su casita, y les dijo:

—Hijos, trabajad: sed buenos cristianos: haced cuanto bien podais, y Dios os ayudará.

Baltasara y Matías siguieron los consejos de su padre, y pronto pudieron comprar las tierrecitas que luego debian formar la dote de sus hijas; la una era un tablar de siembra; la otra un olivar.

Algunas veces le decia Matías á su suegro:

—Padre, busque Vd. un oficial para el taller, que Vd. se cansa ya demasiado en tejer para todo el pueblo.

Pero el anciano contestaba siempre:

—Anda, hijo mio: lo que se habia de comer el oficial, quiero que os la comais tu mujer y tú...

El tio Pedro debia ganar bastante dinero, porque su telar no estaba jamás quieto: todo el pueblo le queria por su honradez y caridad: á pesar de lo avaro que era para sí mismo y para

su familia, cuando alguna pobre madre le llevaba hilo para hacer un par de sábanas, el tio Pedro se lo tejia de balde: otras veces, si la que le llevaba la obra contaba con algunos haberes, le decia:

—Págueme Vd. con alguna cosa que tenga de sobra en su casa.

Así el tio Pedro recogia muchas arrobas de patatas, bastantes piezas de cerdo, y algunos taleguillos de alubias al año.

Pocas personas le pagaban en dinero, porque ya se sabe que en los pueblos anda escasa la moneda; pero reuniendo de aquí y de allá, y vendiendo lo que le sobraba de lo que le llevaban, despues de separar para el gasto de la casa, el tio Pedro debió juntar algunos ahorrillos, porque se decidió al fin á comprar una viña para tener vino para él y su yerno, y uvas para Baltasara y las niñas, como él decia.

Ya no se le conocieron más despilfarros; pero él seguia ganando lo mismo, y las muchachas le veian abrir todos los sábados por la noche un arcon muy grande que tenia en su cuarto, y meter allí un envoltorio más ó ménos voluminoso.

Cuando murió Matías, le hizo un entierro decente: despues de irse las gentes que le habian estado acompañando, el tio Pedro se acercó á Baltasara, que lloraba á lágrima viva, abrazada de sus dos niñas:

—Vamos, hija, le dijo, no llores: aún te queda tu padre, que lo será tambien de estas dos criaturas; vivireis conmigo, cuidareis al pobre abuelo, y nada os faltará; pero si vuelves á casarte, como podria suceder, porque eres jóven...

—¡Yo casarme! exclamó Baltasara con una generosa indignacion. Padre, no es una mujer del todo honrada la que, habiéndole Dios quitado la primera compañía, busca otra.

—Hija, hoy piensas así; pero dentro de un año, de dos ó de tres, no sabemos lo que será: en fin, digo, que si te vuelves á casar, me quedaré yo con tus hijas y cuidaré de su colocacion, y tú te irás á tu casa con tu marido: pero hasta entonces, basta de llorar. ¡Alegre todo el mundo, voto á brios! que el *difunto* tiene una gloria bien hermosa, y no le han de volver á esta tierra de penas vuestros *lloriqueos*.

Baltasara cesó de llorar por no disgustar á su padre, á quien respetaba mucho, y poco á poco volvió á ocuparse de las faenas y del gobierno de la casa.

Cuando el tio Pedro la oyó regañar á las muchachas, y llamarlas *chandras* (1) y *picoteras* (2) dijo para sus adentros, con no poca alegría:

—Ea, ya se pasó la pena grande.

(1) Malas trabajadoras ó desaplicadas.
(2) Habladoras.

En efecto: Baltasara fué consolándose, sin olvidar á su difunto: guardó toda su ropa bien acepillada entre espliego y membrillos, y encendió una cerilla todos los domingos delante de un altarito que habia en un rincon de la cocina, coronado por un cuadro que representaba á las ánimas del purgatorio pidiendo á Jesús que las llevase al cielo: aquella candela era por el descanso del alma de su esposo.

Todos los domingos, despues de almozar, el tio Pedro deshacia las primeras vueltas de su faja de seda morada, sacaba de la punta una bolsa de cuero, y tomaba una peseta en plata, que daba á Baltasara, diciéndole:

—Toma, hija, por si te se ocurre algo.

Luego tomaba ocho cuartos, y daba cuatro á cada nieta, añadiendo:

—Tomad, vosotras, picaronas: para comprar tortas al tio *Cazaña*.

—Pero padre, decia Baltasara, ¿para qué quieren las chicas los cuartos?

—¿Han de ver el cesto de tortas sin probarlas?

—El tio Cazaña les caza los cuartos que es un primor.

—¡Bah! hija, ¿qué ha de hacer si es tan viejo? ya no puede trabajar.

—Pero padre, Vd. mima mucho á estas chicas.

—*¡Pobrecicas!* decia el tio Pedro, dando un

beso en la frente á Florencia y dos en la de Trinidad.

En seguida salia para ir á misa mayor.

Baltasara empleaba una peseta cada quince dias en decir una misa *á su difunto:* las que le quedaban cada mes las iba poniendo en una alcancía, y este era todo su caudal y todo el dinero que manejaba: cuando le hacian falta huevos, porque sus gallinas no ponian, los tomaba de una vecina á cambio de patatas ó de trigo: cuando queria morcillas, daba ella huevos ó leche de sus cabras.

Pasaron años, y Baltasara no se casó: y no porque le faltasen pretendientes; pues su aseo, su carácter alegre y agasajador, y sobre todo, su bondad y bellas prendas, hacian suspirar á muchos viudos jóvenes y ventajosamente acomodados; pero Baltasara respondia siempre que, pues Dios le habia quitado una compañía tan buena, no queria conocer otra.

II

La casa de la parra.

El pueblo de Torres constaba de dos calles solamente: una bastante larga y otra más corta; esta, colocada á un costado de la anterior, formaba con su compañera una especie de siete ó de martillo; no tenia más que tres casitas muy pequeñas, y estaba terminada por la iglesia, reducida pero limpia, y esmeradamente cuidada.

Las dos calles eran muy angostas; y como sus tapias no estaban bien unidas y se habian ido formando por haber edificado los vecinos casa aquí y casa allá, habia entre vivienda y vivienda sendos portillos y claros, por los cuales se divisaban los verdes campos, y no era extraño que alguna higuera, que habia crecido en extremo, adelantase una de sus guías ó ramas hasta el tejado de alguna habitacion.

La casa del tio Pedro, situada al fin de la *calle larga*, como la llamaban los buenos habitantes de Torres, estaba ya rodeada de verdor: separada de sus dos vecinas por un espacio de diez piés por un lado y de diez y seis por otro,

se extendia á su espalda una de las dos fincas que los ahorros y trabajos del buen Matías Carmona habian comprado para sus hijas, y que era un hermoso tablar de tierra blanca para siembra.

Aquel tablar representaba el dote de Trinidad: y el tio Pedro, que extendia su pasion por su nieta á todo aquello que le pertenecia, pasaba muchos ratos mirando la hacienda de la muchacha, imaginando mejoras para ella, y recreándose con la lozanía de sus frutos.

El olivar de Florencia valía más que la tierra de su hermana: su padre, al verla tan poco favorecida por la naturaleza, habia encargado expresamente que se la dotase con aquella finca, situada á la salida de la aldea.

La casa del tio Pedro no tenia más que un solo piso alto, coronado por un tejadillo: el taller estaba en el patio, y en un cuartito á la espalda se guardaba el hilo de los parroquianos, las telas concluidas y los útiles del oficio.

El tio Pedro habia consentido por fin, y solo obligado por los años, en tomar un ayudante para las faenas del telar: era un muchacho de unos veinte años, bueno, trabajador, y que tenia por nombre Andrés.

Era hijo de una viuda *rica*, puesto que *cogia para todo el año* trigo, aceite, vino y legumbres: mataba además por Navidad dos cerdos y un ternero; por consiguiente llena-

ba la despensa de tocino, morcillas y longanizas.

Andrés entendia bastante la labranza: él vigilaba á los peones, les ayudaba desde la edad de quince años, en que perdió á su padre; pero un dia dijo á su madre que queria aprender el oficio de tejedor, y ésta, que le adoraba, no halló inconveniente en que supiese ganar dinero con otra industria además de la labranza, pues el tio Pedro era ya viejo, y no habia en el pueblo más tejedor que él.

Entró, pues, Andrés á aprender el oficio; pero el tio Pedro no quiso comprar otro telar para él.

—Harás *canillas*, le dijo: volverás la obra concluida á los parroquianos, urdirás el hilo, y trabajarás en la labor cuando yo descanse, que mientras yo viva no ha de haber más telar en el pueblo que el mio: cuando yo me muera, lo heredarás tú, saliendo las cosas como yo deseo.

El tio Pedro hablaba así, porque era muy malicioso y habia conocido que no era precisamente el deseo de aprender el oficio lo que llevaba á Andrés á su casa, sino la fresca y sonrosada carita de su nieta Trinidad: lo cual le puso muy contento, porque, como ya he dicho, Andrés tenia una de las haciendas más granaditas del pueblo, y además queria aprender su oficio.

Ni con una candelilla, pues, podia haber buscado el tio Pedro otro marido más á su gusto

para su *ojico derecho,* como él llamaba continuamente á Trinidad.

Lo que no quiso consentir como hombre honrado y prudente, fué que Andrés durmiese en su casa, y así que daban las nueve en verano y las ocho en invierno, le enviaba á la suya.

—Vete, hijo, vete, le decia: debes ahora hacer un ratico de compañía á tu madre.

Pero, tio Pedro, contestaba Andrés haciendo el remolon, si está acompañada con las vecinas!

—Eso no te quita á tí la obligacion de acompañarla tambien.

—¡Si me voy á la cama en cuanto llego! ¡Porque ellas hablan de gallinas, y de si es mejor ó peor el lino, y de si el cerdo engorda más con bellota que con salvado, y de cosas que no entiendo!

—Duerme, pues, para madrugar mañana.

—¿Pero qué estorbo hago aquí?

—¡Eh! ¡basta de hablar! ¡oiga! ¡lárgate al momento á tu casa, ó no vuelvas á pisar la mia!

El mozo se levantaba cabizbajo: echaba á Trinidad una mirada lacrimosa, y luego decia muy humildemente:

—¡Muy buenas noches tengan ustedes!

—¡Vete con Dios! contestaba el viejo, mirándole con ojos satisfechos.

—¡Hasta mañana, si Dios quiere!

—Hasta mañana, hijo, repetia la buena Baltasara.

—Adios, Andresillo, decia Florencia alumbrándole.

—¡Adios! repetia Trinidad, saliendo como que iba á acompañar á su hermana.

A la mañana siguiente, y al rayar el alba, bajaba el tio Pedro al telar, y ya encontraba haciendo canillas al sumiso Andrés.

Pero volvamos al repartimiento de la casa, que será breve por lo reducido de sus dimensiones.

Al lado del cuartito donde se guardaba la obra concluida, estaba la cocina, pequeña pero alegre, por tener una ventanita que daba al campo de Trinidad.

Habia en ella mucho vidriado y muy limpio, colocado en los vasares, blanqueados y guarnecidos de papel picado; en la *cantarera* (1) se veian dos grandes cántaros limpios y encarnados, en los cuales traia agua de la fuente la robusta y aseada Florencia. Junto á estos dos cántaros habia dos botijos, y todo estaba cubierto con un paño de lino, blanco como la nieve, y que, por ser corto dejaba al descubierto por abajo la mitad de las vasijas, cuya circunstancia aprovechaban las muy coquetas para lucir su frescura y limpieza. A los lados del fogon estaban colocados los dos grandes bancos, inseparables de todas las cocinas de aldea en Aragon.

(1) Especie de banco de ladrillo que hay en las cocinas de las aldeas para colocar los cántaros y los botijos.

Una mesa para comer y algunas sillas, acababan de componer el ajuar de la cocina.

En el piso alto habia dos salitas; la que hacia frente á la estrecha y terrosa escalera, estaba ocupada por el tio Pedro: su mueblaje consistia en seis sillas de pino pintadas de color de chocolate, una mesita de la misma clase, y algunos cuadros que representaban á la Vírgen, á Jesus y á San Pedro, en estampas groseramente iluminadas. Sobre la mesa habia una urna con un Crucifijo y á los lados dos candeleritos de plomo, limpios como la plata.

En la alcoba, que era espaciosa y estaba cerrada con cortinas de indiana oscura y anticuada, lucía una excelente cama sus tres colchones, gruesos y bien rellenos, de tela de estopa de cuadros azules y blancos: los piés de los banquillos de pino, pintados de verde, estaban ocultos con un ancho ruedacama de indiana, como las cortinas, y guarnecido con un fleco blanco de algodon.

Sobre los colchones enrollados, se veian dobladas con aseo dos limpias sábanas de lino, dos excelentes mantas de pelo largo, y dos almohadas pequeñas con guarniciones festoneadas con algodon grueso, y con puntadas desiguales.

A la cabecera de la cama habia una imágen de la Vírgen, y á los piés, la famosa arca de nogal negro, donde Florencia y Trinidad veian

cada sábado guardar á su abuelo un envoltorio más ó ménos voluminoso.

La llave del arcon estaba siempre en el bolsillo del tio Pedro, quien para todo lo demás, era bastante confiado.

Esta salita tenia una ventana pequeña que daba á la calle, cerrada por una vidriera compuesta de pedazos de cristal unidos con plomos, pero limpios y cubiertos por una cortina de percal blanco.

Inmediata á aquella salita, habia otra mayor, habitada por Baltasara y sus dos hijas.

La viuda ocupaba majestuosamente su cama matrimonial, colocada en un ángulo del cuarto, alta por lo rollizo de sus dos colchones, y lo relleno de su enorme *pajero* (1) y cubierta siempre por una colcha de indiana azul, excepto los dias festivos, que se la engalanaba con una de fondo blanco y ramos de rosas, con follaje verde trigo.

—Los lechos de las dos jóvenes ocupaban la alcoba: ambos elevados y cuidadosamente mullidos, revelaban la excelencia de las piezas que entraban en su confeccion.

Extrañando Florencia y Trinidad, cuando empezaron á tener uso de razon, que su madre durmiera en la sala por haberles cedido á ellas la alcoba, le preguntaron un dia:

---

(1) Jergon.

—Madre, ¿por qué no duerme Vd. en la alcoba?

—¡Oiga! ¿y á Vd. que le importa, señora picotera? repuso dirigiéndose á Florencia, que era la que se habia atrevido á hacer la pregunta.

—A mí, nada, madre; solo que como va á venir el frio... nosotras creiamos que estaria Vd. mejor adentro.

—Pues sepan Vds. que estoy mejor afuera: ¿estamos? y cuidadito con las preguntas, que ya se sabe que no me gustan: ea, á trabajar.

—Mujer, tienen razon, dijo el tio Pedro luego que las niñas hubieron salido con la cabeza baja: mejor estarias tú en la alcoba.

—¿Pero no vé Vd., padre, que pasarian frio las hijas de mi alma? exclamó Baltasara: vaya, mientras tengan á su madre han de estar cuidadas como reinas.

—¡Tú, con todo tu geniazo, eres lo más madrona! ¡A bien que las chicas ya te conocen, y te temen tanto, á pesar de tus gritos, como las gallinas al trigo!

El tio Pedro decia la verdad: las muchachas hacian lo que querian de su madre, que las amaba más que á las niñas de sus ojos, á pesar de sus regaños y de alguno que otro torniscon, con que acostumbraba á sellar sus correcciones.

Además del gran lecho de Baltasara, habia en su cuarto cuatro sillas grandes de pino ver-

de, un excelente armario blanco como la cera, una mesa con un espejito, y debajo de este una caja de madera con peines y horquillas.

Frente del armario, un arcon grande de madera blanca, encerraba la ropa de Baltasara y de su difunto, y otro igual la de las jóvenes.

En la alcoba habia, además de los lechos de las muchachas, un hermoso Crucifijo, otro gran armario oscuro que contenia la ropa blanca de cama y mesa, y una pililla de agua bendita, fija en la pared, y coronada por una imágen de Nuestra Señora de los Dolores.

La ventana que daba luz á este aposento, era del todo igual á la que alumbraba el del tio Pedro; pero atestiguaban estar ocupado por mujeres, dos hermosas macetas de sándalo y yerba-buena, plantadas por Baltasara los dias en que nacieron sus hijas.

Aquella señal graciosa y poética, estaba colocada allí por carecer la casa de huerto: y aunque las raices principales de las dos plantas se habian secado, las existentes, pertenecientes ya á una décima generacion de raices, estaban lozanas y habian brotado multitud de ramas copudas y lustrosas.

Sobre estas dos habitaciones se extendia un hermoso granero que servia de despensa.

El tio Pedro no dejaba jamás el traje que habian usado su padre y su abuelo: reducíase á un calzon de paño negro, vasto para los dias

de trabajo y más fino para los festivos; chaqueta y chaleco de igual clase, medias de lana negras, zapato de cordoban con un lacito, y un gorro de seda negro, que cubria su gran calva, y dejaba escapar algunos mechones de cabellos blancos, que, con la camisa, era lo único que animaba su severo traje.

Para el taller se ponia sobre su vestido negro un gran mandil de lino blanco, que le cubria el pecho, cayendo despues, como una gran falda, hasta sus delgadas canillas.

La casa del tio Pedro parecia un nido rodeado de verdura; estaba muy blanca, porque cada año se la engalanaba con un vestido de cal nueva: junto á la puerta habia plantada una gran parra, que la festonaba como una corona de verdor, y subiendo hasta las ventanas, la hermoseaba durante el estío con sus flexibles pámpanos y con sus dorados racimos.

Todos los viajeros que pasaban por aquella pobre aldea quedaban extasiados ante *la casa de la parra:* con este nombre designaban la humilde y alegre vivienda del anciano tejedor y de su familia.

A la izquierda de esta limpia casita, se elevaba otra, muy parecida á ella, que constaba tambien de un solo piso, alumbrado por dos ventanas; pero á su espalda, y aprovechando un pedazo de zanja ó ribazo, que separaba de las tapias el tablar de Trinidad, habian for-

mado un gracioso jardincillo, cerrado con cañas secas, y que contenia algunas flores.

Esta casita, separada solo de la del tejedor por uno de aquellos huecos ó portillos de que ya hablé, y que permitian ver la lejana vegetacion de la campiña, estaba ocupada por una señora á quien solo se la conocia en el pueblo por el nombre de doña Agueda, ó de la *señora*, dictado respetuoso que ella merecia con justicia, por sus nobles y excelentes cualidades.

III

La madre.

Era un domingo.

Acababan de dar las ocho de la mañana, y el sol de Octubre penetraba en la habitacion de Baltasara y de sus dos hijas, y calentaba con sus alegres rayos á un enorme gato negro y blanco, que se recostaba entre las macetas de la ventana.

La viuda hacia su tocado para ir á misa mayor, y en tanto que su hija Trinidad mullia la cama, Florencia daba á su madre la ropa que debia ponerse, y que sacaba del gran arcon blanco, lavado y lustroso como un espejo.

Florencia era la favorita de Baltasara, y justamente por eso, era por lo que la regañaba más.

De pié la viuda delante de su mesa acababa de ponerse su airosa basquiña de alepin negro, que dejaba ver sus medias blancas de hilo fino, y sus zapatos de cordoban de escote bajo, guarnecido de un rizado de cinta.

Baltasara y sus hijas no eran bastante ricas para calzar raso los dias festivos.

En el momento en que la presento á mis lectores, abrochaba los corchetes de su jubon, tambien de alepin negro, sobre su robusto pecho.

—Madre, dijo Florencia, arrodillándose y estirando por detrás el corpiño de la viuda: lleva Vd. una arruga en la espalda.

—¡Dale con las arrugas! contestó ásperamente Baltasara, mientras brillaba en sus ojos un rayo de ternura.

—Pues es claro, repuso Florencia estirando más fuerte: ¿no es una lástima que con ese cuerpo vaya Vd. mal vestida? ¡Caramba, qué talle!

Y la jóven miraba con delicia el talle gallardo y redondo, aunque un poco grueso, de la viuda.

Trinidad asomó su bella cabeza por entre las cortinas de la alcoba, y descubriéndola su hermana, le mostró á su madre con un movimiento de orgullo.

—¡Ay, madre, qué guapa está Vd. hoy! dijo á su vez la jóven.

—¡Eh! ¡Zalameras! ¿Me dejareis en paz? ¿Acabarás de fastidiarme, Florencia? ¡Mira que vas á llevar un mojicon! ¿Están las camas hechas, Trinidad? porque si no, allá voy y te avivaré.

Florencia siguió estirando el corpiño: su hermana no se movió.

Baltasara se volvió y descargó su gruesa y morena mano sobre la espalda de Florencia, ahuecándola por supuesto, para hacer mucho ruido y poco daño.

Sin embargo, la jóven se levantó como si la hubieran movido con un resorte, y permaneció á dos pasos, confusa y apesarada.

Trinidad se volvió á paso largo á hacer sus camas, escarmentando en espalda ajena.

—¿Almorzó el abuelo? preguntó la viuda con enfado, mientras se ponia un pañuelo de seda anaranjado al cuello.

—Sí señora, madre, contestó Florencia humildemente.

—¿Y vosotras?

—Luego que Vd. se vaya á misa lo haremos.

—¡Cómo se entiende, picaronas! ¿Sin almorzar á las ocho? ¡Si cojo un palo, habeis de ver!

—Pero madre, ¿que más dá? No teniamos gana, dijo desde la alcoba un voz dulce.

—¿Aún duran las camas? ¡Ahora voy yo allá!...

—¡Ya están hechas, madre! repuso Trinidad, cubriendo apresuradamente su lecho, que aún no habia tocado, para que su madre no le viese sin hacer.

—¡Pues ahora á almozar! ¡Ligeras, que

cuando vuelva os he de palpar la barriga, y si la encuentro vacía, os mato!

—Bien, madre.

Y cuidado con contentarse con las sopas solo: os asareis una morcilla cada una.

—¡Si no tenemos apetito!...

—¿No? ¡Pues yo os lo abriré!

Y la viuda levantó su mano sobre la espalda de Trinidad, que se apartó dos pasos, diciendo:

—¡Bien, madre, comeremos morcilla!

Y si no, huevos, que allí hay un cesto lleno, repuso la viuda al tiempo de ponerse su mantilla de franela que caia en grandes pliegues sobre su espalda. Y que halle yo la casa como un oro al volver: ¿estamos?

—Sí señora.

—Y los cerdos comidos.

—Bien.

—Y la comida para las doce en punto.

—Descuide Vd.

—¡Porque como hagais esperar al abuelo, os mato!

—No esperará.

—Y si viene Andrés, cuidadito.

—No pasará de la puerta.

—¡Sin estar el abuelo ni estar yo! ¡No faltaba más! ¡Os mato si lo llego á saber!

Y la viuda, despues de emplear su estribillo favorito, *os mato*, añadió abriendo de nuevo su arcon, que ya habia cerrado Florencia:

—Vaya, tomad, hijas: este collar de corales me lo ha dado Doña Agueda para tí, Florencia, á condicion de que le hagas una docena de pares de medias: y este pañuelo de merino, con ramos, te lo he comprado, Trinidad, con el dinerito que me da tu abuelo cada domingo.

—¡Ah, qué hermoso collar!

—¡Qué bonito pañuelo!

Y las dos jóvenes se colgaron al cuello de su madre.

—¡Vaya, vaya, fuera de aquí, malas chandras gritó Baltasara; y luego añadió con enfado:

—Mas tonta soy yo de mirar tanto por vosotras.

—¿Por qué madrecita?

—¡Para lo que lo mereceis! La una con sus cortejamientos con el viudo, me tiene tan harta, como la otra con sus amoríos con Andrés.

—¡Pero madre, dijo Florencia con timidez, Jacobo es trabajador y honrado!

—Nadie lo niega eso; pero tiene un geniazo como un demonio, y además cuenta por toda fortuna con un jornal.

—¿Y qué culpa tiene él de ser pobre?

—¿Y la añadidura de su hijo? ¡Que muchachon de trece años, sin más que hacer que andar descalzo de pié y pierna, robando fruta y apedreando á los perros!

—¡El pobre no tiene madre!

—Su padre la mató á golpe limpio.

—Seria mala.

—Era honrada, y mucho; y tan buena, que ya pecaba de tonta, de puro humilde: con que hija, tú te casarás si te acomoda, que tu padre el dia antes de morir me dijo: «Mira mujer, lo que más te encargo es que dejes casar á las niñas á su gusto.» ¡Y yo tengo clavadas todas sus palabras en mi corazon!

Aquí Baltasara echó á llorar á lágrima viva, y sus hijas la imitaron.

—¿Quereis callar? dijo al cabo de un rato: ¡Si no, os haré llorar de veras con un buen *lapo* (1) á cada una! Pues, como iba diciendo, hija, tú te casarás con Jacobo si te da la gana: ¡pero golpes no te faltarán, y el pan no te ha de sobrar!

—¿Quién sabe, madre?

—Y ten entendido que pan podré darte, cuando ménos el mio; pero los golpes no te los podré quitar de encima, que en los matrimonios nadie debe meterse.

—Es verdad, madre.

—Y mira, hija, aunque yo te dé algun cachete, sentiré que se me rompe el corazon si te pega otro que no sea yo: ¡que no pare una sus hijas con dolores, para que un tuno de marido venga luego á golpearlas!

—Madre, ya haré yo porque no me pegue.

(1) Golpe.

—Y tú ten entendido, añadió la viuda, enjugando sus ojos y volviéndose á Trinidad, que te rompo una costilla como me andes jugando al escondite con Andrés.

—¡Pero madre, si no le veo más que delante de Vd. ó del abuelo!

—¡No quiero contestaciones! ¿estamos? ó se hace luego la boda ó no se hace.

La viuda, dichas estas palabras, arregló majestuosamente sobre su pecho los pliegues de su mantilla, y salió del cuarto, pues daban el último toque para la misa mayor.

Pero desde mitad de la escalera volvió: se asomó á la puerta del cuarto, y dijo á sus hijas:

—¡Cuidado con el almuerzo!

—Bien madre, contestó Trinidad.

—Y comed del pan que se coció ayer; no seais capaces de comer alguno de los dos duros que quedan: esos son para la pobre viuda de ahí enfrente.

—Bien está, madre.

—A tí que te gusta la miel, come una poca, Florencia.

—Bien, madre.

—Y tú, Trinidad, hazte una rebanada do *mostillo*.

—Bien, madre.

La señora Baltasara bajó con prosopopeya la escalera, y pronto la vieron sus hijas ir hácia la iglesia, con airoso y ligero paso.

IV

¡Juventud!

—Chica, ¿tienes tú gana de morcilla asada? preguntó Florencia á su hermana, no bien perdieron á su madre de vista.

—Yo no: esta mañana bebí, como viste, un vaso de leche, contestó Trinidad.

—Y yo un jarro lleno.

—¡Si tú tienes un estómago como un saco!...

—No, que seré como tú, la dama de la media almendra.

—Pues entonces comerás morcilla ahora, ¿eh?

—Eso no; ¿sabes lo que podemos hacer?

—¿Qué?

—Comernos, yo medio pan con miel, y tú otro medio con mostillo, de ese tiernecito.

—¿Y si viene madre y vé que no hemos comido morcilla? Nos pega, ¡de seguro!

—Y ¿por qué lo ha de saber?

—¡Pues si tiene contadas las morcillas!... Y con su genio, va ves...

—No digas mal de su génio, hermana: ¡nos quiere como á las telas de sus entrañas!

—Pero eso no quita que siempre nos esté riñendo: ¡á mí me hace pasar unas rabietas!... A bien que cuando me case con Andrés me llegará á mí la vez, y entonces él pagará lo que yo aguanto ahora.

—Pues ¿qué culpa tiene el pobre Andrés?

—¿Qué culpa tengo yo ahora del génio de madre? ¡A cada puerco le llega su San Martin!

—Pues mira, yo *salgo de herrera y entro en carbonera*, ¡porque tambien Jacobo tiene un génio!...

—¡Ya, ya verás lo que es bueno! ¡Y por añadidura ese hijazo tan malo y tan desarrapado! ¡Chica, á mí me daria vergüenza hacer una boda semejante!

—¡Pues á mí no! ¡Jacobo es buen mozo!

—Eso es cierto: no le hay mejor en todo el pueblo; ¡tiene unos ojos que hablan, y unos dientes de nácar!... ¿Pero de qué le vale todo esto? ¡Siempre va sin afeitar y con la camisa más negra!...

—Yo le haré andar limpio.

—Además, es más pobre que las ratas.

—¡En cambio yo soy muy fea!

—¿Fea? ¡Pues á mí no me pareces tal!

—Porque me quieres; ni á él tampoco se lo parezco, por la misma razon.

—Y eres dueña de un hermoso olivar.

—Verdad es; así él mejorará de suerte.

—¿No te pretenden el *Pintado*, y el *Cetrino*,

y el *Rojo*? Pues ¿por qué no te casas con uno de ellos?

—¿Yo qué sé? ¡Quiero mucho á Jacobo! Este es pobre, y le vendrá bien casarse conmigo; los otros son más ricos que yo: ¿para qué me quieren á mí?

—¿Y no te has hartado de mal génio con madre?

—¡Yo hartarme de mi madre! exclamó Florencia, en cuyas facciones tóscas, se pintó el sentimiento con una energía apasionada.

—No digo yo de madre, que es buena como el buen pan: digo de su génio.

—No; lo que haré será pensar en lo que me ha regañado, para no regañar yo á los demás, y para tener siempre buen modo con mi marido.

—Pues hija, yo haré al revés. Andrés ha de andar más listo que un *refinallo* (1): á bien que él es manso como un borrego.

—Es verdad: pero mira, Trinidad, yo acabaré de hacer las camas, y tú ves á dar una vueltecita á la lumbre, y á hacer las rebanadas para las dos.

—Sí, que son las nueve; pero tendremos que dar ó tirar dos morcillas, para que madre piense que las hemos comido, y no nos pegue.

—Dices bien... ¡Ah! ¡Por allí pasa Ramon! ¡chist! ¡chist! ¡Ramon!

---

(1) Perinola.

Y Florencia empezó á hacer señas desde la ventana.

Un momento despues, llegó á la puerta del cuarto un muchacho tan mal vestido, que daba asco mirarle.

Aparentaba de trece á catorce años, y todo su atavío re reducia á unos calzones muy anchos y casi enteramente descosidos, y á una camisa hecha girones.

Llevaba las piernas y los piés desnudos; y éstos dejaban una huella de barro donde los fijaba.

Un bosque de cabellos rojos y enmarañados cubria su frente ancha, y su cara estaba manchada de tierra y de sudor, desfigurando así sus facciones, enérgicas y duras, pero no feas.

—¡Chico, no entres aquí, que vas á manchar el suelo! gritó Trinidad, que volvia con dos hermosas morcillas en un plato: ¡toma esto y vete!

El muchacho tomó bruscamente las morcillas, y empezó á bajar la escalera.

—Oyes, Ramon, ¿quieres que te las ase? preguntó Florencia.

—¡Mujer, no le hagas entrar en la cocina, que la va á poner perdida! advirtió Trinidad.

—Déjale, repuso Florencia, que yo la barreré; y luego repitió:

—¿Quieres que te ase las morcillas, Ramon?

—*¿Pa qué?* respondió el muchacho brutal-

mente: tengo hambre, y me sabrán muy bien así.

—¿Tienes hambre? ¡pobre Ramon! exclamó Florencia: pues qué, ¿no cenaste anoche?

—¡No! rompí las ramas del melocotonero grande del tio Clemente, que se lo fué á contar á mi padre, y de miedo á una paliza, me acosté en la cuadra sin cenar.

—¡Por eso llevas la camisa tan limpia! observó Trinidad: ¿Por qué no te mudas de camisa?

—¡Toma! ¡qué sé yo! ¡no me la dan!

—Cuando yo esté con vosotros, te mudarás todos los domingos, dijo Florencia, y no pasarás hambre.

—Cuando Vd. venga á casa de mi padre y sea su mujer, ya no estaré yo allí, dijo Ramon sordamente y bajando la escalera en pos de las dos jóvenes, que se dirigian á la cocina.

—¿Por qué? preguntó Florencia volviéndose asombrada.

—¡Toma! porque sentaré plaza de tambor.

—¿Pero por qué?

—Porque no quiero aguantar más palos, que bastantes me dá mi padre.

—¿Crees tú que yo te he de pegar?

—Claro está: mi padre me dice: "¡luego te compondrá tu madrastra! ¡ya verás lo que es bueno! solamente me caso porque haya quien te tenga á raya!"

—Pues tu padre se equivoca, Ramon, contes-

tó la jóven, entrando en la cocina: yo no te pegaré.

—¡Bah! ¡bah! ¡eso lo dice Vd. ahora! pero al fin madrastra será como todas.

—Seré como tu madre, y tú serás como un hijo para mí.

—¿Será Vd. como mi madre? ¡pues estaba yo arreglado! ¡mi madre me pegaba tres zurras cada dia, y eso que era yo muy pequeño!

—Tu segunda madre será, pues, mejor que la primera.

Y Florencia extendió sobre un banco del fogon una servilleta blanca como la nieve, y puso las dos morcillas entre el rescoldito del hogar, difundiéndose al instante por la cocina un delicioso olor.

Luego, y en tanto que cuidaba del asado, continuó hablando con el muchacho de esta suerte:

—No solo no te pegaré, Ramon, si no que no dejaré que te pegue más tu padre.

—¡Que no? bastante hará Vd. con defenderse á sí propia.

—¿Por qué?

—¡Por que si se casa Vd. con mi padre, no le han de faltar dos palizas lo ménos cada dia!

—No lo creas, Ramon.

—Sí, lo creo: que á mi pobre madre bien le pegaba, y eso que dicen que á la primera mujer es á la que más se quiere: mi padre pega á todo

el mundo: el otro dia le pisó el *Rojo* y le dió un bofeton más atroz!...

—Vaya, siéntate á almorzar, dijo Florencia poniendo un plato blanco con las dos morcillas sobre la servilleta: aquí tienes pan tierno, y ahora te traeré un poco de miel.

Ramon no se hizo de rogar: cogió las morcillas con sus manazas negras, y se las engulló en un instante.

Florencia llegó cuando concluia, trayendo en otro plato dos medios panes cubiertos de miel blanca y pastosa: dió el uno de los pedazos al muchacho y se puso á comer el otro junto á él, en tanto que Trinidad se sentaba á alguna distancia á comer su mostillo.

—¡Jesus! ¡yo no sé como puedes comer viendo la cara y las manos de ese chico! dijo Trinidad á su hermana.

—Mejor comeria viéndole limpio, contestó Florencia; pero ¿qué quieres? Porque él vaya así, no se ha de quedar sin comer.

Ramon dejó su miel en el plato: miró sus manos llenas de tierra, y quedó suspenso y como avergonzado.

—¿Por qué no comes? le preguntó Florencia.

—Es que... balbuceó el muchacho.

—¿Vamos qué? ¿Por qué escondes las manos? ¿No quieres más?

—Sí, señora, pero estoy pensando...

—¿Qué piensas?

—Pienso que Vd. se ha incomodado en darme de almorzar: me ha asado las morcillas, como si fuera un señor: me ha puesto la mesa limpia: me da de su miel, y yo... quisiera hacer algo por Vd.

—¡Pobrecillo! murmuró Florencia, cuyos ojos se arrasaron de lágrimas ¿y qué quieres hacer?

—Quisiera lavarme la cara y las manos para darle gusto en algo.

—¿Sí? ¡cuánto me alegro, Ramon! ¡deja que te dé un abrazo!

—Aguárdese Vd. á que me lave.

—¡Ahora ha de ser!

Florencia abrazó al muchacho, apartó sus enmarañados cabellos, y le besó dos veces en la frente.

Ramon se extremeció: hinchóse su pecho, y poniéndose los puños en los ojos, dejó escapar un ronco sollozo.

—¿Qué tienes? preguntó Trinidad.

—Tengo... que es la primer vez de mi vida... que álguien me ha abrazado, contestó Ramon, que gemia sofocado por la emocion: ¡ah! exclamó volviéndose á Florencia. ¡Mi padre y todo el mundo me tratan como á un perro! ¡me golpean, me tiran piedras, me llaman ladronzuelo y me dicen que moriré en un presidio! ¡por eso les aborrezco á todos!... ¡á todos!... pero por usted me dejaré hacer pedazos!...

—Chico, déjate de letanías, y ve á lavarte al estanque, dijo Trinidad: ¡pues no das malos berridos!

El muchacho se volvió con los ojos chispeantes, é iba sin duda á responder alguna insolencia de gran calibre á Trinidad: mas encontró los pequeños ojos azules de Florencia tan feos, pero tan dulces, y se contuvo dirigiéndose humildemente á la puerta.

—¿A dónde vas? preguntó aquella.

—A lavarme al estanque.

—Lávate aquí.

Florencia llenó de agua una jofaina de barro, y corrió en busca de una toalla á su cuarto.

Cuando volvió, aún estaba Ramon inmóvil.

—Voy á poner sucia la jofaina, dijo confuso.

—No importa: yo la limpiaré.

—Y la toalla quedará muy negra.

—Yo la lavaré.

El muchacho no dijo más: empezó á lavarse, bañó muchas veces su cara y sus manos, y luego se secó con todo esmero.

Aquellas abluciones cambiaron completamente su fisonomía: sus gruesas facciones, despojadas de la espesa capa de tierra que las cubria, aparecieron llenas de una belleza salvaje y enérgica: sus grandes ojos pardos se pusieron más brillantes, y su sonrisa enseñó una doble fila de magníficos dientes.

—¡Qué guapo estás ahora, Ramon! dijo

Florencia contemplándole: jamás te he visto así!

—¿Guapo? ¡Pues si dicen que soy tan feo!

—Se engañan.

—Y que doy asco á todos.

—Si te vieran ahora, dirian lo contrario; pero vaya, siéntate aquí conmigo, y acabemos de comer la miel.

Sentóse Ramon, y comió en amor y compañía con su futura madre.

Cuando acabó, Florencia sacó los cuatro cuartos que, por ser domingo, le habia dado su abuelo, y tomando cariñosamente la mano del muchacho, los puso en ella.

—Toma esto, le dijo: no tengo más.

—¡Cuartos! exclamó Ramon gozoso: ¡pues mire Vd., no sabe lo que me alegro!

—¿Por qué?

—Porque se los daré al tio Camilo, que se ha roto un brazo anoche: podia quedármelos para comprarme cena, pero...

—¡Cómo cena! ¿No cenas con tu padre?

—Mi padre, el dia de fiesta, merienda con sus amigos en la taberna, y no se acuerda de mí.

—Vente aquí al anochecer, y te daré yo de cenar.

—¡Me da vergüenza! ¿Qué dirán el señor Pedro y la señora Baltasara?

—Hoy como es domingo, no pasaremos hasta las nueve á casa de Doña Agueda: ya sabes que

nuestra puerta queda siempre entornada: te dejaré en aquel vasar dos huevos hechos con tocino, y un pan tierno: entras, te lo comes y te vas á acostar á tu casa.

—¿Y daré los cuartos al tio Camilo, eh?

—Sí: y Dios te lo pagará.

—Está muy bien: queden Vds. con Dios, y tantas gracias por todo.

—¿No me quieres aún por madre?

—¿Qué si la quiero á Vd.? ¡Así se case mañana con mi padre!

—¿Harás lo que yo te diga?

—¡Con tal que me abrace alguna vez, me dejaré matar si me lo manda!

—Te abrazaré todos los dias: te cuidaré bien, tendrás buena ropa, y los dias de fiesta, cuando vayas á jugar á los bolos con los muchachos de tu edad, dirán todos: «¡qué arrogante y qué guapo está Ramon!»

El chico se sonrió con complacencia, y dijo:

—Entonces, Vd. será la única persona que haya mirado por mí en el mundo; Dios se lo pague, y buenos dias.

Ramon salió á la calle, pensativo, y maquinalmente se fué á la iglesia, donde oyó una misa entera por la primera vez de su vida.

Solo la fresca persuasion y la inocente caridad de una jóven de diez y nueve años, podian ejercer tan saludable influencia en aquel mu-

chacho montaraz y pervertido: teniendo más años, ni las palabras de Florencia hubieran sido las mismas, ni Ramon hubiera obrado como lo hizo.

¡Suave y encantadora juventud! Cuando el corazon está lleno de tu savia, hay valor, hay fé, y hay una constante alegría en medio del sufrimiento.

V

Los novios.

La señora Baltasara volvió á su casa á las once, y á las doce en punto entraba en ella el señor Pedro, quien, despues de oir sus dos misas, habíase estado un poco en la plaza.

La madre y el abuelo hallaron la casa *como un oro*, la mesa cubierta y la comida pronta: las dos jóvenes eran de excelente disposicion, pero, sobre todo, Florencia era un prodigio para gobernar una casa.

Despues de comer su cocido de judías, tocino y morcilla, su sopa *escaldada* y sus rebanadas de pan con mostillo, las muchachas alzaron el mantel, arreglaron la cocina, y poniéndose sus vestidos de indiana nuevos, se sentaron á la puerta de la casa con su madre y su abuelo.

Por supuesto que Florencia no olvidó su collar de corales, ni Trinidad su pañuelo de merino con ramos.

La señora Baltasara habia cambiado su vestido de alepin negro por otro de percal os-

curo, y daba gusto verla con sus hermosos cabellos negros, peinados hácia atrás, y formando un colosal *picaporte;* sus grandes pendientes de plata sobredorada, su delantal azul y su pañuelo blanco.

Pronto vino Andrés á aumentar la reunion, y Trinidad corrió á buscarle una silla.

—A qué hora habeis ido esta mañana á misa, muchachas? preguntó el tio Pedro á sus nietas.

—Hemos ido apenas rayaba el dia, abuelo, respondió Trinidad por las dos.

—¡Qué manía de ir tan temprano! ¿No valía más que siquiera una cada domingo acompañase á vuestra madre á misa mayor?

—Madre no quiere, abuelo, contestó Florencia.

—No quiero, por dos razones, repuso Baltasara: la primera, porque entre las dos arreglan luego la casa y la comida, y yo me voy descansada; y la segunda, porque, llevándome yo á la una, la otra se queda sola, y ya ve Vd. padre, que...

—Dices bien, hija: no habia yo caido en eso.

En aquel momento pasaron cuatro ó seis mozos, engalanados con sus mejores vestidos, que iban hácia la plaza.

—Dios guarde á Vds., dijo uno por todos.

—Y á vosotros tambien, contestaron los presentes.

—Vamos, señora Baltasara, que va Vd. á

dejar venir á las chicas á bailar un rato, dijo el que parecia más osado.

—Hijos, respondió la viuda, habeis de perdonar, pero eso no puede ser.

—¿Por qué , señora Baltasara?

—Ya sabeis que nunca han ido al baile de la plaza: muchos jóvenes han venido á decirnos á su abuelo y á mí, que las dejáramos los domingos, y nos hemos negado siempre: de manera que, si ahora fueran, se darian por quejosos, y con razon.

—Pero ¿por qué no van nunca? ¡Tan juiciosas como son! Además de que las dos están ya comprometidas.

—No importa, objetó el tio Pedro: antes bien esa es una razon de más para que no vayan.

—Jacobo irá allá, en sabiendo que está Florencia, y Andrés vendrá con nosotros y con Trinidad.

—Hijos, os digo que perdoneis, contestó la señora Baltasara: mis hijas no irán al baile; están sin padre, y solo su abuelo y su madre pueden cuidar de su honra.

—Bien limpia la tienen, señora Baltasara, y no creo yo que bailando...

—En fin, hemos dicho que nó, concluyó el tio Pedro con un tono que no admitia réplica.

—¿Y cuándo nos dan un buen dia las chicas? preguntó otro mozo, dejando como perdido el asunto del baile.

—No lo sé, hijo, respondió la viuda: me cuesta mucha pena quedarme sin las dos á un tiempo.

—Pero Trinidad seguirá viviendo con Vd. y con el tio Pedro.

—Es verdad, y lo que siento es que Florencia no pueda hacer otro tanto; pero ya se ve, Jacobo tiene á su chico, ¡y luego con ese geniazo!.. Más callemos, que viene aquí.

En efecto, adelantábase á paso largo el padre de Ramon.

Era un hombre como de treinta y cuatro años, y de la más hermosa presencia: todas sus facciones tenian el sello de la perfeccion: alto, gallardo, moreno y arrogante; á pesar de lo muy modesto de su traje, parecia ir vestido mejor que ninguno de los mozos que iban á la plaza.

Tan extraño era el contraste que formaba su belleza con la fealdad de su prometida, como notable era el que ofrecia la expresion de los rostros de entrambos.

Jacobo, de fisonomía uraña y severa, parecia estar siempre de mal humor: en tanto que el semblante de Florencia tenia una constante y risueña expresion de apacible bienestar.

Los jóvenes que iban al baile se despidieron, y Florencia entró en la cocina y sacó una silla para su novio.

—¿Cómo te va, Jacobo? preguntó el tio Pedro

al ver que aquel, despues de haberles saludado con la lacónica frase de *buenas tardes,* no habia vuelto á decir más palabra.

—De salud bien, contestó el interpelado: de lo demás, no puede irme peor.

—¿Pues cómo?

—El Sr. Clemente ha rebajado todos los jornales.

—¡Cómo, exclamó la viuda, en cuyas facciones se retrató una profunda pena; ¿ganas ahora ménos de una peseta, Jacobo?

—Gano un real ménos.

—¿Pues cómo te has de casar así? ¿Qué hará mi pobre hija sin más bienes que tres reales diarios, siendo tres á comerlos?

—Poco tenia ya, dijo sombríamente Jacobo, y ahora me han quitado de esto poco: por lo mismo la pobreza me agobiará más cada dia; eso lo conozco yo.

—Escucha, Jacobo, dijo gravemente el anciano tejedor: la mano de Dios pesa sobre tu cabeza; pero á mí me parece que tú tienes la culpa.

—¡Bah! ¡bah! tio Pedro, si Florencia se vuelve atrás de la palabra que me tiene dada, ó si Vds. se han arrepentido de dármela por mujer, se dice claro, y no me venga Vd. queriendo armar camorra.

Jacobo dijo estas palabras con tono tan brusco é irritado, que la ira coloreó las pálidas mejillas del anciano.

—Yo no me vuelvo nunca atrás de mis palabràs, respondió con firmeza: pero vas á casarte con mi nieta, y debo decirte mi pensar, y te lo diré.

Jacobo, continuó el anciano, tú eres un mal cristiano: fuiste un mal esposo, y eres un mal padre.

—¡Abuelo! exclamó Florencia suplicante.

—Ya he dicho que ha de oir mi sentir; los ancianos tenemos obligacion de aconsejar y reprender á los mozos. Jacobo, tú eres un mal cristiano, porque no vas nunca á la iglesia.

—¿No estoy siempre trabajando? Hasta los domingos estoy ganando medio jornal.

—Fuiste un mal marido, porque cada dia apaleabas á la pobre Andrea.

—Porque era tonta de remate, y lloriqueaba al verme incomodado.

—Eres un mal padre, porque tienes abandonado á tu hijo.

—¡No me hable Vd. de mi hijo!

—¿Por qué no? ¿No eres su padre? ¿No le tienes abandonado, hambriento, casi desnudo?

—¡El se lo quiere!

—¿Por qué no le llevas á tu lado y le enseñas á ganar el pan?

—No puedo hacer carrera de él: el dia que le digo que va á venir conmigo al campo, se me escapa y se va á los montes con los gitanos.

—¿Por qué no le das á él alguno de los golpes

que dabas á su madre? ¿Por qué no das parte al alcalde de su mala vida?

—¿Le parece á Vd. que le pego poco? Pues el otro dia, despues de darle más palos que á un burro yesero, cogió un cuchillo de la cocina y me dijo estas palabras, que no olvidaré jamás: »Si me vuelve Vd. á pegar me defenderé.»

—¡Ay, Dios mio! exclamaron asustadas las mujeres.

—Jacobo, prosiguió el anciano: por gusto mio, nunca mi Florencia se casará contigo: tampoco me opondré á que sea tu mujer; su pobre padre, que fué un buen marido para mi Baltasara, y un buen hijo para mí, nos pidió por Dios, antes de morir, que no contrariásemos el gusto de sus hijas en punto al casamiento: así, ella es libre de hacer lo que quiera, y siempre llevará mi bendicion; pero ya lo he dicho otra vez, no será gusto mio que se case contigo.

—¿Piensa Vd. que le daré mala vida?

—Sí que lo pienso: y además, ese hijo que tienes la odiará y la hará pasar las penas del purgatorio.

Jacobo no respondió nada: conoció sin duda la verdad de la última razon del anciano, porque dobló la cabeza sobre el pecho, y dijo sombriamente:

—No puedo responder de mi génio, que es fuerte y sorberbio: aún puedo responder ménos

de lo que hará mi hijo, que es muy malo: así, que hâga Florencia lo que quiera.

—Mi palabra no se vuelve atrás nunca, respondió la jóven con nobleza; ahora que han rebajado tu jornal, necesitas, Jacobo, una mujer que te ayude: tu hijo te da pesadumbres, necesitas una mujer que te consuele: tienes mal génio, si me quieres, como yo á tí, para mí será bueno.

—¡Ay, hija mia! ¡Mira lo que haces! exclamó la viuda ¡Mira que vas tú misma al matadero!

Florencia no contestó: y Jacobo, levantándose con los ojos animados y el semblante rebosando orgullo, dijo con voz conmovida:

—Ya nada tengo que decir, y dejo al tiempo por testigo de mi proceder.

—¡Adentro! dijo la viuda, que para ocultar su afliccion no halló otro medio mejor que regañar, segun su costumbre: adentro, muchachas, que ya se hace tarde, y vamos muy pronto á cenar.

Florencia se despidió de su novio con una mirada, y entró en la cocina con su hermana.

Andrés iba á seguirlas, pero le detuvo la voz de Baltasara.

—¡Hola, muchacho! ¿A donde vas tú? le preguntó: ya es hora de que vayas á hacer compañía á tu madre.

—Buenas noches, dijo humildemente el jóven, echando codiciosas miradas hácia el fondo

del patio, donde columbraba la linda figura de su novia.

—Buenas noches, dijo á su vez Jacobo, en tono seco y concentrado.

—Buenas noches, repitieron el anciano y la viuda.

Los dos novios tomaron calle abajo, y el tejedor y su hija entraron en su casa y cerraron la puerta.

—¿A dónde vas? preguntó Jacobo á Andrés, cuando hubieron andado algunos pasos.

—Yo, á casa, respondió Andrés.

—¿Y qué harás allí?

—Acostarme.

—¡Anda, tonto! ¡Vente conmigo á la taberna!

—Perdona, Jacobo, respondió el jóven, no he ido nunca á la taberna.

—Una vez ha de ser la primera: ya te acostumbrarás.

—No quiero acostumbrarme.

—Deja que nos casemos, ya te haré yo á mis mañas, dijo Jacobo.

—Me parece que no: pero ya hemos llegado á mi casa. Adios, Jacobo.

—Adios, Andrés.

Este entró en su casa, y Jacobo se fué á la taberna, donde permaneció hasta las nueve de la noche.

VI

Doña Agueda.

Despues de cenar la familia del tio Pedro, dejó entornada la puerta de su casita, y segun costumbre de todos los domingos, pasó á casa de su vecina doña Agueda.

Era esta una señora de cincuenta y siete años, viuda, y que, como ya dije, ocupaba la casita á la izquierda de la del tejedor.

Aquella vivienda era en realidad mucho más cómoda de lo que revelaba su exterior: al acabar la escalera se encontraba un descansillo cuadrado, y allí se abria la puerta de un aposentillo de cortas dimensiones que servia de antesala.

Aunque se estaba á fines de Octubre, y aunque la temperatura no era muy fria, cubríale ya una estera barata, pero limpia y en buen uso; una mesa, algunas sillas pintadas, y cortinas de lana, verdes, delante de la ventana, componian todo su mueblaje.

Aquella antesala daba paso á la sala que ocupaba doña Agueda, y en la cual recibia al

señor Cura, al sacristan, al maestro de escuela, y á todos los vecinos que querian visitarla.

En Torres no habia médico ni escribano, ni boticario, por ser muy pequeña la poblacion, la cual se servia de los de Alagon, villa mucho más grande, y distante como una media hora.

La salita ocupada por doña Agueda, y en la que entraron el tio Pedro, su hija y sus dos nietas, estaba amueblada con un lujo de que no habia ejemplo en todo el lugar, ni aun en los alrededores.

Una alfombra de lana gruesa cubria el pavimento: la alcoba estaba cerrada con antiguas cortinas de damasco encarnado, como las que caian delante de la ventana: la sillería era de palo santo, y estaba forrada de damasco igual al de las cortinas.

Una buena cómoda, con un espejo encima de dos varas en cuadro, y encerrado en un marco de caoba; unos floreros de moda antigua y algunos juguetes de China, acababan de dar á esta habitacion un aspecto de lujo, que nunca se cansaban de admirar los honrados habitantes de Torres.

Sobre una buena consola, de moda muy atrasada, habia un reloj y dos candeleros de cristal.

En el centro de la estancia se veia una mesita cubierta con una bayeta verde, y debajo de ella, un brasero con ascuas, que caldeaba

agradablemente la habitacion, perfumada todas las mañanas con espliego, azúcar y cáscara de camuesa: esta mezcla la confeccionaba divinamente doña Agueda.

La alcoba contenia su cama, su mesa de tocador y su reclinatorio, con sus libros de oraciones.

Detrás de estos departamentos estaban la cocina, y el cuarto de una criadita, muchacha del pueblo, que habia entrado á servir á doña Agueda á su llegada á él, hacia cinco años.

Si alguno de mis lectores, aficionado á todo lo que es extraordinario, piensa hallar en doña Agueda un personaje novelesco, siento tener que decirle que se ha equivocado: doña Agueda no era otra cosa que lo que parecia ser: es decir, una señora viuda de un médico, que le habia dejado algunos ahorros, y que, para econonomizarlos en lo posible, pues no eran muy crecidos que digamos, se habia retirado á aquella pacífica aldea.

En cuanto á la belleza de su alma, y á la lucidez de su talento, sí que era doña Agueda una persona verdaderamente distinguida: sus modales sencillos y nobles tenian un atractivo indecible: su sensibilidad hacia que tomase parte en todas las penas de sus semejantes, y á pesar de lo módico de sus recursos, siempre encontraba medios de socorrer todas las miserias.

Doña Agueda era la consejera de todos los vecinos de Torres: ella pacificaba todas las contiendas: mediaba en los amoríos, que una furiosa oposicion paternal ó materna, impedia llegar al matrimonio; tranquilizaba á los consortes irascibles, era madrina de los niños, hijos de padres muy pobres; adelantaba algun dinerillo á los labradores cuyos campos apedreaba alguna tormenta; vestia á las niñas, hijas de viuda, cuya pobreza las exponia al frio; partia su leña con el viejo Camilo, el carretero; en fin, no habia miseria que no aliviase ó dolor que no supiese consolar, siquiera fuese con buenas palabras.

Sabiendo además escribir y contar con rara perfeccion, ella ajustaba las cuentas á los tres arrendadores ricos del lugar; escribia las cartas de las muchachas, cuyos novios eran soldados, y los domingos por la noche leia la Biblia á algunos honrados vecinos, que iban á hacerle la tertulia hasta las nueve.

A esta hora, el Cura y el maestro de escuela, que eran tambien de sus oyentes, quedaban solos con ella: se sentaban á la mesa del tapete, y jugaban al tresillo hasta las once.

La lectura tenia lugar solo los domingos: la partida de tresillo era cosa diaria.

Todos los vecinos adoraban á doña Agueda, y la miraban como una joya exclusivamente suya: como un bien que les habia enviado la

Providencia y que no querian partir con nadie.

Un dia fué el tio Pedro muy apurado á decirle que un arrendador de un pueblecillo cercano, habiendo oido hablar de su rara habilidad, queria que le sacase unas cuentas.

—Y me parece, señora, añadió el anciano, que se negará Vd. á hacerlo.

—¿Por qué, tio Pedro? preguntó admirada la buena señora.

—¿Cómo por qué? ¡Usted es cosa nuestra! Para eso nos ha dado Dios la suerte de que se venga á vivir aquí.

—Yo estoy siempre á la disposicion de ustedes, tio Pedro; pero eso no quita para que complazca tambien á ese buen hombre.

—¿Con que quiere Vd. ser del partido de ese otro pueblo doña Agueda? ¡Ay, Dios mio! ¡No lo esperaba yo, y eso que ya me lo decian Camilo y Francisco!

—Ya sabe Vd., que me gusta hacer todo el bien que puedo, tio Pedro.

—¡Pero á nosotros solos, señora! ¡A nosotros solos! exclamó el tio Pedro, que no podia llevar con paciencia que doña Agueda hiciera por otros lo que hacia por los vecinos de Torres.

Este malicioso egoismo es muy comun en las aldeas, y doña Agueda, temiendo las consecuencias, tranquilizó al tio Pedro, quien, sin embargo, se fué mohino, cabizbajo y receloso.

Al dia siguiente se levantó doña Agueda tempranito: se lavó, se vistió, oyó misa y se marchó acompañada de su criada á la aldea del arrendador, que queria que le ajustase la cuenta de sus gastos y de sus ingresos.

Sirvióle en lo que pedia, y se volvió á su casa, dejando prendado al pobre hombre, que le guardó fielmente el secreto, lo mismo que su criada, que le profesaba una especie de adoracion.

Cuando el tio Pedro, su hija y sus dos nietas entraron en la salita de doña Agueda, experimentaron esa sensacion de bienestar que comunica toda habitacion cerrada, caliente y perfumada, aunque sea con el olor más ordinario.

Doña Agueda estaba sola: acababan de traerle su quinqué encendido, y sentada junto á la mesa pasaba por los dedos las cuentas de su rosario de plata, brillante por el uso.

Era una señora de estatura mediana y de pocas carnes: su rostro, pálido y apacible, tenia una expresion inalterable de calma y de dulzura: sus manos blancas, largas y finas, empezaban á arrugarse: llevaba un vestido de hábito carmelita—pues no gastaba otro traje—y un pañolon de entretiempo azul oscuro, con cuadros color de castaña como el vestido.

Sobre el pañuelo volvia un cuello liso de una blancura deslumbradora, y cubria á medias

sus cabellos una papalina de batista tan blanca como el cuello y guarnecida de estrechas puntillas de encaje.

Todo en doña Agueda indicaba á la señora de educacion distinguida y de costumbres delicadas: la disposicion de su modesto traje, su peinado sencillo sin ser amanerado, y que aun descubria dos trenzas espesas y brillantes de cabellos negros, sus piés calzados con botines de abrigo, pero estrechos y corvos que apenas se dejaban ver por debajo de su traje; sus posturas, llenas de dignidad, todo indicaba, repito, á la mujer de buen trato, que habia ido en busca de quietud á aquella pacífica aldea.

—Buenas noches, doña Agueda, dijeron á una voz el tio Pedro, su hija y sus nietas.

—Buenas noches, señores, contestó aquella levantándose cortésmente, en tanto que su criada, avispada muchacha de diez y ocho años, acercaba sillas.

—¿Estará enfermo el señor Cura? preguntó el tejedor notando la falta del Vicario.

—Está ocupado, y tambien el maestro: esta noche estaremos solos.

Doña Agueda se informó acto continuo del estado de los campos y de las ganancias del tio Pedro: habló á Baltasara del manejo del corral y del gallinero, de la conservacion de las frutas, y del cerdo que estaba engordando para el gasto.

Luego se chanceó un poco con las muchachas sobre sus amoríos; se informó de sus proyectos, y por último les dijo:

—Andad, y decid á Juana que os dé á probar una confitura que hice yo esta mañana.

Florencia y Trinidad salieron contentas, por poder charlar con Juana, y se dirigieron á la cocina.

—¿Cuando se casan? preguntó doña Agueda así que las jóvenes estuvieron bastante lejos para no poder oirla.

—Trinidad á cualquiera hora puede, respondió el tio Pedro: Andrés tiene su legítima, y su madre está muy gustosa con la boda: además que han de vivir en nuestra compañía.

—Pues entonces, señor Pedro, lo mejor es casarlos cuanto antes.

—¿Qué prisa corre, doña Agueda? preguntó Baltasara.

—A mi modo de ver, es siempre mejor que dos jóvenes que se quieren se casen lo antes posible, no habiendo que esperar nada: además, Andrés, una vez casado, mirará más por la casa, y su abuelo tendrá algun descanso.

—Eso es verdad, repuso el anciano: entonces le fiaré alguna obra, y ahora no le fío ninguna.

—Pues por mí, que se casen, dijo Baltasara, á cuyos ojos asomaban algunas lágrimas, á pesar de su aparente conformidad.

—El domingo que viene se les lee la primera amonestacion, añadió el anciano.

—Yo seré la madrina de la boda; pero ahora es menester que hablemos de Florencia.

—¡Ay, señora! exclamó la viuda, que echó por fin á llorar sin rebozo; no quisiera, bien lo sabe Dios, oir hablar de su casamiento!

—¿Por qué, Baltasara?

—Usted ya sabe lo que es Jacobo: bebedor, arisco, con un génio endemoniado, padre de un muchacho que mete miedo verle, ¡y con tres reales de jornal para mantener tres bocas y las que vengan!

—Es verdad; pero ahora ya no es tiempo de pensar en esas cosas: ¿por qué han consentido ustedes sus relaciones con Florencia?

—¡Qué quiere Vd., señora! ¡como la pobre es bastante fea, pensábamos que no iba á tener otro novio, y luego le han salido tres!

—Florencia vale mucho á pesar de no ser hermosa, repuso doña Agueda; cualquier hombre honrado se daria por contento con tenerla por mujer: que el que desea casarse, no es la hermosura lo que más busca.

—¡Ahora es cuando lo conocemos!

—Para casarse buscan los hombres una mujer honrada, prudente, laboriosa y de buen carácter.

—¡Es verdad!

—Florencia tiene todas esas excelentes cua-

lidades, y era de suponer que no le hubieran faltado maridos; por lo tanto Vds. han obrado con mucha ligereza prometiéndola á Jacobo; pero, en fin, el mal ya no tiene remedio, y ahora deben Vds. sostener su palabra como gentes de honor, y dejarla casar con él.

—Doña Agueda, dijo el tio Pedro con tristeza: no hablemos por ahora de la boda de Florencia: si está de Dios que ha de casarse, ya llegará la hora y antes de lo que todos quisiéramos: mejor seria tratar del casamiento de su hermana, que convendria hacerlo enseguida.

—Si Vd., Doña Agueda, quisiera hablar á Florencia y persuadirla de que debe olvidar á Jacobo... se aventuró á decir la viuda.

—Antes de aconsejarle nada, necesito saber cómo piensa, mi buena Baltasara, repuso doña Agueda: mas para camplacer á Vds., le diré ahora cuando Vds. se marchen, que deseo hablarle.

—Entonces, observó el tio Pedro, diré á usted lo que pienso hacer por Trinidad, y nos retiramos.

El corazon de la excelente señora se oprimió al ver la ciega preferencia del anciano por la más jóven de sus nietas; pero haciendo un esfuerzo para no demostrar su indignacion, se preparó á escucharle.

—Pienso, dijo, dar á mi nieta quinientos duros en metálico, un buen cerdo que me está

criando Perico el porquero, una ternera cebada que compraré, y seis piezas de lienzo.

—¡Pero eso es una riqueza! exclamó doña Agueda, en tanto que Baltasara miraba á su padre muda de asombro.

—No estará mal acomodada, contestó el viejo con una sonrisa de satisfaccion y de vanidad, porque, además de todo eso, tiene ella su tierra, y Andrés traerá al matrimonio la hacienda más granadita y más limpia que hay en el contorno.

—¿Y qué guarda Vd. para Florencia? preguntó Doña Agueda.

—Florencia no se casa á mi gusto, haciéndolo con Jacobo.

—Bien, pero eso no es una razon para que usted la desherede.

—Le daré cincuenta duros y una pieza de lienzo.

—Señor Pedro, dijo doña Agueda con seriedad, lo que Vd. piensa hacer es muy injusto.

—¿Como injusto, señora?

—Digo que está mal hecho. ¡Como! ¿Va usted á hacer rica á una de sus nietas, que se casa con un hombre rico tambien, y deja Vd. la otra en la pobreza?

—Andrés me ayuda: será el que gobierne mis parroquianos: van á vivir él y mi nieta con su abuelo y con su madre, y nos cuidarán y nos acompañarán. ¡Sí, señora, nos cuidarán! repitió el tio Pedro, que al ver mecer á doña

Agueda la cabeza con un triste ademán de duda, iba ya montando en cólera.

—No quiero yo meterme á discutir con usted, señor Pedro, si Trinidad y su marido sabrán agradecerle su injusticia para con su hermana: regularmente las injusticias no se agradecen jamás, ni aun por aquellos que salen beneficiosos en ellas; pero aunque su hija de usted agradezca, como debe, lo que Vd. hace por ella, no es una razon para que su hermana sea condenada á la miseria: si Vd. tiene quinientos cincuenta duros, debe partirlos entre las dos.

—Y yo digo, señora, que debo dar lo que tengo, no á aquella de mis nietas que se casa con un hombre á quien aborrezco, sino á la que se casa á mi gusto, con un jóven honrado y laborioso; no á la que busca otra casa y otra familia, sino á la que puedo tener á mi lado.

—Pero, padre, dijo la viuda, que hacia rato lloraba silenciosamente, advierta Vd. que si mi pobre Florencia tiene el empeño de casarse con un hombre pobre, nosotros no debemos vengarnos no dándole nada.

—¿No te he dicho que le daré cincuenta duros y una pieza de lienzo? Dale tú algo más si tienes.

Estas crueles palabras redoblaron el llanto de la afligida madre, que sintió su pobreza por la primera vez de su vida.

—Lo que he dicho, dicho está, continuó el tio Pedro levantándose: Trinidad se casará dentro

de tres semanas, el tiempo preciso para correr las amonestaciones: si Vd., señora, consigue de Florencia que despida á ese hombre con *cajas destempladas,* podrá casarse á mi gusto, y yo la dotaré mejor entonces: si se casa con Jacobo, que no espere más de mí: ea, vámonos, hija, que la conversacion con Florencia entretendrá aún á la señora un buen rato, y no es justo que la hagamos acostarse demasiado tarde.

Baltasara salió en busca de sus hijas, que aún estaban charlando con Juana.

—¿Con que no hay remedio, señor Pedro? preguntó doña Agueda: ¿tan poco cariño tiene usted á la pobre Florencia?

—¿He de hacer tanto por ella, que me desobedece, como por su hermana?

—No hablemos más de eso, dijo la señora, indignada á su vez por la obcecacion del anciano; y dirigiéndose á Florencia, que entraba con su madre y con su hermana,

—Quédate un rato conmigo, hija mia, le dijo: tenemos que hablar.

La alegría iluminó las facciones de la pobre Baltasara, segura de que la elocuencia de doña Agueda conseguiria disuadir á Florencia de su casamiento.

El tio Pedro, la señora Baltasara y Trinidad salieron, despues de haber deseado buena noche á doña Agueda.

Trinidad iba adelante: entró en su casa,

cuya puerta, segun habia dicho Florencia á Ramon, quedó entornada, y encendió el candil que estaba en la cocina colgado de la chimenea.

—¡Calla! ¿Quién habrá hecho esto? se preguntó con sorpresa señalando el hogar lleno de leña partida.

—¡Toma! ¿Quién ha de ser? ¡Florencia! contestó su madre, que no perdia una ocasion de enaltecer á su favorita: de seguro que no has sido tú, *chandra*.

—Pues tampoco ha sido Florencia, repuso Trinidad picada; ¡que bien ví yo cuando pasamos á casa de doña Agueda que quedaba vacío el hogar!

—¡Y los cántaros están llenos de agua! dijo á su vez Baltasara, que andaba dando vueltas por la cocina.

—Pues todo estaba vacío, repuso Trinidad: esta tarde decíamos Florencia y yo que habia que madrugar mañana para traer agua, y para subir leña del sótano.

—La leñera está llena, dijo el tio Pedro.

—¡Ah! exclamó Trinidad, ya sé lo que ha sido.

Corrió al decir esto al vasar que Florencia habia señalado á Ramon como depósito de su cena, y encontró que la tortilla y el pan tierno habian desaparecido.

—¿Qué ha sido? preguntó Baltasara.

—Ha sido Ramon, que ha entrado a quí mientras no estábamos, y ha hecho todo esto.

VII

Florencia.

—Siéntate, hija mia, dijo doña Agueda á la novia de Jacobo, así que estuvieron solas.

Obedeció la muchacha algo maravillada, y doña Agueda continuó:

—Tu abuelo y tu madre me han rogado que te aconseje acerca de tu porvenir, Florencia, y yo me he encargado gustosa de hacerlo, porque te quiero mucho.

—Ya lo sé, doña Agueda, y doy á Vd. muchas gracias por ello, contestó Florencia con su calma y dulzura habituales.

—Pues bien, hija mia, dijo la buena señora, mi cariño me hace ver que no serás dichosa con Jacobo: vale más, añadió al ver el movimiento que hizo la jóven, vale más que hablemos desde luego sin rodeos, y con claridad.

—Tiene Vd. razon, señora.

—Vamos, Florencia, háblame con toda franqueza, porque yo no te he de regañar como tu madre, ni he de dejar de atender á tus razones.

—Pues bien, señora, yo no puedo volverme atrás de la palabra que tengo dada á Jacobo.

—¿Por qué razon?

—Por dos que diré á Vd.

—Veamos.

—La primera, porque una mujer de honor debe sostener lo que promete.

—Bien está: ¿y la otra?

—La otra, señora, porque he llegado á querer á Jacobo con alma y vida.

—Esa es la de más peso para tí, ¿es verdad, hija?

—No señora: á pesar de lo mucho que le quiero, crea Vd. que si pudiera renunciar á casarme con él sin vergüenza mia, lo haria por no disgustar á mi familia.

—¡Bien, hija mia! exclamó doña Agueda abrazando con efusion á la jóven: ¡eso es pensar como se debe! sin embargo, no puedo ocultarte que tu familia mira con horror este casamiento.

—¿Por qué se avino á él?

—Dicen que porque tu padre ordenó antes de morir que os dejasen casar á vuestro gusto.

—Pues bien, señora mia, dijo la jóven despues de un rato de silencio: si mi padre ordenó que nos dejaran casar á nuestro gusto, ¿por qué mi madre y mi abuelo se oponen á mi casamiento?

—No se oponen, hija; te dejarán casar con Jacobo; pero quedarán disgustados, y no te darán casi nada.

—¡Que no me darán casi nada!... Y eso ¿qué me importa, señora?

—Jacobo es muy pobre, y lo pasareis mal.

—Tendremos paciencia.

—Además, sus costumbres no son las mejores.

—¿No trabaja de sol á sol?

—Pero luego se va á la taberna.

—Como que está solo: cuando yo le acompañe, quizá se estará en casa.

—Tiene un carácter muy violento.

—Pero el mio es muy dócil y me hará soportar el suyo con resignacion.

—¡Tiene un hijo muy crecido, y de malísima índole!

—¡Pobre Ramon! exclamó Florencia. ¿Cómo ha de ser bueno si todos le tratan tan mal? ¡Ya verá Vd. como yo le vuelvo otro!

—Pero, hija mia, por más que tu bondad lo allane todo, no podrás remediar vuestra pobreza: tu abuelo te dará muy poco, y sois tres bocas para comer un jornal muy corto.

—Dios proveerá, señora: yo soy robusta y sé trabajar: en cuanto á mi abuelo, hace bien en guardar lo que tiene: el pobrecito es muy viejo, y ha pasado toda su vida trabajando.

—¡Pero, hija mia, si no guardará lo que tiene! exclamó doña Agueda dolorosamente afectada: si lo guardara, ahí lo hallariais á su muerte; pero es que piensa darlo á tu hermana!

—Eso es muy justo, señora. Trinidad se casa á su gusto, y Andrés le ayudará: además mi hermana es débil y delicada, y yo soy fuerte; ella es linda y necesita galas; yo soy fea, y solo me está bien la limpieza.

—¡Eres un angel, Florencia! exclamó doña Agueda enjugando sus ojos.

—Y luego, señora, prosiguió la jóven, si yo no me casara con el pobre Jacobo, ¿quién se habia de casar con él, con la fama que tiene de mal génio y de mal padre? ¿Quién querria ir á cuidar de ese pobre muchacho, que ya va siendo hombre, y que está abandonado?

—Tienes razon, Florencia, dijo doña Agueda; debes casarte con Jacobo: tú serás feliz á pesar de todo, porque le quieres, y al mismo tiempo harás una obra de caridad: así, pues, no hablemos más de eso; te casarás con él, y tu abuelo hará algo por tí, aunque no sea todo lo que debe: yo tambien haré lo que pueda.

—Muchas gracias, señora, respondió Florencia: solo quisiera oirle algun consejo de aquellos tan buenos que sabe dar.

—En dos palabras te diré lo que debes hacer para ser dichosa: ten confianza en Dios, y procura que tu marido encuentre agradable su casa.

—Lo haré como Vd. me dice.

—No le contradigas nunca abiertamente: todos los hombres, así los más nobles como los

de nacimiento más humilde, lo mismo los pobres que los ricos, son muy orgullosos: la mujer tiene mil caminos de rodeo para llegar á su corazon sin atacarles de frente.

—¿Quiere Vd. decir que debo hacer todo lo que él ordene?

—Sí, hija mia; la sumision es el primer deber de la esposa; no le pidas cuentas del dinero que gane; pero si te da ménos de lo necesario por quedarse él con el resto, hazle ver con buenas razones que no tienes bastante: en este caso, haz que le falte alguna cosa de las que más le agraden; pero nunca busques por tí misma recursos para cubrir las obligaciones de tu casa: el deber del hombre es sostener á su familia: el de la mujer componerse lo mejor posible con lo que su marido gana.

—Eso mismo he pensado yo siempre, señora.

—En cuanto á su hijo, á pesar de su mala índole y de sus peores inclinaciones, no te entrometas jamás á castigarle: crecerá, y nunca olvidará el castigo que le impongas, y por justo que haya sido, te aborrecerá: su padre mismo, tan descuidado hoy para él, se resentirá de tu rigor y se acordará de que es padre: la posicion de una madrastra, hija mia, es la más difícil y quizá la más dolorosa de la tierra; si educa bien á los hijos de su esposo, para lo cual es indispensable alguna firmeza de carácter, todos, y el marido el primero, dicen á una voz:

—¡Cómo se conoce que no es su madre!

Si les deja hacer lo que les acomoda, y los muchachos sacan malas cabezas, no cesan de repetir:

—¡Como los pobrecitos no han tenido madre que les educase!

—A bien, dijo Florencia, que eso no habla conmigo: todo el pueblo sabe lo que es Ramon.

—Pero desde el dia en que te cases con su padre, la responsabilidad de lo que es y de lo que ha sido caerá sobre tí: nadie se acordará de sus picardías, sino de que ya tiene madre que le corrija, como si tú pudieras hacerlo. Jacobo, al fin, es su padre, y desde el dia en que le dé madrastra, puede que empiece á quererle, como si alguno le obligase á dársela: quizá nunca hallará ya el suficiente motivo para que le reprendas; quizá de hoy más sean gracias para él todas las malas acciones de su hijo.

—Entonces, señora, ¿qué suerte me espera? exclamó Florencia asustada: ¿Por qué cuando se casa un viudo con hijos, suele compadecerse á éstos?

—¡Ah, hija mia! Jamás he dicho yo *¡pobres niños!* sino *¡pobre mujer!*

—¡Y tiene Vd. razon!

—Una madrastra, Florencia, más que ser buena, necesita aparentar que lo es: nada de castigo ni de violencia con el hijo de tu esposo: ese método te haria sufrir mucho, por tus pro-

pias desazones, por las que ocasionarias á Jacobo, y por el ódio que se despertaria hácia tí en el corazon de su hijo: todo el pueblo te criticaria, y al fin tendrias que dejarle: repréndele con mesura, aconséjale, obra bien con él, y despues, que haga lo que le acomode: con un hijo tuyo, no obrarias así, ya lo sé: le seguirias los pasos, le sujetarias si era malo, y te bendecirian como á la mejor y más justa de las madres: mas si obras así con Ramon, te execrarán como á la más cruel de las madrastras.

—Conozco que tiene Vd. razon.

—La tranquilidad de la pobre mujer que halla en la casa de su esposo hijos de otro matrimonio, depende de la buena ó mala índole de aquellos: si tú supieras leer, te daria un libro de un gran autor francés: una historia tristísima en la cual una pobre jóven de veinticuatro años muere víctima de las horas de amargura que le ocasionan dos hijas de su esposo, y que le ocultaba á él por lo mucho que le queria.

—¡Oh Dios mio, señora! ¡Casi estoy por decir que no quiero casarme con Jacobo!

—Yo he debido ponerte ante los ojos, hija mia, los inconvenientes de tu matrimonio: ahora te diré que, á pesar de todo, puedes hacer de él *un lazo de flores*.

—¿Cómo?

—Sé indiferente hasta cierto punto con Ramon, pero de modo que él no lo conozca: pro-

cura llevar el génio á su padre, ruega á Dios todos los dias por tu felicidad y la de tu familia, y él la conservará.

—Lo haré así, señora, dijo Florencia levantándose, y quiera Dios que mi matrimonio sea como Vd. dice, *un lazo de flores:* á lo que no puedo avenirme es á ser indiferente con Ramon.

—El cariño te haria ser severa: pero tu corazon, Florencia mia, es el de un ángel, y así, obra como él te dicte.

Doña Agueda, dichas estas palabras, alargó su mano á Florencia, que la besó con gratitud, y deseándole buena noche, se fué á su casa.

Al dia siguiente se hallaron en la misa de alba, el tio Pedro y doña Agueda.

—¿Qué logró Vd. anoche de Florencia, señora? le preguntó.

—Nada, tio Pedro, respondió doña Agueda: está empeñada en casarse con Jacobo.

—Peor para ella: ya verá que bien le va.

Y el tio Pedro tomó muy mohino el camino de su casa, y se puso á trabajar en su taller, sin decir una palabra á nadie.

VIII

La boda.

Han pasado tres semanas, y es el dia del casamiento de Trinidad y Andrés.

Todo el pequeño pueblo de Torres parecia tomar parte en la alegría del anciano tejedor y de su familia.

Es verdad que aquel y esta eran generalmente estimados y queridos por su honradez y bellos sentimientos.

Segun costumbre de las aldeas, se habia elegido un domingo para el casamiento.

A las cinco de la mañana, los novios, que se habian confesado y comulgado el dia anterior, fueron á la iglesia acompañados de doña Agueda—que quiso ser la madrina,—de sus parientes y amigos: despues de la ceremonia, y concluida la misa, el virtuoso Párroco, anciano lleno de bondad, les dirigió una sentida exhortacion, y luego les acompañó hasta su casa, donde ya estaba preparado el chocolate.

Imaginaos, lectores mios, la salita del señor Pedro, limpia como el oro, y en su centro una gran mesa cubierta con una fabulosa cantidad

de jícaras de espumoso chocolate hecho con leche.

Colocadas las jícaras en una bandeja, ocupaban el centro de la mesa, y tenian á entrambos lados otras dos bandejas llenas de tortas de manteca, obra de las hábiles manos de la señora Sebastiana, madre de Andrés.

Veíanse además, ocupando los claros de la mesa, cestillos de mimbres nuevos, llenos de bizcochos de diferentes clases y de bartolillos embutidos de crema: rebanadas de pan con miel, pan de gaita (1) en abundancia y grandes vasos de leche recien ordeñada.

Las familias mejor acomodadas del pueblo estaban ya en la salita, cuando los novios volvieron de la iglesia, habiéndose llenado tambien de gente la pieza ocupada por Baltasara y por sus hijas.

Los que no cabian arriba, estaban á la puerta de la calle, sentados y formando grupos, en los cuales se charlaba alegremente: los chiquillos habian invadido el patio y la escalera.

No bien la novia, su madre, su suegra y su hermana se habian quitado los vestidos de cúbica negros, y las mantillas forradas que habian llevado á la iglesia, para ponerse sus trajes de casa, se sentaron á la mesa para desayunarse.

---

(1) Especie de tortas de miel, yemas y manteca.

Ocupó la cabecera el señor Cura, y su derecha doña Agueda: ésta llevaba un traje muy sencillo de seda negro, un pañolon liso de crespon blanco, y una bonita papalina de tul, sin cintas ni adornos.

Los lados de doña Agueda y del señor Cura fueron ocupados por el tio Pedro, vestido con un traje negro de paño nuevo, y por la señora Sebastiana.

Florencia y su madre, como amas de casa, estaban poco rato quietas, pues eran las primeras que debian cuidar de los convidados.

Estos se fueron colocando segun su gusto, y el desayuno pasó sin más novedad que las bromas dirigidas á los novios en medio de la más cordial alegría.

Jacobo era tambien del número de los convidados; estaba vestido con decencia, aunque pobremente, y la belleza de su figura hacia que se olvidase lo modesto de su traje.

Persuadidos ya el señor Pedro y la señora Baltasara de que Florencia no desistía de su propósito de casarse con él, le trataban con mayor cordialidad, y no se habian olvidado de convidarle á la boda de su hija.

Ramon habia acudido tambien llamado por Florencia; pero su derrotado vestido, y además el espantoso miedo que le causaba su padre, junto con la aversion que todo el pueblo le

profesaba, hacian que se mantuviese oculto en el rincon más oscuro del patio.

Allí le llevó Florencia una gran jícara de chocolate, una buena torta, un vaso de leche y algunos bizcochos.

La jóven veia la humillante indiferencia, ó desprecio, con que todos trataban á Jacobo, que tenia pocos amigos, por su mal carácter y por su excesiva pobreza.

Pero la angelical Florencia no hizo ninguna comparacion amarga entre la suerte de su hermana y la que parecia estarle reservada: alegrábale el alma la dicha de Trinidad, y su actividad para atender á todos los convidados admiraba á la grave señora Sebastiana, que mas de una vez se dijo á sí misma suspirando:

—¡Qué lastima que mi hijo no haya elejido á ésta!

Luego miraba alternativamente á Trinidad y á Florencia, y añadia no sin lanzar un nuevo suspiro:

—¡Pero si es tan fea!

En efecto, nunca pareció tan desgraciada la fisonomía de la pobre Florencia, quizás á causa de que nunca habia parecido tan bella la de su hermana.

Trinidad, blanca, esbelta y torneada, llevaba un traje de muselina de lana, oscuro como sus ojos, que brillaban dulcemente bajo los suaves arcos de sus sedosas cejas: un paño-

lito blanco de muselina bordado, velaba graciosamente su pecho, dejando lucir á su cintura su maravillosa elasticidad: sus largas trenzas de color de castaña, estaban recojidas en una aguja de plata, y de plata era tambien el engaste de sus pendientes y de su collar de ámbar.

Florencia llevaba un vestido de percal azul con pequeños ramos encarnados: un pañuelo de seda de color de mahon, y el collar de coral, regalo de su madre.

Su pobre cara, ancha, colorada, morena y vasta, no ostentaba una sola faccion agraciada: sus ojillos pequeños y hundidos, no alcazaban á alumbrar con su ténue resplandor aquella fisonomía grande, ordinaria y bonachona: reconociéndose muy fea, y habiendo además oido decir muchas veces que lo era, jamás habia tenido la menor coquetería ni en su peinado ni en su traje, contentándose con un escrupuloso aseo en toda su persona.

Jacobo la miraba ir, venir y satisfacer los deseos de todos, y especialmente los suyos: y en lo íntimo de su corazon le agradecia su amor como un gran beneficio, él, á quien todos miraban con antipatía en aquella gran reunion.

Jacobo amaba mucho á Florencia, y conocia que era la única mujer que le convenia, y que podia sobrellevar su genio violento é impetuoso.

Por dos veces llegaron á sus oidos las se-

veras reprensiones que la señora Baltasara dirigia á su paciente hija, reprensiones que iban selladas con algun vigoroso mojicon, y la cólera encendió la frente adusta de Jacobo.

Este aborrecia al tio Pedro, á Baltasara y á su hija Trinidad, pagando así su fuerte oposicion á que entrase en su familia.

Acabado el desayuno, tomaron los mozos las guitarras, y despues de separar la mesa, los jóvenes de ambos sexos se pusieron á bailar, mientras los padres de familia hablaban de la siembra y de la cosecha, y las madres maniobrabran en la cocina.

Trinidad, en un rincon del cuarto que antes ocupaba con su madre, hablaba con algunas jóvenes amigas suyas, en tanto que Andrés iba y venia desde la cocina á la ventana, sin saber qué hacer, y anhelando poderse sentar un rato al lado de su mujer.

—Chica, mira tu marido, dijo á la novia una de sus amigas, en ocasion en que Andrés las miraba con tristes ojos.

—Déjale, contestó Trinidad, encogiéndose de hombros.

—Pero mujer, dijo otra, ¿por qué no vas á hablar un rato con él?

—¿Yo? Si no tengo nada que hablarle.

—¿Cómo es eso posible habiéndote casado hoy?

—Pues hija, es una verdad como un templo:

no sé qué decirle, ni él tampoco sabrá qué decirme á mí, pues hace ya mucho tiempo que vivimos juntos.

—Vamos, dijo otra muchacha de diez y seis años, y la más atrevida del corro: vamos, Trinidad, díme la verdad: ¿quieres mucho á Andrés?

—Sí, respondió Trinidad con la frialdad de expresion que le era habitual.

—Pues está claro que le querrá, añadió otra: si no fuera así, no se hubiera casado con él.

—Si he de confesar la verdad, dijo la novia, me he casado con él, principalmente por dos cosas.

—¿Y se pueden saber?

—¡Por qué no! Me he casado con Andrés, porque es rico y quiero dar rabia á la *sacristana* de la Joyosa, que tanta *fachenda* mete desde que se casó con Paquillo, porque le llevó cuatro cuartos.

—¿Y la otra razon?

—Porque es bueno *como el buen pan*, y hará en todo mi gusto.

—¡Sí! ¡Cómo despues de casado no saque la pata!

—¿Quién, él? ¡Pues si es manso como un borrego!

—Algunos parecen muy mansos, y luego...

—No me hubiera yo casado con él, si no hubiera estado segura de que lo era: ¡porque estoy más harta de los geniazos de mi madre y de mi

abuelo! Lo que tiene es que ahora me ayudarán á tirar á Andrés de las riendas.

—No tireis tanto que se rompan.

—Yo, chica, dijo la jovencita atrevida, creo que no es lo mejor sujetar mucho á un marido.

—¡No, que les dejaremos hacer lo que les dé la gana! exclamó con enfado Trinidad: mi madre bien tiraba de la manga á mi padre, que en paz descanse, y no ha habido en el mundo mejores casados.

—¡Quiá! repuso otra de las jóvenes: ¿tu madre tirar de la manga á tu padre? ¡Buena es ella! Dice mi abuela, que lo que hacia tu madre era gritar por cualquier cosa, como ahora hace con Florencia y contigo; pero se miraba en los ojos de su marido y le tenia como cuerpo de rey: tú serás peor, Trinidad: tú eres mansa y no regañarás; pero harás tu gusto y tendrás en un puño á Andrés, que es cachazudo como él solo.

La conversacion de las jóvenes fué interrumpida por el almuerzo, que se servia á las nueve, pues los dias de boda, en las aldeas, están exclusivamente dedicados á la gula.

Sirviéronse magras con tomate: tortillas con longaniza, y sendos cuartos de cabrito y cordero asado, amen de las muchas frutas, pastas y dulces.

Acabado el almuerzo, empezó la *batalla de la confitura*, indispensable en todas las bodas de labriegos.

Dió principio arrojando los mozos desde la calle grandes puñados de confites, caramelos y peladillas, los que, introduciéndose por la ventana abierta, fueron á herir en la faz á los concurrentes, con no poca risa de éstos y no poco gusto de los muchachos, que viendo el suelo sembrado de *confitura*, se arrojaban á él atropellándose para cogerla.

En la calle habia otra turba de chicos esperando la revancha, que no tardó en llegar, pues armándose los mozos que estaban arriba de enormes pañuelos de confites, los arrojaron á los de la calle, que recibieron la descarga con alegre gritería.

Por supuesto que los proyectiles causaron algun daño en los ojos y narices, pero es una costumbre tan antigua y arraigada, que por nada en el mundo renunciarian á ella, ni aun los más descalabrados.

Los primeros disparos se hicieron con la confitura que habia en los platos de la mesa; pero habiendo quedado muy pronto vacíos, la señora Baltasara llamó á Andrés, que volvió cargado con un costal de confites y caramelos.

Al ver tal profusion, todos los concurrentes palmotearon gozosos; pero habiéndose acercado algunos á la ventana, vieron con asombro que los de la calle tenian un borrico, cuyo seron estaba colmado de confitura.

El entusiasmo subió entonces de punto: nun-

ca se habia visto un despilfarro igual: vítores, gritos, palmadas, todas las muestras posibles de contento se agotaron; y por más que se cansaron de tirar, y que la batalla se prolongó mucho más que lo de costumbre, los proyectiles no pudieron agotarse en ninguno de los dos bandos.

Cuando llegó la hora de la comida, ninguno de los chiquillos pudo probar bocado: tal atracon se habian dado de confites y almendras de azúcar, además de llevar bien repletos todos sus bolsillos.

En la comida habian agotado las señoras Baltasara y Sebastiana todos sus primores: ricos picadillos de cerdo; aves rellenas; corderos enteros tostados con manteca; liebres con salsas de yemas; jamones cocidos con vino generoso, y ostentando cada uno una hermosa capa de azúcar tostada; inmensas fuentes de enormes anguilas con salsas de almendras y leche; ricos salmones con cebolla picada; odoríficas frituras de carpas; empanadas de ternera y de pichones; tarteras de perdices en guiso, en cada una de las cuales habian puesto por lo ménos una docena; ricas y suculentas natillas; frutas de sarten de todas clases; tortas de miel y pasas, y en fin, todas aquellas delicias del paladar, que solo se encuentran en los festines de los labradores aragoneses, y ante los cuales el gastrónomo más descontentadizo y exigente, se sentiria poderosamente excitado.

Despues de la comida, los padres y madres fueron á vísperas, excepto algunos de ellos que se quedaron para vigilar á los jóvenes, que seguian bailando al son de las guitarras y bandurrias, y de los alegres cantos de la *jota*.

Al anochecer se encendieron los candiles nuevos y los velones de bronce, brillantes como el oro: y en tanto que las mujeres preparaban la cena y que los hombres seguian conversando, Florencia y Jacobo hallaron una ocasion de hablarse.

—Florencia, dijo el novio acercándose á la jóven: he estado pidiendo al señor Cura que, antes de salir de tu casa, haga señalar á tu abuelo el dia de nuestra boda.

—¿Y qué te ha respondido? preguntó Florencia.

—Que lo hará.

—Yo he suplicado lo mismo á doña Agueda, que por eso le hablaba en voz baja, y me ha asegurado que no saldrá de aquí sin saber qué dia nos casamos.

—Me alegro de que hayamos tenido el mismo pensamiento: ya es hora de que tambien yo mire por mi comodidad, porque, francamente, estoy muy mal así.

—Es cierto, mi pobre Jacobo: no tienes quien te cuide, ni quien te haga la comida, ni quien te lave la ropa: ¡y luego, ese pobre Ra-

mon! Por él, más que por tí, tengo deseo de que nos casemos.

—Y yo tambien: porque creo que tu podrás hacer con él más de lo que yo hago.

—Me parece lo mismo.

—No te duela el pegarle, y con un buen palo, pues la mano es ya blanda para él.

—¿Pegarle yo? ¡Dios me libre, Jacobo!

—¿Pues qué piensas hacer? ¡no sabes tú lo que es ese pillastre!

—Jacobo, tú eres sobrado duro con tu hijo.

—Es que yo no le quiero, Florencia: su madre no supo darme paz en mi casa, ni hacerme dichoso: el chico me incomoda para todo: es un estorbo que hallo siempre plantado en mitad de mi camino: no porque sea mi hijo, dejo de conocer que está muy de sobra en el mundo.

—Jacobo, eso no está bien dicho, ni tú lo sientes así tampoco; pero eso no importa: vale más que me hables de ese modo: porque si viera que querias á Ramon, sobre todo, entraria con ojeriza para él; viendo que no le quieres, me haré cuenta que no tiene más amparo que yo. ¡Ay Jacobo! todos los hombres que tienen hijos debian aparentar que no los quieren al volverse á casar! que las mujeres, al fin, tenemos entrañas, y estas serian de madre para los pobres huérfanos!

—¡Jacobo! ¡Florencia! dijo una dulce voz á la espalda de los jóvenes: ahora sí que os puedo

asegurar que, á pesar de todo y de todos, vuestro matrimonio será un lazo de flores.

Volviéronse los amantes, y se hallaron cara á cara con doña Agueda, en cuyas nobles facciones se pintaba un vivo enternecimiento.

—Sí, prosiguió la señora, sí, hijos mios: á los ojos de los demás, vosotros reunís todas las circunstancias posibles para ser desgraciados: á los mios reunís todas las que se necesitan para ser dichosos: creo que Dios os ha destinado para hacer ver que del seno de las más duras posiciones puede salir la más perfecta felicidad.

La adusta fisonomía de Jacobo, desarrugada ya un tanto por el suave lenguaje de Florencia, se iluminó por completo con las dulces palabras de doña Agueda; bien así como se alegra un cielo cargado de nubes, al barrerlas súbitamente los dorados rayos del sol.

—Señora, dijo, nunca habia oido tan consoladoras palabras; muchas gracias por ellas. Florencia, añadió volviéndose á su novia, bendita sea tu boca, por lo que me has dicho! Me taladraba el corazon el pensamiento de que no podria hacerte feliz.

La llegada de la cena puso fin á esta conversacion; aquella fué semejante al almuerzo; es decir, más ligera que la comida; pero los convidados, hartos ya de devorar, á pesar de su apetito de campesinos, apenas tocaron á ella.

Despues de los postres, el señor Cura hizo

una señal con la mano, significando que iba á hablar, y se estableció el silencio más profundo.

—Señor Pedro, dijo el Vicario con dulce gravedad, señora Baltasara; deseo que señalen ustedes esta noche el dia de la boda de Florencia con Jacobo, y esta señora, añadió volviéndose á doña Agueda, desea lo mismo que yo.

Doña Agueda hizo una señal afirmativa: el tio Pedro puso un gesto muy marcado de mal humor, y la buena Baltasara echó á llorar.

—No veo qué es lo que impide que Florencia y Jacobo se casen, prosiguió el Cura: los galanteos largos no convienen á las muchachas honradas, y Florencia hace ya un año que está perdiendo el tiempo.

—Que se casen cuando quieran, contestó el tejedor con mal humor.

—Eso no es decir nada, señor Pedro, repuso Jacobo; no quiero yo hacerlo más que cuando Vd. disponga; pero deseo que sea cuanto antes.

—Vaya, dijo doña Agueda, le señalaré yo; pasado mañana se arreglarán en mi casa las condiciones de la boda, y dentro de quince dias se casarán.

—¿Y las amonestaciones? observó el tio Pedro.

—Hay un dia de misa y otro de fiesta en esos quince dias.

—Está dicho, repuso el tejedor, que se vió entre la espada y la pared.

—Pero mujer, ¿á qué viene llorar así? preguntó la madre de Andrés á la señora Baltasara: ¡ni que fueran á matarte la hija!

—¡Ay, Dios mio! ¡Más valiera que la mataran de una vez, que no que sufriera la pobrecita lo que va á sufrir!

Los convidados, entristecidos de ver llorar á Baltasara, fueron despidiéndose, y se marcharon cada uno á su casa, no sin decirse unos á otros:

—Tiene razon Baltasara. ¡Pobre Florencia!

Trinidad y Andrés ocuparon la alcoba de la salita que Baltasara habia cedido á sus hijos, y la buena madre salió con su hija Florencia á habitar un cuartito situado al lado del granero.

Baltasara, despues que entró en su dormitorio, no habló una palabra con su hija; pero ésta la oyó llorar toda la noche desconsoladamente.

IX

El bolsillo.

Al dia siguiente al de la boda, Andrés se levantó con el alba y bajó al taller.

El tio Pedro, por la primera vez de su vida, encomendó su telar en manos de su nieto, quien empezó á tejer algunas varas de lienzo para la rica señora Rita, su vecina.

Andrés, que no habia tejido nunca, estaba torpe, y el tio Pedro consumió bastante paciencia, sentado en la silla, desde la cual presenciaba cómo urdía aquel el hilo en el telar.

Pero el nuevo tejedor, con todo su aspecto dulce, parecia poco dispuesto á apurarse, y no manifestó tampoco gran esmero por complacer al anciano.

A las doce en punto avisó Trinidad que la comida esperaba.

—Como no te portes mejor á la tarde, frescos estamos, dijo con enojo el tio Pedro á Andrés.

Este no contestó nada.

—¿No oyes que te habla mi abuelo? preguntó Trinidad con extrañeza.

—Sí, respondió con flema su marido.

—¿Por qué no contestas?

—¿Y qué he de contestar? ¡Dice que trabajo mal!

—Trabaja bien.

—No sé hacerlo mejor, y hago lo que puedo.

Dicho esto, subió á buen paso la escalera, se sentó el primero á la mesa y se puso á comer sin esperar á nadie.

—¡Muchacho! exclamó Baltasara: ¿no ves que aún no se ha sentado el abuelo?

—Madre, repuso el novio: es que á estas horas ya tenia yo en mi casa en el cuerpo una tortilla con magras, que mi otra madre me daba por primer desayuno; y hoy estoy solo con unas pocas sopas.

—Es que tu madre, repuso Trinidad dándose tono, te tenia hecho á muchos mimos, que ahora tendrás que dejar.

Andrés calló y siguió comiendo; pero en el fondo de su corazon juró no dejar sus mimos, sino mimarse más si podia.

Por la noche y despues de cenar, se fué á casa del herrero; y dándole una cerradura vaciada en cera, le encargó que le hiciese una llave.

—¿Para qué la quieres? preguntó admirado el herrero.

—Para abrir el arcon, donde mi mujer guarda el dinero.

—¿Por qué no pides la suya á Trinidad?

No me la querria dar: y además, yo tengo la costumbre de no pedir lo que puedo tomarme.

Al mismo tiempo que Andrés salia de la tienda del herrero, entraba Jacobo en casa de doña Agueda.

La buena señora habia enviado á llamarle diciéndole por medio de Juana, su criada, que deseaba hablar con él.

Jacobo se presentó lleno de cortedad: quitóse su pañuelo de la cabeza, y fué necesario que doña Agueda le dijese dos veces que tomase asiento.

Aquella habitacion perfumada y caliente, cubierta con una hermosa alfombra y cerrada con cortinas, imponia mucho á Jacobo, que toda su vida se habia visto rodeado de miseria.

—Jacobo, dijo con dulzura doña Agueda, despues que aquel se hubo sentado con cortedad en el borde de la silla: Jacobo, he querido verte, á pesar de que tú nunca has querido venir á mi casa.

—¡Señora! murmuró el novio de Florencia, todo confuso.

—Yo sé que llevas una vida muy ocupada, mi pobre Jacobo, prosiguió doña Agueda, viendo que aquel no tenia palabras para contestarle; así, aunque hubiera estimado mucho tus vi-

sitas, no te culpo por no habérmelas hecho: ya ves como hoy que te necesito, te he enviado á llamar.

—¡Usted me necesita, señora! exclamó con alegría aquel pobre hombre, deliciosamente admirado con el lenguaje de doña Agueda.

—Sí, Jacobo, respondió ésta: te necesito para suplicarte que aceptes mi pequeño regalo de boda.

Coloreóse el semblante de Jacobo con un penoso rubor, y guardó silencio, no sabiendo qué responder.

—Tengo algunos ahorros de viuda, prosiguió doña Agueda, porque mi esposo, que en paz descanse, me formó antes de morir una renta vitalicia, que excede á mis gastos algun tanto: cada año he ido poniendo en esta bolsa algunos pesos, y como ya hace bastantes que por desgracia estoy viuda, han llegado á formar una suma regular.

Acéptala, Jacobo; prosiguió doña Agueda alargando al pobre jornalero una bolsa de seda carmesí, á través de cuyas mallas brillaban muchas monedas de oro: guárdala: Florencia y tú me interesais mucho, y sé que el tio Pedro piensa dar muy poco á tu mujer.

—Mi señora doña Agueda, contestó Jacobo separando suavemente la mano de la viuda que seguia ofreciéndole la bolsa: perdone Vd. que no admita su caritativa oferta: siempre he sido

muy pobre, nunca he podido ahorrar un cuarto: pero nunca tampoco he gastado un ochavo que no haya sido ganado, y bien ganado por mí.

—Pero, Jacobo, esto te lo quiero yo regalar, dijo doña Agueda: tengo gusto en ello: Dios no me ha dado hijos por quienes mirar, y considero como á tales á los pobres; tú no eres rico, y además á tí y á Florencia os estimo: ¿por qué no quieres admitir un dinero que para nada me sirve?

—Señora, hay en el pueblo muchos pobres ancianos é impedidos, y algunas infelices viudas cargadas de hijos y sin un bocado de pan que darles: yo soy jóven, robusto, tengo buenos brazos para trabajar, y creeria robarles la limosna de Vd. si la admitiese.

—Esto no es una limosna, Jacobo; es un regalo.

—Si yo fuera una persona bien acomodada como Vd., doña Agueda, seria regalo, porque podria devolverle otro del mismo ó mayor precio; pero como soy un pobre, es una limosna, puesto que yo no puedo darle una cosa que valga tanto como lo que contiene esa bolsa.

Doña Agueda miró á Jacobo asombrada de la claridad de su juicio: parecíale imposible que aquel fuese el hombre violento á quien todo el pueblo miraba con cierta aversion: el hombre que no pisaba jamás la iglesia, el hombre que pasaba las noches en la taberna: el padre que

no se acordaba de que tenia un hijo, más que para maltratarle.

—Siento, señora, continuó el aldeano poniéndose en pié, siento que me haya Vd. creido capaz de aprovecharme de su buen corazon; pero llevo tan mala fama en el pueblo, que no me extraña.

—Dices bien; repuso doña Agueda pesarosa: tienes mala fama, y en verdad que no sé por qué, pues eres el hombre más honrado que conozco.

—¿Por qué, señora? exclamó Jacobo con vehemencia, y como deseando descargarse de un gran peso: ¿por qué? Yo se lo diré á Vd. y verá como tienen razon; y verá tambien, como yo no tengo la culpa de lo que ha pasado.

Me casé muy jóven con una mujer á quien creí querer; pero, la verdad, señora, pienso que solo deseaba casarme para ser amo en mi casa y para salir del lado de mi madre, que me cuidaba muy mal, y malgastaba mis jornales.

Mi mujer era más jóven que yo, y no fea, pero no tenia alma, ni gracia, ni alegría, ni ninguna de esas cosas que son tan buenas en la casa: me queria, pero me tenia miedo: bastaba que yo le dijese.—Mujer, hoy tiene poca sal el puchero,—para que se echase á llorar, en vez de decirme: Tienes razon, Jacobo, mañana le pondré más.

Por otra parte, señora, la pobre Andrea, solo sabia hacer una cosa: hilar con primor; pero en cuanto á cuidar de la ropa de su marido, en cuanto al guiso y lavado, en cuanto al gobierno de la casa, en cuanto ahorrar por acá un *ochavico* y otro por allá, Dios guarde á Vd. muchos años.

Pasaba el dia hilando, y yo iba súcio y roto, y empezó á darme vergüenza de verme entre los demás jóvenes de mi edad, todos solteros, libres, alegres, limpios como un oro.

Poco despues de un año de habernos casado, cayó Andrea mala: yo le habia dado algunos golpes, y me echaron la culpa de su emfermedad; pero fué porque Dios quiso y nada más; cuando volvia á casa del trabajo, la encontraba silenciosa y triste, la sacaba veinte conversaciones, y ninguna me seguia; era buena, mas para un hombre de mi génio, señora, no basta eso solo: empezó á agobiarme el silencio de mi casa, y nuestra pobreza, que era cada dia mayor, pues por la mala salud y ningun gobierno de mi mujer, teniamos que pagar á una vecina pobre para que lavase y limpiase nuestra habitacion: fuí una vez á la taberna, y despues otra y otra, porque allí olvidaba mi mala suerte: cuando nació mi hijo crecieron los apuros: tuve que buscar y pagar á una mujer que le criase: me irrité contra mis desdichas: juraba como un condenado, y deseando siempre ganar algun

dinero, dejé, por trabajar, de ir á la iglesia.

Cobré mala fama, y cuando Dios se llevó á Andrea, todos me acusaron de su muerte: me miraban con aversion, y yo cada dia me hice más violento, y mi génio se empeoró.

Mi hijo, abandonado y sin madre, sacó malas inclinaciones: á bien que si hubiera vivido Andrea, lo mismo y quizá peor hubiera sido: pronto conocí que me estorbaba, pasé dias y noches sin verle, y sin saber de él: mi jornal apenas bastaba para mal comer yo; y de lo que tenia le dejaba á él para que comiese.

Cada dia ha ido siendo mayor mi pobreza; por huir de la soledad de mi casa, de mi hogar sin calor, de mi cuarto tan pobre y tan desmantelado, he seguido yendo á la taberna: el tabernero me fiaba toda la semana, y el sábado por la noche se cobraba de mi jornal; pero me quedaba tan poco, que pasaba mucha hambre.

Algunas buenas mujeres del lugar, que se compadecian de verme tan desastrado, me aconsejaban que me casase otra vez; ¿pero á quién podia yo traer á mi casa, tan miserable y tan abandonada? Iba pasando revista en mi pensamiento á todas las muchachas del pueblo, y no hallaba á ninguna que hubiera podido consentir en ser mi mujer: todas sabian que yo no podia mantenerlas.

Por fin, un dia ví á Florencia que iba, cantando, por agua á la fuente, y me dije:—¡Si yo

tuviese una mujer así!—Luego pensé que era muy fea, y que nadie la habia *festejado* nunca, y me acerqué á hablarle.

A los ocho dias la queria yo con alma y vida: algunas veces, de camino que iba á la fuente, entraba ella en mi casa, limpiaba la cocina, me freia patatas, y cubria la mesa: todo esto, por supuesto, mientras que yo estaba ganando un jornal: la noche que á la vuelta del trabajo veia mi pobre cena guisada por las manos de Florencia, me sabia mejor y dormia más tranquilo.

Animado por ella me atreví á pedirla en matrimonio á su madre y á su abuelo, y me dieron un *sí* que no esperaba; pero luego se han arrepentido, aunque á decir verdad, á mí me ha importado poco, sabiendo que me quiere Florencia.

Calló Jacobo despues de terminar su triste historia, y doña Agueda, que se habia conmovido hondamente con el relato de aquel hombre, más desgraciado que culpable, guardó tambien algunos instantes de silencio.

—¿Y no has pensado, dijo tras una pausa, no has pensado, Jacobo, en que la miseria os hará penosa la vida á Florencia y á tí?

—Nunca he pensado en eso, porque la sola vista de Florencia aleja de mí todos los pensamientos tristes.

—¿Cuentas acaso con lo que le dé su abuelo?

—No, señora.

—Haces bien, porque sé que le dará muy poco.

Jacobo se encogió de hombros.

—Sois tres, prosiguió doña Agueda, y no cuentas con más recurso que con tres reales diarios de jornal: ¿qué vais á comer?

Nada respondió el jornalero, y dejó caer su cabeza sobre el pecho.

—Jacobo, prosiguió la caritativa señora, volviendo á sacar su bolsillo: aquí hay dos mil reales; hazme el favor de quedarte con ellos: peco es, pero teneis para ir viviendo.

—Perdone Vd. que le diga otra vez que no, mi señora doña Agueda.

—¡Me causas una gran pena con tu negativa! exclamó ésta con los ojos humedecidos.

—No quiero causársela á Vd., pues, dijo Jacobo tomando la bolsa: señora, Vd., despues de Florencia, es la persona que más quiero en este mundo, porque Vd. me ha dicho buenas y hermosas palabras, que á nadie habia oido todavía. Así, pues, tomo el bolsillo.

—Gracias, Jacobo, exclamó doña Agueda como si le hubieran hecho una gran merced.

Y luego, viendo que Jacobo se disponia á salir, añadió.

—No olvides que mañana se arreglarán aquí las condiciones de tu boda.

—Pierda Vd. cuidado, señora, y Dios le dé buena noche.

Jacobo salió, dicho esto, llevando en la mano el bolsillo que le habia dado doña Agueda.

Mas al siguiente dia, despues de acabada la misa de nueve, al ir el señor Cura á recolectar la limosna de los fieles para el culto, halló la bolsa en el cepillo, y fué enseguida á contar el suceso á doña Agueda.

La noble señora juntó las manos con terror, y exclamó acongojada:

—No podia yo dar mejor empleo á mi dinero: pero ¡Dios mio! ¿Qué va á ser de esos infelices?

X

Avaricia y desprendimiento.

A las siete de la tarde del mismo dia toda la familia del tio Pedro pasó á casa de doña Agueda, para arreglar la boda de Florencia y de Jacobo.

Este llegó poco despues, y saludó con ceño y cortedad á los circunstantes.

—Al asunto, dijo el tio Pedro con acento breve é irritado. Jacobo, prosiguio dirigiéndose al futuro esposo de su nieta: acabo de casar á Trinidad, y le he dado todo lo que tenia.

—¿Quién le pide á Vd. nada? preguntó con acritud Jacobo.

—Por si acaso; Trinidad se ha casado con un jóven cuyas circunstancias me acomodan, y como que han de vivir en mi compañía, les he dado alguna cosa: Florencia se casa á su gusto, pero aun así, ya he dicho en otra ocasion á doña Agueda que le daré cincuenta duros y una pieza de lienzo.

—Yo le daré mi cama de matrimonio, añadió Baltasara con voz ahogada por el llanto.

—Yo le guardo doce sábanas y una arroba de lino, dijo á su vez doña Agueda.

—Yo regalaré á mi hermana dos buenos colchones, repuso Trinidad.

—Y yo, dijo Andrés, veinte duros para un vestido.

—Con perdon de Vds., dijo Jacobo, Florencia es muy dueña de admitir y agradecer los presentes de su familia: en cuanto á mí, declaro al señor Pedro, que no quiero sus cincuenta duros ni su pieza de lienzo.

—¿Qué? ¿Cómo? exclamó el tio Pedro asombrado.

—Digo, repuso Jacobo, que yo me caso con Florencia contra el gusto de Vds., y así, que la quiero sin nada.

—¿Pero con qué habeis de comer? preguntó exasperado el tejedor.

—Ya lo veremos: una vez casados, es cuenta nuestra: no pase Vd. pena por eso.

—¡Ay, hijo! dijo doña Agueda en voz baja á Jacobo, que se hallaba junto á ella: ¿ves lo que yo te decia? ¡qué mal hiciste en desairar mi pobre regalo!

—No lo desairé, señora; pero créalo Vd., me daba vergüenza quedarme con él: yo soy jóven, y puedo ganar el pan: así, pues, continuó alzando la voz: así, pues, tio Pedro, guarde Vd. sus cincuenta duros; no me opongo á que Florencia admita la cama, que al fin y al cabo le hará fal-

ta; ni las sábanas y el lino de esta buena señora, ni los regalos de sus hermanos: pero yo, por mi parte, no quiero que me den nada.

—¡Vaya con el orgullo! dijo el tejedor.

—Es verdad que lo tengo, tio Pedro.

—¿Y en qué lo fundas?

—Quizá en la fuerza de mis puños; pero de todas maneras, aconsejo á Vd. que lo respete.

—¿Ahora vienes á echarla de maton conmigo?

—No, señor, pero no quiero limosnas.

—¡Bah! ¡bah! ¿Te habrás acostumbrado ya á la pobreza, verdad?

—Sí, señor, pero á lo que no me he acostumbrado ni me acostumbraré, es á que me insulten: con que así, y por respeto á las canas de usted, lo mejor será que me marche.

—Levantóse Jacobo dicho esto; despidióse de doña Agueda y de su novia, y salió en direccion á su casa.

—Pero no bien se vió en ella, la amargura oprimió su corazon.

—¡Ah! exclamó ¡Me desprecian! ¡Si Dios quisiera hacerme rico algun dia, cómo habian de pagar lo que hacen conmigo!

Pero, añadió mirando en torno suyo, ¿qué hará Florencia entre tanto que yo procuro trabajar para ganar algun dinero? Ella, acostumbrada á las comodidades y á tener el pan seguro, ¡cuanto va á padecer aquí!

El pobre Jacobo se dejó caer en una silla

rota y desvencijada, y ocultó su cabeza entre las manos, dominado por la amargura de sus reflexiones.

Su misma pena podia atestiguar de que aun habia alguna sensibilidad en aquel corazon que todos creian tan duro, á no haberlo manifestado ya su generoso desprendimiento, cuando la avaricia del viejo tejedor quiso cercenar á su nieta los mezquinos restos, que su culpable preferencia por Trinidad le habia dejado.

Sin embargo, la pobreza de aquel hombre, amargado toda su vida por una congojosa miseria, la pobreza del infeliz Jacobo era desoladora, y bastaba para convencerse de ello, tender la vista por su mísera habitacion.

Componíase solamente de la cocina: en un lado habia una cama de tablas, desiguales y sostenidas por unos banquillos carcomidos, sobre los cuales se extendia un raquítico colchon, que no tenia un dedo de grosor; cubríale unas sábanas ennegrecidas y bastas, y un cobertor hecho pedazos.

Un cofre con la tapa desprendida y medio rota, colocado en un rincon, contenia alguna ropa de Jacobo; una mesilla coja, algunos pucheros grasientos y desportillados y dos sillas en muy mal estado, acababan de componer el menaje de aquella triste habitacion.

El hogar, lleno de cenizas, estaba frio y desaseado; las paredes ennegrecidas; el pavi-

mento sin barrer; los vidrios de la pequeña ventana que daba luz á la cocina, obstruidos por el polvo y las telarañas.

Ramon dormia en el patio, cuando no se quedaba á pasar la noche en algun banco del camino real, ó en el pórtico de la iglesia.

Jacobo no tenia aquella noche ni señal de cena, ni siquiera un bocado de pan en su casa: la botella del vino se veia tambien vacía en uno de los desmantelados vasares.

El ruido que hizo Ramon al entrar en la cocina, sacó á su padre de sus amargas reflesiones y le obligó á levantar la cabeza: más, al ver al muchacho, la indignacion se pintó en su semblante de un modo terrible.

En efecto, el aspecto de Ramon no era para mejorar el humor de nadie.

Sus calzones, que ya hacia mucho tiempo estaban en el peor estado, habian acabado aquel dia de desgarrarse en una zarza, donde se habia metido á coger moras: traia la cara arañada, y llena de manchas moradas de aquella fruta: su cabello enmarañado y cubierto de polvo, caia como un bosque inculto sobre su frente descolorida: traia los piés y piernas descalzos, segun costumbre, y llenos de barro, y sus huellas negras y húmedas quedaban impresas en el pavimento.

Tampoco el muchacho contaba sin duda con hallar allí á su padre, porque al encontrarse

cara á cara con él, perdió el color y quiso salir de nuevo.

—¿A donde vas? preguntó Jacobo con voz de trueno.

Ramon no contestó.

—¿Cuántas noches hace que no duermes en casa? tornó á preguntar el irritado padre.

—Tres, contestó el muchacho con frescura.

Jacobo se levantó con ímpetu, cogió unas grandes tenazas que habia en la chimenea, y las arrojó á la cabeza del muchacho, que inclinándose quiso evitar el golpe, sin que pudiera lograrlo del todo.

Las tenazas dieron en su cabeza, en la cual abrieron una profunda herida, de la que instantáneamente brotó la sangre.

—¿Para esto quiero Vd. que venga á casa? gritó el herido, cuyo semblante estaba trastornado por la furia y el dolor del golpe: y luego, apretándose con ambas manos su cabeza magullada, añadió, mientras dos lágrimas rabiosas surcaban sus mejillas.

—¿Qué hallo yo en mi casa, porque mia es la casa de mi padre? ¡Golpes, un banco de ladrillo en el patio para dormir, y soledad y tristeza! ¡Nunca tengo ni un bocado de pan, y si no voy desnudo, es porque me han dado estos calzones de limosna!

Jacobo, más y más irritado, tomó una silla para arrojarla á su insolente hijo: mas el mu-

chacho cogió las tenazas que aun estaban á su lado, y trastornado por el dolor de su herida, las empuñó con aire amenazador.

—Padre... ¡Si me vuelve Vd. á pegar, me defenderé!... dijo con voz sorda.

¡Tunante! gritó Jacobo.

—No estoy de parecer de dejarme matar.

Y el indómito Ramon salió, dichas estas palabras, dejando á su padre bramando de furor.

Mas apenas el muchacho habia llegado al umbral de la puerta, lanzó un suspiro doloroso, y cayó cuan largo era, acometido de un profundo desmayo.

Dios quiso que á la sazon pasase por allí una buena vecina: acercóse al portal, y reconoció á Ramon bañado en sangre.

—¡Pobre muchacho! exclamó: ¡Ah, todas las madres que se mueren, debian llevarse á sus hijos!

La compasiva mujer llamó á su marido y á su hijo, que se calentaban al amor de la lumbre, y Ramon fué conducido á su propia casa, donde todos se ocuparon en restañar la sangre que corria de su herida y en hacerle volver en sí.

Jacobo se acostaba entretanto; pero á pesar de su aparente estoicismo, sus ojos no pudieron conciliar el sueño, y toda la noche estuvo viendo ante ellos la imágen ensangrentada y amenazadora de su hijo, y la de Florencia exánime de hambre y de fatiga.

XI

Fraternidad.

El dia prefijado para la boda de Florencia por el señor Cura y doña Agueda, llegó por fin.

Desde la escena que tuvo lugar en casa de la buena señora, entre el tio Pedro y Jacobo, éste no habia vuelto á poner los piés en el domicilio del viejo tejedor.

Unicamente habia visto á Florencia cuando ésta iba por las tardes á llenar sus cántaros á la fuente: allí habian trocado algunas palabras, suaves y llenas de esperanzas por parte de Florencia: amargas y preñadas de amenazas por parte de Jacobo.

A pesar de la diversidad de sus caractéres, Florencia amaba á Jacobo con más pasion cada dia, y sentia hácia él una invencible atraccion.

Eran un réprobo, y el ángel de su guarda.

La víspera del dia señalado para el casamiento, la buena Baltasara hizo entrega á su hija de su cama matrimonial, compuesta de un magnífico jergon, de dos excelentes colchones, de dos mantas de pelo largo y afelpado, de

cuatro sábanas de hilo, y cuatro almohadas iguales: todo esto estaba además colocado en un hermoso catre en forma de barco, de pino, pintado de verde, con flores encarnadas y azules en la cabecera.

Esto era todo lo que la buena madre podia dar á su hija.

—Florencia mia, le dijo: ahí tienes la cama en que habeis nacido tú y tu hermana; ya sabes, hija, que aunque hemos visto ahora que tu abuelo está rico, yo soy muy pobre; tú sabes tambien que desde la muerte de tu buen padre, que esté en gloria, yo no dispongo de un cuarto; tenemos la casa llena de comestibles, y los que faltan los tomamos á cambio con otras vecinas; así, pues, no tengo ni siquiera una docena de duros que darte, con harto dolor de mi alma te lo digo!

—¡Madre, no hable Vd. así, por Dios! exclamó Florencia enjugándose los ojos, ni aun de su cama quisiera yo que se privase Vd. por mí; es lo único que tiene, y se queda sin ello por dármelo!

—¡Pues qué! ¿Habias de salir del lado de tu madre, sin una memoria suya? ¡No faltaba más! en fin, hija, poco es; pero tu hermana te guarda ya los dos hermosos colchones que te ha ofrecido: ya sabes que ayer acabaron de hacerse, y son de lo mejor: Andrés te dará veinte duros; doña Agueda acaba de enviarte con Juana doce

ricas sábanas; míralas allí en aquella silla, como están sin mojar; ahora vendrá la arroba de lino, que te dará buenas camisas para Jacobo, para tí y para el chico; porque, hija, por Dios, mira por esa criatura!

—¡Descuide Vd., madre!

—Ahora, añadió Baltasara, marcha á tu casa, hija, límpiala bien, por que sabe Dios como estará, y cuando pases por casa del tio Jesualdo, dile que venga á buscar la cama.

Florencia salió precipitadamente, y en un momento cruzó los doce pasos que la separaban de la casa de su futuro, situada en la misma calle y casi enfrente de la suya.

En el portal, con la cabeza vendada, pálido y sombrío estaba Ramon sentado en una piedra.

—¿Qué haces aquí, hijo? le dijo Florencia acercándose á él vivamente.

—Estoy aguardando que venga el sol, contestó el chico.

—¿Tienes frio?

—Mucho.

—Pues no le hace: pero ¡calla! ¿has almorzado?

—No, señora.

—¡Sea todo por Dios! ¿Y tu padre?

—Tampoco; pero se llevó un pedazo de pan que habia en la cocina.

—Vamos, que ya estoy aquí, y todo se arre-

glará: en primer lugar, mi pobre Ramon, quisiera que me hicieras un favor.

—¡Bueno estoy yo para hacer favores! murmuró Ramon, cuya índole, desde la última cuestion con su padre, se habia vuelto mucho más amarga y sombría que antes.

—El que yo te pido es pequeño, se reduce á que pases ahí, á casa del tio Jesualdo.

—Voy, dijo el chico levantándose.

—Dile que venga al momento.

Ramon salió á la calle: el pobre chico apenas podia sostenerse: habia perdido mucha sangre por su herida, y nadie habia cuidado de curársela ni de darle alimento, pues al dia siguiente de haberle recogido herido aquella buena vecina, se salió de su casa, en la cual le reconvenian su marido y su hijo, diciéndole que tenia merecidos los golpes de su padre.

Mientras él iba á hacer el encargo de Florencia, ésta se levantó su basquiña, tomó una vieja escoba, y barrió, cantando, el hogar, frio y lleno de polvo y de ceniza.

Apenas acababa de hacerlo, entró el tio Jesualdo, seguido de Ramon.

Era el recien llegado un hombrecito pequeño y rechoncho, que hacia de mandadero de todo el pueblo.

—Tio Jesualdo, dijo Florencia; vaya Vd. á mi casa, y diga á mi madre que le dé una brazada de sarmientos, un tronco grueso, un pan,

dos huevos, un poco de aceite y unos trapos de hilo.

—¿Nada más? preguntó Jesualdo riéndose socarronamente.

—¡Ah, sí! y diga Vd. á mi hermana que venga un momento.

—Pues hasta ahora mismo.

El mensajero salió: Florencia acabó de barrer perfectamente el fogon; luego fué á la cama, tomó la vieja manta, la dobló en cuatro partes y la colocó en un lado, diciendo á Ramon.

—Siéntate aquí.

—¿Dónde? preguntó el muchacho, no pudiendo creer en la existencia de unas atenciones tan nuevas para él.

—Aquí, sobre la manta.

Ramon obedeció, y al mismo tiempo entraba el buen Jesualdo con todos los objetos que le habia encargado Florencia.

Esta tomó los sarmientos, partió algunos, los colocó en el hogar, y les prendió fuego con un eslabon y una yesca, que halló por casualidad en aquella desmantelada casa: colocó el tronco sobre los sarmientos, y la cocina se iluminó con una hermosa llama.

Detrás de mí viene Trinidad, dijo el tio Jesualdo; y ahora, añadió, voy á volver á tu casa, para traerte algunas cosas que me ha encargado tu madre.

Florencia hizo á su mandadero un signo de

asentimiento, y luego volvió activamente á sus faenas de providencia.

Acercó á la lumbre un puchero de agua, y media hora despues, el pobre Ramon tenia delante una apetitosa y reparadora tartera de humeante sopa con huevos batidos.

Antes de que empezase á comerlas, Florencia descubrió su herida cabeza: lavó la llaga con agua fresca, y la vendó con trapos limpios y con una larga cinta de hilo, que su previsora madre le habia enviado.

—Vaya, dijo despues, ahora, hijo, come, y si quieres darme gusto, no dejes nada.

Y Florencia llevó á su hermana, que acababa de entrar, á un lado de la cocina.

—¿Qué tienes, Trinidad? exclamó asustada al ver la alteracion de sus facciones.

—¿Qué tengo? respondió ésta. ¡Que me ahoga la ira!

—¿Pues qué ha pasado en casa?

—¡Qué ha de pasar! Que mi señor marido tiene otra llave del arcon donde guardamos el dinero!

—¡Jesús! exclamó la buena Florencia. ¡Si parece imposible!

—¡He echado de falta en él, treinta duros!

—¿Pero en qué los gastará?

—¡En jugar, en beber! ¿Qué se yo?

Y Trinidad echó á llorar, ahogada de coraje.

—Vaya, serénate, pobrecita, dijo Florencia:

serénate, ó no me atreveré á pedirte un favor que queria que me hicieses.

—¿Qué quieres? preguntó Trinidad enjugándose los ojos, pues en realidad amaba mucho á su hermana.

—Queria...

—¡Vamos, habla! ¿Tienes vergüenza conmigo?

—¡Como te veo tan triste!

—¿Triste? ¡No! ¡Rabiosa sí que estoy! Pero no importa, habla.

—Pues bien, mira: quisiera que de los veinte duros que me ofreció Andrés darme mañana, me dieras hoy uno.

—¿Cómo uno? Aquí te los traigo todos.

Y Trinidad sacó de su faltriquera veinte hermosas piezas de plata, y las puso en las manos de su hermana.

—¿Sabes tú por qué queria algun dinero? dijo Florencia apoyándose en el hombro de su hermana. Para comprar á Ramoncillo para mañana un vestido decente: iré á casa de la *generala,* que tiene chicos de su edad, y los lleva bien vestidos.

—Florencia, dijo la esposa de Andrés: abuelo se ha portado contigo á lo judío: nada te dará, y eso es una bribonada.

—Calla, por Dios, criatura: ¡que es dos veces nuestro padre!

—¡Peor que padrastro ha sido para tí! pero

escucha: en mi tablar se han cogido este año bastantes sacos de judías y patatas, y tengo apartadas para tí una talega de cada cosa.

—¡Pero Dios mio, qué dirá el abuelo!

—Te doy lo mio, y no lo suyo; además, ahora desde el portal de casa volví á donde él estaba, porque se me ocurrió una cosa: por eso tardé.

—¿Qué dices?

—Que volví á donde estaban abuelo y el bribon de mi marido, y dije: Abuelo, he separado dos piezas de tocino para mi hermana...

—Bien, me respondió mohino.

—Y un pellejo de aceite.

—Bien, repitió más hosco.

—Y un saco de arroz.

Aquí ya no dijo *bien*.

—Y cuatro quesos.

Tampoco respondió.

—Y dos docenas de morcillas.

—¡Y un demonio! gritó con mucho enojo.

—Y un demonio, no señor; pero sí dos buenas rastras de chòrizos, además de todo lo que llevo dicho.

—Anda, me dijo el picaron de Andrés: toma veinte duros, y llévaselos de mi parte.

Subí al cuarto, y al tomar tus veinte duros, noté la falta de otros treinta.

—Pues mira, hija; ya que has tenido esa pesadumbre, quédate con los diez y nueve, de los veinte que me destinaba Andrés.

—¡No faltaba más! exclamó Trinidad.

—¿No me pones tú la despensa?

—¿Y qué, todos te hemos de dejar como una pobre abandonada? Madre no puede darte lo que quisiera, porque de nada dispone: abuelo no quiere: solo yo puedo hacer algo, y lo haré siempre; Florencia, cuando te falte alguna cosa, no te olvides de tu hermana.

Florencia abrazó á Trinidad, llorando á lágrima viva, y ésta salió, quedando aquella con Ramon.

XII

La sonrisa de Dios.

Florencia, despues de enjugarse los ojos, volvió al hogar, al mismo tiempo que Ramon, habiendo concluido su enorme cantidad de sopas, se levantaba para llevar la tartera á otra parte.

—¿Por qué te levantas? preguntó la jóven: estáte ahí calentándote, mientras yo avío esta cocina.

—¿No quiere Vd. que la ayude? preguntó el chico.

—¡Pobrecillo! ¡si estás tan flojo!

—¡Ca! ¡si supiera Vd. como me han animado las sopas! ¡Soy otro! Ya puedo hacer algo, aunque valga para poco.

—Quiero que veas en cuánto estimo tu buena voluntad, Ramon: ea, ¿podrás ayudarme á separar esa cama?

—¿La de mi padre?

—Sí.

—¡Ya lo creo!

—Poquito á poco.

Ramon dobló las ropas con cuidado, embarazado y tímido, pero lleno de buena voluntad: luego hizo lo mismo con el colchon, y lo puso en el suelo, retirando despues los banquillos y el tablado.

Florencia barrió el sitio que ocupaba la cama, y no bien acababa de hacerlo, entró el tio Jesualdo cargado con el pesado y antiguo lecho nupcial.

—¡Qué cama tan hermosa! exclamó Ramon, que miraba pasmado el catre.

—Tú tambien tendrás una buena cama, hijo mio, dijo Florencia, pasando su moreno brazo en derredor del cuello del muchacho.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿No hay más que esta cocina en la casa?

—Sí tal: arriba está el granero, y un cuarto pequeño.

—Pues aquel va á ser para tí.

—¿Para mí solo?

—Solo para tí: vaya, enséñasele al tio Jesualdo, y que suba allá ese tablado.

Ramon obedeció, sin poder darse cuenta de lo que pasaba. ¡Él una cama y un cuarto! En verdad que el pobre chico creia soñar.

Florencia, mientras acababan de traer sus enseres, lavó el suelo de la cocina, que quedó encarnado y limpio: luego hizo lo propio con el poco vidriado que habia, colocándole en los va-

sares, que tambien habian sido lavados con esmero: enseguida mulló su lecho matrimonial, y despues procedió á lavar los vidrios de la humilde ventanita, cubiertos desde hacia muchos años con una espesa capa de polvo y telarañas.

Un rayo de sol vino á iluminarles, por la primera vez desde hacia largo tiempo, pues aunque antes llegase á la ventana, la incuria le impedia penetrar en la sombría cocina de Jacobo.

Cuando el pobre Ramon bajó de su nueva habitacion, lanzó un grito de gozo al ver la cocina.

—¡Ah, madre mia! exclamó juntando las manos: ¡qué hermoso está esto! ¡qué limpio! ¡qué brillante! ¡todo reluce! ¡todo está alegre! ¡hasta el sol nos ha traido Vd. á casa!

Florencia se sonrió; y tomando su escoba, subió al cuarto de Ramon, que barrió y lavó con todo esmero. Enseguida le arregló una excelente cama con los dos colchones que le habia dado Trinidad, y que ya habian sido conducidos: puso en ella sábanas limpias de las del donativo de doña Agueda, una buena manta, y almohadas blancas como la nieve.

Ramon no creia á sus ojos: y cuando Florencia le dijo que fuese á ayudarla á limpiar el granero para guardar las provisiones, corrió ó más bien voló, para prevenir todos los deseos de su futura y excelente madre.

El granero, que era muy espacioso, quedó bien pronto convertido en una excelente despensa. Ramon, armado de una mostruosa escoba, limpió perfectamente las altas vigas, y Florencia lavó las paredes con lejía y jabon, dejándolas blancas y lustrosas.

En seguida fué Ramon á buscar á casa del carpintero una larga tabla, y con ayuda de algunos clavos gruesos se improvisó un vasar.

Cuando todo estuvo limpio, se fueron colocando simétricamente los comestibles, regalo de Trinidad á su hermana, los cuales á pesar de su regular cantidad, apenas se veian en la anchurosa despensa.

—¡Ya son las dos! exclamó Ramon pasmado, y asomándose á una de las ventanas de la despensa, á fin de ver el sol, el mas fijo reloj de las habitaciones del campo; parece imposible que se hayan pasado tan pronto cuatro horas!

—Se han pasado tan pronto, porque has estado trabajando, contestó Florencia.

—Bien puede ser; ¡pero calle, señora! ¿No advierte Vd. qué hermoso olor se nota aquí?

—A legía y jabon; es decir, á limpieza.

—¡Y á otra cosa mejor! ¡Huele como en las tiendas de comestibles; ¡á chorizos, á queso, á aceite!

Y el muchacho, acercándose, al sitio en que estaban las provisiones, paseaba por ellas sus codiciosos ojos, y se relamia los lábios, como un

gato ante un ave asada, que no se atreve á tocar por la vigilancia de la cocinera.

—Nunca habia yo visto en casa nada que comer, prosiguió Ramon: ¡mi padre nunca habia tenido despensa!

Florencia conoció que si no apagaba ella la golosina del chico, las provisiones iban á ser sacrificadas no bien volviera la cobeza, y así dijo:

—Vaya, Ramon, te doy permiso para que comas queso y chorizos mientras quieras.

—¿De veras? exclamó el chico radiante de alegría, y sin reflexionar que podria comer muy poco, porque tenia el estómago lleno de sopas.

—De veras, respondió Florencia; en la cocina queda medio pan, baja á buscarlo y come lo que tengas gana, mientras yo voy á traerte vestidos para mañana.

Ramon prestó muy poca atencion á la última parte de este discurso, porque la primera habia absorbido toda la que él era capaz de prestar; así, pues, corrió á la cocina, y se armó de pan y una pequeña navaja para cortar el queso, en tanto que Florencia se dirigia á casa de la *generala*, pobre labradora, que no era conocida en toda la aldea más que por este belicoso apodo.

Media hora despues volvió la jóven trayendo para Ramon una camisa algo usada, pero limpia como la nieve: unos calzones y una cha-

queta en bastante buen estado, que habia comprado por treinta reales.

—Aquí tienes tu vestido para mañana, Ramon, dijo poniéndolo sobre la cama del muchacho; chaleco y pañuelo para la cabeza, te pondrás de tu padre, porque en el cofre viejo, que está en la cocina, he visto que hay estas dos piezas.

—¡Cómo! ¿ese vestido es para mí? preguntó Ramon estupefacto.

—Sí, para tí.

—¡Pues qué! ¿Voy á estar yo en la boda?

—Así que amanezca, vendré yo mañana á peinarte y á arreglarte, y en seguida me acompañarás.

—¡Pero mi padre no querrá!

—¡Sí que querrá! Tu padre dará por bien hecho aquello que haga yo; como yo diré *amen*, á todo lo que él disponga.

—¿Y si dispone que no vaya á la boda, señora?

—¿Por qué no me llamas madre?

—Temia enfadarla; ¡cómo todos tienen vergüenza de tratar conmigo!

—Lo que me disgustará será que no me dés ese nombre ¿lo oyes?

—Pues bien, madre; ¿y si mi padre dispone que yo no parezca por su casa de Vd.?

—Mi casa es ya ésta, hijo mio; ¿no me quieres en ella?

—¡Oh, sí, señora! ¿Pues no ha sido usted, madre, quien ha hecho casa de esta cueva? Pero vamos ¿qué hará Vd. si mi padre no quiereque vaya mañana á casa del señor Pedro?

—¿Qué haré? Le hablaré así: "Jacobo, vé aquí una cosa, á que nunca diré *amen*: Ramon es nuestro hijo, yo tengo gusto en que esté á mi lado, siempre que él sea bueno para mí; y desde ayer, es bueno, y me ha ayudado en todad mis haciendas."

—¡Mi padre tiene muy mal génio!

—Yo se lo mejoraré; pero vamos á ver, ¿cuánto has comido en la despensa?

—Bien poco, madre; respondió Ramon, que parecia no hartarse de pronunciar este dulce nombre: no pude más que con una rebanada de queso y con un chorizo; del pan aún queda ahí.

Florencia se sonrió, luego tomó de la mano á Ramon, y le dijo atrayéndole hácia sí:

—Mira, hijo mio, ya has comido todo lo que has podido, ¿no es verdad?

—Todo.

—Pues bien, ahora voy á dejar la despensa abierta y á tu mandar: no toques nada valiéndote de que yo no te veo.

—Pierda Vd. cuidado.

—Cuando quieras alguna cosa, me la pedirás á mí.

—Así lo haré.

—Yo me quiero fiar de tu honradez y decir

con verdad, que mienten, á todos aquellos que te han àcusado de ratero.

Las raterías de Ramon y sus contínuos robos de fruta eran demasiado ciertos; pero Florencia apelaba á ese buen instinto, que rara vez falta en el corazon humano, y que siempre se halla en el de un niño de doce años.

Así fué, que las palabras de la jóven produjeron un efecto mágico; coloreóse el semblante del muchacho, y sus ojos chispearon de generoso entusiasmo.

—Madre, dijo, es Vd. la primera persona de este mundo que ha contado con que tengo vergüenza y pundonor: y es Vd. la primera persona tambien, por la cual quiero ser bueno.

—Yo te ayudaré con mis consejos, hijo mio.

—Bien, madre: y para que Vd. no padezca hambre, y para que nada le falte, yo aprenderé á trabajar.

Llegaban, al decir Ramon estas palabras, á la puerta de la cocina: el sol, salvando las tápias bajas del otro lado de la calle, penetraba en aquella, iluminando sus limpias paredes.

—Dios se sonríe desde el cielo al verte con deseos de ser bueno, hijo mio, dijo Florencia abrazando al muchacho al escuchar sus últimas palabras.

—¿Dios, madre mia? preguntó él. ¿Dios se ríe tambien? ¿Cómo hace Vd. para saberlo?

Florencia conoció con su instinto de mujer

las dudas de aquella velada y al mismo tiempo suspicaz inteligencia, y miró confusa en torno suyo.

De súbito se fijaron sus ojos en el radiante y hermoso sol de aquella apacible tarde, y señalándolo con el dedo á Ramon, le contestó:

—¡Esos rayos de oro son la sonrisa de Dios!

Florencia, dichas estas sublimes palabras, abrazó á Ramon de nuevo, y encargándole que cuidase de la casa, se volvió á la de su madre, despidiéndose hasta el dia siguiente.

Ramon la siguió con los ojos, y luego sentándose en el hogar, se puso á mirar silenciosamente la bella sonrisa del Señor de cielo y tierra.

XIII

El tio Pedro.

—Pero hija, ¿á dónde vas tan temprano? preguntó la buena Baltasara á Florencia al amanecer del siguiente dia: apenas son las cinco, y no hemos de ir á la iglesia hasta las ocho.

—Ya lo sé, madre, contestó la novia: pero tengo que ir á comprar unas alpargatas para Ramon, y á vestirle para que vaya á la iglesia.

—Veo, hija de mi alma, que tu serás siempre buena, dijo la excelente madre, quien, desde que se trataba del casamiento de su hija predilecta, habia olvidado su severidad habitual y su eterna costumbre de regañar.

—Yo seré siempre lo que Vd. me ha enseñado á ser, respondió la muchacha.

—Y Dios te ayudará, sí, Florencia; á pesar de las cruces que el Señor te depara en este matrimonio, creo que has de ser en él más feliz que tu hermana en el suyo. ¡Ah! qué buena prenda ha salido el tal Andrés!

—Madre, dijo Florencia, ¿quiere Vd. saber mi sentir?

—Dílo, hija mia.

—Me parece que la gran opresion en que quieren Vds. todos tener á Andrés, le vuelve de mal génio.

—¿La gran opresion? repitió irritada Baltasara: ¿pues no hace lo que le da la gana? ¡Y luego con las alas que le da su señora madre! ¡No hay dia que no vaya á verla, y que no vuelva de peor gesto que cuando se fué!

—¿Y qué ha de hacer un hijo sino ir á ver á su madre, y más cuando esta madre es tan buena como la señora Sebastiana para su Andrés?

—¿Y la pillada de hacer llave para el arca donde Trinidad guarda el dinero?

—Mi hermana debió entregar la llave que tenia á su marido, y éste no hubiera pensado en hacer otra.

—¡Vaya un paso que hubiera llevado entonces el dote!

—No lo crea Vd., madre: si Andrés hubiera visto que su mujer se fiaba de él, por pundonor siquiera no hubiera tocado nada.

—Vamos, está visto que tú eres tan bonachona como tu padre: serás engañada por todo el mundo como él lo fué.

—¡Bien haya la semejanza de génio que Dios me ha dado con mi padre, y la semejanza de cuerpo que me ha dado con Vd.! Pero, ma-

dre, no crea Vd. que yo seré más engañada que mi hermana.

—¡Ojalá sea así, y tengas tú más felicidad que ella!

—Ya sabe Vd., madre, que Ramon es muy malo.

—Sí que lo sé.

—Y que hasta hoy ha robado en todo el pueblo cuantas cosas de comer ha podido.

—Es cierto.

—Pues bien, hoy le he dejado abierto mi granero con todas las provisiones que me ha enviado mi hermana.

—¡Pero criatura, te lo va á dejar vacío! exclamó asustada la señora Baltasara.

—No lo crea Vd., madre: de seguro que nada ha tocado.

—Tú lo verás.

—Ya le diré á Vd. lo que haya hecho, madre, y veremos cuál de las dos tiene razon: pero ahora voy á comprarle el *calzero* y á traerle conmigo.

Durante esta conversacion, se habian estado peinando madre é hija. Florencia ató en su cabeza un pañuelo de seda, voló á su futura casa, y halló á su novio en el portal, dispuesto ya á salir.

—¡Ah, Florencia! exclamó tomándole las manos. ¡Gracias á tí tengo ya casa! ¡qué limpieza! ¡qué alegría! ¡eres una santa!

—Te quiero, Jacobo, y nada más; pero ¿hay algo de nuevo por arriba?

—Sí, doña Agueda te ha enviado en una buena arca nueva una arroba de lino; y un vestido muy hermoso, completo y hecho ya.

—¡Oh, qué buena señora!

—El señor Cura me ha enviado un gran pellejo de vino, y á tí diez duros para el ajuar de la casa. Tómalos: los he guardado, porque el pillastre de Ramon...

—Jacobo, interrumpió Florencia con dulce gravedad: no hables nunca mal de tu hijo: vale mucho más de lo quo piensas, y yo le quiero con toda mi alma.

—Florencia, tú eres demasiado buena, dijo el novio, aunque un sentimiento dulce y desconocido hasta entonces para él, se levantó en su corazon.

—En cuanto al dinero, contestó Florencia separando suavemente la mano en que Jacobo le presentaba las diez piezas de plata, en cuanto al dinero, le guardarás tú.

—¡Yo! murmuró asombrado Jacobo.

—Sí, tú: mi marido es el amo de la casa y el mio: tu guardarás cuanto tengamos, y dispondrás de él: toma: aquí tienes diez y ocho duros, de los veinte que me ha regalado Andrés: los dos que faltan los he empleado en aviar á Ramon para el dia de hoy: ya verás qué guapo está.

—Qué, ¿va á venir?

—¡Pues no! conmigo: que yo ya estoy confesada de ayer: ¿y tú?

—El señor Cura me espera para confesarme: comulgaremos en la misa: pero mira, Florencia, guarda este dinero: ¡veinte y ocho duros! ¡nunca me he visto con tanta plata junta!

—Esta nos dará más: entra, y déjala en el arcon, y éste abierto. Ramon no llegará á ella, yo te lo aseguro.

Jacobo depositó el dinero en la hermosa arca, regalo de doña Agueda, que estaba en la cocina, y Florencia se dirigió al cuartito de Ramon.

Este estaba ya lavado, limpio como un oro y vestido.

Parecia más alto: su esbelta y bien formada estatura realzaba su pobre traje, para él, de un valor incalculable, y solo miraba con tristeza sus piés descalzos, que habia lavado en la acequia del molino.

—Buenos dias, madre, dijo al ver á Florencia.

—¡Ay, qué guapo estás, hijo mio! exclamó ésta mirándole con verdadero pasmo! no te van á conocer; vaya, vaya, vamos á acabar de arreglarte.

Florencia sacó de su bolsillo un peine envuelto en un papel: alisó y peinó con agua fresca los rubios y espesos cabellos de Ramon, y ató

al rededor de su frente un pañuelo, usado ya, de seda azul y anaranjada.

—Pónte ese chaleco de tu padre, y esas calcillas y esa faja que te he traido, le dijo luego, mientras voy á comprarte unas alpargatas.

El chico obedeció, cada vez más atónito: y una hora despues, y ya perfectamente arreglado, se dirigia con Florencia á casa del tejedor.

Algunas vecinas los encontraron en la calle, y se detuvieron admiradas.

—¿Es este Ramon? preguntaban á Florencia. ¡Buen Dios, qué limpio, qué guapo! ¡parece otro! Dí, Ramoncillo, quién te ha puesto tan galan?

—Mi madre, respondia el chico señalando á Florencia con infantil orgullo.

Llegaron por fin á casa del tio Pedro: pero el silencio y la soledad reinaban en ella; el avaro viejo, bajo el pretexto de que la boda era á disgusto suyo, no habia querido invitar á nadie: solamente estaban convidados la señora Sebastiana, madre de Andrés; doña Agueda y el señor Cura, y aun casi podria asegurarse que se convidaron ellos.

Florencia, no bien llegó á casa de su madre, se puso su vestido negro y su mantilla, y se marchó á la iglesia para reconciliarse antes de la ceremonia, pues, como habia dicho, se habia confesado la tarde anterior.

Cuando ella llegó, Jacobo acababa de confesarse y se sentó á esperarla en uno de los bancos de la iglesia; poco despues, acudieron los parientes, doña Agueda, que era la madrina, como lo habia sido de la boda de Trinidad.

La ceremonia terminó sin más incidente que los sollozos de Baltasara y las lágrimas de Trinidad, quienes creian ver á Florencia hundirse en un abismo: tambien la novia dejaba escapar algunas lágrimas, pues hay muy pocas jóvenes que asistan con perfecta serenidad á la ceremonia que las hace mudar de estado.

El tio Pedro no quiso acompañar á su nieta á la iglesia.

Ramon presenció el casamiento desde una distancia respetuosa, pues la vida montaraz que hasta entonces habia llevado le habia hecho receloso y tímido hasta un punto increible; pero no perdió ninguna de las palabras ni movimiento alguno del Sacerdote, y al ver comulgar en la misa á su padre y á Florencia llevó la mano al corazon, creyendo que algo extraño se movia en su pecho, pues aquella infeliz criatura aún no sabia darse cuenta de sus latidos.

Acabada la ceremonia, volvieron todos á casa del tio Pedro, y se almorzó en silencio: el almuerzo fué bueno y abundante, pues Baltasara y Trinidad no habian escaseado nada para que fuese lucido.

Ramon, colocado junto á su nueva madre,

estaba absorto; jamás habia visto tan de cerca tantos manjares reunidos, ni aun tenia la menor idea de que existiesen algunos.

Al levantarse de la mesa, el tio Pedro bajó á su taller y se puso á trabajar; pero Andrés no tuvo por conveniente imitarlo, y se estuvo en conversacion con los novios y doña Agueda, que les entretenia con algunas historias.

Mas el tio Pedro no era hombre que, como generalmente se dice, dejase á su yerno *comérselas descansado*, y bien poco tardó en llamarle con estentórea voz.

—¿Qué quiere Vd.? respondió Andrés asomándose á lo alto de la escalera.

—Que bajes á trabajar.

—Hoy no es dia de trabajar, respondió con mal tono el esposo de Trinidad.

—¡Claro está! repuso su madre: ¡pues no faltaba más si no que trabajases el dia de la boda de tu hermana! ¿No es verdad Baltasara, que esto no es justo?

La pobre mujer no contestó: dominada por su despótico padre, no tenia voluntad propia más que para sus hijas, y creia, en efecto, que Andrés debia bajar al taller.

La aparicion del tio Pedro puso fin á sus penosas reflexiones: venia el viejo desfigurado por la ira, y encarándose con Andrés le preguntó con voz terrible.

—¿No has oido que te he llamado á trabajar?

—¿No ha oido Vd. que le he contestado que hoy no era dia de trabajo? contestó el jóven exasperado por la humillacion que su suegro le imponia delante de su madre, que muchas veces le habia predicho este caso.

—¡Pues bien has comido y comerás! repuso brutalmente el tejedor.

—¡Claro está! que para eso tengo una madre que me mata el hambre que Vd. me hace pasar, replicó Andrés.

Al oir estas palabras, el tio Pedro, poco acostumbrado á la contradiccion, levantó su mano para descargarla sobre la cabeza de Andrés, pero el señor Cura se interpuso y contuvo al mismo tiempo al tejedor y á la señora Sebastiana, que iba á lanzarse como una leona sobre el iracundo viejo, que trataba de golpear á su querido hijo.

—Señor Pedro, dijo el digno Vicario con voz grave y reposada, esos arrebatos son impropios de un hombre de los años de Vd.

—¡Pegar á mi hijo! vociferó Sebastiana ahogada por la cólera, ¡para eso le he criado yo! ¡Para que ese viejo pícaro me le venga á maltratar!

—¿He de dejar que me insulten? preguntó lleno de coraje el tejedor.

—Ni uno ni otro tienen razon en esta contienda, continuó el señor Cura; tú, Andrés, debias haber respondido á tu abuelo con más

moderacion: y Vd., señor Pedro, debe persuadirse de que un hombre de veinte años, que se ha casado para ser amo de casa, no se deja manejar como un chiquillo que va á la escuela.

—Es verdad, dijo Jacobo en voz baja á su mujer.

—Vaya, toda esta rencilla ha sido inútil, repuso doña Agueda: el dia de hoy ha de acabarse de pasar en mi casa, donde está ya dispuesta la comida y la cena para los presentes: con que vamos allá.

Todos se levantaron: doña Agueda se apoyó en el brazo de Florencia, y todos se fueron á su casa, ménos el tio Pedro, que se quedó aferrado á su taller, diciendo que él iria á la hora de la comida.

—¿Has visto tu abuelo? exclamó Andrés tomando la mano de su mujer.

—¡Déjame en paz! contestó Trinidad retirando su mano con ira, y volviéndole la espalda.

Andrés permaneció cabizbajo durante un rato; pero como el corazon de los hombres no se alimenta de sentimiento como el de la mujer, bien pronto se reunió á algunos otros jóvenes, convidados por doña Agueda á su casa para alegrar la boda.

El dia se pasó grandemente: los dulces, los bizcochos y las pastas circularon durante todo el dia con la mayor profusion: la comida fué excelente, y la cena nada dejó que desear.

Ramon, colocado junto á su madre, fué amaestrado por ésta en el modo de comer, aunque en voz muy queda; y el chico, cuya índole era excelente, oyó sus lecciones y las practicó con la mayor sumision.

A las diez de la noche los novios fueron acompañados á su pobre casita por su madre, sus hermanos y doña Agueda; y despues de desearlos buenas noches, todos se retiraron, despidiéndose hasta el siguiente dia.

XIV

Lógica.

Jacobo se levantó con el alba; pero ya halló á Florencia haciendo su almuerzo á la luz del candil, que se ostentaba flamante y como nuevo, despojado de la mohosa capa que durante tantos años le habia vestido.

—¿Para qué te levantas tan temprano? preguntó Jacobo con cariño.

—Para hacerte el almuerzo, y que te le lleves al trabajo, respondió Florencia.

—Yo no almuerzo nunca más que un pedazo de pan.

—Es que nunca hasta ahora he sido tu mujer; pero desde hoy te llevarás una tortilla de tocino, ó una buena racion de arroz con morcilla.

Jacobo calló: más de allí á un instante, dijo:

—¿El bigardo de Ramon aún estará durmiendo, eh?

—No por cierto; le mandé yo á casa de madre.

—¿A qué?

—Por un fajo de sarmientos.

Florencia mentia: aún no habia visto al muchacho, que dormia á pierna suelta; pero Dios perdona las piadosas mentiras, que ahorran dolores á nuestros hermanos.

—¿A dónde vas? preguntó Jacobo al ver que tú mujer salia de la cocina, despues de dichas las anteriores palabras.

—Voy al granero por un pan.

—¿Hay pan en casa?

—Ya ha estado madre hoy, y me ha traido una docena de la última masada que yo hice.

—¡Eso, pan duro! murmuró Jacobo, cuyo carácter tenia un irritante fondo de amargura.

—Le amasé ayer de madrugada, Jacobo; y yo rogué á mi madre que me enviara de él para que tu comieras *el pan de la boda,* amasado por mi mano, que dicen es primorosa para eso.

Florencia rió grandemente la alabanza que se daba á sí propia, y luego subió la escalera cantando á grito pelado.

Al oirla subir, Ramon se sentó en su cama despavorido.

El pobre muchacho, que en su vida habia dormido en tan buen lecho, habia pasado, al ménos él así lo creia, la noche en un soplo.

—Vístete corriendo, y ve á casa de mi madre por un fajo de sarmientos, le dijo Florencia en voz baja: corre, que tu padre piensa que ya estas allá.

Ramon obedeció: Florencia entró en el gra-

nero, tomó el pan, volvió á la cocina, y cerró la puerta, con el pretexto de que el aire gastaba mucha lumbre, para que Jacobo no viese pasar á su hijo.

Diez minutos despues entraba éste cargado con un haz de sarmientos.

—¿Por qué te pones hoy ese vestido? preguntó airado Jacobo.

—¿Cuál me he de poner? respondió el chico con insolencia.

—El que llevabas antes: ó si no, uno de golpes que te daré yo, para qua aprendas á bajar la vista cuando te hablo.

El iracundo padre habia cogido las tenazas, con intencion de hacerlas volar hácia la cabeza de su hijo.

—Ramon, no tengo agua, dijo Florencia: ¿no querias traerme un cantarito de la fuente?

—El chico no respondió nada, tomó el cántaro, en tanto que su madrastra contenia el brazo amenazador de su padre, y salió mirando á éste de reojo.

—Jacobo, dijo luego que sintió los pasos de Ramon en la calle: el chico se ha puesto ese vestido, porque se lo encargué yo.

—¿Cuál se pondrá en rompiéndole?

—Dios dará para otro: que Dios da siempre para todo lo que es bueno y justo.

Nada halló que contestar Jacobo: su mujer continuó:

—Mira, marido mio, no pegues á Ramon: me hace daño verlo: y además el chico se acostumbrará á los golpes, y cada dia tendrás que darle más.

—¿Y qué he de hacer con él, si es tan indómito?

—Tú nada: dejame á mí.

—¿Tú quieres lidiar sola con él?

—Sola, y sin pegarle, verás que le vuelvo un muchacho pundonoroso y honrado.

—¡Bah ¡bah! para gandules como él, no hay como firme garrotazo!

—Te engañas: ¿quieres que te cuente un sucedido, que presenció el señor Cura en el vecino pueblo de Pinseque?

—Veamos, dijo Jacobo, sonriendo á su pesar, y apoyando la mejilla en su mano.

—Te peinaré entre tanto: ea, ven acá: tienes un pelo tan hermoso, que me da gusto arreglarle.

Florencia puso manos á la obra, y continuó:

—Pues señor, has de saber que en el pueblo de Pinseque habia un rico hacendado hace muchos años: era viudo, aunque muy jóven, y tenia una niña de tierna edad.

Por mirar por aquella criatura, más bien que por amor, se casó con una muchacha jóven, bonita, y que le queria mucho: el señor Cura de aquí era el confesor de la jóven, y cuenta que le dijo:

—Rosalía, no te metas tú en castigar á la hija de tu esposo; cuídala y enséñale lo que puedas; pero si comete faltas, díselas á su padre: él que lo és, tiene la sagrada obligacion de castigarlas.

Rosalía siguió los consejos del señor Cura: pero ¿qué sucedió? Aquella hija nunca cometió faltas para su padre, quien, por otra parte, no queria tomarse la pena de castigarla: y tantas veces dijo á su mujer "castígala tú," que la inocente empezó á corregirla, creyendo que así le daba gusto.

Pero, ¿quién cree á un padre cuando dice: *castiga á mi hijo*? Tú mismo, Jacobo, empezarias á querer á Ramon el dia que yo pusiera la mano en él.

Rosalía empezó por encerrar un dia á la chica, y el padre torció el gesto: dejóla otro dia sin almorzar, y el padre no quiso almorzar tampoco: sin embargo, la madrastra dió órden á la criada que entrase á la niña á hurtadillas, y fingiendo que se recataba de ella, un buen trozo de carne.

La chica sacaba el génio más malo del mundo: era voluntariosa, habladora, golosa, embustera y desobediente: además se desvergonzaba cuando le mandaban algo que no le acomodaba, en ausencia de su padre; y en presencia de éste, echaba cuatro lágrimas, y sabia hacer *la mosca muerta* de tal modo, que el pobre

hombre creia que la doblaba su mujer á castigos, cuando, por el contrario, en ausencia de él, la dejaba hacer lo que queria.

Un dia tomó Rosalía la mano de la niña, y la llevó á ver su alcoba, que la tenia sucia como un basurero. Segun cuenta el señor Cura, no dijo más que estas palabras:

—¿Qué te parece del modo como tienes esto?

La chica echó á llorar á gritos: aunque pasaba poco de los siete años, tenia la malicia de un demonio, y en tanto que lloraba, se frotó bien de prisa un brazo, poniéndosele como la escarlata de encarnado.

Cuando acudió su padre y le preguntó lo que tenia, contestó, mostrando su brazo, que le habian pegado.

El padre se entró en su cuarto dando un terrible portazo.

Desde aquel dia, Rosalía dió algun cachete á su hijastra: habia visto á su marido dar crédito á la mentira de la niña, y se echó esta cuenta:

—¿Yo la sufro mil cosas por no castigarla, y su padre cree sus mentiras? Pues cuando me incomode la cascaré, que alguno la ha de corregir.

Así lo hizo; pero ¿qué adelantó? empezó por un golpe, y al cabo de tres dias, tuvo que dar dos, porque la chica era soberbia, y se reia de los golpes con tal de hacer rabiar á Rosalía: luego ésta le dió tres, despues cuatro, y por fin

un dia llevó la chiquilla una paliza tan soberana, que le dió un sofocon, acompañado de calentura, que se la llevó en tres dias.

El padre se separó de su mujer llamándola verdugo de su hija, y ella quedó con la fama de una mujer cruel é inhumana en todo el pueblo.

Florencia, al acabar estas palabras, ató coquetamente un pañuelo de seda en rededor de la cabeza de su marido.

—¿Y qué quiere decir esa historia? preguntó Jacobo que no habia comprendido muy bien: ¿no te digo yo, en vez de incomodarme como el marido de Rosalía, que pegues de firme á mi hijo?

—Es verdad; pero yo te digo que si le pego, te hará mal estómago: y así mi historia quiere decir que no te metas en lo que yo haga con él: que ni le mimes ni le maltrates, pues es tan malo lo uno como lo otro: y que cuando yo te dé parte de alguna falta muy grande, solo entonces le castigues con rigor, pues será por su bien.

—¿Quiere decir que tú primero echarás mano de la blandura y buenos tratamientos?

—Sí.

—¿Y piensas conseguir algo con ellos?

—Sí: y á lo ménos es un deber probar por ese medio.

—El del rigor es mejor, y es el que yo te aconsejo.

—Jacobo, repuso Florencia, el esposo de Rosalía se separó de ella porque ocasionó la muerte de su hija: ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues bien: doña Agueda me ha hablado muchas veces de una hermosa historia que ha escrito un señor francés llamado *Jorge,* en la cual habia una pobre jóven, cuyo marido tenia tres hijas tan grandes como ella, que la mataron á pesadumbres.

—¿Y bien?

—Los médicos dijeron solemnemente al viudo que sus hijas habian muerto á la pobre madrastra con sus desprecios y humillaciones; pero á pesar de eso, Jacobo, el padre no se separó jamás de sus hijas, ni recordó una vez siquiera que si las hubiese apartado de su mujer, ésta hubiera vivido muchos años para amarle, en tanto que las hijas se fueren con sus maridos.

—¡Es una historia triste! murmuró Jacobo: ¿luego aquel hombre se casó con una infeliz jóven, á quien llevó al matadero como á una pobre cordera?

—¡Justamente!

—Pero si mi hijo te diese la menor pesadumbre, le mataria yo, Florencia.

—No lo creas: yo callaré las pesadumbres que me dé, aunque no pienso recibirlas de él; pero si las recibiera y te las fuera á contar, te

incomodarias: á la mujer no se la quiere lo mismo el primer año que el sexto de casarse, y al hijo ó hijos se les quiere cada año más: ¡vaya! ¿No ves que la mujer va de bajada y los hijos van de subida? A Ramon, cuando sea hombre, le querrás más que hoy: y á mí, cuando sea vieja, me querrás ménos: así, créeme, Jacobo, lo mejor que puedes hacer por mí, es dejarme obrar, y castigar á Ramon solo cuando yo te lo diga; pero entonces de firme, sin dudar y aun sin preguntarme el por qué.

Calló Florencia, y su marido la contempló con admiracion durante largo rato: su lógica era amarga, pero verdadera; y el hombre rústico é iracundo, poniendo la mano en su corazon, no pudo ménos de reconocerlo así.

—Ea, ya está aquí el almuerzo, dijo Florencia cerrando un hermoso pan, dentro del cual habia puesto una suculenta tortilla.

Y volviéndose á Ramon, que entraba con un cántaro lleno de agua, añadió:

—Trae la alforja de tu padre.

El chico obedeció.

—Ahora, prosiguió Florencia despues que hubo tomado la alforja, sube al granero, y llénale la bota de vino.

—¡Cómo! exclamó Jacobo: ¿dejas al chico ir al granero?

—¿Por qué no? ¿Es algun extraño?

—¡Se llevará cuanto haya!

—Desde ayer mañana le tiene á su mandar, y aun no ha tocado nada: pero aquí está ya el vino, y dan las seis en el reloj de la iglesia.

—Hasta la noche, dijo Jacobo echándose al hombro la alforja.

—No: hasta las doce, que iremos Ramon y yo á llevarte la comida.

—¡Si nunca he hecho más que dos comidas!

—Tampoco habia estado yo nunca contigo: con que hasta las doce: ya tengo el puchero cociendo.

—Hasta las doce, pues, dijo Jacobo abrazando alegremente á su mujer, y sin mirar siquiera á su hijo.

Florencia le siguió con la vista todo lo largo de la calle; luego que desapareció, pasó su brazo al rededor del cuello de Ramon, se sentó con él en el arca, regalo de doña Agueda, y le dijo:

—Vamos, mientras cuece el almuerzo, á hablar como madre é hijo.

XV

Lucha.

Ramon prestó atencion á estas palabras, que Florencia empezó á decirle con voz persuasiva y dulce:

—Hasta hoy, hijo mio, has sido rebelde á tu padre, y jamás le has obedecido en lo que te ha mandado: tu comportamiento ha hecho que te cobre aversion, porque las malas acciones llevan en sí mismas su castigo: al ménos así me lo ha dicho muchas veces doña Agueda. Pues bien, Ramon, yo quiero que me digas con toda franqueza, y considerándome como á tu madre, por qué razon, en vez de dar gusto á tu padre, no le das más que pesadumbres.

Florencia calló, esperando la respuesta del muchacho, pero éste no parecia muy dispuesto á darla.

—¡Qué! ¿No me respondes? continuó Florencia con extrañeza: ¿me tienes miedo?

—¡Miedo á Vd.! exclamó Ramon fijando con cariño en su madrastra sus grandes y leales ojos pardos: ¡miedo á Vd.! ¡Ni por pienso! ¡Mucho más miedo tengo á mi padre!

—¿Por qué?

—¡Porque me pega mucho!

—¿Y por qué has dado tú lugar á que te pegue? Ramon, tú ya no eres un niño: cuentas doce años, y debes tener vergüenza, y tratar de ganar el pan que comes.

—¿Ya quiere Vd. que trabaje? ¡Bien me lo decian en el lugar!

—¿Qué te decian?

—Que así que tuviera madrastra, ésta me haria trabajar y estar sujeto todo el dia.

—¿Y tú no quieres trabajar, ni estar sujeto?

—No, señora: en toda mi vida he hecho nada.

—Por eso en toda tu vida te ha estimado nadie.

—¿Qué me importa á mí?

—Ni te estimarán en tanto que seas un holgazan.

—Mejor.

—Ni te querrá tu padre.

—Nada se me da: ¡nunca me ha querido, y por eso no he dejado de estar hace doce años en el mundo!

—¿Pero no estarias mejor en él si te quisiera, si te estimaran todos?

—No lo sé: pero así estoy bien, y no me meto en más.

—¡Este muchacho no ha tenido nunca vergüenza, ó la ha perdido del todo! pensó Floren-

cia, en tanto que Ramon silbaba y mecia sus largas piernas con brutalidad.

—Escucha, le dijo tras un rato de silencio, durante el cual la inteligencia de la pobre jóven, estuvo dando vueltas en un mar de reflexiones.

Ramon dejó de silbar, y prestó atencion de nuevo.

—Tú no me quieres mal á mí, ¿verdad? preguntó Florencia mirándole cara á cara.

—No señora.

—Yo no te he hecho ningun daño.

—Es verdad: antes bien me ha hecho Vd. todo el bien que ha podido.

—Y ahora podré hacerte más: vamos á ver: ¿no te hallas mejor vestido que desnudo?

—¡Pesh! ¡Tanto me dá! contestó Ramon, cuyos instintos brutales y agriados por el abandono de toda su vida, vencian la nobleza de su índole.

—Ramon, dijo Florencia, cuyo semblante se revistió de una amarga tristeza: si no me has de decir la verdad, si has de disfrazarme lo que piensas, mejor será que no hablemos más.

El muchacho volvió á su rudo silencio.

—¿Con que no te encuentras mejor vestido que desnudo? tornó á preguntar Florencia.

—Por dar gusto á Vd., que me ha regalado este vestido, le diré que me hallo algo mejor.

—¡No! ¡No! ¡Eso lo dices porque es la ver-

dad! Vamos, hijo: ¿qué placer encuentras en hacerte malo, cuando no lo eres? Pero sigamos hablando; mira, si te hallas bien con tu vestido, cuando te se rompa sentirás perderle, y para que tengas otro cuando se acabe, es necesario que trabajes.

—¿En qué?

—En lo que quieras: ¿qué oficio aprenderias de buena?

—Ninguno.

—Pues bien, ayudarás á tu padre en las labores del campo, y con el tiempo serás un buen labrador.

—¿Trabajar con mi padre? ¡Nunca!

—¿Por qué?

—Porque ni quiero estar á su lado, ni él tampoco quiere que esté yo al suyo.

La rústica sencillez de aquella jóven labriega no halló que contestar á aquel argumento tan cruel, pero tan sin apelacion: no obstante, su instinto de mujer le ayudó á salir de nuevo de tan penosa situacion.

—Pues bien, dijo: no quiero hacerte violencia con mis consejos: con mis consejos, ¿lo entiendes bien? porque yo nunca te mandaré nada, y me contentaré con aconsejarte lo que te convenga.

—Bien está, repuso el muchacho.

—No trabajes, si te hallas así mejor, hijo: yo no quiero más que tu bienestar.

—Haré en casa cuanto Vd. me mande.

—Bien: de modo que á las doce me acompañarás á llevar la comida á tu padre.

—Lo que es eso.....

—¿Qué?

—¡Mejor querria quedarme en casa!

—Y yo no comeria, si no te veia comer á mi lado.

—¡Pues mi padre bien come sin mí!

—Mejor comerá viéndote: además, tendré miedo de ir y venir sola tan lejos.

—No diga Vd., más, madre: iré con Vd.

—Bueno: pues ahora, hijo mio, vamos á almorzar.

Florencia cubrió una mesilla: envió á Ramon al granero en busca de pan y queso, y puso en medio un gran plato de patatas guisadas con tocino, que despacharon con el mejor apetito.

—Vamos á repartirnos los quehaceres, dijo la mujer de Jacobo cuando vió á Ramon meter en su ancha boca el último pedazo de queso. Tú me subirás agua y leña.

—Y además barreré la cocina.

—No, eso es cosa mia: me subirás agua y leña; y luego bajarás una morcilla, y la meterás en las judías para comer: enseguida te lavarás y te peinarás, y ya no tienes más que hacer.

—Pero madre, objetó el chico; son las ocho,

con lo que Vd. me manda apenas hay qué hacer para una hora: ¿qué haré de las nueve á las doce?

—Lo que hacias antes.

—Antes... antes...

—¿Qué?

—¡Toma! Antes me iba por ahí, á apedrear á los chicos, á saltar las tapias de los huertos para llevarme la fruta que podia: entraba en los graneros por las ventanas de los tejados, y tomaba morcillas y chorizos.

—¿Por qué hoy no vas á hacer lo mismo?

—¡Toma! Vestido así, me da vergüenza...

—Pues, hijo mio, te estarás parado: que el arreglo de las cosas de la casa, no es para los hombres.

—¿Qué importa? yo no tengo nada que hacer; ayudaré á Vd.

—¡Ni por pienso! no estaria yo contenta si no hiciese lo que es mi deber: el de las mujeres es desempeñar todas las faenas de la casa; el de los hombres, ganar dinero para que las mujeres les den lo que necesitan.

Ramon calló, y quedó muy pensativo: Florencia acabó de mullir el lecho matrimonial, fregó el vidriado, barrió la cocina, y lo puso todo *como un oro*, segun se dice por allá.

Enseguida subió al cuartito de Ramon, y lo aseó con el mismo esmero.

El muchacho permaneció sentado en la co-

cina, cabizbajo y como avergonzado, en tanto que su madre arreglaba la casa, cantando alegre como un pájaro.

—Vaya, hijo, que son las once y media, dijo al concluir, y cuando ya se habia puesto ella misma su airosa basquiña de ramos, su corsé pespunteado y su blanco pañuelo de muselina: saca del arcon una servilleta limpia y arreglaremos la comida en la cesta.

Ramon obedeció, y la cesta se llenó con el puchero de judías con morcilla y tocino; un gran plato para echarlas, tres cucharas nuevas de palo, una botella de vino, un pedazo de queso y un gran pan.

—Yo la llevaré, dijo Ramon.

—Eso sí que no te lo privo: que pareceria mal que la llevase yo.

Florencia tomó, al decir esto, su calceta; Ramon cargó con la cesta, y cerrando la puerta salieron de casa en direccion al campo, donde Jacobo trabajaba á jornal.

A las doce en punto llegaban á él.

—¡Eh, Jacobo! gritó Florencia desde léjos: ¡acá estamos!

Jacobo soltó la azada, y se volvió vivamente, iluminándose su semblante con un rayo de alegría.

—¡Yo no creia que vinieras! murmuró abrazando á su mujer.

—*Hemos venido*, repuso Florencia, seguro de

que comerías mejor con nosotros que solo: con que hijò, trae la cesta.

La buena esposa extendió la servilleta sobre el césped, y empezó la comida.

—¡Qué bueno está! dijo Jacobo: ¡con este alimento ya se puede trabajar!

—¡Bien lo necesitas! contestó Florencia enjugando con su delantal la frente cubierta de sudor de su marido, y echando á Ramon una mirada furtiva; luego añadió:

—Tú trabajas para mantener la casa: yo trabajaré para que nada te falte.

Al concluir la comida, y despues de recoger en la cesta todos los utensilios, Florencia sacó su calceta y se puso á trabajar cerca del sitio donde cavaba Jacobo.

Ramon, confuso, rojo como la grana, se sentó á la orilla del arroyo que guarnecia uno de los costados del campo.

—¿Hay vergüenza para ver así á ese chico? exclamó Jacobo clavando en su hijo una mirada encendida.

—¡Chist, silencio! murmuró Florencia, poniendo la mano en la boca de su marido: con tus insultos nada adelantarás; y yo *por la buena*, te aseguro que lograré más de lo que te figuras!

Jacobo miró sonriéndose á su mujer, y luego, volviendo á tomar su azada, se puso á cavar con nuevo vigor.

XVI

¡Victoria!

Al anochecer volvieron á la aldea Jacobo, Florencia y Ramon, y entraron en su casa.

La cena, hecha ya, exhalaba un delicioso olor, y se comió con gran apetito.

Mientras que cenaba, Jacobo no se hartaba de mirar el aspecto risueño y aseado de su vivienda, antes tan triste, descuidada y sombría.

—¡Parece otra casa! decia á Florencia: ¡qué limpia! ¡qué blanca! ¡Jamás la habia visto así!

—¿No sales de casa? preguntó Florencia mientras recogía la mesa.

—Sí, dijo él: me iré, segun acostumbro un rato á la taberna.

Florencia sintió un dolor en el corazon al decir su marido estas palabras: ella creia que, al ménos los primeros dias de su boda, podria contar con la compañía de Jacobo: no obstante, conociendo su génio, calló y siguió despachando sus quehaceres.

Cuando su marido cogió su manta para salir, ella le dijo con dulzura:

—¿No tomas dinero?

—¿Para qué?

—Para pagar lo que gastes.

—No: le debo al tabernero ya dos ó tres duros.

—Pues págaselos hoy, ya que á Dios gracias los hay en casa, y en adelante paga al contado lo que gastes.

Jacobo fué al arcon y tomó tres piezas de plata: luego dijo á su mujer:

—Si tardo, acuéstate.

—No pases pena por mí, dijo Florencia haciendo un esfuerzo para sonreirse.

Y alumbró á su marido, que bajó la escalera lentamente y como de mala gana.

—Acompáñame, Ramon, dije Florencia al muchacho así que volvió á entrar en la cocina. Vamos á casa de la señora Rita.

El chico se puso en pié, y ambos pasaron á una casa de muy buena apariencia, situada enfrente de la suya.

En una gran cocina, en cuyo hogar ardía un robusto tronco, habia una anciana venerable, rodeada de una porcion de niñas de todas edades.

Eran nietos suyos, huérfanos y encomendados á su cuidado.

—Bien venida, hija mia, dijo la señora Rita á Florencia: ¡ola! ¿es éste tu hijastro? ¡Guapo muchacho! ¿Y qué oficio aprende?

—Hasta hoy ninguno, señora Rita, respondió Florencia.

—Pues ya es hora de que elija alguno: hijo mio, Dios nos manda ganar el pan.

—Él lo ganará, señora; pero hasta que llegue este caso, tenemos poco, y quisiera yo hacer algo para tener más.

—¿Qué quieres decir, Florencia?

—Yo me explicaré: oí el otro dia á mi madre que Vd. buscaba una persona que cosiera algunas piezas de ropa.

—Sí, hija: camisas y calzones para estos niños, que rompen mucho.

—Pues bien, señora, yo los coseré.

—¿Tú? exclamó la anciana, admirada.

—Yo: además, lavaré la ropa de la casa, si como me han dicho, Vd. piensa darla á lavar.

—Pero hija: ¿no te han dado tu dote?

—Mi abuelo no me ha dado nada, señora Rita.

—¡Dulce nombre de Jesús! ¡Es esto verdad!

—Tan verdad como el Evangelio, señora Rita: y mientras Dios nos da hijos, quiero ayudar á mi marido, que solo gana tres reales de jornal.

—Dios te bendecirá, hija mia, porque Dios bendice siempre el trabajo honrado.

—Pero me dará Vd. costura, ¿no es verdad?

—Sí por cierto, y ahora mismo.

La anciana se levantó: fué á una gran al-

hacena que se veia en el costado de la cocina y sacó un enorme rollo de lienzo.

—Toma, dijo, corta camisas y sábanas hasta que se acabe; cada sábado por la noche me traerás la labor concluida, y yo te pagaré á peseta la pieza: si quieres hacer el lavado, ven mañana á recoger la ropa.

—Gracias, señora Rita, y quédese Vd. con Dios, dijo Florencia levantándose.

—¡Que! ¿Ya te marchas?

—Sí, señora; Ramon y yo estamos aquí, y hemos dejado la casa sola.

—Pues adios, hija mia, y cuando te falte trabajo, acude á mí: y tú, Ramon, aprende luego á ganar el pan, para no ser gravoso á tus padres.

Ramon no respondió, y salió con Florencia.

Esta encontró á su madre y á su hermana en su casa, que habian ido á verla.

—¡Yo creí que por las noches te vendrias á casa! dijo Baltasara en tono de reconvencion.

—Madre, respondió Florencia: si yo salgo de casa, Jacobo, persuadido de que me divierto, se irá á la taberna todas las noches: y si ve que me estoy sola, quizás perderá la costumbre de ir á tan mal sitio.

—¿Y si no la pierde?

—A lo ménos llevará consigo la pena de proceder mal conmigo.

—Siempre he dicho que sabias tú más que to-

dos nosotros juntos, dijo Baltasara mirándola con admiracion: pero, añadió, viendo que Florencia desdoblaba el lienzo y se ponia á cortar; ¿qué traes ahí?

—Es costura que he ido á pedir á la señora Rita, madre.

—¿Tú trabajar para otro?

—¿Por qué no? Jacobo gana poco.

—¡Ah, pobre hija mia! exclamó llorando la señora Baltasara, mientras su hija cortaba sábanas con toda tranquilidad.

—Madre, respondió Florencia: ¿á qué viene afligirse así? El trabajo es bueno, y Dios le bendice: solo es triste y amarga la ociosidad.

—Madre, dijo una voz á su espalda: desde mañana, yo tambien trabajaré.

Volvióse Florencia y vió á su hijastro detrás de ella con aire confundido.

—¿Tú, tú trabajarás, hijo mio? le preguntó.

—Sí, señora: que no es justo, ni regular, que Vd. y mi padre se estén matando para mantenerme á mí.

—¡Bien por Ramon! dijo Trinidad.

—Solo una cosa siento, prosiguió el muchacho.

—¿Cuál? preguntó con ánsia Florencia.

—Que no sé de que modo decir á mi padre que me enseñe á trabajar con él: ¡como me aborrece tanto!

—Yo arreglaré eso, dijo Florencia: mira, esta

noche, así que entre y se siente, le dices estas palabras:

"Padre, me ha de perdonar Vd. todo lo malo que he hecho hasta hoy; desde mañana quiero aprender á trabajar, y á ser bueno.

—¿Y nada más?

—Nada más; pero esto lo has de decir, con humildad, y con intencion verdadera de cumplirlo.

—¡Vaya si lo cumpliré! ¡hoy se me ha hecho un dia tan largo!

—Y cada uno que pases en la ociosidad, se te hará más; con que, desde mañana, al campo.

—Bien dice doña Agueda, exclamó Baltasara levantándose para irse: tu matrimonio será un lazo de flores!

Baltasara y su hija salieron de casa de Florencia; la primera llena de gozo: la segunda poseida de tristeza y comparando el risueño porvenir que se preparaba á su hermana, con el sombrío que Dios parecia destinarle.

En efecto, Andrés, cada dia más oprimido y más reprendido por su abuelo, por su suegra y por su mujer, se iba haciendo cada dia más rebelde, cada dia más iracundo: aquel jóven, dotado en la opinion de todos de un carácter angelical, era violento, voluntarioso é insolente hasta un punto increible, y su mujer, cuyo carácter estaba tambien maleado por el mimo excesivo de su abuelo, pasaba el dia en llorar, arrepentida de su desacertado casamiento.

Poco despues de haberse ido la señora Baltasara y Trininad, llegó Jacobo á su casa.

Eran las diez de la noche. Florencia, sentada delante del hogar, tenia á su lado una mesita que sostenia un pequeño velon de hojadelata, y cosía con afan en una de las camisas de los nietecitos de la señora Rita.

Ramon, sentado en el hogar, lucia con un paño de lana y ceniza cernida dos cacerolas de cobre, echadas á perder desde hacia mucho tiempo por un extremo descuido.

Jacobo se sentó junto al fuego, y reparó al instante la ocupacion de su mujer.

—¿Qué haces? le preguntó: ¿por qué no te has acostado?

—He preferido esperarte, y me he entretenido con la costura.

—Si hubiera sabido que tú estabas sola, no hubiera yo salido de casa.

—Me ha hecho compañía Ramon.

—¡Buena compañía! murmuró Jacobo.

—¿Por qué no? repuso Florencia, con voz levantada y con acento tan rápido, que cubrió las rudas é imprudentes palabras de su marido. Ramon es un buen chico, y él te lo va á probar.

Al decir estas palabras, fijó la jóven sus ojos en el semblante del muchacho, haciéndole una seña muy expresiva; éste se levantó dócilmente y se acercó á su padre, encarnado como una amapola, y con los ojos bajos.

—Vamos, ¿qué quieres? preguntó Jacobo con un acento ménos duro que el que solia emplear con el muchacho.

—Quiero, padre, que me perdone Vd. todo lo malo que he sido hasta hoy.

—¡No ha sido poco! repuso Jacobo.

—No importa, Jacobo; dijo Florencia: perdónale, y así se enmendará.

—¿Enmendarse? ¡Qué poco le conoces!

—Padre, volvió á decir Ramon: desde mañana quiero ir al campo con Vd., y aprender á trabajar.

Jacobo levantó sorprendido la cabeza, miró á su hijo, y luego á su mujer.

Esta le hizo una señal con la cabeza para que le dijera que sí.

—Está bien, dijo Jacobo, procurando, aunque en vano, mantener la severidad.

—¿Le llevarás al campo desde mañana? preguntó Florencia.

—Sí, respondió, Jacobo.

—¿Y le perdonarás?

—Sí.

—Ramon, besa la mano de tu padre, dijo la jóven, haciendo que el muchacho se acercase á su marido.

El chico tomó tímidamente la mano de Jacobo, y la besó, dejando caer en ella una ancha lágrima.

—Jacobo, abraza á tu hijo, dijo Florencia.

Jacobo abrió los brazos, y el muchacho fué

arrojado en ellos por la mano bienhechora de su madrasta.

Oyéronse dos sollozos: uno salió de los lábios del padre: otro se escapó del pecho del hijo: eran el lazo que debia unir para siempre aquellos dos corazones rebeldes.

—Ahora, abrázame á mí, y vete á dormir, dijo Florencia á Ramon: mañana te llamaré temprano, para que vayas al trabajo.

El muchacho encendió el candil y salió dando las buenas noches con voz sumisa, y enjugando sus últimas lágrimas con el dorso de la mano.

—¿No te dije yo que al fin cantariamos victoria? exclamó Florencia dirigiéndose á su marido luego que Ramon hubo desaparecido.

—¿Qué has hecho para lograrla? preguntó Jacobo.

—Nada más que ponerle á la vista el trabajo: él mismo se ha aburrido de no hacer nada.

—¡Creo que eres una santa, Florencia!

—¡Ojalá! pero te engañas: ahora, Jacobo, vamos á rezar y á dormir.

Florencia sacó su rosario del bolsillo, y empezó á rezar: Jacobo no se acordaba de las oraciones que su madre le enseñaba cuando niño; pero oyendo á su mujer, acudieron á sus lábios.

Aquella noche durmió con un sueño más feliz y sosegado que el que disfrutaba hacia diez y seis años, porque la oracion es el alimento del alma.

XVII

Borrascas de la vida.

Al dia siguiente muy temprano, Jacobo y su hijo se marcharon al campo.

El primero llevaba los aperos de la labranza; es decir, una hermosa azada para él y otra más pequeña para su hijo, que la excelente Florencia fué á comprar á casa del herrero, así que amaneció.

Ramon llevaba la alforja, bien y abundantemente provista.

Florencia despachó sus haciendas, y luego fué á casa de la señora Rita, á la que compró una docena de gallinas, que aposentó en un rincon de la cuadra.

En seguida se marchó á casa de un vecino que tenia cerdos, y compró uno pequeño, diciendo para sí, cuando le llevaba á su corral:

—Con cerdo y gallinas, ninguna casa se cae al suelo.

Inútil es decir que todos estos animales se pagaron con los duros de Andrés y del señor Cura.

Pero aún quedaban algunos en el arcon, y

Florencia queria conservarlos *como oro en paño*, segun ella decia.

En tanto que cocía la comida, se fué á casa de su madre; ¡pero cuál sería su sorpresa, al oir llorar á su hermana, á su madre gritar con todas sus fuerzas, y á Andrés jurar como un carretero!

Florencia subió apresuradamente la escalera, y se detuvo en el umbral de la salita ocupada por su hermana y su cuñado: mas el espectáculo que tenia á su vista, la hizo perder el color y apoyarse en el marco de la puerta.

Andrés tenia aún en la mano un palo que habia roto en las espaldas á su mujer: esta estaba horrible, desgreñada, pálida, y con el traje descompuesto. Andrés tenia la cara llena de señales impresas en ella por las uñas de Trinidad.

En cuanto á Baltasara, parecia una Meguera: echaba fuego por los ojos, y daba gritos roncos é inarticulados.

—¡Qué es esto, madre! preguntó Florencia acercándose á Baltasara.

—¡Ese pillo, ese tunante!... barbotó la viuda casi sin poder hablar.

—¡Cuidado con insultarme! gritó Andrés adelantándose, y levantando su palo sobre las costillas de Baltasara.

—¿Tambien á mí? exclamó esta poniéndose en jarras: ¿tambien á mí, grandísimo picaron? ¿No basta con que golpees á tu mujer?

—¡Golpearé á todo el que me insulte!

—¡Madre, por Dios, que un hombre acalorado es cosa terrible! dijo Florencia con espanto, y separando el brazo que iba caer sobre su madre.

—Es que aquí se me trata como á un chiquillo de la escuela, y no como á un hombre, dijo Andrés: se me toman cuentas para investigar á dónde voy, y de dónde vengo, y qué hago: todo el dia se pasa en preguntas y reconvenciones; y han de tener Vds. entendido que salgo de casa porque me da la gana, y que no trabajo porque no quiero, y que el dia que me den mala comida, tiro el plato á la cabeza de mi mujer ó de mi suegra!

—¡Ah, si abuelo estuviera en casa, no hablarias así! dijo Trinidad con el coraje propio de los niños mimados.

—¿Que no? ¡Deja que venga! gritó Andrés, exasperado con aquella duda acerca de su osadía.

En aquel momento, y como si algun espíritu malo hubiese llamado al tio Pedro, apareció éste en la puerta.

Venia de misa: pero su semblante estaba más ceñudo que de ordinario, pues habia oido desde la calle los gritos de su hija y de sus nietas.

—¿Qué es esto? preguntó mirando colérico á Andrés.

—Nada le importa á Vd., respondió éste con aire provocador.

—¡Ha pegado á Trinidad! vociferó Baltasara.

—¡Madre, por Dios! dijo Florencia, con acento de súplica y de reproche á un tiempo.

Pero su voz fué ahogada por el estruendo que hizo el tio Pedro al tirar una silla á la cabeza de su nieto.

La sangre corrió de una ancha herida que se abrió en la frente del jóven: y éste, ciego y desesperado, dió una vuelta en derredor de sí, buscando una arma con que vengarse de su sangrienta ofensa.

—¡Madre, abuelo, están Vds. haciendo de este hombre un tigre! exclamó Florencia juntando las manos con profundo y angustioso dolor, en tanto que Andrés, ciego con la sangre, daba vueltas como un loco.

Y dirigiéndose á su hermana, añadió:

—¿Por qué no defiendes á tu marido? ¿Es justo lo que haces?

Trinidad se encogió de hombros con irritante frialdad, y Florencia dió un agudo grito al ver á Andrés bajar en direccion á la cocina.

—Allí hay cuchillos! exclamó; ¡pronto, pronto, encerrarse todos!

Y esto diciendo, dió la vuelta á la llave y se la guardó en el bolsillo

No pudo ser más á tiempo, porque Andrés subia blandiendo un cuchillo, y se lanzó con furia hácia la puerta.

Florencia se quitó su pañuelo del cuello, lo

enrolló, y arrojándose á Andrés le sujetó entre sus robustos brazos.

—¡Déjame! gritó el jóven con furia.

—Déjate vendar, que te ciega la sangre, y luego harás lo que quieras, repuso Florencia.

—Andrés, ciego en efecto, se dejó vendar la cabeza; mas al acabar Florencia aquella operacion, se encontró cara á cara con la señora Sebastiana.

—¿Qué ha sucedido? preguntó ésta.

Florencia, con el excelente instinto que le caracterizaba, miró á Andrés antes de responder, y sus facciones perdieron algo de la opresora angustia que las desfiguraba: hacia tiempo que sentia pesar sobre su brazo aquella cabeza lánguida y herida: así, pues, y segura de que el jóven no podia desmentirla, dijo á la amorosa madre señalando á su hijo.

—Se ha caido por la escalera.

—Pero ¿y esa gente, dónde está? exclamó la señora Sebastiana con airado acento: ¿por qué no acuden á socorrerle?

—Señora Sebastiana, repuso Florencia, que temblaba de que Andrés volviese en sí: les encerré yo para que no se asustasen.

Esto diciendo, mostró la llave y añadió en seguida.

—Sostenga Vd. un poco á Andrés mientras voy á prepararle la cama.

La afligida madre se sentó en la escalera y

sostuvo el cuerpo de su hijo: mas al ir á reclinarle sobre su regazo, cayó el cuchillo que aún empuñaba aquel con la mano convulsiva.

Sebastiana comprendió la horrible verdad, y dejando escapar un ¡ay! profundo y desgarrador, rompió en acerbo llanto.

Entre tanto, Florencia habia entrado en el cuarto, donde se hallaban su abuelo, su madre y su hermana.

—¡Silencio! murmuró antes de que le hablasen una palabra: la señora Sebastiana está ahí... le he hecho creer que Andrés se habia caido por la escalera... voy á buscar al señor Cura y á enterarle del caso... pero antes abuelo, sálgase Vd., para que madre, Trinidad y yo podamos acostar á este pobre muchacho.

El vengativo viejo salió del cuarto, y para no ver á Andrés ni á su madre, se subió al granero.

Media hora despues, Andrés, acostado, deliraba terriblemente, y no cesaba de hablar de cuchillo, de muerte y de venganza.

Florencia fué á contar lo ocurrido á doña Agueda y al señor Cura.

Ambos se trasladaron á casa del enfermo: la primera para sanar el cuerpo: el segundo para aliviar el alma.

Hallaron en la alcoba á la madre de Andrés deshecha en lágrimas, y sentada á la cabecera: y á Trinidad y á su madre, sombrías y afligidas, en pié á la entrada de la alcoba.

—¡Ah, señor Cura! ¡me han muerto á mi hijo! exclamó la buena Sebastiana sin dejar de llorar, y tendiendo con angustia sus manos unidas hácia el ministro del Señor.

—¡El sí que nos matará á todos! murmuró entre dientes Baltasara.

. . . . . .

. . . . . .

Florencia salió de allí, pasó á su casa, y se fué al instante á llevar la comida á Jacobo y á Ramon.

Encontró á entrambos trabajando á más y mejor.

—Ramon cava casi tan bien como yo, dijo Jacobo á su mujer: si sigue así, hará que olvide todo lo que ha hecho hasta el dia.

Florencia no pudo comer: é interrogada por su marido, le contó la desastrosa escena que acababa de presenciar.

Jacobo cesó de comer para escucharla, y luego dijo:

—Esos muchachos acabarán mal.

—¡No lo quiera Dios! repuso Florencia: pero ¿sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Que todos lloraban cuando nos casamos nosotros, suponiendo que yo caminaba á mi perdicion, y ahora creo que todos van á envidiar nuestra felicidad.

VXIII

Contraste.

Dos meses habian pasado desde los acontecimientos que acabo de referir.

Andrés habia sufrido una larga y aguda enfermedad: pero las dulces y persuasivas palabras del Vicario y de doña Agueda habian mitigado los dolores del alma, y apagado en ella la ardiente sed de la venganza.

Andrés dejó el lecho, débil y abatido: habia perdonado sus insultos y malos tratatamientos al tio Pedro y á la señora Baltasara: mas el ardiente amor que profesaba á su esposa, casi se habia apagado en su pecho.

No era extraño: durante su enfermedad habia podido apreciar el helado egoismo del corazon de Trinidad; egoismo que se inocula y crece con increible fuerza en todos los corazones estragados por una crianza mala y consentida.

Su pobre y afligida madre le veló constantemente, alternando con Baltasara, que, fuerza

es confesarlo, pasado el primer arrebato de su génio, era la mejor mujer del mundo.

Trinidad se acostaba todas las noches en una cama inmediata, y dormia con la mayor tranquilidad del mundo hasta las siete de la mañana.

Un mes despues de haber dejado Andrés la cama, se oyeron á la salida de misa mayor un domingo voces extrañas.

Escuchemos la conversacion de dos mujeres que se detuvieron á la puerta de la iglesia.

—Buenos dias, Isabel, dijo la de más edad.

—Muy buenos, Dorotea: mira, allí va Baltasara con su hija pequeña.

—Es verdad: y Andrés ¿dónde andará?

—¡Toma! ¿no lo sabes?

—No.

—Con Antonia, la hija de la *generala*.

—¡Quita, mujer!

—¿No lo crees?

—¿Qué he de creer?

—Pues, hija mia, están *amistaos* como tres y dos son cinco.

—¿Pero no vale mucho más Trinidad?

—¡Ya lo creo! pero Antonia tiene un agrado y *un aquel*...

—¡Pero eso es una picardía! ¡á los tres meses de casado andar con amistades!

—Eso mismo decia yo anoche á la madre de Andrés; ¿y sabes lo que me ha respondido?

—¿Qué?

—«Dorotea, mi hijo era una malva: y esa gente se ha empeñado en *sopapearle* y me le ha vuelto un tigre!»

—Bien: ¿pero qué tiene que ver eso con haberse amistado con la hija de la *generala*?

—¡Toma! que el muchacho se ha aburrido de su casa, de su familia, y del trabajo: que se va por ahí, y cuando se cansa de la taberna ó del juego de la plaza, se busca otras diversiones: ¿y cuáles le quedan? *festejar:* que al cabo tiene solo veinte años.

—Tienes razon, mujer; pero al fin es una lástima lo que le ha pasado á la pobre Trinidad, que era una chica como una plata.

—Es verdad que lo era: si se hubiera casado con un hombre que la hubiera podido sujetar, y quitar los mimos de su abuelo, *hubiera hecho bondad;* ¡pero, ya se vé, la casaron con otro chiquillo mimado tambien, solo porque era rico, y todo se echó á perder!

—¡Quién lo habia de decir, mujer! ¡Todos pensábamos que se llevarian tan bien, y mira!

—Si uno de los dos hubiera sido prudente, lo hubieran pasado bien; pero Andrés mimado y mal criado por su madre, y Trinidad mimada por su abuelo, ninguno de los dos ha querido sufrir al otro.

—¿Y de Florencia, qué me dices?

—¡Calla, mujer, calla, eso sí que es otro milagro!

—¡Milagro!

—Sí, por cierto; Florencia ha hecho *cera y pábilo* de Jacobo, que era borrachon, pendenciero, mal trabajador; un perdido, en fin.

—¡Jesús, ya lo creo, se le temia en el pueblo como á una mala tronada!

—Pues ahora es un cordero: ¿y el chico, aquel bribonzuelo, que todos deciamos que iba á concluir en un presidio? ¡Si le vieras ahora qué aseado y qué trabajador! Todos los dias va al campo con su padre, y gana dos reales; es decir, dos tercios de jornal.

¿Con que ya cuentan con cinco reales diarios?

¡Justitos, hija: tres de Jacobo y dos de Ramon: así es que se han arreglado con la señora Rita á comprarle un *campico*, y se lo pagarán por semanas: ya ves, cada domingo por la mañana le pueden dar, á ver... cinco... y cinco diez... y cinco quince... y cinco veinte... y cinco... veinticinco... y cinco treinta...

—Eso es; treinta reales.

—Y tres docenas de huevos cada semana.

—¡Pues, hija, así pronto le pagan!

¡Ya lo creo! y el campo ya es suyo: le tomaron sembrado ya de trigo, y ahora está que da gozo verle.

—¡Es menester conocer que la señora Rita les ha dado bien la mano!

—¡Pero, mujer, todo se lo merecen! Florencia es un alma de Dios: á su lado no hay pobres: y sobre todo, ya ves lo que ha hecho con su hijastro: el chico la adora, y dice que solo trabaja porque su madre lo pase mejor.

—Nunca se ha visto Jacobo como se ha de ver dentro de un año.

—¡Qué ha de ver! Figúrate que ahora ya pueden hacer su *masadita* en casa, porque cogerán trigo de sobra: que tienen su cerdo para hacer el mata-puerco por Navidad: que tienen sus gallinas *bien ponedoras:* ¿y el olivar de Florencia?

—¡Ah, es verdad, el que le dejó su padre!

—El mismo. Este año ha echado Dios en él su bendicion, y van á coger lo ménos ochenta arrobas de aceite; Florencia me dijo que Jacobo pensaba dejar cuatro para casa, y vender las demás para comprar una viña, de modo que con el campo tendrán dos hermosas fincas.

—¿Y Jacobo sigue yendo á la taberna?

—¡Ca! se pasa las noches en casa acompañando á su mujer, que cose y lava para la señora Rita.

—Esa Florencia es una hormiga para su casa! Pero adios, hija, que hablando hablando se pasa el rato y es muy tarde.

—Adios, y hasta más ver.

Las dos mujeres se separaron, y nosotros nos llegaremos, lector mio, hasta casa de Florencia.

Jacobo, limpio, bien afeitado, grueso, con una camisa blanca como la nieve, y un buen vestido, no era ya el infeliz y despreciado jornalero, sino el labrador, grave, respetable, bien acomodado, en una palabra.

Parecia imposible que tres meses hubieran obrado en él una trasformacion tan súbita y completa.

Sentado en el suelo, y teniendo al lado algunos útiles de carpintero, encolaba unas largas tablas de madera, lisa y bien acepillada.

Su semblante estaba tranquilo y risueño, y habia perdido por completo la amarga expresion que antes velaba sus bellas facciones.

A alguna distancia estaba sentada Florencia en una silla baja, lindamente vestida y peinada con esmero, que miraba atentamente la obra de su marido.

Apoyado en la silla de Florencia, se hallaba Ramon, vestido coquetamente con un traje de pana azul, con botones de plata, camisa de rico lienzo, blanca y bien planchada, faja de seda encarnada y alpargatas nuevas.

Sus hermosos cabellos rubios formaban un grupo en cada oreja, sujetos con un bonito pañuelo de colores vivos, que formaba tambien un complicado lazo en la sien izquierda.

De cuando en cuando Ramon se inclinaba hácia Florencia y le hablaba al oido.

En uno de estos instantes, levantó Jacobo

la cabeza y dijo con acento reposado y afable:

—Hijo, pónme á calentar la cola, que se ha enfriado.

—¡Válgame Dios, Jacobo, haces bien en emplear á este muchacho! dijo Florencia riendo, porque me está volviendo tonta!

—¡Ande Vd., madre! dijo Ramon, mientras ponia á la lumbre la cazuela de la cola.

—¡Pero has visto, hombre! pues no se empeña en que tengo de ir esta tarde á la plaza con él!

—¡Pues claro, padre! dijo Ramon con voz suplicante: ¿no ha sido madre quien me ha ganado dinero para este hermoso traje con sus costuras? Pues cuando todos digan—"¡qué majo va Ramon! ¡qué majo está Ramon!"—quiero que lo oiga, y que me vea *meter fachenda!*

—¡Pero, hombre, si tu madre está mala! dijo el padre, á cuyos labios asomó una sonrisa de satisfaccion.

—¡Bah, bah, mala; el mal que tiene no es de cuidado!

—¿Qué sabes tú?

—¿Pues no dice la señora Baltasara que está en cinta, y Vd., padre, no está haciendo por eso la cuna para el niño?

—Sí, sí, *antes de cabras corral,* dijo Florencia soltando una alegre carcajada, y levantándose para ir á dar vuelta al puchero.

—Y bien en balde que es la cuna, añadió Ramon.

—¿Por qué? preguntó su padre.

—¡Toma! porque al niño me lo llevaré yo al campo envuelto en mi manta, y por la noche dormirá conmigo!

—¡Cómo, Ramon! ¿te quieres echar á niñero?

—Sí, señora: y otra cosa quisiera.

—Veamos.

—Quisiera que todo lo que yo gane... ¡Ah, madre, no me acordaba de decirlo!

—¿El qué?

—Que desde la semana que viene, ganaré el jornal entero.

—¿De veras?

—Me lo ha prometido el amo, porque dice que ya trabajo muy bien.

—Esta noticia merece que tu padre te dé un par de pasetas para convidar á tus amigos.

—Pues, hija, dáselas tú, repuso Jacobo; yo no llevo un cuarto encima.

—Ahí van, dijo Florencia dando á Ramon las dos monedas: os vais á la posada, y que os hagan una buena fritura de magras: desde el año que viene, ya tendré yo en casa para daros algunas meriendas, hijo.

—Bien, madre, y gracias: ¡es Vd. más buena! pero volvamos al niño.

—Volvamos: me has dicho que querias una cosa.

—Pues es que ponga Vd. á un *ladico* lo que yo gano, para hacerle á él su *ropica:* desde el

dia que nazca, quiero que gaste de lo mio: es decir de mis ganancias.

—¡Vaya, hijo mio, tienes unas cosas! exclamó Florencia enjugándose los ojos.

—¿No quiere V.?

—¡Sí, hijo, sí! tu hermano gastará solo de lo que tú ganes; en cambio yo ya he empezado á echar en un bolsillo, para librarte de la suerte de soldado.

—¿Has pensado en eso, Florencia? exclamó asombrado Jacobo.

—¿Si he pensado? ¡Media onza tengo ya reunida! ¿Qué madre se olvida del porvenir de su hijo?

—Hijo mio, exclamó Jacobo, volviéndose hácia Ramon con solemnidad: aunque tú y yo besáramos la tierra que tu madre pisa, no podiamos pagarle lo que le debemos; bésale las manos.

—Vaya, ¿quereis hacerme llorar? dijo la jóven recibiendo al muchacho en sus brazos: ya sabeis que me da hipo y me pone mala: ea, hijo, si no me dejas las manos, no voy contigo á la plaza!

—¡Ah! ¿Vendrá Vd?

—Sí: y luego iré á la posada á encargaros la merienda. ¿Para cuántos?

—Para cuatro: los hijos del carretero, el del herrero y yo.

—¿Nos admitireis á la mesa á tu padre y á mí?

—¡Ya lo creo, madre!

—Pues merendaremos juntos; pero escucha, me ocurre una cosa.

—¿Qué?

—Yo iré á comprar las magras á la posada, y haré en casa la fritura: habrá además queso, frutas, un pastelon y vino. ¿Qué te parece?

—¡Muy bien, madre, muy bien! tome Vd., mis dos pesetas.

—No, guárdalas: yo os convido.

—¿Pero yo para que las quiero? ¡Ah, tómelas Vd. para comprar un gorro al niño!

—¿Pero no tienes tú en qué emplearlas?

—Yo no; me da Vd. todo lo que quiero: las perderia.

—Vengan, pues.

Y las dos pesetas volvieron al bolsillo de Florencia, que tan suavemente manejaba á aquel muchacho, poco antes tan indómito.

Despues de comer se dirigieron á la plaza Jacobo, Florencia y Ramon; el muchacho queria lucir á toda costa el traje regalado por su madre.

Al fin de la calle se encontraron con Andrés.

Estaba éste tan desfigurado como Jacobo, pero por un motivo del todo distinto. A Jacobo lo habian cambiado la paz, la tranquilidad y el bienestar. Andrés, desde hacia un mes, se embriagaba todos los dias, y habiendo abandonado por completo el trabajo, corria de desórden en desórden.

—¿A dónde vais? preguntó á sus hermanos.

—Vamos un poco á la plaza, respondió Jacobo.

—Deja á tu mujer con Ramon, y vente conmigo á la taberna, dijo Andrés.

—Chico, ya no me hallo en la taberna.

—¿Pues no ibas antes todos los dias?

—Sí: pero mi mujer me ha quitado el vicio.

—¿De qué manera?

—Mira, despues de casado, fuí los tres primeros dias: volvia muy tarde, y me hallaba á mi mujer trabajando para fuera de casa, por ganar algun dinero; el primer dia, dije: yo no debia ir á la taberna, sino estarme haciéndole compañía; pero la aficion pudo más, y me fuí.

Al segundo dia, volví como avergonzado: ella me recibió riéndose y cantando, como siempre, y yo hice la intencion de no volver.

Pero el tercero, y despues de comer, la tentacion fué más fuerte que mi propósito, y fuí de nuevo: al volver á mi casa, Florencia me entregó veinte y cuatro reales de sus costuras: ¡era lo que yo habia gastado en la taberna en tres dias, bebiendo vino, perjudicial á la salud, y jugando á las cartas! ¡viniéronme lágrimas á los ojos, y despues de aquel dia, no he vuelto ni quiero volver!

Calló Jacobo, y echó una amorosa mirada sobre su mujer, que le esperaba á alguna dis-

tancia con su hijo: luego, y viendo que Andrés no le decia nada, añadió:

—¿Y tú, cómo es que ahora vas, cuando antes en vez de acompañarme, te quedabas en casa de tu madre?

—Voy, repuso el jóven con acento sombrío, voy para engañar algunas horas, porque el tiempo se me hace sobrado largo!

—¿No trabajas?

—¿Yo trabajar, para que utilice mi trabajo ese malvado viejo? no: tengo lo bastante para darme buena vida.

—Pero si no ganas más, se acabará lo que tienes.

—¿Qué importa?

—¿Y qué harás despues?

—¡En los presidios mantienen!

—¡Andrés! exclamó con terror Jacobo.

—¿Qué dices?

—¡Esa palabra me hace temblar!

—Pues á mí no, porque sé de fijo que acabaré mal.

—¿Y tú mujer?

—¿Qué me importa de ella? ¡Tanto cómo á ella de mí!

—¡Eso no es verdad! ¡Trinidad te quiere!

—¿Sí, eh? dijo Andrés con amarga risa: bien se conoce que no has oido lo que se dice por ahí.

—¿Qué se dice?

—¡Lo que yo veo! que la corteja *el soldado*.

—Y aunque eso hiciera, tú tienes la culpa: las mujeres son vengativas, y todo el pueblo sabe tu amistad con la hija de la *generala*.

—Pues ya le daré yo la venganza.

Andrés se alejó dichas estas palabras, y Jacobo le vió entrar en la taberna.

—¿Cómo has tardado tanto? dijo Florencia á su marido. ¿Por qué no viene Andrés?

—¡Calla por Dios, mujer!

—¿Qué tienes, Jacobo? ¡me asustas!

—Quédate con el chico, que voy á casa de madre.

—¿A qué?

—A hablar con Trinidad: su marido me ha dicho que la galantea *el soldado*.

—¡Es verdad! ¡ya lo habia yo conocido!

—Andrés la va á matar, y se pierden los dos; es menester prevenirla.

—¡Corre, pues! ¡luego voy yo!

Jacobo echó á andar hácia casa del tio Pedro: Florencia dió una vuelta por la plaza con Ramon, y luego le dijo:

—Vaya, hijo mio, voy á preparar la merienda: diviértete un rato y al anochecer á casa con tus amigos.

El chico se quedó tan contento, y Florencia corrió desolada á casa de su madre, mientras Ramon buscaba á sus amigos, y los cuatro se relamian con la esperanza de una excelente merienda.

XIX

El soldado.

Cuando Florencia llegó á casa de su abuelo, ni éste ni su madre estaban en ella, pues habian ido á la iglesia á rezar vísperas.

Jacobo acababa de llegar, y habia entrado en el cuarto de Trinidad, que se hallaba sola con el *soldado*.

Manuel Castañeda tenia este sobrenombre, á causa de haber servido ya ocho años en el ejército; un mes hacia que habia vuelto al pueblo, algo más depravado de lo que se fué, y al instante puso los ojos en la linda figura de Trinidad, siguiéndola como su sombra, y asediándola con sus galanteos.

Como muchos licenciados, Manuel habia cobrado ódio y mala voluntad al trabajo: quince dias hacia que no salia de casa de Trinidad, y él era quien habia noticiado á la jóven los amoríos de Andrés.

—Señor Pedro, habia dicho muchas veces doña Agueda al tejedor: diga Vd. á Manuel Castañeda, que no vaya por su casa de Vd.

El tio Pedro, cuyo carácter se habia agriado con los disgustos que le daba Andrés, se encogia de hombros y se iba al taller.

El *soldado* era un hombron de seis piés, grueso, rubio y pálido: su mirada azul era falsa y ladina, y sus modales melosos: vestia con gran lujo, y aunque hacia muy poco que habia regresado á Torres, se susurraba que estaba bien avenido con los contrabandistas.

Nadie le quería en el pueblo: su lujo y su ociosidad daban enojo á los pobres y honrados labradores: y aunque ninguna madre de familia hubiera querido que se acercara á las puertas de su casa, las muchachas miraban con envidia el desprecio del soldado hácia todas ellas, y su predilecion por Trinidad.

Por las noches, cuando, siguiendo la costumbre de la aldea, se reunian dos ó tres familias para pasar la velada, las muchachas se retiraban á un lado con sus ruecas, y empezaban á cuchichear.

—¿Habeis visto los amores del *soldado?*

Esta era la primera frase que salia de aquellas bocas maliciosas y frescas.

—¡Vaya! cada dia está más metidito con Trinidad.

—¿Quién lo habia de decir?

—¡Si parecia *una mosca muerta!*

—¡Una bendita!

—¡Incapaz de romper un plato!

—¡Fíate del agua mansa!

—Chicas, la verdad es que la culpa no la tiene Trinidad, decia una algo más caritativa.

—¿Pues quién la tiene?

—Su señor marido: ¿no anda muerto y penado por Antonia?

—Es cierto; pero eso no excusa á la mansita de Trinidad.

—Claro está: si su marido es malo, ella debia ser buena.

—¿Pero saben esos amoríos el tio Pedro y la tia Baltasara?

—¡Qué han de saber!

—Yo he visto que el *soldado* entra de escondite.

—Se hablarán en el huerto.

—O en la fuente.

—O en el rio.

—¡Quién lo habia de decir!

—Tanto como se han querido Andrés y Trinidad, y á los tres meses de casados andar así!...

¡Toma! Dios sabe lo que se hace: si cada uno habia de haber perdido su casa, se han juntado y solo pierden una entre los dos.

Las muchachas hablaban despues de Florencia: se admiraban de verla prosperar: del cambio que se habia verificado en Jacobo y en su hijo: y luego acababan diciendo:

—Tenia razon doña Agueda cuando asegu-

raba que el matrimonio de Florencia seria un lazo de flores.

Todo esto se hablaba por el pueblo, y todo lo ignoraban el anciano tejedor y su hija Baltasara.

Mas en la tarde que voy hablando, debian tener un desengaño muy terrible.

Ya he dicho que al entrar Jacobo en casa del tio Pedro, Trinidad se hallaba sola con el *soldado*.

La llegada de aquel les contrarió visiblemente: mas Jacobo, sin desconcertarse, tomó asiento junto á su cuñada.

—Trinidad, dijo con voz firme y reposada, acabo de encontrarme á tu marido.

La jóven se encogió de hombros.

—No lo tomes así, continuó Jacobo: y ten entendido que estás amenazada de muerte.

—¿Quién la amenaza? preguntó el *soldado* levantándose á medias.

—Andrés, respondió friamente el labrador.

—¿Iba acaso, cuando lo ha dicho, con Antonia la hija de la *generala*?

Un silencio profundo sucedió á estas palabras: Jacobo fué el primero que le rompió, dirigiéndose al que las habia proferido:

—Manuel, dijo, no está bien hecho el noticiar á una mujer las faltas de su marido: y es mucho más regular el ocultárselas. Yo debo defender á Andrés como pariente mio, y á su mu-

jer, que es hermana de Florencia: así, pues, sabe que Andrés ha llegado á apercibirse de tus relaciones con Trinidad, y que quizá pagareis los dos vuestro trato criminal, con la vida.

Manuel echaba llamas por los ojos; pero Trinidad le contuvo con una seña, y dijo levántandose con ímpetu:

—Y aunque fuesen ciertas nuestras relaciones, ¿no ha sido él quien me ha dado el ejemplo?

—Trinidad, los ejemplos malos no se toman: tu marido, además, tiene alguna razon para hacer lo que hace: tu abuelo le ha maltratado de palabra y de obra: tú no le dejas libertad para nada: le encierras el dinero, le reconvienes: Trinidad, la mujer hace al hombre, y da paz á su casa. Mira, yo era un perdido, sin vergüenza lo digo, cuando me casé con tu hermana: no tenia casa ni hogar: debia bastante dinero, mi hijo era un bribonzuelo de marca mayor: hoy Florencia ha alegrado mi casa, llevando á ella la prosperidad, el bienestar y el trabajo: y sin embargo, tu hermana era casi tan pobre como yo, y Andrés y tú érais ricos, y todos creian que íbais á ser muy felices.

Calló Jacobo esperando una contestacion; pero Trinidad, encarnada y con los ojos bajos, no era capaz de dársela, y el *soldado* se contentaba con mascar entre dientes algunas frases no muy cristianas:

—Trinidad, prosiguió el esposo de Florencia;

yo he venido, como hermano que te quiere, á darte un buen consejo.....

La voz de Jacobo fué ahogada aquí por los gritos que daba Baltasara, que acababa de llegar á su casa, y altercaba en el patio con Florencia.

—¡Si la he de matar!.... vociferaba la viuda.

—¡Madre, por Dios!.... decia la voz dulce y sumisa de Florencia: madre, ¿quién hace caso de cuentos?

—¡Dar lugar que me saquen á mí los colores en la calle! ¡picarona!.... ya se lo diré yo á su marido!....

—¡Madre!

No pudo percibirse otra palabra de Florencia, porque Baltasara, sin escuchar razones, se precipitó en la habitacion, hecha una furia y ébria de ira y de dolor.

XX

Catástrofe.

—¡Infame! ¡mala mujer! gritó la honrada viuda al ver á Trinidad, que, trémula y descolorida, se ocultaba detrás de Jacobo.

—Madre, dijo éste, los asuntos de esta clase no se arreglan á gritos: tranquilícese Vd., y hablemos como personas de razon.

—¡Tranquilizarme! exclamó Baltasara: no puedo yo tener ningun descanso hasta que la mate á golpes!

—¿Quién habla aquí de matar? dijo el *soldado* tomando su aire de perdona-vidas.

—¡Hablo yo, señor tunante, yo! ¿oye Vd.? ¡yo, su madre!

—Su madre se guardará muy bien de llegar á la ropa de esta chica, ¿estamos?

—¡Se habrá visto insolencia igual!

—Manuel, dijo Jacobo, hazme el favor de marcharte de aquí, y espérame en mi casa.

—¿Me echas?

—De aquí, sí.

—¡Y yo no quiero irme!

—Yo te digo que vayas á mi casa.

—¿Para qué?

—Por que va á venir Andrés.

—Me tiene sin cuidado.

—Escucha, Manuel, dijo el prudente labrador. Andrés ha ido á la taberna: hoy es un dia de maldicion para esta casa, y casi estoy seguro de que alguna de las personas que se haya encontrado allí, le hará ver el destrozo que tú has hecho en su honra. ¡Manuel, el vino y la cólera son malos consejeros!

—¿Que me importa? Tengo yo mi *canosa* (1).

—¡El tendrá la suya! y además, la razon está de su parte, porque su mujer le es infiel.

Jacobo, mientras decia estas palabras, amparaba á Trinidad, que más muerta que viva se agarraba á él convulsivamente, huyendo de los formidables puños de su madre.

El sol iba á esconderse rápidamente detrás del monte vecino: las muchachas volvian cantando de la plaza mayor, donde habian pasado la tarde bailando, y de cada chimenea salia ya una columna de azulado humo.

De repente se oyó una voz ronca y vinosa: Jacobo, á pesar de su fortaleza, palideció, y dijo por lo bajo á su mujer, que aún trataba de calmar á su madre:

—¡Ahí está Andrés!.... mejor será que te vayas á casa, Florencia.

---

(1) Navaja enorme que usan los labradores.

—¿Por qué quieres que me marche? preguntó ésta tímidamente, sintiendo su sangre helada en las venas, al ver la conmocion de su marido.

—¿Por qué? repuso éste: porque aquí va á pasar alguna cosa terrible.

—¡Déjame estar á tu lado! suplicó Florencia.

Jacobo no tuvo tiempo de contestar: su corazon se quedó como paralizado á la vista de Andrés.

Baltasara quedó tambien inmóvil, mirándole, y cualquiera hubiera dicho que el terror habia extinguido la voz en todos los personajes de esta imponente y dolorosa escena.

Venia Andrés ébrio completamente: una palidez azulada cubria sus mejillas, poco antes tan frescas y rosadas; su camisa estaba manchada de vino, su cabello desgreñado, y sus manos crispadas: un silencio profundo y pavoroso acogió su llegada, como ya he dicho: solo Trinidad lanzó un grito de horror, dejándose caer desvanecida en la silla que tenia más próxima.

Mas como si aquel grito hubiese penetrado en el corazon, preñado de saña de Andrés, se dirijió á ella con ademan amenazador.

De súbito se halló con un obstáculo para llegar hasta su mujer: era el *soldado*, que la cubria con su cuerpo, con una navaja en la mano.

Andrés miró á Manuel durante algunos instantes: sus pupilas se iluminaron con un gozo

feroz: cogió un cuchillo, que fatalmente habia encima de una mesa, y le hundió en el pecho del desdichado mozo, sin darle tiempo para evitar el golpe.

El *soldado* cayó, y su caida dejó indefensa á la desventurada Trinidad, pues todos estaban demasiado lejos para correr en su socorro.

Andrés levantó sobre ella su cuchillo ensangrentado: mas la infeliz jóven reunió sus fuerzas y tendió los brazos hácia su marido.

—¡Que matas á tu hijo! gritó con acento penetrante, y que parecia salir de lo más íntimo de su alma.

Andrés, á pesar de su estado, soltó el cuchillo, y se dejó conducir dócilmente á la cárcel por la justicia, que se presentó en aquel instante.

. . . . . .

Al amanecer del dia siguiente lanzó Manuel Castañeda, álias el *soldado*, el último suspiro en los brazos de Jacobo y de Florencia.

XXI

Amor de madre.

Inmediatamente que la pobre Sebastiana tuvo noticia de la catástrofe ocurrida, marchó á la ciudad, á cuya cárcel trasladaron á aquel hijo único y tan querido.

Era madre, y era rica: y así considero inútil decir cuánto trabajó é hizo trabajar en veinticuatro horas á un excelente agente de negocios, que la Providencia le deparó.

En la sumaria que acto contínuo del crímen se instruyó, constaban ya todas las circunstancias que pudieran atenuarle.

¡Pobre madre! ¡Cuánto sufrió! Al acabarse aquellas veinticuatro horas, sus cabellos, antes ligeramente matizados de plata, estaban blancos como la nieve.

Su afliccion y su aspecto honrado enternecieron vivamente al juez.

—Señora, le dijo éste, que era un anciano venerable: yo soy padre, y comprendo cuán-

to Vd. deberá sufrir: su hijo no morirá; pero ¡ay! nosotros no podemos aliviarle de otra pena, casi igualmente aflictiva.

—¿Cuál, señor? ¡Dígamelo su señoría por el amor de Dios! exclamó la infeliz madre.

—¡Qué! ¿No lo sabe Vd.?

—¿Cómo lo he de saber, señor? En el pequeño pueblo donde he nacido y me he criado, se cuentan por siglos las acciones como la que acaba de cometer mi hijo. ¡Nada sé de crímenes ni de castigos!

—Pues bien, pobre mujer, su hijo de Vd. arrastrará una cadena por toda su vida.

—¡Por toda su vida! repitió Sebastiana perdiendo el color: y luego, recobrándose de repente, añadió:

—No importa, señor: estoy contenta.

—¿Contenta?

—Sí señor; al presidio le seguiré yo, le cuidaré y le haré compañía; y si quedase en el lugar perdonado y libre, no tendría más compañía que la de su mujer.

—Pero, señora.....

—¡Ah, si supiera vuestra señoría lo que es un matrimonio en que la mujer empieza á desbarrar! ¡Seguramente que no lo sabe, ni quiera Dios que lo sepa jamás! Señor, es una cadena de hierro, que aprieta á la vez las manos, el cuello y el corazon.

—¡Es una cosa extraña! ¿Le parece á Vd. más

ligera la que ha de ligar los piés de su hijo por todo el resto de su vida?

—¡Si, señor! ¡Más ligera, mucho más ligera! De hierro son las dos; pero el peso á los piés no quita el apetito ni el sueño. Andrés volverá á estar gordo y bueno como antes... ¡Ah, señor! ¡Si vuestra señoría le hubiera conocido! era hermoso como una doncella, de condicion apacible y suave como la seda: era mi orgullo, mi delicia! ¡Todas las madres me lo envidiaban!... ¡Desdichada mujer que pare hijos, que otra mujer ha de perder!....

Rompió á llorar la pobre Sebastiana; pero serenándose por un esfuerzo de su voluntad, se levantó, y se despidió del bondadoso juez.

—Adios, señor, le dijo: repito á vuestra señoría que voy contenta por la suerte que ha de tocar á mi Andrés.

Un mes más tarde, el hijo de Sebastiana, con su cadena al pié, y unido por medio del hierro infamemente á un célebre ladron, fué destinado, con otros de sus compañeros de infortunio, á trabajar en un camino público, que se estaba construyendo en una de las provincias meridionales.

Su madre le siguió, segun habia dicho, dejando su hacienda, que era mucha, encomendada al cuidado de Jacobo, cuya honradez habia podido apreciar.

Sebastiana no se separó de su hijo: comia

el rancho de los presos, y dormia en un cuartito del establecimiento penal de la poblacion donde pernoctaban siguiendo en progresion los trabajos de la carretera.

Los jefes de las casas de correccion, la tropa que vigilaba á los presos, los capataces, y los presos mismos, amaban, veneraban y admiraban á aquella noble mujer, que habia antepuesto á todos los intereses de la tierra, su santo y sublime amor de madre.

Gracias á la influencia, á los consuelos, á los consejos, al ejemplo, en fin, de aquella mujer fuerte, el fatal veneno de las cárceles no se inoculó en la débil razon de Andrés.

Ella le salvó de todas las tentaciones; ella le ocultó, con el velo de su ternura, todos los malos ejemplos: ella apagó, con el sonido de sus cantos religiosos, el eco de las blasfemias, que sin cesar se pronunciaban en derredor de Andrés: ella le hizo rezar las oraciones de mañana y noche; ella en fin, mantuvo vivas en el corazon de su hijo la semilla de la fé, y la dulce flor de la esperanza.

Con su admirable instinto de mujer, supo curar todas las amargas y dolorosas llagas de su corazon, y supo reanimar su espíritu abatido por el infortunio.

—Hijo mio, le decia cuando le veia silencioso y cabizbajo: hijo mio, no te compares tú á esos infelices que han venido aquí por delitos

premeditados: no, tú no eres tan culpable como ellos: tu crímen fué fruto de la embriaguez, y de provocaciones de la gente mala, que siempre acude á las tabernas.

—¡Mi mujer me ha perdido! murmuraba Andrés con amargura.

—Perdónala, hijo mio, ella es más infeliz que tú; pues tiene sobre su conciencia la muerte de un hombre, y la desgracia de otro.

Seis meses hacia que Andrés se hallaba sufriendo su condena, cuando recibió una carta de Jacobo, noticiándole que era padre.

«Tienes un hermoso niño, le decia. Trinidad, que está flaca y descolorida como una sombra, quiere que se llame Andrés: tu mujer es otra; se ha vuelto buena y apacible como una oveja: únicamente sale de su casa para ir á la iglesia: te nombra sin cesar, y á no ser por su estado y por el temor de irritarte, ya hubiera ido á acompañarte en tus trabajos.

«Mi Florencia sigue sin novedad, y esperando tambien la hora de salir de su cuidado: Ramon se ha hecho tan gallardo, que todos los padres me le envidian: trabaja como un leon; es callado y pundonoroso: limpio como él solo, sobon de puro cariñoso, y gran tocador de guitarra: no ve más que por los ojos de su madre, y ha ofrecido una fiesta á la Vírgen, pagada de sus jornales, si Florencia sale bien de su cuidado.

«Madre y abuelo, buenos, pero desde tu des-

gracia, parece que han envejecido diez años: ni tu mujer ni ellos han dejado el luto desde el dia que te fuiste, y abuelo, á pesar de su avaricia, hace decir todos los dias una misa por tí, y por tu pronta vuelta.

«Dentro de ésta, va una carta de doña Agueda, y en ella te escribe tambien unas letras el señor Cura: esto te probará que te estiman: todo el pueblo te *inora* (1) Andrés, porque eras la perla de los muchachos y de los buenos hijos, y todos desean que vuelvas: se dice que la Reina está embarazada y que, al nacimiento de la princesa ó príncipe de Astúrias, habrá *endulto*, y grande; buen ánimo, pues.

«Adios, mi mujer y mi hijo te abrazan y tambien á tu buena madre; todo el lugar me manda ponerte expresiones: la Antonia se casó hace tres dias: Andrés, de todas las mujeres, la ménos mala es la propia, y la ménos ingrata: con que *asina*, no te acuerdes más de la hija de la *generala*.

«Tu hermano que te quiere

Jacobo.»

Andrés sintió en su corazon un movimiemto extraño al saber que tenia un hijo: como por medio de un encanto poderoso y magnético, se presentó ante sus ojos la imágen de Trinidad, pálida, enflaquecida, cubierta de luto, y oyendo

(1) Inorar, echar de ménos.

todos los dias una misa por su vuelta á la aldea.

El jóven fué á buscar á su madre, y lloró con ella: despues leyó Andrés en voz alta la carta de doña Agueda, y del señor Cura.

Empezaba la buena señora, y decia así:

«Mi querido Andrés: hemos sabido todos con la mayor satisfaccion tu ejemplar comportamiento en tu desgraciada posicion; y para recompensarte por él, y consolarte en tu infortunio, te diré que tu pobre mujer está dando el ejemplo del mayor arrepentimiento, y tanto, que hemos llegado á temer por su vida, á fuerza de llorar por tí.

«Yo te suplicaría, mi buen Andrés, que le escribieras, al ménos dos renglones, para reanimar su pobre espíritu abatido: de lo contrario, puede quedar huérfano tu hijo, *tu hijo,* entiéndeme bien, y pesa estas dos palabras tan sagradas.

«No te desconsueles, y espera mejores dias: tu falta ha sido hija de otra falta. Andrés, si el Dios de bondad te trae otra vez entre los tuyos, no vuelvas á pisar los umbrales de la taberna.

«Adios: hasta la vista: dí á tu madre que está ganando una corona de santa; abrázala por mí, y recibid ambos el afecto de vuestra verdadera amiga

Agueda.»

El señor Cura acababa la carta consolando

á Andrés, y dándole esperanzas de una próxima libertad.

Estas cartas trasformaron al pobre preso: iluminaron el mundo á su vista, é hicieron volver sus fatigados ojos á su aldea, á su mujer y su hijo, como á un puerto de paz y de bonanza.

XII

La bienhechora.

Diez dias despues de llegar las anteriores cartas á manos de Andrés, Florencia dió á luz una hermosa niña, á la que se puso el dulce nombre de María.

Cuando por la noche volvió Ramon del campo, la cogió en sus brazos, la paseó por la cocina haciéndola bailar en ellos, de los cuales se vió obligado á quitársela su padre para volverla á los de Florencia: el muchacho quería ya llevársela á su cuarto y cuidarla.

Al dia siguiente se cantó una misa solemne, para lo cual fué á la aldea una excelente orquesta: su coste era el fruto de la laboriosidad de Ramon.

Toda la familia asistió á la misa de gracias por la recien nacida: en medio de la iglesia se destacaban las enlutadas figuras del tejedor, de su hija y de su nieta. Trinidad aprovechó aquella misa para oirla, y fué con su recien-nacido en los brazos, á pedir al Señor que le devolviese el padre de su hijo.

.....

Trascurrieron algunos meses.

Al anochecer del dia 20 de Diciembre de 1851 se echaron á vuelo las campanas de la aldea: una fausta nueva acababa de recibirse. Nuestra amada Reina habia dado á luz á la princesa María Isabel.

El señor Cura fué á casa del tejedor, y abrazó paternalmente á Trinidad.

—¡Ya tiene padre tu hijo! fueron las primeras palabras que pronunció.

—¡Ah, señor! murmuró la jóven con tristeza: ¡mucho tardará aún en verle!

—¿Quién sabe? ¡Fia en Dios! respondió el Vicario, besando en la frente al pequeño Andrés.

El esposo de Trinidad recibió á los pocos dias la noticia de haber sido rebajada su condena á quince años.

Era el primer rayo de luz que Dios enviaba á aquella alma arrepentida.

¡Pero quince años! ¡Ay, este plazo era muy largo para el pobre jóven!

No obstante, se fué acostumbrando á esta idea: y un mes despues de recibida la noticia, le parecia que podia llamarse feliz.

Su mujer le escribió por medio de doña Agueda: y él le contestó triste y resignadamente.

El mismo dia que llegó á Torres la carta de Andrés, doña Agueda fué de mañanita á casa de Baltasara.

Tenia las facciones alteradas, y el aire fuertemente preocupado.

—Hija mia, dijo á Trinidad, tomándole una mano: prepárate para marchar esta noche á Madrid.

—¡A Madrid! repitieron asombrados la jóven, su madre y su abuelo.

—Sí, á Madrid: yo te acompañaré.

—¿Pero á qué, señora?

—A pedir á la Reina el perdon de Andrés.

—¡Dios mio! exclamó Trinidad palideciendo.

—Vamos, valor: llevaremos al niño: Su Majestad sale á oir misa á la capilla de palacio dentro de cuatro dias: pues bien, nos arrodillaremos á sus piés, le presentarás tu pobre hijo huérfano y enlutado, y perdonará á Andrés.

—¡Ah, señora! exclamó Trinidad postrándose delante de la anciana. ¡Señora mia, Vd. es nuestro ángel tutelar!

Al decir esto besaba regando con lágrimas las manos de doña Agueda, que lloraba tambien.

La buena Baltasara y su anciano padre, anegados en llanto, llenaban de bendiciones á la excelente señora.

—Vaya, no hay que llorar, dijo ésta: á las ocho y cuarto de la noche pasará por aquí la diligencia: abrigarás bien al niño, y nos iremos.

—¡Dios bendecirá tan buena obra! dijo la voz apacible del señor Cura, que entraba entonces; ¡sí, doña Agueda, Dios bendecirá ese acto he-

róico de caridad! ¡Vayase Vd. con Trinidad, y yo desde aquí rogaré al Señor por el feliz éxito de su empresa!

—¡Señor Cura! ¡Señora! ¡Dios se lo pague á Vds., en el cielo! exclamó el tio Pedro: pronto, pronto, hija, añadió dando una llave, á Baltasara: abre el arcon de mi alcoba; alli hay una bolsa grande con dinero: tráela, corre, y dásela á Trinidad para los gastos.

—Señor Pedro, dijo doña Agueda: guarde Vd. su dinero, porque quisiera que todos los gastos del viaje corriesen por mi cuenta.

Baltasara se detuvo, y doña Agueda y el señor Cura salieron de la casa despidiéndose hasta la noche.

Trinidad pasó el dia en una angustia inexplicable: fué y vino veinte veces á casa de su hermana: pasó la tarde orando en la iglesia, y despues de la cena, á la que ninguno tocó y á la que habian asistido Jacobo, Florencia y sus hijos, rezó el rosario toda la familia de rodillas.

Concluido, Trinidad se vistió un traje de lana, de luto: cubrió sus hermosos cabellos castaños con una mantilla de labradora; abrigó á su hijo con otro traje, negro tambien, y tomándole en sus brazos, se sentó, estrechándole contra su pecho, y derramando sobre su cabeza abundantes y silenciosas lágrimas.

Poco despues, llegó doña Agueda: su noble figura lo parecia mucho más, ataviada con un

elegante traje de seda gris, una hermosa manteleta y un lindo y sencillo sombrero.

Ocupó en animar á toda la familia algun tiempo: y despues de abrazar Trinidad á su abuelo, á su madre y á sus hermanos, subió al coche con su hijo en brazos, y seguida de su protectora.

XXIII

La clemencia Real.

Las dos viajeras, con el niño, se hospedaron al llegar á Madrid en una fonda poco concurrida, y se prepararon á pasar en espectativa los dos dias que faltaban para ver á la que, con tanta justicia, apellidan *Isabel la bondadosa*.

Lo que la infeliz Trinidad padeció en ellos, solo Dios puede saberlo; no hallaba sosiego en ninguna parte: se paseaba, se sentaba, se postraba á orar, acariciaba al niño, queria dormir, y doña Agueda llegó á temer por la razon de la infeliz.

¡Pobre madre de diez y ocho años! cubierta ya su frente con el luto de las viudas! ¡cubierto ya su corazon con el luto de los remordimientos!

Llegó por fin el suspirado dia 2 de Febrero de 1852: desde por la mañana un repique general de campanas anunció que la Reina de España iba á dar gracias á Dios por su maternidad, y á presentar á la Vírgen Santísima á la recien-nacida. El sonido de las músicas y el

rumor de los carruajes conmovian todas las fibras del corazon de Trinidad, que se habia levantado con el alba, sin haber podido dormir en toda la noche.

La jóven, con su vestido de luto, parecia la imágen de la desesperacion.

Su rostro, blanco como el marfil, estaba alumbrado por los reflejos de sus ojos, que parecian mayores á causa da la blancura de sus mejillas.

A duras penas se pudo conseguir que sorbiera un poco de leche, y despues marcharon las dos á situarse en la galería del real palacio.

Eran las diez de la mañana: la Reina debia oir misa en la capilla de palacio, é ir al templo de Nuestra Señora de Atocha, á presentar á su hija: todas las calles, desde palacio hasta el templo, estaban cubiertas por una apiñada multitud ansiosa de saludar á S. M., y por las tropas de la guarnicion, cuyas armas brillaban al sol de aquel hermoso y apacible dia.

Doña Agueda y Trinidad se colocaron en un sitio muy cercano á la puerta por la cual debia salir S. M. de sus habitaciones.

Oyóse por fin rumor: los alabarderos ensancharon las filas, agitóse la muchedumbre que llenaba las galerías, y la Reina, acompañada de su esposo y rodeada de su servidumbre, apareció á los ojos de toda aquella concurrencia, que se afanaba por verla.

Vestia S. M. un rico traje de seda blanca, bordado de oro, y un manto de terciopelo carmesí, bordado tambien de oro; ceñia su frente una riquísima corona de perlas y diamantes, y en sus hermosas facciones resplandecia el contento.

—¡Vamos, hija mia, dijo doña Agueda á Trinidad, que estaba trémula, y con los ojos fijos en la Reina.

La jóven se extremeció; pero doña Agueda empujó suavemente á Trinidad, y ambas fueron á caer postradas á los piés de la magnánima Isabel.

Su Majestad se detuvo, y por un movimiento natural, sus ojos se fijaron en las dos mujeres, de las cuales la una, cubierta de luto, llevaba un niño en los brazos.

—¿Qué quereis? dijo con dulzura.

—Señora, contestó doña Agueda: he venido á implorar la bondad caritativa de V. M. para el esposo de esta infeliz jóven.

—¿Es suyo ese niño? preguntó la Reina con interés.

—Sí, señora, es suyo y no conoce á su padre, pues ha nacido mientras él está sufriendo la dolorosa pena que le impuso la ley.

—¡Ah, señora! exclamó Trinidad arrastrada por la situacion: ¡sea V. M. tan compasiva hoy como lo es siempre, y así Dios conserve largos años su preciosa vida, y la de su augusta hija!

Doña Agueda presentó entonces á la Reina

un pliego doblado: era una reverente exposicion, en la que explicaba clara y concisamente los motivos de la condena de Andrés, sin olvidar la noble abnegacion de Sebastiana.

Su Majestad tomó el pliego y volvió á mirar á la jóven madre.

Despues dió un paso para acercarse á las dos mujeres, que aún permanecian en su postura suplicante.

—¿Sois de aquí? preguntó bondadosamente.

—Yo, sí, señora, respondió doña Agueda.

—Bien, levanta, dijo la Reina.

Luego acercándose á la pobre Trinidad,

—¡Vamos, ánimo! exclamó: mírame, no temas.

La jóven rompió en llanto.

—No llores, repuso S. M., y enséñame á tu hijo: ¿de dónde eres?

—Soy de un pueblo llamado Torres de Berrellen, señora, contestó temblando Trinidad.

—¿De qué provincia?

—De la de Zaragoza.

—Pues corre á dar gracias á la Vírgen del Pilar.

Y poniendo su mano sobre la cabeza del pequeño Andrés, cubierta con un humilde gorrito negro,

—¡Pobre niño! exclamó con acento conmovido, yo te devuelvo á tu padre: está perdonado: ¡así Dios me conserve á mi hija!

Un inmenso grito resonó en las galerías, bendiciendo la clemencia Real.

La Reina se dirigió entonces á doña Agueda, y le dijo con los ojos humedecidos:

—El que protege al desvalido; merece toda mi gratitud, y tú la mereces tambien, por haberme dado la ocasion de perdonar.

Su Majestad siguió andando, en tanto que doña Agueda tomaba en sus brazos al niño de Trinidad y socorria á ésta, que, embargada por la alegría, iba á caer al suelo presa de un desmayo mortal.

Los Reyes continuaron su camino: y las oleadas de gentes siguieron en pos de los Monarcas, dejando algo más libre el reducido espacio donde se hallaban Trinidad y doña Agueda.

Por fin abrió la jóven los ojos.

—¡Perdonado! fué su primera palabra.

—Sí, jóven, dijo un anciano militar: perdonado: esta noche se enviará la órden á donde esté su esposo de Vd., y solo tardará en abrazarle el tiempo que necesite emplear en el camino.

En aquel instante resonó un agudo grito: al oirle, el anciano militar palideció, puso mano á la espadá y murmuró echando á correr:

—¡Es la voz de S. M.!

—¡Han muerto á la Reina! ¡Han muerto á la Reina! dijeron muchas voces á un tiempo.

—¡Muerta! exclamó doña Agueda.

—¡No! repuso una anciana venerable que se hallaba cerca elevando sus ojos al cielo y mientras su frente brillaba iluminada por los rayos de la fé: ¡no, no puede haber muerto á manos de un traidor, la que acaba de ejercer la clemencia de un modo tan sublime!

—¡La Reina vive! gritó una voz á lo lejos.

Y como si un grito celeste hubiera bajado á la tierra, los feroces murmullos y las exclamaciones de dolor, se amenguaron instantáneamente.

—¡Vive! repitió Trinidad juntando las manos. ¡Gracias, Vírgen Santísima, protectora de las madres!

En aquel instante pasó el regicida entre algunos alabarderos, que le conducian por primera providencia á su cuerpo de guardia.

¡Horror! ¡El que habia hundido el hierro asesino en el pecho de la mejor y más generosa de las Reinas, era un sacerdote! ¡Uno de los ministros del Dios de paz y de perdon!

Era D. Martin Merino, primer regicida español, de odiosa memoria, que cinco dias despues, esto es, el 7 de Febrero de 1852, expió su crímen en el cadalso, siendo despues quemado su cuerpo y arrojadas al viento sus cenizas, para escarmiento de traidores.

Para casi todos los testigos de aquel horrible atentado, salvó á nuestra amada Reina de

la muerte una flor de oro del manto, que embotó el acero: mas para los que se habian hallado cerca de la magnánima Isabel, cuando perdonó al marido de Trinidad, fué su salvacion una recompensa de Dios.

Cuando Sebastiana supo la triste nueva del atentado contra la Reina, lloró desconsoladamente: ¿acaso no era ella quien habia aliviado la suerte de su querido hijo, disminuyendo los años de su condena?

Así, pues, no hubo noche ni mañana que no rezase un rosario, para que Dios devolviese la salud á la amorosa madre de los españoles.

Ocho dias despues del atentado, y una mañana, en que ya Andrés habia salido á trabajar al camino con sus compañeros, entró en el cuartito de Sebastiana el jefe que custodiaba á los presos.

La buena mujer no se extrañó de verle en su pobre habitacion.

Cuidábale ella con el mayor cariño, porque distinguia y consideraba á Andrés entre todos los demás presos: le lavaba, componia y planchaba la ropa, le hacia la comida y le mullia el lecho, pues á aquella excelente mujer le interesaban todos los jóvenes separados de sus madres.

El jefe de los presos tenia pocos años: era bondadoso, afable, y estimaba mucho á la cariñosa señora Sebastiana.

Cuando recibió la órden de poner en libertad á Andrés, sintió una viva alegría, y quiso ser él quien preparase á la pobre Sebastiana para tan inmensa felicidad.

—Buenos dias, señorito, dijo ella, dejando la calceta en que trabajaba, y ofreciendo una silla al jóven: ¿quiere Vd. ya el almuerzo?

—Todavía no, respondió su interlocutor, que la miraba con enternecimiento; luego añadió:

—Siéntese Vd., Sebastiana, que tengo que darle buenas noticias de Madrid.

—¿De Madrid? ¿A mí?

—A Vd., sí.

—¡Ah, ya caigo! ¿Está mejor la Reina?

—Mucho mejor, á Dios gracias.

—¡Cuánto me alegro! ¡Pícaro hombre aquel! ¡Debe estar ardiendo en los infiernos!

—Tal creo, Sebastiana: pero además de las noticias concernientes á la preciosa salud de S. M., tengo que dar á Vd. otras.

—¡Otras! exclamó Sebastiana con una especie de impaciente angustia.

—¡Vamos, ya pierde Vd. el color! ¡Ya tiembla! Si no tiene Vd. más valor, no podré decirle nada.

—¡Oh, sí, sí, por Dios, señorito, dígamelo usted todo! ¿Han vuelto á condenar á Andrés á otra pena mayor? ¿Faltaba algo que ver en su causa?

—No, tranquilícese Vd.: las noticias que tengo que darle son satisfactorias.

—¿Satisfactorias?

—Sí: se ha hecho menor aún la reclusion de Andrés.

—¿De veras? ¡Ah, bendito sea Dios!

—Andrés saldrá muy pronto...

—¿Muy pronto? ¿Cuándo?

—Piense Vd. un plazo muy corto.

—¿Dentro de seis años?

—No, no: más corto.

—¡Más corto, Dios mio! ¿Va á estar ménos aquí?

—Sí, ménos.

—¿Estará cuatro?

—Ménos.

—¿Dos? dijo la pobre mujer, que iba palideciendo cada vez con mayor intensidad.

—Ménos, repitió el jóven, que acudió á sostenerla en sus brazos: y luego, deseando poner término á aquella situacion tan penosa, añadió:

—En fin, mi buena Sebastiana, Andrés solo estará ya aquí algunos meses... algunos dias quizá...

—¡Algunos dias!... ¡Ah!... ¡Cuántos... cuántos!

—¡Andrés está libre!

La pobre mujer dió un grito de inmensa alegría, y poniéndose de rodillas empezó á rezar en alta voz.

Luego echó á correr á donde estaba su hijo, y le abrazó, exclamando entre sollozos:

—¡Estás libre!... ¡Estás libre!.... ¡Bendito sea Dios...!

—¡Bendito sea! repitió Andrés elevando al cielo sus ojos: ¡bendito sea, y bendita sea la clemencia real!

El encargado de la custodia de los penados entregó entonces á Andrés una carta del señor Cura, que solo contenia estas palabras:

«Andrés, estás libre: tu mujer y tu hijo han alcanzado tu perdon á los piés de S. M.

« Vuelve pronto á abrazar á los que te aman.»

XXIV

Los lazos de la familia.

Espiraba Febrero: la humilde aldea de Torres, parecia alumbrada por un sol más radiante y alegre que de costumbre.

Acababan de dar las nueve de la mañana en el reloj de la iglesia, y en la plaza mayor del lugar se reunian á toda prisa los labradores de ambos sexos, vestidos de gala, llenos de cintas y flores.

Pero lo más extraño era que cada uno iba llegando con su borrico, tambien engalanado y coronado de flores.

Los graves y los pacíficos animales caminaban abrumados bajo el peso de sus pintorescas diademas, y se miraban de reojo como preguntándose á qué venia tanto adorno, y tanta fiesta.

Oigamos á dos muchachas que conversaban en un ángulo de la plaza, y lo sabremos nosotros.

—¡Chica, qué despacio van viniendo! dijo la una á su compañera.

—¡No, mujer! ¿Quién falta ya?

—Doña Agueda y Trinidad.

—Ya no pueden tardar: aquí traen ya los borricos para ellas.

—¡Mira Jacobo y Florencia, qué bien puestos!

—¿Pues, y Ramon? ¡Va á ser el mejor mozo del lugar!

—¡Yo lo creo! Dios ha echado su bendicion sobre esa familia: ¡están ya muy bien!

—Dice mi padre que ya les falta poco para pagar el campo á la señora Rita.

—Y Jacobo ha comprado una hermosa viña, con lo que ha sacado del aceite.

—Mira, ya monta Ramon en su burro, y pide la niña á Florencia.

—¡No es mala la cucaña que ha encontrado Florencia en su hijastro! ¡Y eso que todos suelen ser tan malos!

—¡Hija, *el buen patron, hace buen marinero!*

—¡Es verdad! Florencia es una madre para ese muchacho; pero lo cierto es que él tiene la mejor pasta del mundo.

—Sí: ¿quién lo habia de decir?

—Aquí viene doña Agueda.

—¡Y qué alegre!

—¡Tiene cara de santa!

—Y lo es.

—Yo así lo creo: porque nunca se cansa de hacer bien.

—Mira Trinidad: ¡ay! ¡lleva el vestido azul que estrenó el dia de su boda!

—¡Toma, como que hoy puede estar más alegre que una novia!

—Eso es verdad.

—Y mira el niño, ¡qué compuesto!

—¡Qué bonito gorro lleva!

—Se lo ha regalado doña Agueda.

—Allí está el tio Pedro, con su eterno traje negro; pero cualquiera diria que ha remozado.

—Y la señora Baltasara, con su vestido de los dias de fiesta.

—¿Aún está guapa, verdad?

—¡Ya se vé!

—Ella es fea de cara, como Florencia; ¡pero tiene un talle, una sal y una limpieza!

—¡Mujer, yo no me canso de mirar á Trinidad, parece una imágen!

Calló la bulliciosa muchacha para contemplar á la esposa de Andrés, que, en efecto, estaba encantadora como nunca.

La desgracia habia impreso en su frente un sello de tristeza que despues habian dulcificado los consejos del señor Cura, y los consuelos de doña Agueda, poetizando, por decirlo así, su misma tristeza.

Nada hay, ni aun el dolor, que la virtud no embellezca. La resignacion es como la sonrisa de la melancolía, que hace desaparecer las con-

vulsiones de la desesperacion en un hermoso semblante.

¡Ah, sí! Por egoismo, alménos, debemos amar la virtud los míseros mortales. Ella derrama las únicas flores que podemos hallar en la carrera de la vida, para que no se nos hagan tan amargas y punzadoras las espinas del camino.

.....

Trinidad estaba delgada y pálida: sin duda por esta causa, parecian mayores sus hermosos ojos pardos, y tenia su cabello un seductor matiz dorado.

Toda la familia del pobre Andrés, y todos los vecinos de Torres—que no pasarian de sesenta—montaron en sus engalanadas cabalgaduras, y saliendo de la plaza, tomaron el camino real, cantando alegremente.

Los jóvenes y las muchachas iban delante: Ramon, con la niña entre los brazos, pasó con ellos, y Jacobo y Florencia pusieron sus borricos al lado del que montaba Trinidad.

—¿Qué tienes? preguntó aquella á su hermana, que iba con la cabeza doblada sobre el pecho.

—¡Ay, Florencia! murmuró la jóven: ¡no lo sé; pero tengo muy oprimido el corazon!

—Pero mujer ¿por qué? preguntó á su vez Jacobo.

—Tiemblo de ver á Andrés, y más quisiera haberme quedado con el señor Cura.

—¡Bueno hubiera sido que su mujer no hubiera salido á esperarle!

—¡Ay, que su mujer ha sido la causa de todos sus trabajos!

—¡Bueno! Dios perdona, dijo Jacobo con voz conmovida, y Andrés te ha perdonado tambien.

—¿Quién sabe? ¡Quizá le encuentre enfadado!....

—¿Y eso qué importa? dijo Florencia dominada por su amor de madre: ¿no llevas ahí el mejor regalo para desenojarle? ¿no llevas á tu hijo?

—¡Ay! murmuró la pobre Trinidad, cuyo llanto se redobló al oir estas palabras: ¿quién sabe cómo recibirá á esta pobre criatura? ¿no le he dado motivos para que me crea infiel y mala mujer?

Jacobo no respondió: habia interrogado su corazon de esposo y su fé de hombre, y uno y otra le habian contestado que si él se hallara en el caso de Andrés, jamás podria ya ser dichoso.

—¡Calla, mujer! dijo Florencia rompiendo aquel penoso silencio y echando mano de su candorosa buena fé. Ya sabes que el señor Cura medita algo para hacer que Andrés y tú seais dichosos. El sabe mucho, como todos dicen. Con alguna intencion se ha quedado en el lugar.

—¡Es claro! ¡Para celebrar con una funcion de iglesia la vuelta de Andrés! repuso Trinidad

con desaliento: luego añadió en voz tan baja, que solo llegó á los oidos de sus hermanos como un ténue murmullo:

—¡Qué será de mí! ¡qué será de mí!

—¡Allí vienen, allí!... gritaron los jóvenes y las muchachas que iban delante.

—¡Ah! exclamó Trinidad estrechando á su hijo contra el pecho.

Jacobo se levantó sobre su cabalgadura, y divisó, en efecto, á Andrés y á su madre, que venian caballeros en dos hermosas mulas.

Andrés vestia el traje mismo que se habia quitado para vestir la librea de los condenados por la ley.

Su semblante, antes tan juvenil y hermoso, tenia un sello de gravedad y melancolía, fruto de sus penosos dias, y de sus noches sin sueño.

Andrés habia envejecido diez años, desde su salida de la aldea.

Su madre, la buena Sebastiana, venia, por el contrario, radiante de júbilo y ricamente vestida: sus ojos dejaban escapar gruesas lágrimas de gozo y de enternecimiento desde que vió la cabalgata, y saludaba con su pañuelo blanco á la comitiva que iba á recibir á su querido hijo.

No obstante, su semblante, poco antes grave, pero fresco aún y bien conservado, tenia impresas las huellas de intensas penas: sus cabellos

estaban blancos, y sus mejillas y su frente surcadas por profundas arrugas.

Cuando la madre y el hijo se reunieron al alegre cortejo de la aldea, todos se apearon: el tio Pedro fué el primero que, á pesar de sus años, fué á abrazar á su nieto, y enseguida se le quitó de sus brazos la buena Baltasara.

—¡Hijo! dijo ésta: todos hemos procedido mal contigo! ¡en adelante será otra cosa!

—¡Sí que lo será, madre! repuso Andrés: yo tambien he sido malo para todos!

Divisó al decir esto á su esposa, que con el niño en los brazos, trémula y confundida, no se atrevia á acercarse, y el pobre Andrés palideció como un cadáver: una espantosa lucha se pintó en sus abatidas facciones: dos veces se lanzó hácia su mujer, y dos veces retrocedió como avergonzado de lo que iba á hacer: por fin, y como si no pudiese contener los impulsos de su corazon, gritó abriendo los brazos:

—¡Trinidad!

—¡Espera! dijo doña Agueda, sujetando á la jóven que iba á precipitarse en ellos: Andrés no debe abrazarte sin estar convencido de que puede hacerlo sin rubor.

Nadie más que Trinidad y Andrés oyó estas palabras: la comitiva se apresuró á montar de nuevo en sus cabalgaduras: colocaron en medio á Sebastiana, á Andrés y á Trinidad, y tomaron el camino de la aldea entre los can-

tos de alegría, y las más festivas carcajadas.

Andrés permaneció, sin embargo, sombrío y abatido: de cuando en cuando sus ojos se volvian hácia su mujer, tan bella; hácia aquel niño tan hermoso, y por sus mejillas, socavadas por el dolor, rodaban dos gruesas y amargas lágrimas.

Pronto llegaron á la plaza de la aldea, á cuyo extremo se hallaba situada la iglesia; mas apenas los ojos de los buenos aldeanos se fijaron en la casa de Dios, soltaron un grito unánime de sorpresa y alegría.

Toda la humilde fachada y la vieja puerta estaban cubiertas de festones de yedra, entrelazados con frescos ramilletes de rosas: y entre aquellas cortinas de follaje, se destacaba la imágen de María, radiante, bella, pura, risueña é iluminada por los rayos de oro que lanzaba desde el cielo el sol de aquel hermoso dia.

Al pié de la imágen de la Santísima Vírgen, se leia esta inscripcion en gruesas letras:

«*Bien venido sea el hijo extraviado, á la casa de su madre.*»

Andrés descubrió su cabeza, y echando pié á tierra, se postró de rodillas, imitándole todos.

Durante algunos minutos, solo se oyeron los dulces murmullos de la oracion: Andrés fué el primero que se levantó y entró en la iglesia, en la cual estaba el señor Cura, que acababa de salir revestido de la sacristía.

—Ven, Andrés, dijo con voz solemne y reposada el ministro de Dios: tengo que hablarte á tí solo.

El jóven se adelantó, y los aldeanos permanecieron de rodillas en el átrio.

—El ministro del Señor se volvió á Andrés, que se habia arrodillado á sus plantas.

—Oye, le dijo, lo que voy á participarte, y abre tu corazon á la alegría. Andrés, Dios ha iluminado mi conciencia, y en su nombre te aseguro que tu mujer no ha llegado á ser infiel á tu tálamo, y que puedes abrazar como padre á su hijo, porque es tuyo tambien.

El esposo de Trinidad levantó hácia el altar sus manos unidas y su semblante lleno de lágrimas, y oró con fervor.

—Andrés, prosiguió el digno Sacerdote, tú has dado muerte á un hombre: y aunque la justicia humana te ha hecho expiar tu delito, la sombra irritada de tu víctima te se aparecerá con frecuencia, y el grito del remordimiento turbará tu sueño más de una vez. Hijo mio, cuando la sombra de ese desgraciado te se aparezca, corre á ejecutar alguna buena accion: cada una de las acusaciones de tu conciencia, señálala con un beneficio: solo de este modo harás brotar de la sangre vertida por tu mano, flores que perfumen el sueño de tu muerte!

Calló el Sacerdote, é hizo una seña al sacristan, que esperaba sus órdenes á una distancia,

desde la cual no podia escuchar sus palabras; éste desapareció, y á los pocos instantes oyóse el argentino sonido de la campanilla que llamaba á misa á los fieles.

Toda la comitiva entró en la iglesia, dejando á la puerta sus adornados borriquillos.

Acabada la misa y el solemne *Te-Deum*, que se cantó por la vuelta de Andrés, todos los habitantes de Torres se reunieron en la plaza de la iglesia, y éste abrazó diez veces seguidas á su mujer y á su hijo, llamándoles sus libertadores.

Aún estaba comiéndose á besos al niño, cuando salió el señor Cura, vestido ya con sus hábitos negros.

—¡Ea, dijo alegremente, todos á mi casa! hoy tenemos allá una comida de boda, y despues hemos de bailar!

—¡Viva el señor Cura! gritaron todos con entusiasmo.

—¡Caramba! repuso doña Agueda: he de recordar mis mocedades, para bailar una jota con Andrés.

—¡Viva doña Agueda!

—¡Y yo otra con madre Sebastiana! añadió Jacobo.

—¡Y yo otra con abuelo, exclamó Florencia.

—¡Viva! gritaron todos: ¡viva la fiesta y la clemencia de nuestra Reina, que Dios nos guarde!

La comida fué verdaderamente régia, y duró hasta el anochecer: luego hubo baile, en el cual fué vitoreada con estrépito doña Agueda, que bailó primorosamente con Andrés.

No se lucieron ménos el abuelo con Florencia, y Jacobo con Sebastiana: hasta la alegre Baltasara quiso lucir su talle, bailando con Ramon, y se les aplaudió con frenesí.

A las diez, doña Agueda dió la señal de retirarse, y el señor Cura, recobrando su aire grave y apacible, habló en estos términos:

—Amigos mios, no quiera el Cielo que yo vea desaparecer más á ninguno de vosotros de nuestro lado, á no ser que el Dios de bondad le lleve á otra vida mejor! Que os vea yo siempre en derredor mio, para que todos receis sobre mi tumba, cuando descanse con el sueño de que no se despierta jamás! Hijas, sed amantes, suaves y prudentes! Hijos, sed buenos esposos y buenos padres! Vosotros sois los jefes de la familia: mas no abuseis de la fuerza. La religion nos ordena la mansedumbre, la bondad y el perdon. Jesús, cuando vivió entre nosotros, no llevaba el azote en las manos, sino la miel en los labios! la virtud es alegre, dulce y agradable! sírvaos de ejemplo la grata vida que pasan Jacobo y Florencia, y la prosperidad que el Señor derrama á manos llenas sobre sus cabezas: venceos, y sereis fuertes: rezad, y sereis buenos y venturosos.

Todos besaron enternecidos la mano del señor Cura, y se retiraron á sus casas á disfrutar de un apacible sueño, y á esperar el nuevo dia para continuar sus tareas.

¡Grata y dulce paz de los valles de mi pátria, donde un crímen llena de luto á todo un pueblo, donde hay fé, caridad y esperanza en Dios! ¡Bendita seas, y quiera el Cielo no dejen de alumbrar nunca tus reflejos el penoso camino de mi vida!

XXV

Conclusion.

Seis años despues, y en una hermosa noche de estío, un hombre, que podia contar unos veintiocho años, estaba sentado á la puerta de la casa del tio Pedro el tejedor.

Era Andrés, tejedor á la sazon de Torres de Berrellen y de todo el contorno, heredero de la casa y del taller hacia dos años, por la muerte del tio Pedro, y uno de los más estimados, así como el más rico vecino de la aldea.

—¡Señor! decia Andrés á media voz y mirando al cielo tachonado de estrellas: yo creo que me habeis perdonado, porque hace ya algun tiempo que no se me aparece la sombra de Manuel Castañeda.

¡Señor, Dios mio! he dotado á veinte doncellas pobres; he redimido de la suerte de soldados á diez honrados jóvenes, que eran el único amparo de sus ancianos padres; nunca ha llamado á mi casa un mendigo, que no haya hallado en ella abrigo y pan; he reedificado dos casas incendiadas de dos desgraciados labradores: he fundado una misa perpétua por el descanso del alma de aquel infeliz, y jamás, desde mi

vuelta á mis hogares, he causado una hora de amargura á la compañera que me habeis dado, ni á la madre á quien debo el ser!

En aquel momento se oyeron unos alegres gritos, y una tropa de jóvenes de ambos sexos bajó por la calle á la carrera tendida, hasta colocarse enfrente de Andrés.

—¡Malas cabezas! dijo éste: ¿no valia más estaros bailando arriba?

—Pero tio, dijo un gallardo labrador, jóven de diez y ocho años y vestido con gran lujo: tio, si hace un calor arriba...

—¡Tú eres el peor, Ramon! un hombre que se ha casado hoy, y capitaneando á esos loquillos!

—¡Cá, tio, si la capitana es Catalina!

—¿Tú mujer, he? ¡buen par, buen par!

—¡Padre, tio, no se enfade Vd.! dijeron dos niños de diferente sexo, saliendo al frente de todos.

—¡Hola, niños! ¿estais ahí, hijos?

Eran, Andrés, el hijo del que hablaba, y María, la hija de Jacobo y de Florencia: los dos primeros jugaban siempre juntos, unidos por el más tierno cariño.

—Aquí estamos, padre, dijo Andrés. Abuela Sebastiana y abuela Baltasara nos han dicho que busquemos á Vd. para cenar.

—¿Y vuestros hermanos?

Arriba todos. Tia Florencia cuida de ellos.

—¡Catalina, al otro pellizco me las pagarás todas! gritó Ramon á su mujer.

Esta, que era una linda trigueña de diez y seis años, dió una palmadita en la cara á su marido, que echó á correr tras ella.

—¡Qué Ramon, qué Ramon! dijo padre Andrés: en el trabajo, una fiera; en el cariño, una paloma.

—¿Pues, y Catalina? dijo la pequeñuela María; mi madre dice qua es una perla.

—¡Andrés! gritó la voz de Trinidad.

—Voy, mujer, dijo padre Andrés levantándose, y volviéndose á Andrés hijo.

—Vamos, añadió, que la cena espera, y tu pobre madre se ha esmerado mucho en ella para dejarla enfriar.

Dirigiéronse todos arriba, llegando los últimos Catalina y Ramon, asidos del brazo como dos amantes.

Sigámosles nosotros, y veremos la más bella coleccion de rostros alegres, que tú, lector, te podrás figurar.

Allí estaban Sebastiana y Baltasara con sus cabellos plateados: Jacobo y Florencia, jóvenes y robustos, rodeados de cinco chicos, sin contar con el primógenito Ramon, que se habia casado aquel dia con la muchacha más linda y más rica de la aldea.

Allí estaba Trinidad, con cuatro hijos suyos: y allí estaban, por fin, el señor Cura y doña Agueda, con seis años más, pero alegres y fuertes aún, y sobre todo haciendo mucho bien.

—¡Vamos hombre! dijo cariñosamente Trinidad á su marido, apoyándose en su brazo: los padrinos debemos dar el ejemplo: vamos á sentarnos á la mesa.

—Vamos, hija, vamos.

La cena empezó y duró hasta muy entrada la noche, haciendo honor al rico Andrés.....

.....

.....

Pocos dias há me han escrito desde Torres, que la buena familia del tio Pedro sigue prosperando, honrada y bendecida por todos.

Qué Ramon tiene ya un hermoso niño, y es muy feliz con su linda Catalina, siendo además entrambos la ayuda y la compañía de Jacobo y de Florencia, y los protectores de todas las picardigüelas de su hermanita María.

Jacobo está en el dia tan rico, que ha cedido una gran parte de su hacienda á su hijo Ramon. Y toda esta prosperidad ha sido obra de la mansedumbre y bondad de una mujer.

Trinidad y Andrés son tambien muy felices, rodeados de sus hermosos hijos, y cuando les felicitan por ello responden:

—Todo lo debemos al ejemplo de Florencia y de Jacobo, que nos han hecho ver en su matrimonio UN LAZO DE FLORES.

FIN.

LA RAMA DE SÁNDALO.

No hay en el corazon humano nada más horrible que el choque de la juventud y de la desesperacion.

(ALFREDO DE VIGNY.)

LA RAMA DE SÁNDALO.

I

Margarita.

Cerca de la capital de Aragon, y á la falda del elevado Moncayo, se extienden verdes praderas, casi siempre cubiertas de flores, y extensos bosques de árboles seculares, que solo durante dos meses del año se despojan de su ropaje de verdor; tal es la fuerza de su pomposo ramaje, que resiste á las escarchas de Noviembre, y ya en los primeros dias de Febrero vuelven á brotar en ellos la sávia y la vida, depositada en sus nudosos troncos.

Los molinos, las alquerías y alguna ermita dan animacion á aquellos vastos y riquísimos campos, que prodigiosamente recompensan los afanes de los labradores: los olivares con su eterno verdor y su abundante fruto, los inmensos viñedos, los huertos llenos de frutales, los tablares de verdura, de trigo, de cebada y de maiz, sembrados de rojas amapolas, forman

tal espetáculo en cuanto alcanza la vista, que el corazon más gastado y el espíritu más ateo, se dilatan y bendicen al Creador de tanta riqueza y hermosura.

A la caidita de una tarde del mes de Abril, dos personas se veian sentadas bajo un enorme castaño situado en el centro de un hermoso huerto, no lejos de un molino.

Este huerto, como todos los que se descubrian, no tenia tapias, ni puertas: una cerca de cañas secas le rodeaba, y la abertura que se habia practicado para que pudiesen entrar cómodamente dos personas de frente, se cerraba, cuando se quedaba solo, con un gran tejido de cañas tambien, pero cortadas y unidas, á lo cual se da en el país el nombre de *cañizo*.

El huerto era muy hermoso: lo cruzaban algunos hilos de agua fresca y cristalina, y rodeábanlo hermosas parras, que subiendo hasta una armazon de madera, entoldaban la calle del centro con una cortina de verdor, siempre fresco y luciente, que servia de salon de baile á multitud de pajarillos.

Sin órden alguno, pero con bastante profusion, se veian plantados muchos árboles frutales, que habiendo perdido ya sus blancas flores, se ostentaban adornadas de copudas hojas, entre las cuales asomaban racimos de fruta de diminuto tamaño, pero en tanta abundancia, que prometian una rica recoleccion.

El suelo estaba cubierto de verduras: allá un *tablar* de lechugas ostentaba su brillante frescura, con mucha coquetería, por estar recien regado; más lejos se veian las odoríferas tomateras, formando un cuadro mejor nivelado que todos los que formar pudiera un hábil general: por otro lado las juiciosas patatas, con sus anchas é inmóviles hojas, despreciando las galanuras de la flor, y como diciendo con prosopopeya:

—Nosotras guardamos en nuestras entrañas un fruto más sabroso y nutritivo, que las coquetas lechugas y las casquivanas y perfumadas habas.

Estas, en efecto, se levantaban ufanas con sus frescas flores, queriendo desafiar á un reducido cuadro de rosas, claveles, alelíes y jacintos, que una mano cuidadosa mantenia limpio, hermoso, y rodeado de manzanillos enanos, que ya ostentaban un fruto apetitoso y del tamaño de una nuez.

Las dos personas que se hallaban en el huerto eran de edad muy diferente: la una presentaba el tipo de la ancianidad, severa, honrada, respetable de la persona nacida, criada y envejecida en los campos; era una mujer, cuyas blancas y espesas trenzas y venerable semblante, vendian á lo ménos setenta años: sus ojos garzos eran aún brillantes y alegres, sin que la edad hubiera amortiguado su cariñosa expre-

sion; su tez, muy morena, hacia un extraño contraste con la nieve de sus cabellos, sin que por eso fuera desagradable á la vista.

Toda su dentadura pequeña, sana y limpia, se lucía, al desplegar su grata risa la boca de aquella anciana: su nariz aguileña conservaba la forma de una rara belleza, y sus cabellos recogidos hácia atrás dejaban descubierta su espaciosa y serena frente.

Conocíase á primera vista que aquella mujer no habia sentido nunca las bramadoras pasiones que son el azote de la existencia: que jamás habia respirado el hálito impuro de las grandes ciudades, y que toda su vida se habia ocupado en trabajar, y en amar á su esposo y á sus hijos.

Su traje era el de las labradoras de Aragon, tan sencillo, como limpio y esmerado: una falda algo corta y muy ancha, de indiana de fondo azul con florecitas encarnadas; un jubon de cúbica negra con manga plegada en el hombro y en el puño, y un pañuelo de cachemira blanco con grandes ramos de rosas, que debia haber lucido en su juventud en los bailes de los domingos en la plaza de su aldea, componian su atavío: sus cabellos blancos completamente y muy espesos, formaban detrás de su cabeza pequeña é inteligente un gran moño de los llamados de *picaporte*.

Esta anciana, tan aseada, tan simpática,

estaba sentada cómodamente debajo del castaño, y se entretenia en trabajar en una calceta de estambre azul, con rara agilidad.

A su lado, deshojando una gran cantidad de flor de malva que tenia en la falda, se veia á una jovencita que podia tener diez y seis años: nada puede imaginarse más poéticamente sencillo, gracioso y virginal que aquella encantadora criatura.

Era blanca, rosada, y sus grandes y límpidos ojos tenian un azul más puro que la aterciopelada flor de la clemátida: una madeja de sedosos y espesos cabellos rubios se enlazaba detrás de su cabeza con una ancha cinta del color de sus pupilas, sirviendo como de corona á su hermosa y tersa frente.

Sus dientes, más bien de nácar que de marfil, hacian resaltar la púrpura de su pequeña boca, cuyo labio inferior, algo grueso, le imprimia una adorable expresion de gracia y de bondad.

A pesar de estar sentada, se conocia que su talla era más que mediana, aunque esbelta y flexible como una caña, en atencion á su poca edad: sus manos, largas y afiladas, y su delgada garganta ceñida con un collar de ámbar, estaban blancas como si jamás las hubiese herido el sol de los campos.

Llevaba una basquiña de rico percal inglés, de fondo anaranjado con ramos azules: un jubon

de *palla* de cuadritos lila y blancos de igual hechura que el de la anciana, y un pañuelo blanco de rica muselina bordada, prendido graciosamente, y que dejaba ver su delgado y elegante talle, redondo como un junco.

A causa de lo corto de su falda, y de su indolente postura, se descubrian sus piececillos de niña, corvos y estrechos como los de una dama del gran tono, y ricamente calzados con medias de estambre color de plata, fino como la seda, y con unos zapatitos muy bajos de raso negro.

—Margarita, decia la anciana con voz dulce y algo cascada, ¿has dado de comer á los pollos?

—No me he acordado, contestó la niña haciendo un mohin de mal humor.

—Pues hija ¿en qué piensas? exclamó la buena mujer dejando su calceta en la falda, y cruzando las manos con profundo y afligido asombro.

Margarita no contestó ni dió más señal de haber oido aquella pregunta, que la de deshojar más deprisa y con más impaciencia, los frescos cogollos de la flor de malva.

—Yo no sé lo que te pasa desde hace un mes, Margarita, continuó la anciana; de nada te acuerdas, más que de componerte, y te pones para todos los dias tus vestidos de los domingos: todo lo que antes se hallaba á tu cuidado, está abandonado por tí: las palomas, el gallinero, el recosido de la ropa, los quesos y la lim-

pieza de la casa, y á no ser por la pobre Inés...

—¡Eso sí... siempre es Inés la buena!... murmuró Margarita, que hacia ya algunos instantes que se ahogaba en ese llanto que el despecho arranca de los ojos de las niñas mimadas, á la más leve, y aun á la más merecida reconvencion.

—Vamos, hija, no llores, se apresuró á decir la anciana al ver correr dos lágrimas por las mejillas de Margarita: tú eres buena tambien: ¿quién lo puede dudar? el que no lo crea, que se entienda conmigo... ¡No faltaba más! ¡Mi Margarita es la perla de estos valles!

La anciana terminó estas palabras estampando un tierno beso en la frente de la niña.

—Lo cual no impide, abuela, que me esté usted regañando siempre. ¡Ah, sin duda que me parezco muy poco á mi madre!

—¡Calla, hija mia! no me nombres á tu madre, y sobre todo no te aflijas, porque al verte llorar, creo que es á ella á quien hago sufrir. ¿Que no te pareces á ella? Te pareces lo mismo que esas dos palomas que han parado su vuelo en la copa de ese cerezo.

La anciana señaló, al pronunciar estas palabras, á una pareja de palomas enteramente iguales en su hermoso plumaje, color de cielo tempestuoso, y en sus collares blancos.

—Pues entonces ¿por qué me regaña usted tanto, abuela? preguntó Margarita tomando las

manos de su interlocutora entre las suyas, al mismo tiempo que la flor de malva se desparramaba por el suelo: he oido decir que jamás regañaba usted á mi madre!

La astuta niña preveia sin duda el efecto que debian producir sus palabras, y redobló su llanto.

Su abuela le enjugó los ojos con la punta de su delantal de cotonía azul, tosió, y despues de una pausa, respondió con voz mal segura:

—Yo te diré, hija mia, es preciso conocer que soy tan blanda contigo, como dura con la pobre Inés.

—¿Dura con Inés, abuela? ¡Pues si siempre la está Vd. alabando!

—¿Impide eso que la deje estar trabajando como una negra todo el dia? ¿No es ella la que amasa, la que lava, la que guisa, y la que limpia la casa?

—Obligacion suya es hacerlo, que para eso la tiene Vd. de favor.

—No, hija mia, no: Inés es tan nieta mia como tú.

—Bien, pero su padre...

—Su padre fué un mal hijo, es verdad, repuso la anciana, á cuyos ojos volvieron á asomar las lágrimas que su nieta arrancaba á su corazon desapiadadamente: me robó casi todos los recursos que mi marido me habia dejado al morir, y huyó con una mujer á quien yo abor-

recia por su mala vida; pero el infeliz murió ma-lamente en un camino, y su mujer espiró poco tiempo despues en una cárcel: la pobrecita Inés fué recogida en un hospicio á la edad de seis años, y era obligacion mia reclamarla y cuidarla.

—Ya verá Vd. qué pago le dá, abuela: hija de unos padres tan malos...

La pobre anciana calló entristecida, durante algunos instantes, y enjugó de nuevo sus ojos: luego, alzándolos hácia Margarita, y mostrando á ésta una espesa zarza que brotaba á su derecha, le dijo:

—Acércate á ese zarzal, ábrelo y mira hácia adentro.

Margarita obedeció, y al cabo de un instante, gritó admirada:

—¡Ah, qué rosa tan bella!

—Ahora, continuó la sencilla y anciana madre, ve á registrar el fondo de aquel rosal de pasion.

Aproximóse la jóven al arbusto, cargado de preciosas flores, y retrocedió vivamente sacudiendo sus dedos, en uno de los cuales brillaba, como un grano de coral, una gota de sangre.

—¡Hay un cardo dentro de él; tiene tantas espinas, que me he herido!

—Hija mia, respondió la anciana; en medio de esa zarza ha nacido una bella rosa, llena de

aroma y de frescura, del mismo modo que nuestra buena Inés, ha nacido de unos padres ingratos y de duro corazon. ¡Quiera Dios que no seas tú el cardo amargo é hiriente que haya brotado del seno de aquel rosal del cielo, á qui e llamé tambien con el dulce nombre de Margarita!

II

Reprensiones.

Reinó el silencio despues de pronunciar la anciana estas palabras, tan sábias en su misma sencillez, tan tiernas á pesar de su misma severidad: Margarita, con los ojos fijos en el cielo, parecia buscar en él la sombra de su madre, en tanto que la abuela, oprimida por la solemnidad de su propio razonamiento, volvia á tomar su labor, en la cual trabajaba casi maquinalmente.

Cantaban los pájaros en la copa del castaño, y las ranas asomaban sus pardas cabezas en la márgen del arroyo, para mirar la luna, que ya se levantaba á lo lejos detrás de la parda loma del Moncayo.

—¡Madre! gritó de repente y á alguna distancia la robusta voz de un hombre.

Palideció la jóven al escuchar aquel acento, y dijo echándose en los brazos de su abuela:

—¡Mi padre!

—Aquí estamos, Benito, respondió la anciana, debajo del castaño: y luego, dirigiéndose

á Margarita, que se habia vuelto á sentar á su lado, añadió:

—¿Es posible que ha de darte miedo tu padre? ¡Eso es una vergüenza!

—¿No vé Vd. que me está regañando contínuamente, abuela?

—Cuando hay razon en las reprensiones, se tienen presentes para enmendar nuestras faltas; cuando son injustas, se oyen con paciencia y en silencio, y se sufren por amor de Dios.

Al acabar de pronunciar la anciana estas palabras, apareció un hombre en la calle de árboles entoldada de parras.

Era alto, robusto y atezado, no pudiendo pasar su edad de los cuarenta y cinco años: sus facciones, muy pronunciadas, eran duras y enérgicas: llevaba unos calzones de lino, muy blancos, y sobre estos, otros de pana azul, como su chaqueta, adornada con botones de plata ennegrecida por el uso.

Un pañuelo enrollado de seda carmesí, con flores negras, rodeaba su cabeza, cubierta de cabellos entrecanos.

Este signo prematuro de vejez y la expresion amarga y melancólica de las facciones de aquel hombre, anunciaban que habia sufrido algun terrible dolor de corazon que habia dejado, así en su cuerpo como en su alma, profundas é indestructibles huellas.

—Buenas tardes, madre, dijo cuando estuvo

cerca de la anciana: buenas tardes, hija mia.

Y la ruda fisonomía de aquel hombre se dulcificó como por encanto.

—Bien venido, hijo, contestó la anciana: ¿se ha trabajado mucho?

—Bastante, madre: he llevado diez talegas de trigo desde casa al molino.

¡Pero Benito! ¿no tenemos dos criados que hagan todo eso? ¿Cuándo querrás descansar un poco?

—Madre, contestó Benito enjugándose la frente bañada en sudor con un pañuelo de cuadros azules que sacó de su faja de seda morada: los criados trabajan tambien, porque nuestra labranza cada dia prospera más, á Dios gracias, y hay quehacer para todos.

—Nuestra labranza prospera gracias á tí, Benito, y ya que la has puesto en tan buen estado, es muy justo que descanses un poco: busca más peones, ó toma, si es necesario, más criados.

—No, no, madre, contestó Benito: yo necesito trabajar: bien sabe Vd. que lo he hecho desde niño, y hoy me es provechosa, indispensable, la ocupacion contínua, porque... con ella olvido...

El honrado labrador, al decir estas palabras, enjugó con el dorso de su callosa mano una lágrima que asomaba á sus ojos. Despues, como si su pensamiento se hubiera vuelto naturalmente hácia su hija, fijó en ella la vista.

La jóven parecia absorta en una contemplacion profunda, y dejaba vagar sus miradas hácia su izquierda, donde á través de las blancas chimeneas de la cercana aldea y de las alquerías vecinas, se destacaban las torrecillas de un antiguo y soberbio castillo señorial.

Los ojos de Benito siguieron la direccion de las miradas de Margarita, y bien pronto adquirieron aquellos una severa expresion.

—¿Hasta cuándo pensarás darte la vida de una señorita? dijo con voz de trueno, y dirigiéndose á su hija.

Volvióse ésta sobresaltada, y sus mejillas se cubrieron de púrpura, como si la hubiese ruborizado que la sorprendieran en medio de su estática contemplacion.

—Benito, le mandé yo que deshojara flor de malva, dijo la abuela.

Mas valiera, madre, que la mandara usted hilar ó recoser la ropa de la familia: su madre lo hacia y tenia, como ella, las manos blancas y el talle delicado.

—Es verdad, hijo mio; pero ahora está Inés, á quien le gustan todas las faenas pesadas, y es más á propósito para ellas.

—¿Y por qué se pone mi hija todos los dias la ropa de los domingos? ¿Qué dirán de mí, que lo consiento, cuando no soy más que un pobre labrador, dueño solo de dos tablares de tierra, y de la mitad de un molino?

—Saben que la abuela Cecilia es rica, hijo mio, que vivís conmigo, y que todo lo suyo es tuyo y de tu hija mientras viva, y despues de muerta.

—Madre, contestó Benito; por más que usted diga, me irrito de ver á mi hija con zapatos de raso, medias de estambre fino, y cintas en el pelo, cuando Vd. calza cordoban y algodon vasto, siendo la dueña de la casa: ella, además, no sirve para nada: si Inés está de lavado, tiene Vd. que hacer el almuerzo para los peones y para mí, en tanto que ella se pasa el dia haciendo ramos de rosas: no hila, no cose, no limpia la casa, no quiere hacer queso, ni batir manteca, ni aderezar embutidos. Madre, esto no puede seguir así, porque si Miguel, su prometido, llega á conocer lo que vale esta muchacha, rehusará casarse con ella, y lo mismo harán todos los mozos de la aldea.

—Eso no, hijo mio, repuso la anciana Cecilia, herida en lo más vivo de su amor maternal: no hay un jóven en cuatro leguas á la redonda que no se tuviera por muy dichoso en casarse con Margarita, y tú eres injusto con decir que no vale para nada: yo sé lo bien que cuida el gallinero y el corral: además, me peina á las mil maravillas, y ayer mismo acabó de bordarme un pañuelo blanco, lo más primorosamente que te puedes figurar.

La cariñosa madre pidió perdon á Dios in-

teriormente de esta piadosa mentira, que evitaba á Margarita las reprensiones de su padre, y á este un disgusto mortal.

—Si eso es verdad, repuso Benito, ménos mal: quiero que Margarita sea lo que fué su madre, una buena hija y una jóven honrada, primero: una buena esposa y una madre ejemplar despues: y le ruego que, desde mañana, la obligue Vd. á vestir de cúbica y cotonía como viste Vd.: esos humos de señorita me son odiosos: pues debe contentarse con estar prometida á Miguel, el mejor mozo, y el hombre más trabajador y pundonoroso de la aldea.

—¡Madre Cecilia, la cena está en la mesa! gritó á la puerta del huerto una voz atiplada.

—Allá vamos, Marianillo, respondió la anciana.

—Ven acá, dijo á su vez Benito.

La persona á quien se dirigia este mandato, obedeció algo mohina, porque se oyó el ruido de unos pasos arrastrados lentamente por entre los tablares de verdura.

A pesar de su poco deseo de llegar, bien pronto apareció un muchacho como de unos catorce años, bajo de estatura, pero gordo, y rubio como unas candelas.

—¡Anda listo, mándria! dijo Benito con voz fuerte y severa.

El muchacho apresuró el paso con visibles muestras de temor.

—Allí hay roscaderos (1), continuó el labrador, y al fin del tablar de lechugas encontrarás muchas arrancadas: media un cesto y llévalas á casa: con eso no perderás el viaje.

Benito vió ir al muchacho al sitio indicado: en seguida tomó él el mismo camino, cogió otro roscadero, y llegando á las lechugas, empezó á llenarle tambien, cargándolo al hombro, así que estuvo colmado.

Entonces reparó que Marianillo llevaba el suyo igualmente lleno.

—Descárgate de la mitad, le dijo parándose junto á él.

—Puedo con todo, contestó el muchacho con despecho.

—Y yo no quiero que puedas. ¡Oiga! A mí me gusta que cada uno trabaje segun sus fuerzas, y para eso soy el primero en dar el ejemplo: pero no quiero que nadie se mate, ni padezca: echa al suelo la mitad de las lechugas.

Marianillo obedeció: é inmediatamente despues, él y su amo alcanzaron á Margarita y á su abuela, que se dirigian hácia la alquería.

—Apretad el paso, hijo mio, que llevais carga, dijo la anciana á su yerno; nosotras tambien iremos más de prisa, para no hacerte esperar la cena.

Benito pasó, en efecto, muy delante, segui-

(1) Cestos altos y estrechos de una arroba de cabida, que sirven en Aragon para trasportar verduras y frutas.

do de Marianillo, cuya carga era muy pequeña, á pesar de su remolonería.

—Hija mia, por el amor de Dios, no des disgustos á tu padre, dijo á media voz la anciana, dirigiéndose á su nieta: hazte cargo de lo bueno que es: más que yerno, es un excelente hijo para mí: para dejarte mejorada mi hacienda, para hacerte rica, trabaja como un negro. No le apesadumbres, Margarita, y aplícate; mira que los hijos rebeldes no alcanzan bien de Dios.

Dos gruesas lágrimas se deslizaron por las mejillas de la jóven, quien, á pesar de todo, no contestó: y ella triste y su abuela pesarosa, llegaron á la puerta de su hermosa alquería.

III

La alquería de los álamos.

La casa de campo, alquería ó *torre*, como se llama en Aragon, que habitaba la anciana Cecilia con su yerno, sus dos nietas y sus criados, no podia ser más hermosa.

Situada hácia un lado del camino real, y á un cuarto de legua del vecino pueblo de Villamayor, tenia delante una especie de plazoleta, plantada de álamos blancos, antiguos, altos, y en extremo frondosos.

En diez leguas á la redonda, se conocia y amaba á la señora Cecilia y á su yerno Benito, tan dulce y caritativa aquella, tan honrado y laborioso éste, y ambos tan piadosos y buenos cristianos.

Cuando en las noches de verano, pasaba un pobre peregrino, extenuado de fatiga y de necesidad, por los campos en que dormian los segadores, y pedia algun socorro, estos le respondian:

—Buen hombre, tome Vd. de nuestro pan y de nuestra agua cuanto quiera: mas para dor-

mir en buena cama y cenar bien, siga Vd. un poquito más abajo, hasta la torre de los álamos.

Los peregrinos y los viajeros seguian el consejo, y la vieja Cecilia no defraudaba las esperanzas que les habian hecho concebir los segadores.

Abierta la puerta de la alquería, se veia un gran patio empedrado, y alrededor del cual estaban limpios con esmero, y colgados simétricamente todos los útiles de labranza.

Debajo de aquellos trofeos del trabajo, y rodeando tambien el cuadrado patio, se veian las puertas de los cuartos de los criados.

En frente de la puerta de entrada, habia otra no menor que daba paso á la huerta.

Ya fuera de esta puerta, habia un ancho soportal, y allí tenian su cuarto Benito, y su casilla de madera, *Turco* y *Pantera*, matrimonio corpulento de mastines, casi tan altos como borricos, y de hermosas pieles leonadas y blancas.

Aquel soportal era un verdadero jardin; circuíale un arriate de jacintos y alelíes, y enormes jazmines y rosales trepadores vestian las tapias de verde follaje, estrellado de flores.

Todos los caprichos de una naturaleza risueña, coqueta y juvenil, parecian haberse reunido para embellecer aquel pedazo de terreno: veíanse junto á algunas vides enanas, largas guirnaldas de *espuela de caballero*, con sus menudas flores moradas, siempre frescas: cerca de

una frondosa mata de agabanzos con sus flores blancas como la espuma de un torrente, crecian el lirio azul y la flexible caña: y al lado de algunas soberbias plantas de malvas marinas con sus grandes flores rojas y jaspeadas, ostentaba el rosal amarillo sus apretados capullos de color de junquillo.

Pero lo que más llamaba la atencion, era una hermosísima mata de sándalo, que se elevaba á la derecha de la puerta y en el sitio preferente del soportal.

Esta planta, alta y en extremo frondosa, ostentaba toda la hermosura de que Dios habia querido dotarla, con una soberbia y majestad indecibles: su aroma fuerte, é impregnado de frescura, superaba á los perfumes todos de las demás flores del soportal: sus hojas, de un verde lustroso y aterciopelado, parecian sacudir en invisibles gotas una nube embalsamada: de sus tiernas venas oscuras brotaba cada rama copiosos pimpollos, y cada vástago ostentaba por remate un lindo plumero de esmeraldas.

Benito, siguiendo la costumbre de todos los labradores de Aragon, habia plantado aquel sándalo hacia diez y seis años, el dia del nacimiento de su hija Margarita, que vino al mundo diez meses despues de su matrimonio con la hija única de la buena Cecilia.

Benito habia esperado plantar al año siguiente una mata de albahaca para señalar el

nacimiento de un segundo hijo; pero la muerte le arrebató á su esposa siete meses despues de haber dado á luz á Margarita, y entonces se ofreció que ni nacerian más hijos en su casa, ni el sándalo tendria jamás á su lado albahaca, toronjil, ni mejorana, que significasen una nueva familia (1).

Benito habia amado á su esposa con ese delirio exclusivo, que solo es propio de las naturalezas enérgicas; mas teniendo que pintar ex tensamente el pasado y el presente de la familia de Cecilia, para la mayor comprension de esta historia, no quiero hacerlo ahora de paso, y seguiré la descripcion de la alquería, concluyendo antes con la del soportal, que precedia á la huerta.

Ya he dicho que este soportal se extendía á entrambos lados de la puerta, por estar ésta colocada enmedio, y que el hermoso y aromado sándalo ocupaba un sitio preferente á la derecha: el mismo sitio, á la izquierda, le ocupaba otra enorme mata de yerba-buena, de anchas y brillantes hojas, que despedian un fuerte y grato olor parecido al limon.

La cariñosa Cecilia, al recoger hacia doce

(1) En Aragon, los labradores plantan una mata de sándalo cuando nace su primogénito: otra de albahaca, cuando viene al mundo su segundo hijo; otra de toronjil cuando ve la luz el tercero, y otra de mejorana cuando nace el cuarto; si tienen mas hijos, vuelven á empezar por el sándalo.

años á su pobre nietecita Inés del hospicio, donde por caridad le habian dado albergue, habia querido tambien perpetuar la entrada de una nueva hija en su casa, con la existencia de una hermosa y saludable planta.

El soportal estaba cubierto con un techo de ladrillos, el cual servia de pavimento á una gran azotea, que se abria en el piso principal, y cerrado además por ambos lados con tabiques, sostenidos por columnas de ladrillo: el centro, que quedaba descubierto, formaba un arco tambien de ladrillo y servia de entrada á la huerta.

Cada uno de los dos tabiques que cerraban los costados del soportal, tenia una gran ventana, bastante alta y cubierta, en vez de vidrios, por una red de alambre, clara, para que en invierno llegasen á las plantas el sol y el ambiemte.

En estío se abrian estas ventanas, y durante las horas de más calor se cubrian con cortinas de estera de junco apretado, que uno de los criados de la alquería tenia cuidado de mojar antes en el agua del estanque.

De esta manera, aquel delicioso jardinillo, obra de Benito, y cuidado por él con una paciencia y un esmero superiores á todo elogio, tenia siempre un temple igual, y gracias á lo resguardado que estaba, tanto de las heladas del invierno como de los calores del verano, ostentaba la

belleza y lozanía del invernadero mejor acondicionado.

La azotea que servia de techo estaba destinada á tender la ropa del lavado, y contenía muchas macetas cuidadas por Inés, y muchos pájaros queridos de Margarita.

La alquería tenía tres pisos: el bajo, al nivel del patio, para los criados, y en él estaba la cocina y habia tambien un gran cuarto destinado á las semillas: el principal, que contenía las habitaciones de la familia, consistentes en una salita para la abuela, otra para Margarita, y un pobre cuartito para Inés.

El aposento matrimonial de Benito y de su esposa estaba cerrado desde la muerte de ésta, y el viudo guardaba la llave.

No obstante, el miércoles de cada semana, dia en que habia fallecido la pobre Margarita á la temprana edad de diez y ocho años, entraba Benito en su antigua habitacion nupcial: arrodillábase junto al lecho, coronado por un Crucifijo de gran tamaño, y ennegrecido por el tiempo, y rezaba por el alma de su esposa, desde que el primer resplandor del alba asomaba en el Oriente, hasta que el sol aparecia por encima de los montes, cuyas pardas crestas se alzaban en frente de la ventana.

Entonces se levantaba Benito, y enjugándose con el dorso de su callosa mano las lágrimas que inundaban sus ojos, limpiaba minucio-

samente todo cuanto habia en la estancia: sacudia el polvo del lecho matrimonial y de las sillas de pino pintadas de oscuro, y hasta sacaba del arcon de encina los lindos trajes que habia usado su esposa en los dias de fiesta, y que él conservaba con religioso cuidado.

Despues de arreglado todo, volvia á cerrar, guardábase la llave, que nunca dejaba, y se entregaba á sus faenas habituales, más sombrío aún que de costumbre.

No habia más habitaciones en el piso principal que las cuatro ya nombradas. Benito, desde que enviudó, se habia empeñado en habitar un cuartito situado en el portal, y paralelo á la casa de *Turco* y de *Pantera*.

El piso segundo contenia dos inmensos graneros y una despensa monstruosa, donde se conservaban las legumbres, las frutas, el tocino y las aceitunas, con más el queso y manteca para el gasto de la familia.

El vino y el aceite estaban en las bodegas.

La cocina, que, como he dicho, se hallaba en la planta baja, era muy grande, cuadrada, y estaba iluminada por dos anchas ventanas, que se abrian sobre un banco de piedra.

Una anchísima chimenea cobijaba, con su enorme campana, un hogar, mayor que una de nuestras cocinas: elevados sobre él, y á entrambos lados se extendian dos bancos de encina ne-

gra y lustrosa, que así podian servir de asiento como de lecho.

En el respaldo de cada uno de estos bancos, estaba sujeta con una aldabilla una tabla con su juego de bisagras de hierro, que, bajándolas, ofrecian una mesa á la anciana Cecilia, que se servia de ella para tomar el chocolate al amor de la lumbre.

Rodeaba toda la cocina una doble fila de vasares de ladrillo, limpio y encarnado, los cuales estaban cubiertos de blanco papel, picado en sus orillas con sumo primor y habilidad, y que sostenian una enorme cantidad de vidriado brillante de limpieza.

Detrás de éste, y á la manera de las filas de un batallon bien disciplinado, se extendia una hilera de platos de loza blanca como la nieve, con flores azules, fabricados en el pueblo de Muel.

Debajo de los vasares, y circuyendo la cocina, se veian cuatro bancos de encina, cuya parte anterior, enrejada, servia de jaula á muchos pollos y capones que se estaban cebando con todo regalo, y sin acordarse de otros muchos que, en union de infinidad de conejos y de una docena de cerdos, se criaban en un inmenso corral situado á espaldas de la cocina.

Veíase en el centro de ésta una enorme mesa cuadrada, cubierta con un mantel de lino grueso y blanquísimo, y cuyos cuatro lados es-

taban ocupados por ocho fuertes sillas de madera oscura, alto respaldo y anticuada forma.

Dos únicos platos humeaban en el fondo: pero ¡que platos! eran tan grandes cada uno como la copa de un brasero de los que usaban nuestros abuelos para calentar su estrado, cuando aún no habia invadido nuestra bella España la dispendiosa moda de la raquítica chimenea francesa.

Sobre el fondo de blanquísima loza del uno se destacaba una prodigiosa cantidad de patatas, doradas y odoríficas, rodeadas de anchas lonjas de tocino *entreverado* (1). El otro plato estaba lleno de arroz con chorizo picado, que tenia un hermoso color rojo, y exhalaba un delicioso perfume.

Dos grandes panes, que por su forma especial atestiguaban su orígen casero y por su apetitoso matiz amarillo parecian amasados con yemas, un jarro de barro lleno de vino, otro lleno de agua, y otro enorme plato lleno de ensalada, acababan de llenar la mesa.

Delante de cada silla habia dos platos de Muel, un cubierto de madera, limpio como el marfil, y un vaso de vidrio.

Cuando entraron en la cocina Cecilia y Margarita, ya esperaban en ella Benito y Maria-

(1) Llaman así á la parte del tocino más sabrosa, que participa de gordo y magro, y que cortado en lonjas, presenta listas blancas y rosadas, tan agradables á la vista, y al paladar.

nillo, que habian descargado sus lechugas; dos mozos de labor de la quinta, y el viejo Melchor el hortelano: era éste un hombre de más de setenta años, pequeñito, rechoncho, limpio, y alegre como unas castañuelas.

Ninguno, empero, se habia sentado, esperando con deferencia á la anciana Cecilia, que entró, en fin, seguida de su nieta Margarita.

IV

La cena.

La anciana habia conseguido vencer la penosa emocion que se habia pintado en sus facciones al reprender á su nieta: aquella excelente mujer no habia podido dar en todo el curso de su vida una pesadumbre á nadie, mas en cambio se habia tomado muchas, como todas las personas dotadas de un gran caudal de sentimiento.

Siempre dominándose y ejerciendo, á pesar de su sencillez, un gran imperio sobre sí misma, era, no obstante la apacibilidad de sus modales y la mansedumbre de su carácter, generalmente respetada, como es respetado todo lo que es bueno y digno.

Conocíase en todo el contorno la hermosa claridad de su talento, la rectitud de su juicio, y su admirable instinto de justicia: y asi el generoso perdon que daba siempre á las injurias que recibia y su constante hábito de devolver bien por mal, lejos de hacer que se la creyese débil, conseguian que todos la amasen y acla-

masen como el ejemplo de la más sólida virtud.

Cuando entró en la cocina llevaba su calceta de algodon azul, recogida en una cestita de mimbres que colgaba de su brazo izquierdo.

—Buenas noches, madre Cecilia, dijeron los dos mozos de labor, el hortelano y Marianillo.

La anciana no quería que la nombrasen de otro modo sus criados.

—Buenas noches, hijos, contestó la señora Cecilia: ¿estais cansados? ¿Teneis buen apetito?

—Excelente, madre Cecilia, contestaron uno de los mozos y Marianillo.

—Ea, á la mesa, pues, repuso la anciana, dejando la cestita de su calceta sobre uno de los bancos del fogon; á la mesa, que á Dios gracias, hay con qué quedar satisfechos.

Sentóse la señora Cecilia, y todos la imitaron.

Mas al ir á pronunciar las primeras palabras del *Benedicite*, reparó en una silla que habia quedado vacía al lado de su yerno, quien ocupaba su izquierda.

—¿Dónde está Inés? preguntó mirando hácia todas partes.

—Aquí estoy, madre, respondió una voz dulce y fresca que venia de la escalera de la cueva.

Y un momento despues entró en la cocina una jóven de fisonomía alegre y de graciosa figura.

Era Inés, la pobre huérfana recogida y edu-

cada por su abuela: podia tener diez y ocho años, esto es, dos más que Margarita, y tanto su rostro, como toda ella, formaba el más perfecto contraste con esta.

Inés, de ménos estatura que su prima, era de formas más desarrolladas y perfectas: su tez morena, se iluminaba en las mejillas con el carmin de la salud: sus ojos eran rasgados y negros como sus cabellos, recogidos en gruesas trenzas, y como sus cejas y pestañas: su boca de coral, era fresca y risueña, como un clavel á medio abrir: la redondez de sus hombros y la gallardía de su seno, hacian más notable la graciosa flexibilidad de su talle: vestia, como su abuela, una basquiña de cotonía azul; pero en vez de llevar como ella un jubon de cúbica negro, encerraba su lindo cuerpo un justillo ó corsé de mahon, primorosamente pespunteado con seda verde, por cuyas hombreras salian las mangas de su camisa, de lino, blancas como la nieve.

Un pañuelo de seda, de colores vivos y de moda antigua ya, cubria su garganta y pecho, prendido con esmero, y de modo que dejase ver una gargantilla de corales cerrada con un broche de plata.

El ancho delantal de cutí rayado de azul y blanco que llevaba Inés, y su calzado compuesto de medias azules y de zapatos de cordoban como los de su abuela, patentizaban que se entregaba al trabajo, tanto, por lo ménos, como

el traje de Margarita, y sus blancas y delicadas manos, acusaban la ociosidad.

Cuando apareció en la cocina, llevaba en la mano una botella llena de vino y cubierta de polvo, como honrosa señal de su antigüedad, y un panecillo pequeño y redondo.

—¿De dónde vienes, hija mia? preguntó la señora Cecilia.

—He ido á buscar para Vd. un *mollete*, madre, dijo Inés, y luego á la cueva, á subir vino añejo para mi tio.

Al decir estas palabras con voz jadeante de cansancio, la muchacha colocó al lado su abuela el panecillo, y la botella delante del cubierto de Benito.

—Pero, hija, dijo éste, yo hubiera ido á buscarlo: me acuerdo que hoy has estado de lavado, y debes estar rendida.

—Y yo me he acordado, tio, de que Vd. ha llevado al molino diez talegas, y de que necesitaba beber ese vino que tanto le repara las fuerzas; en cuanto á mi abuelita, yo sé que le gusta más ese pan, y que hoy cenará mejor.

La anciana besó á Inés en la frente, y Benito dijo á media voz:

—Tú en todo piensas, en tanto que otra...

Benito miró severamente á su hija, que bajó los ojos ruborizada; y Cecilia, deseosa de cortar todo motivo de desazon en la mesa, dijo á Inés:

—Vamos, siéntate, hija mia; solo á tí esperábamos para rezar.

La jóven obedeció, y su abuela rezó el *Benedicite*, tras el cual empezó Benito á llenar los platos.

—¡Qué arroz! ¡qué arroz! exclamó el viejo Melchor, despues de algunos instantes: ¡esta Inés tiene unas manos benditas!

—Pon más arroz á Melchor, hijo mio, dijo la anciana, que vió vacío el plato del jardinero.

Benito puso otra buena racion en el plato del viejo.

En aquel momento se oyeron pasos en el patio: *Turco* y *Pantera*, que devoraban una enorme cantidad de sopas, gruñeron sordamente, y luego, como si hubieran conocido que era un amigo el que se acercaba, continuaron comiendo con tranquilidad.

—Buenas noches y buen provecho, señores, dijo una voz sonora y varonil, y un gallardo mozo entró en la cocina.

—Buenas te las dé Dios, Miguel, contestaron en coro todos los presentes, excepto Margarita.

El jóven, no obstante aquel silencio, ó quizá por no haberlo advertido, tomó una silla que colocó detrás de la que ocupaba la jóven, y se sentó con ese aire conmovido, inseparable de una verdadera pasion.

Palideció Margarita: y en vez de volverse hácia el recien llegado, inclinó aún más la ca-

beza sobre el plato, al cual apenas habia llegado.

—¿Estás mala? preguntó ingénuamente Miguel sin cuidarse de bajar la voz, y con esa buena fé de las aldeas, en las cuales no es un misterio el amor honrado y sincero.

—Sí... está algo mala, repuso la anciana, deseando, segun su costumbre, calmar la tempestad que veia formarse sobre la frente de Benito, quien á la sazon llenaba de patatas el plato de Marianillo.

—¿Y nada me has dicho? repuso Miguel, siempre dirigiéndose á Margarita y en tono de tierna reconvencion: ¿cómo no me lo dijiste esta mañana?

—Le dió dolor de cabeza esta tarde en el huerto, contestó por ella la anciana, que anhelaba que se concluyese la cena, pues veia que mientras permaneciesen en la mesa, ninguna distracion podia tener Benito: y dirigiéndose despues á los mozos de labor, añadió:

—Vamos, acabad, para que Miguel luzca su habilidad cantándonos una *jota*.

—Es verdad, dijo el tio Melchor: que cante Miguel, porque oyéndole se olvidan todas las penas.

—¡Pues qué! ¿Vd. tiene penas? preguntó Miguel, que hacia rato estaba hablando por lo bajo á Margarita, sin que ésta le diese ninguna contestacion.

—¿Ahora?... ¡Pech!... Muy pocas... Casi ninguna, gracias á la buena señora Cecilia; pero no quiera Dios que sufras tú ni nadie jamás, las que yo he sufrido.

Al decir estas palabras, la risueña cara del anciano se entristeció profundamente: pasó la mano por su frente, y dijo tras algunos instantes de silencio:

—Tuve una hija... tú no lo sabes Miguel, porque yo vivia léjos de aquí, en un pueblo del otro lado del Jalon, y tú eras un muchacho entonces.

—Munca me ha contado Vd. nada de sus desgracias, Melchor, dijo la anciana escuchando con interés.

Señora Cecilia, Vd. no me habia preguntado nada... pero ahora que llega la ocasion... ¡Caramba!... bueno es desahogarse y echar una pena fuera...

—Es verdad... hable Vd., y desahogue su pecho, que está entre amigos.

—Pues bien, señora Cecilia, yo tenia una hija, que perdió á su madre al nacer... hermosa y tan buena como una santa... yo era un pobre arrendador de un señor de Madrid que tenia un hijo... y...

Ahogóse la voz del viejo jardinero, que apartó el plato colmado de ensalada, que la activa mano de Benito acababa de ponerle delante.

Conmovidos todos por su dolor, dejaron la

cena mirándole apenados: y la buena Inés, que estaba inmediata á él, y que desde la entrada de Miguel permanecia abatida y silenciosa, le dijo quedito con su dulce voz:

—¡Animo, señor Melchor!

—Pues bien, el hijo de nuestro amo engañó á mi hija, vistió á un criado suyo de cura... y á otro de sacristan, llevó como testigos á dos amigos suyos, y nos hizo creer á ella y á mí, que se habian casado!

—¡Qué infamia! exclamó Benito dando un golpe en la mesa con el puño, y mirando á su hija con chispeantes ojos.

—Tres meses despues, continuó el jardinero, y mientras yo habia ido á un viaje á la ciudad, el hijo de mi amo trató de casarse formalmente con una marquesa viuda, jóven y muy rica.

Mi hija no vivia en el palacio... bajo el pretexto de que era necesario tener oculto su casamiento hasta la mayor edad de su supuesto marido... que la persuadió de que debia seguir habitando mi pobre casita; nos daba, sí, algun dinero de vez en cuando... pero nada más... A fin de llevar á cabo su matrimonio más cómodamente, me envió á la ciudad por algunos dias... cuando volví... encontré á mi hija casi agonizando de dolor... y de hambre... Desde que supo el casamiento del que creia su marido, y su propia deshonra, se propuso morir... y lo consiguió!...

—¿Y no mató Vd. al infame, tio Melchor? preguntó Benito, llevado de su carácter impetuoso.

—¡Ni aun para eso tuve fuerzas!... dos dias despues murió mi pobre hija... y yo sufrí una enfermedad que me tuvo tres meses clavado en la cama... A no ser por algunos honrados vecinos, me hubiera muerto, porque el señor, para desembarazarse del todo de mí, habia puesto otro arrendador en mi lugar... y me encontré sin pan y sin recursos... Cuando pude tenerme en pié y quise pedir cuentas al asesino de mi hija, era invierno, y ya estaba en Madrid al lado de su padre y rodeado de sus poderosos parientes... Entonces abandoné la aldea y vine hácia esta parte de la provincia, en donde la buena señora Cecilia me dió pan y acomodo.

—Consúelese Vd., pues, con la seguridad de que no le faltarán uno y otro mientras viva, dijo la bondadosa anciana: es Vd. bueno y honrado, y cuando yo muera, aquí quedarán mis hijos.

—Gracias, señora Cecilia, dijo el anciano, cuyo rostro venerable, á pesar de estar bañado en lágrimas, habia recobrado su habitual expresion de bondadosa alegría: tengo la certeza de que mi Teresa está en el cielo, porque ella, no obstante el engaño de que fué víctima, era honrada... sí, muy honrada, puesto que pensó casarse como Dios manda.

El tio Melchor tenia uno de esos caractéres en los cuales el dolor no alcanza á hacer muy honda mella; sienten vivamente durante algunos instantes, y luego, tranquilizados en parte por la paz de su serena conciencia y acosados por su necesidad de alegría, olvidan sus penas más hondas.

El tio Melchor pensaba en su pobre Teresa todas las noches y mañanas al encomendarla á Dios, y la recordaba tambien alguna vez en medio del dia: era todo lo que podia hacer.

V

Quejas.

Benito habia quedado pensativo y cabizbajo, desde que oyó la triste historia de la hija del tio Melchor: su frente, cargada de tempestuosas nubes, se apoyaba en sus manos, en tanto que Margarita oia distraida é impaciente las amorosas palabras de Miguel.

La señora Cecilia, á cuya penetrante mirada no se ocultaba la sorda tormenta que rugia en derredor suyo, quiso conjurarla y dijo á Inés.

—Vaya, hija mia, levanta la mesa, y mientras Margarita y tú tomais la rueca y yo la calceta, Miguel nos cantará unas coplas.

—Señora Cecilia, dijo éste con una amarga sonrisa; esta noche debo tener muy mala gracia para cantar.

—¿Por qué hijo mio? pregunto la anciana.

—Estoy de mal humor.

—*Quien canta su mal espanta*, dice el refran; pero ¿qué haces, Inés, que te has puesto tan

triste? añadió la anciana: ¿por qué no levantas la mesa?

Estremecióse la jóven al oir la voz de su abuela, como si la despertase de un profundo y penoso sueño: largo rato hacia que permanecia en una actitud meditabunda, dolorosa y como extraña á todo cuanto pasaba en torno suyo: con la cabeza caida sobre el pecho, y las manos cruzadas sobre las rodillas, nada oia de lo que se hablaba más que la voz de Miguel, que resonaba hondamente en su corazon, amante y sencillo.

La de la anciana la sacó de su triste arrobamiento: levantóse, y empezó á recoger los platos y los cubiertos de la mesa.

Margarita, en vez de levantarse á ayudar á su prima, permaneció en su asiento.

Su abuela la lanzó una severa mirada, y la dijo:

—Margarita, ayuda á tu prima:

Obedeció la jóven, y muy pronto la mesa, desocupada y arrimada á la pared, dejó libre la anchurosa cocina.

A una seña de la abuela, salió Marianillo y volvió á poco con una guitarra que puso en las manos de Miguel.

Este preludió con destreza, y dejó oir algunos acordes, á un tiempo melancólicos y dulces; la anciana tomó su calceta azul; las dos jóvenes pusieron en sus delgadas cinturas dos rue-

cas cargadas de blanco lino, con *rocadores* (1) de raso azul, lindamente bordados de talcos.

Los hombres tomaron asiento, y todos se prepararon á escuchar á Miguel, quien despues de un armonioso preludio, empezó á tocar la jota con un primor sin igual.

¡Bravo! gritaron entusiasmados todos los concurrentes.

—¡Bien por Miguel!

—¡Qué gracia y qué destreza!

—Pues, y ¿cuándo canta?

—¡Qué cante!

—¡Sí, sí, que cante!

—¡Canta, Miguel!

Este se sonrió con tristeza, y *rasgueó* con más fuerza, anuncio seguro de que iba á cantar.

Todos callaron: la anciana é Inés suspendieron su labor para no perder nada de la cancion: solo Margarita continuó hilando sin volver los ojos al músico.

Miguel clavó en ella una mirada más triste que su anterior sonrisa, y cantó con voz dulce y sonora:

Algun dia llorarás,
Cuando no tengas remedio;
Me verás y te veré,
Pero no nos hablaremos.

—¡Bien, Miguel! gritaron palmoteando los

(1) *Rocadores ó enrocadores.* Juguetes de carton á manera de basquiñas forradas de raso y bordadas de lentejuelas, que usan las labradoras para sujetar el lino de sus ruecas.

mozos de labor, con ese entusiasmo sencillo que reina en los campos por su música favorita.

—¡Qué voz! ¡qué voz! exclamó el tio Melchor.

Al mismo tiempo que aquellas honradas gentes demostraban así su admiracion, los ojos de la anciana Cecilia y de su nieta Inés se llenaban de lágrimas, y la ruda fisonomía de Benito expresaba un dolor agudo y penetrante.

Miguel, pues, alcanzaba el mismo triunfo que el más eminente artista: su pobre copla habia arrancado *bravos* y palmadas de entusiasmo: habia agolpado el llanto á los ojos de las mujeres, y habia hecho sentir dolor á un corazon varonil.

Es que la verdad y el sentimiento triunfan siempre y en todas partes.

Miguel, arrebatado de sus propios pensamientos, preludió de nuevo, y cantó esta otra copla con el mismo profundo sentimiento de tristeza y de queja:

Hasta la guitarra siente
la pena de mi dolor;
¡siendo de madera, gime!
¿qué será mi corazon?

Un completo silencio siguió á estos versos: tan desgarradora habia sido la expresion del mancebo al cantarlos, que nadie pudo hacer otra cosa más que sufrir como él: únicamente aquel que haya estado en Aragon puede com-

prender hasta qué extremo son armoniosas y elocuentes las notas de la *jota*, ora alegres y y graciosas, ora graves y melancólicas, ora sentimentales y dulces, pero siempre de una pureza, de una elocuencia, de una armonía incomparables.

Miguel agradeció el silencio que notaba en torno suyo, y volvió á cantar, con un acento más doloroso y penetrante:

No publico mi dolor,
que si yo lo publicara
hasta la tierra que piso
de sentimiento llorara!

Y antes de que se apagase la última nota de su canto, dejó la guitarra y se levantó.

—Buenas noches, madre Cecilia, dijo con voz ahogada: buenas noches, señor Benito.

—¿Te vas? dijo éste levantándose tambien.

—Sí señor: estoy algo malo, y mi padre me esperará con cuidado.

—Adios, Miguel: eres un buen hijo, dijo el labrador con amargura: ¡dichoso tu padre!

—¿Quién es dichoso en este mundo? murmuró el jóven con tristeza.

—Solo los culpables dejan de serlo en este mundo y en el otro, repuso Benito con voz fuerte y severa, y clavando en su hija una mirada terrible: luego, volviendo sus ojos suavizados, ya hácia Miguel, añadió estrechándole la mano.

—¡Los buenos hijos, como tú, son dichosos al fin!

Miguel salió de la cocina.

—Vámonos á acostar, hijos mios, dijo la señora Cecilia: no me siento buena esta noche: pero ¿qué tienes, hija? añadió volviéndose hácia Inés; ¿por qué lloras?

—No lo sé, abuela; pero me duele mucho el corazon.

—¡Pobre hija mia! murmuró la anciana besándola la frente. Despues añadió:

—Toma una luz, y acompáñame á mi cuarto.

Obedeció la jóven; tomó un limpio veloncito de hoja de lata, y la anciana, apoyándose en su brazo, salió de la cocina, sin mirar á su nieta Margarita.

Al llegar á la puerta de su habitacion, volvió á besarla la frente, tomó de su mano la luz, y le dijo con ternura:

—Reza, hija mia, para que Dios sane ó alivie tu corazon: reza, y duérmete despues, porque mi bendicion te acompaña.

Inés besó la mano de su abuela, y se alejó enjugándodose los ojos con su delantal, en tanto que la anciana, que se habia detenido en el umbral de su cuarto, extendia la mano haciendo la señal de la cruz.

VI

Miguel y Margarita.

Era Miguel un gallardo mancebo de veinticuatro años, de elevada estatura y figura simpática y gentil: su padre, pobre colono de un señor poderoso diez años antes, habia conseguido, á fuerza de buen órden, trabajo y economía, casar honradamente á sus tres hijas y darles un ajuar decente para su clase.

Poco despues de verlas colocadas, perdió á su esposa, excelente mujer, limpia, hacendosa, y llena de sincera y candorosa piedad.

El pesar del buen hombre fué muy vehemente: lloró á su esposa largo tiempo, á aquella esposa tan fiel, tan cariñosa, tan previsora: y ni el contínuo trabajo á que siguió entregándose, ni el amor que tenia á su hijo Miguel, á quien queria como á las niñas de sus ojos, pudieron borrar de su alma honrada y leal el recuerdo de la compañera de su vida.

El infeliz trabajaba por las mañanas en las tierras de su señor, las cuales tenia en el estado más floreciente: y á las tres de la tarde, dejaba

sus labores terminadas, y se iba á ganar un jornal en las de otro rico arrendador, que le daba trabajo todo el año, conociendo su actividad y buenas dotes.

Su hijo, que ya contaba veinte años, hacía lo mismo: de modo que, además de tener en un estado envidiable las tierras de su amo, ganaban todos los dias dos jornales.

Miguel tuvo la mala suerte de caer soldado: pero su padre no se apuró por eso, y sacó de una arca vieja de la cocina seis mil reales que tenia reservados para este caso, quedándole todavía otros cuatro mil.

Pocos dias despues de esto, y libre ya Miguel de la zozobra en que habia estado acerca de su suerte futura, confesó á su padre que estaba enamorado de la linda Margarita, niña entonces de trece años.

—Hijo mio, contestó el buen padre: mejor quisiera que te hubieras enamorado de su prima Inés.

—¿Y por qué, padre? preguntó sencillamente Miguel.

—Porque he reparado que cuando te vé se pone encarnada, al paso que Margarita cuando pasas por su lado se sonríe con desden: además, Inés es huérfana, y le harias un favor casándote con ella: Margarita, por el contrario, será soberbiamente dotada por la anciana Cecilia.

—Padre, contestó Miguel: ese inconveniente

le tendríamos tambien con Inés: ¿acaso no es nieta como su prima, de la rica Cecilia? ¡Ah! cuánto siento que Margarita, no sea pobre como yo!

—La que es tan pobre como tú, es Inés; su padre abandonó á Cecilia cuando acababa de enviudar, llevándose quinientos duros que ésta tenia: luego la obligó á vender algunas tierras para enviarle más dinero, y á su muerte, acaecida á mano airada en un camino real, le dejó empeñado cuanto tenia, pues la buena madre jamás le negó ninguna de las gruesas sumas que le pedia, ni cesó de llamarle á su lado.

Así, créeme, hijo mio, concluyó el buen hombre: Cecilia dará muy poco ó nada á Inés, y reservará toda su hacienda para Margarita, á cuya madre dotó en muy poco; y para Benito, que con su laboriosidad le ayudó á desempeñar y á prosperar su hacienda: procura amar á la pobre Inés, lo cual es más honroso para nosotros.

El anciano, hecho este razonamiento, dejaba á su hijo en libertad de reflexionar; mas este conocia que su amor hácia la rubia y delicada hija de Benito, se acrecentaba de dia en dia.

Vencido, no obstante, por los consejos de su padre, nada dijo á Margarita de su pasion, temiendo que se creyese hijo de miras interesadas, y se contentó con seguirla á todas partes sin que ella lo reparase siquiera.

Margarita pensaba solo en correr detrás de las mariposas de los campos, en cortar flores para engalanar sus cabellos, y en ponerse todos los dias lindos vestidos para ir á mirarse al cristal de la fuente, donde le esperaba Miguel muerto de pena y devorado de amor.

Ella pasaba por su lado, y se sonreía siempre con desden: su corazon poco tierno, y su alma helada y egoista, hacian una injuria mortal á la memoria de su madre, tan afectuosa, tan dulce, tan generosa y sensible.

Margarita crecía como un junco, y sin embargo no sabia hacer nada: su abuela, hechizada de ver en ella la viva imágen de su querida hija, no le pedia más que se pusiese bonita: su padre, ocupado todo el dia en las faenas del campo, no sabia en qué pasaba su hija el tiempo.

Y Margarita empleaba los dias en componerse, y coger flores, y las noches en cantar sentada junto á la ventana.

Entre tanto Inés se entristecía cada dia más: á pesar de sus continuas ocupaciones, siempre hallaba un rato para irse al huerto, y llorar con la cara oculta entre los pliegues de su delantal.

Cuando veia pasar cerca de ella á Miguel, su corazon palpitaba con violencia, y su semblante se cubria de un carmin arrebatado: mas si Miguel se detenia á hablar con Margarita,

se ponia descolorida, como los lirios que brotaban orillita de la fuente.

Y no obstante, Miguel la hablaba siempre con cariño, y le cogia fruta, y le alcanzaba algunos nidos: Miguel la queria como á una hermana; pero ella le amaba con verdadera pasion.

Un dia, Margarita, que iba todos los domingos á la vecina aldea, oyó decir en un corro de muchachas estas palabras:

—No hay en todo el contorno mejor mozo que Miguel.

Margarita miró hácia donde ellas miraban, y vió á Miguel apoyado en un árbol de la plaza en que se bailaba, y que la seguia apasionadamente con la vista.

Entonces reparó, por la vez primera, en su gallardía, en la hermosura de sus negros ojos, y en la perfeccion varonil de todas sus facciones.

Acercóse á él, sonrióle, y le dijo:

—Buenas tardes, Miguel; no tengo con quién bailar hoy.

—¿Quieres bailar conmigo? se apresuró á decir él.

—Con mil amores.

—Pues vamos.

Los dos jóvenes salieron á plaza, sonaron las guitarras, las bandurrias y los hierrecillos, y empezaron el baile, produciendo gran entusiasmo en todos los concurrentes.

—¡Que linda pareja! decian.

—¿Cortejará Miguel á Margarita?

—Claro es: si no, no hubieran empezado el baile juntos.

—¡Pues si él es tan pobre!

—Es verdad; jamás admitirá Benito ese marido para su hija.

Pero Benito, que estaba presente, se sonrió con satisfacion, y siguió fumando su tabaco negro con los demás padres de familia, que, sentados en bancos de madera al rededor de la plaza, vigilaban atentamente á sus hijas.

Aquella tarde, Miguel y Margarita volvieron á la alquería de los álamos, asidos del brazo y conversando dulcemente: Miguel iba rebosando de gozo; Margarita, al llegar á su casa, se cansaba ya de hablar y de escuchar.

Algunos dias despues, el padre de Margarita fué á ver al padre de Miguel.

—Antonio, le dijo: el molino de la acequia está de venta: ¿quieres que le compremos entre los dos?

—Benito, contestó el interpelado, tengo poco dinero: ya sabes que yo nunca he sido otra cosa que un pobre jornalero, que he tenido que casar á mis hijas, y que librar á Miguel de la suerte de soldado; gracias á mis jornales y á los de Miguel, que es un hijo como hay pocos, puedo ofrecerte ocho mil reales; nada más.

—Por el molino quieren dos mil pesos, y los

vale! pero si tú quieres poner lo que tienes, yo pongo lo demás, y desde hoy es nuestro: pagaremos á medias las contribuciones, y nos partiremos las ganancias, satisfaciéndome á mí de tu parte los doce mil reales que me quedarás en deber: ¿te acomoda?

—¿Cómo no me ha de acomodar? exclamó gozoso el honrado padre: tú haces por mí, Benito, lo que jamás me hubiera atrevido á pedirte; tú te portas conmigo como un hermano!

—Tu hermano quiero ser, repuso Benito, dando á su voz una entonacion más grave que la que hasta entonces habia tenido; y trás una pausa continuó:

—¿Quieres á mi Margarita por esposa de Miguel?

—¿Qué es lo que dices? exclamó Antonio con lágrimas de alegría en los ojos.

—Los chicos se quieren, y yo no podia encontrar un marido mejor, más honrado y laborioso para mi hija.

—Pero, Benito, tu hija tendrá un buen dote, y Miguel hasta hoy no ha tenido otra fortuna que sus brazos.

—¿Qué importa? La fortuna se alcanza, porque Dios ayuda al bueno: la honradez ha de nacer con la persona: además el molino es una hermosa finca, y Miguel la hará prosperar á las mil maravillas: con que está dicho: cuando el sándalo de mi puerta cumpla diez y ocho años,

tu yerba-buena cumplirá veinteicinco, y nuestros chicos se casarán.

Antonio estrechó con fuerza las manos de Benito y se separaron: el padre de Miguel era un anciano de cerca de sesenta años, acabado por una larga vida de trabajo y de afanes: así, pues, debia á Benito el inestimable beneficio de un bienestar seguro en sus últimos dias.

Así que se vió instalado en el molino, obedecido por dos robustos mozos y descansado por su hijo, empezó á sentir una felicidad de que nunca habia disfrutado; y aunque sus cabellos quedaron canos, su cuerpo iba ganando agilidad, y en su semblante se aposentó la expresion de un gozo constante y bienhechor.

Benito, al volver á su casa, dijo á Margarita: «hija mia, así que cumplas diez y ocho años, te casarás con Miguel».

La jóven contestó á estas palabras con una sonrisa indiferente, pues el plazo le parecia tan largo que nunca habia de llegar.

El pecho de Inés se hinchó de sollozos, y la pobre niña se fué á llorar al soportal.

—Madre mia, dijo Benito á su suegra, casaremos á Margarita con Miguel.

—Es pobre, objetó la anciana.

—Yo lo era tambien, madre, cuando me dió Vd. á su hija.

—Y sin embargo, la hiciste muy feliz, repu-

so la anciana, á cuyos ojos acudieron las lágrimas; despues añadió:

—Que se casen y sean dichosos, que los dos serán mis hijos.

A la caidita de aquella misma tarde, fué la pobre Inés á sentarse á orilla de la fuente del cañar, donde tantas veces le habia llevado Miguel nidos, flores y frutas: la pobrecita Inés lloraba, lloraba hilo á hilo, y sus lágrimas, puras como su alma, iban á mezclarse con los cristales de la fuente.

Cuando más descuidada estaba, oyó pasos á su espalda: volvióse y vió á su abuela que, medio oculta entre su seto, la miraba con atencion.

Inés enjugó sus lágrimas con presteza: más su buena madre la abrazó estrechamente, reclinó en su pecho la linda cabeza de la niña, y le dijo al oido muy quedito:

—¡Reza, hija mia; reza conmigo á la Vírgen de los Dolores!

La anciana sacó su rosario de cuentas de azabache y se puso á rezar, contestándola Inés, que poco á poco se fué tranquilizando: cuando acabaron, se levantaron ambas y tomaron el camino de la alquería, apoyándose la anciana en el brazo de Inés.

La señora Cecilia habia leido en el corazon de su nieta, y la inocente niña no tenia ya secretos para aquella generosa anciana, su madre y su bienhechora.

VII

El castillo.

Antes de continuar describiendo los acontecimientos de esta historia, fuerza será que acabe de enterar á mis lectores de algunos que precedieron al tiempo en que da principio mi narracion.

Entre dos risueños valles, y al frente de la alegre aldea de Villamayor, se alzaba entonces un gran edificio, morada feudal de algun señor aragonés, en tiempo de *Pedro el del Puñal*, y que despues se habia ido trasmitiendo de padres á hijos, sin alterar en nada su bárbara y sombría arquitectura.

Conservaba sus ventanas estrechas y enrejadas, sus torrecillas altas y oscuras, y su gran puerta con cariátides de piedra, ennegrecida por el trascurso de los siglos: únicamente habia desaparecido el puente levadizo, y el foso, libre del agua que lo habia ocupado durante tanto tiempo, se habia rellenado de tierra, plantando en él algunos árboles que habian crecido con brío.

No obstante, el espeso ramaje de los chopos habia quitado al interior del castillo la ya menguada luz que antes tuviera, y nunca llegaba á las ventanas un rayo de dorado sol ó de blanca y abrillantada luna.

El último poseedor, disgustado de su sombrío aspecto, no quiso verle más desde el dia en que tomó posesion de él: envió á un criado para que lo cuidase de las injurias del polvo, y trasladando á Madrid los tapices, las antiguas vajillas y los muebles de valor, se olvidó de semejante propiedad.

Este personaje—uno de los títulos más antiguos y ricos de Castilla,—tuvo dos hijos: el más jóven era emprendedor, valiente, cazador diestro, y estaba dotado de una viva imaginacion: un dia, que en un convite que habia habido en su casa con motivo de cumplir él diez y ocho años, oyó hablar á su padre del castillo y del monte que poseia en las riberas del Gállego, y del que nunca hacia caso, le pidió permiso el jóven para ir á visitarlo con varios amigos, y matar algunas reses de las muchas que habia en el monte.

—Te lo cedo desde hoy, hijo mio, dijo el padre con franca sonrisa: para un menor de diez y ocho años, es siempre grato poseer algunos dominios: el castillo y el frondoso monte que tiene á la espalda, son desde hoy de tu propiedad exclusiva.

Enrique aprovechó un regalo tan liberalmente hecho: no bien amaneció la aurora del siguiente dia, montó á caballo con su ayuda de cámara, y salieron á toda prisa de la ciudad, en la cual habitaban desde primeros de año, por exigirlo así un enmarañado pleito que sostenia su padre con uno de los más ricos señores de la provincia.

Abandonando Enrique por entonces el proyecto de la cacería, quiso ir solo con su ayuda de cámara, Santiago, jóven de veintiun años, confidente, y muchas veces, compañero de todas sus locuras.

Al verlos volar por el camino al galope de sus fogosos caballos, se les hubiera tomado por dos hermanos, mas bien que por amo y servidor.

Ambos gallardos, de fisonomía inteligente, de figura elegante, y vestidos con trajes de campo de una perfecta semejanza, difícil hubiera sido distinguir al lacayo de su señor.

Santiago era de orígen portugués por su madre: su padre, carnicero en un pueblecito de Castilla la Nueva, hizo una muerte estando embriagado, y huyó á Portugal: en Lisboa continuó su oficio, y se casó con una mujer muy astuta, que tenia algun dinero.

Mas el bueno del marido no perdió en Portugal la costumbre de beber, causa de su salida de España: entregóse á ella más que nunca,

y con tan homicida desórden, que, al año de casado, habia dejado de existir.

Su mujer entonces, que era varonil, y que tenia un hijo de dos meses, empuñó las cuchillas y se puso á vender carne, con más destreza de la que jamás habia desplegado su marido.

Santiago, pues, se crió y creció entre el vapor de la sangre y las reses muertas: al tomar el pecho de su madre, no pocas veces le encontró manchado de sangre, que habia brotado al partir los numerosos trozos de vaca para servir á los parroquianos: así que fué mayor, se reia á carcajadas cuando, jugando con las sangrientas orejas de un buey muerto, se veía teñidas las manecitas de encarnado, y tan pronto como sus fuerzas se lo permitieron, él mismo degollaba á los corderos, experimentando en ello un verdadero placer.

No obstante, estos instintos sanguinarios eran acallados con frecuencia por una idea fija. Santiago habia oido hablar de Paris, y las doradas pinturas que de él le habian hecho, aumentaban cada dia su afan de verle: disgustóse de su tienda, de sus cuchillas y de su misma madre, y un dia dijo á ésta que queria ir á la capital de Francia.

—Vete con Dios, contestó la robusta carnicera: pero no cuentes con que te dé ni un ochavo. Gánate allí la vida como puedas, que yo no me he de haber estado matando diez y seis años

para que ahora derroches tú el fruto de mis sudores.

Santiago no quiso oir más: aquella misma tarde salió á pié, sin más equipaje que un lío, en el cual llevaba su ropa, y hasta diez francos que, á fuerza de astucia, pudo conseguir de su avara madre.

Renuncia mi pluma á pintar la vida de Santiago en Paris durante dos años: baste decir que fué sucesivamente paje de una actriz de segundo órden, camarero de un café y mozo de un billar de la Barrera, y que, habiendo aprendido el oficio de peluquero, entró en casa de una duquesa arruinada, y con pretensiones de juventud exajeradas, con el solo cargo de peinarla.

Allí dió Santiago pruebas de una nueva habilidad: aprendió á engañar á los acreedores de su señora con tanta maestría y sutileza, que la duquesa bendecia cada hora mil veces el instante en que habia recibido á su peluqmero, pues solo desde que él estaba en su compañia vivia con tranquilidad,

Estando en aquella casa, recibió la noticia de la muerte de su madre. Santiago corrió á recoger su herencia: cerró la carnicería y volvió á Paris con unos sesenta mil francos, que gastó en un año, dándose tan buenas trazas de señor, que únicamente el que le conocia podia dudar de que lo fuese.

Al dia siguiente de haber gastado su último franco, llegaron á la fonda el marqués de B... y su hijo, españoles y residentes en Madrid: precedíales una gran reputacion de riqueza, y habiéndose informado Santiago más extensamente, supo que el marqués era viudo, y lo que se llama *un padre jóven*, y que su hijo, de edad entonces de diez y siete años, tenia pretensiones de ser un D. Juan Tenorio.

El hijo del carnicero no quiso saber más; cambió su suntuosa bata por una levita color de castaña, que marcaba su elegante talle, y se presentó al marqués solicitando ser su ayuda de cámara.

—Yo traigo ya mi servidumbre completa, contestó el marqués; pero si agradas á mi hijo, te quedarás á su servicio, pues deseo que tenga un ayuda de cámara francés.

Santiago se guardó bien de revelar su orígen portugués; tomó el apellido de Duval, y en efecto, aquel bribon redomado agradó al jóven Enrique, que á su lado parecia un novicio, pues el aire picaresco y desenvuelto del ayuda de cámara no tenia igual.

Cuando, al cabo de un año de estancia en París, volvieron á Madrid, difícil hubiera sido reconocer á Enrique, que antes de admitir á su lado á aquel flamante servidor, conservaba aún mucha parte de la candidez y buena fé de la adolescencia. Santiago habia llevado su auda-

cia hasta el punto de proponerle que se vistiesen del mismo modo y que pasasen por hermanos, para acompañarle á los bailes alegres de las Barreras y del Odeon, y Enrique, enteramente dominado por él y seducido además por el encanto de aquellas animadas fiestas, que terminaban siempre en borrascosas cenas, habia hallado muy chistosa y muy de su gusto la propuesta hermandad.

En Madrid hubo de interrumpirse su parentesco: aunque sabian todos que el marqués de B. tenia hijos, sabian tambien que Arturo, el mayor, arrojado y valiente marino, mandaba un buque de guerra hacia ya mucho tiempo.

Puede concebirse cuánto echaria de ménos Santiago aquella igualdad, siquiera fuese momentánea, á cuya sombra habia disfrutado de tantas fiestas, sin las cuales ya no podia pasar: desde que habia llegado á España, se hallaba en su verdadera condicion, pero no en la que él ambicionaba, ni en la que le era necesaria para vivir en paz consigo mismo.

Cuando le dijo su amo que se preparase para acompañale al dia siguiente al castillo, su corazon pareció dilatarse: iba á verse dueño de nuevo de aquel jóven, á quien habia dominado durante tanto tiempo: desde que el marqués y su hijo habian abandonado la corte por una ciudad de provincia, la vida del ayuda de cámara habia llegado á ser más sujeta, contra-

riada y triste que nunca; y al saber que sus señores trataban de pasar en ella el verano, más de una vez pensó en dejar el servicio de Enrique, por más lucrativo que le fuese.

Aquel hombre jóven, fogoso, de bastardos y crueles instintos, frívolo, insinuante y exhausto enteramente de corazon y de creencias, necesitaba, para vivir, de una atmósfera corrompida, atronadora y desordenada.

Al verle correr por el camino que conducia al castillo en compañía de Enrique, cualquiera le hubiera dado la preferencia sobre éste: ambos vestian trajes verdes, compuestos de ajustados calzones y casaquillas con botones de plata: botas altas á la inglesa, y gorras de terciopelo negro.

La figura de Enrique, alta, esbelta y nerviosa, respiraba, á pesar de los contínuos excesos de su vida, una calma grave, reposada y digna; su rostro fino, moreno y pálido estaba iluminado espléndidamente por sus grandes ojos negros, cuya mirada era altiva y triste; escapábanse por debajo de su graciosa gorra de viaje numerosos rizos, negros y lustrosos como sus cejas y pestañas.

Aquella fisonomía de diez y ocho años estaba ya sellada con una profunda tristeza. Enrique amaba locamente á una viuda de rara hermosura y más raro coquetismo, y la amaba con aquella pasion fatal que se enseñorea del

corazon de los adolescentes, cuando el objeto de su cariño les dobla la edad.

En una palabra: Enrique amaba... y no era correspondido.

Su ayuda de cámara era de menor estatura, y de formas, aunque no gruesas, más blandas y redondas: sus ojos azules y pequeños brillaban de malicia cuando estaba sereno y satisfecho, pero chispeaban de maldad cuando se irritaba: sus cabellos rubios eran sedosos y rizados: su boca, fresca, estaba adornada por una linda dentadura y sombreada por un fino bigote: su nariz era graciosa, y sus manos blancas y redondas.

La razon de ir vestidos del mismo modo el señor y el lacayo, consistia en que este último habia propuesto volver á su antiguo parentesco, *para conquistar*—estas habian sido sus palabras—*á las palurdas de la aldea.*

VIII

El impostor.

La aparicion de los dos jóvenes en aquellos valles, solos, y sin servidumbre de ninguna clase, llamó mucho la atencion á los pacíficos habitantes de las alquerías.

Cuando les vieron llamar á la puerta del castillo, y que el guardian—anciano que no se trataba con nadie—les franqueaba la entrada, se dijeron:

—Cuentan que el señor del castillo tiene dos hijos: esos serán.

El criado que cuidaba de aquella vetusta morada, se dijo lo mismo: desde que era soltero el marqués, no le habia visto: un servidor de la casa le llevaba todos los años una suma bastante para su manutencion, y aunque habia oido decir que su señor se habia casado y que tenia dos hijos, no los conocia.

Una carta de su señor le avisaba del viaje de Enrique; pero habiéndole dicho éste que habia obligado á su hermano á que le acompañara, no puso dificultad en creerlo, sabiendo que la

edad del primogénito de su señor, era la misma que la que manifestaba el jóven que acompañaba á Enrique.

Desde el dia siguiente, tomaron dos criadas del país, y Enrique, devorado por una cruel enfermedad de corazon, creyó encontrar alivio en aquella soledad.

Una mañana que se paseaba solo por la falda del monte, vió á Margarita cortando rosas silvestres para adornar sus cabellos: la figura delicada y esbelta de la jóven le llamó la atencion, no ménos que la hermosura de sus facciones: acercóse á ella y saludóla, sin que la niña, ruborizada y confusa, le contestase apénas.

Pero la belleza de aquel jóven, sus modales distinguidos, y la brillante aureola que le rodeaba, deslumbraron los ojos de la pobre Margarita, cuya parte flaca era la vanidad, y cuyas miras eran más elevadas de lo que convenia á su clase.

En tanto que Enrique entretenia los pesares de su ausencia galanteando á la jóven aldeana, su ayuda de cámara habia inquirido á qué familia pertenecia, y sabido con placer que era nieta de la rica Cecilia, la propietaria más acaudalada de los contornos: sin pérdida de tiempo escribió una carta á la hermosa viuda á quien amaba su amo, y á la cual estaba vilmente vendido, asegurándole que, si no empleaba algun recurso supremo, se le escapaba la presa.

Aquella mujer, cuya indiferencia por Enrique no era otra cosa que efecto de un odioso cálculo, escribió á éste, exigiéndole que en tanto que su padre le creia en su viejo castillo, aprovechase el tiempo y fuese á verla á Madrid.

No era menester más para inflamar el corazon del jóven: una hora despues de recibir la carta de la viuda, subia en la diligencia que pasaba por allí y se dirigia á la corte.

Margarita supo esta partida cuando acudió por la tarde á su diaria cita, en la cual halló al supuesto hermano de su amante: la desgraciada niña quedó aterrada; más el impostor la tranquilizó con un razonamiento que ya tenia preparado para el caso.

—Mi hermano, le dijo, ha tenido que marchar precipitadamente á la ciudad, llamado por nuestro padre; pero me ha dicho que dentro de un mes, recibiré un poder para que me case contigo en su nombre.

—¿Qué es un poder? preguntó asustada la doncella, ante la idea de casarse con aquel hombre, que le inspiraba una repugnancia instintiva.

—Es un documento en virtud del cual mi hermano se casará contigo, representándole yo aquí: acabada la ceremonia, te conduciré á la ciudad; mas antes es preciso que veas si tus padres se avienen al casamiento.

—Jamás consentirán, dijo la niña derraman-

do lágrimas: ya sabe Vd. que estoy prometida á Miguel.

Esta seguridad era la que el ayuda de cámara necesitaba: la desconfianza extrema de Margarita, respecto á que su padre y su abuela le permitiesen faltar á la palabra comprometida con el hijo de Antonio; la timidez de la jóven, y su profundo abatimiento cuando se trataba de contrarestar las miras de su familia, eran otras tantas garantías para la realizacion de los proyectos de aquel hombre vil y depravado.

Por nada del mundo hubiera él querido que Margarita hubiese aventurado la menor súplica: habia oido hablar del carácter de Benito lo suficiente para que su innata cobardía le permitiese ponerse en evidencia con él: además, se figuraba, y con sobrada razon, que el honrado labrador se informaria de todo lo concerniente al aspirante á la mano de su hija; y tanto más, cuanto más elevada era su clase: de este modo, el marqués y sus hijos, que eran muy poco conocidos en aquellos contornos, por cuanto jamás habian vivido en ellos, ni aun los habian visitado, hubieran sido envueltos en un proceso, y él hubiera pagado, con un presidio de por vida, sus imposturas, y su fingido parentesco con su señor.

Durante algunos instantes, permaneció absorto en estas reflexiones, en tanto que Margarita lloraba en silencio.

—Veamos, se dijo por fin: veamos la manera de asegurar esta rica presa: una vez casados, durará el enojo de la familia un mes, dos: mi señor se reirá de la travesura, cuando lo sepa: ¿cuántas hemos hecho juntos en Paris, en el tiempo en que queria ser mi hermano, para ir á los bailes y á las cenas, á donde no podia concurrir con su verdadero nombre? ¿no le servia el mio de comodin, para los orgías de bodegon? ¿por qué no ha de servirme ahora el suyo, para hacer un buen negocio?

Y alzando luego la voz, dijo á Margarita:

—Puesto que tu familia es tan terca, no es necesario que te expongas á su enojo: apenas reciba el aviso y el poder de mi hermano, partiremos juntos á la ciudad y allí nos casaremos, y esperaremos á que mi hermano vaya á reunirse contigo, así que le sea posible.

Margarita iba á responder: más un ligero ruido que oyó á su espalda, la hizo volver la cabeza asustada.

En el instante sus mejillas palidecieron, tembló violentamente y se apoyó contra un árbol cercano, murmurando:

—¡Mi padre!...

Benito se acercó á su hija: nada habia oido de lo que le decia *el hijo mayor del señor marqués*: más, al verla hablando con él, comprendió instantáneamente el motivo de los largos paseos de su hija, su afan de engalanarse todos los

dias con sus más hermosos vestidos, y su profunda aversion á todos los oficios de la casa.

—Hija, le dijo tomándola por la mano y haciéndola andar lentamente á su lado: hija, tu madre no habló á solas jamás con ningun hombre, más que con su marido: yo quiero que tú seas como tu madre.

Calló Benito, dichas estas palabras, que pintaban bien su recto y enérgico carácter: y el silencio no volvió á interrumpirse hasta que entrambos llegaron á la alquería.

El buen padre llamó al soportal á la anciana Cecilia, que hilaba con Inés á la puerta de la casa, y sin soltar la mano de Margarita, dijo con voz firme:

—Madre mia, desde hoy mi hija no se separará del lado de Vd.

—Bien, hijo mio, dijo la anciana sorprendida.

—Trabajará en la casa, lo mismo que su prima.

—Yo cuidaré de que así sea.

—No la hará Vd. más vestidos nuevos, pues llevando honradamente los que tiene, pueden durarla hasta que se case.

Y dicho esto, entró en la huerta, tomó su azada y se puso á cavar vigorosamente la tierra.

Margarita, sin embargo, varió muy poco en su método de vida: no queria lavar, ni amasar, ni guisar, por temor de embastecer aquella manecita blanca y delicada que debia dar al

galante Enrique: únicamente se vió privada de sus citas con el rubio Santiago; pues su abuela no la dejaba de la vista, y esta es la razon por qué las encontramos juntas en el huerto la tarde en que da principio esta historia.

Ahora volvamos á la alquería de los álamos.

IX

La rama de sándalo.

Dos dias despues del en que empecé mi narracion, es decir, la noche en que Miguel exhaló su tristeza en tan sentidas coplas, se hallaban en el soportal de la alquería la señora Cecilia, sus dos nietas, y Miguel: éste, sentado junto á Margarita, la miraba melancólicamente: ambos ocupaban dos asientos de madera, cortados del robusto tronco de una vieja encina, inmediatos al frondoso sándalo que simbolizaba la existencia de la jóven.

Extendíase la hermosa planta como un pequeño bosque, fresco, brillante y perfumado: aunque en el largo espacio de diez y seis años, la raiz primitiva ó principal se hubiese secado, habian brotado en derredor tantos retoños, y estos habian dado á su vez vida á tantos hijuelos, que ostentaba una riqueza y una frondosidad maravillosas.

La diestra mano de Benito la habia cuidado, podado y rodeado de tierra selecta con incansable afan: aquel hombre, de carácter rudo,

poseia no obstante, el corazon más sensible bajo una áspera corteza: todo lo que tenia relacion con su perdida esposa y con su hija, era para él objeto de un culto apasionado: y ¡cosa extraña en un hombre de su clase! habia consagrado su vida entera á la religion de los recuerdos.

En vano la madre de su esposa le habia aconsejado muchas veces que se casara, allanándole todas las dificultades que pudiera oponer: en vano le habia dicho que ella se encargaría del cuidado de Margarita, y de su dote: siempre que esta conversacion se promovia, contestaba Benito:

—Madre, no se canse Vd.: quien quiere bien una vez, no vuelve á querer más.

Consagróse, pues, aquel hombre honrado y ejemplar al trabajo y á la prosperidad de la hacienda de Cecilia, á quien miraba como á una madre querida: jamás pudo olvidar la generosidad y desinterés con que aquella excelente mujer le habia dado á su hija, tan hermosa, ricamente dotada, y tan codiciada por los jóvenes mejor acomodados de los contornos: á él, pobre jornalero, que no contaba con otra fortuna que su azada, y su hoz de segar: á él, cuyo rostro duro y curtido, hacia tal contraste con la suave y sonrosada cara de Margarita: á él, cuyo carácter rígido jamás habia sabido doblegarse hasta decir una palabra dulce.

Por eso agradecia á Cecilia, como un inmen-

so beneficio, el que le diese á su hija: por eso agradeció á ésta, como un don inestimable, el que le quisiera por esposo.

Habia en el amor que le profesaba algo del mimoso cuidado de una madre robusta, para con una hija delicada y débil: rodeábala de las atenciones más constantes, y jamás en medio de la refinada elegancia del gran mundo, ha habido un esposo más tierno y previsor.

Margarita, por su parte, se pegó á aquel amor como la débil yedra al robusto tronco de un roble: su alma, pura y llena de belleza, supo apreciar en todo su valor la honradez, la sobriedad, la rectitud de Benito, no ménos que su amor fuerte y agradecido á la par.

Mas ¡ay! que aquella blanca y delicada flor no podia morar durante mucho tiempo en este valle de dolores! Diez y siete meses despues de casada, se durmió en los brazos de su marido con ese sueño del que no se despierta jamás: y su postrer suspiro se confundió con los tristes vagidos de su hija, que solo contaba siete meses.

El dolor agrió aún más el carácter de Benito, pero aguzó doblemente su esquisita sensibilidad: desde que habia sentido el amor, le interesaban todas las mujeres como séres débiles é inofensivos: así pues, cuando supo la muerte desgraciada de los padres de Inés y el abandono de esta pobre criatura, Benito fué quien ins-

tó á la señora Cecilia para que se hiciese cargo de su nietecita.

Hacer cómoda y agradable la vida de la anciana y de las dos niñas, trabajar con asiduidad infatigable, y pensar en Margarita, hé aquí las constantes ocupaciones de Benito: su dolor por la muerte de su esposa no se amenguaba: todos los dias, á todas horas sentia, lloraba su falta: mas aquella generosa naturaleza, hallaba consuelo á su honda pena en hacer la felicidad de los séres que le rodeaban.

Puede imaginarse con cuánto disgusto iria descubriendo las inclinaciones de Margarita, su carácter frívolo y vano y su absoluta desmejanza con su buena y santa madre; y no será tampoco necesario que yo me esfuerce mucho en hacer comprender á mis lectores el dolor que embargó el corazon de aquel excelente padre, cuando despues de haber espiado las salidas contínuas y solitarias de su hija, la sorprendió en su cita con el ayuda de cámara, á quien él no obstante, creia hijo mayor del marqués.

El terrado ó soportal que precedia á la huerta, era un ejemplo harto visible del extremo cuidado que aún ponia Benito en complacer á su hija.

Sin embargo, el sándalo de Margarita no aventajaba en belleza á la hermosa mata de yerba-buena que simbolizaba, segun el uso de aquellos contornos, la vida de Inés: los dos ar-

bustos se alzaban frondosos, aromados y fragantes, en medio de aquel hermoso terrado, que semejaba un ramillete de flores.

Ya he dicho que Miguel estaba sentado al lado de Margarita, y que ambos ocupaban dos rústicos asientos, que el hijo del molinero habia colocado inmediatos al hermoso sándalo.

Al lado opuesto, la señora Cecilia é Inés estaban tambien sentadas en dos sillas bajas de pino blanco.

La pobre huérfana tenia la cabeza inclinada sobre el pecho: dos ó tres veces habia querido levantarse y huir de aquel lugar, en el cual su corazon sufria un martirio insoportable, pero una fuerza fatal é invencible la retenia allí.

La anciana, sin dejar de tejer su calceta azul, la miraba con pena: de cuando en cuando le dirigia alguna palabra cariñosa para distraerla: mas Inés, despues de contestar como maquinalmente, caia de nuevo en sus dolorosas reflexiones.

—Margarita, decia Miguel en voz baja y dulce, y como continuando una discusion empezada anteriormente; Margarita, consiento en olvidarlo todo, si me concedes una ramita, por pequeña que sea.

—¿Qué has de olvidar? preguntó con frialdad Margarita, meciendo sus lindos y angostos piés, que á pesar de las órdenes severas de su padre, estaban coquetamente calzados con estambre

fino como la seda, y con zapatitos bajos de raso.

—Tu despego, tu frialdad de hace dos meses, contestó Miguel con voz conmovida.

—Es mi genio, dijo Margarita; si no te acomoda, déjame en paz.

—No, no es tu genio, exclamó el jóven exasperado: no es tu genio, Margarita; tú no eras antes así...

É interrumpiéndose en medio de una frase que iba á decir, añadió:

—Vamos, ahorremos disputas: dame una rama de sándalo.

—Bastantes te he dado.

—Cinco, bien lo sé: están en una maceta en la ventana de mi cuarto, y han hecho una hermosa planta: si supieras, añadió el jóven, ¡si supieras con cuánto amor la cuido!

—¿Qué quieres entonces? preguntó la doncella con acritud, porque acostumbrada al elegante lenguaje de Enrique y de su ayuda de cámara, no podia sufrir la leal y rústica franqueza de Miguel.

—Quiero que me des esta noche otra rama de sándalo, respondió éste.

—¿Y por qué esta noche?

—¿Y tú me lo preguntas? ¿No ves la planta bañada por la luz de la luna?

Es necesario que yo dé ahora una explicacion á mis lectores, sin lo cual quizá no com-

prenderian el resto de la escena que tuvo lugar entre Miguel y Margarita.

El sándalo es una planta á la cual los labradores de Aragon profesan un afecto y una deferencia singulares.

Ya he dicho que la emplean como símbolo del nacimiento de sus primogénitos: es además emblema de amor: las aldeanas tienen todas en sus casas una mata de sándalo colocada en una humilde maceta de barro encarnado: las jóvenes, al separarse de sus amantes por una ausencia, sea cualquiera la duracion que esta haya de tener, cortan una ramita de sándalo y se la entregan; mas, para hacer este donativo, es preciso que la luna bañe la planta con sus rayos.

Muchas veces he visto al despedirse un novio de su prometida, tomar ésta la maceta que adornaba su ventana, bajarla al huerto y exponerla á la tibia luz del astro de la noche; cortar luego la más hermosa rama, y dársela á su amante despues de haberla besado con ternura.

Cuando hay desconfianza ó quejas de parte de un novio hácia su novia, no es necesaria la ausencia para hacer esta peticion; sin que haya de alejarse de ella, le exige la rama de sándalo, cortada á la luz de la luna, la guarda en el pecho; si á las veinticuatro horas las hojas marchitas han tomado un tinte negruzco, la infidelidad es cierta, la esperanza huye de su corazon y se separa para siempre de la mujer á

quien amó: si las hojas, aunque lácias, conservan al cabo de este tiempo su verdor y su grato aroma, el novio se persuade de que se ha engañado, y aunque vigile atentamente á su novia, la esperanza penetra de nuevo en su corazon.

Casos hay tambien en que el amante es tan cándido, y hay tanta pureza y sencillez en su pecho, que el solo testimonio de las hojas le basta para creer en el amor de su amada; y aunque antes haya sido atormentado por crueles dudas, se casa sin tardanza despues de la prueba de la milagrosa rama: pero hay otras ocasiones, y son las más, en que si bien el corazon de los amantes se satisface con la prueba, no sucede lo mismo con su razon, que necesita para ello hechos más convincentes y positivos.

Miguel no pertenecia á esta última clase de pensadores: confiado, sencillo, combatia tenazmente hacia algun tiempo las desgarradoras dudas que se iban introduciendo en su alma, respecto al amor de Margarita; su corazon grande, leal, le decia que la prueba de la rama de sándalo le bastaba y debia tambien bastar á su cabeza, y por eso solicitaba con tanto anhelo aquel don inocente.

En cuanto á la jóven, su trato con el inícuo ayuda de cámara, habia arrancado de su alma todas las suaves creencias, todas las puras ilusiones que podian oponerse al logro de sus in-

fames proyectos: enseñándole en su lenguaje un mundo de lujo, haciéndole vislumbrar bailes, joyas, festines y perfumes, le habia enseñado á desdeñar y casi aborrecer su tranquilo y risueño valle, sus tradiciones, sus costumbres y hasta su propia familia.

Así, pues, la jóven, que ya no daba importancia alguna á esta prueba, la cual habia escarnecido mil veces á sus oidos el hermano de su Enrique, se levantó, se acercó á la hermosa planta, y arrancando una de las ramas que iluminaba de lleno la luna, se la presentó á Miguel con frialdad, diciéndole al mismo tiempo:

—Vamos ¿estás contento?

—¡Oh, sí! ¡muy contento! exclamó Miguel besando con pasion la aromada ramita y guardándola en su pecho.

—Entonces, déjame en paz, repuso la jóven.

—¡Cómo! ¡me despides ya, Margarita! dijo Miguel con tristeza.

—Sí... tengo sueño.

Margarita pronunció estas palabra con una especie de irritacion impaciente y amarga, y sin reparar en la presencia desu padre, que habia entrado hacía un instante en el soportal, y se habia sentado cerca de Inés: luego, como viese que Miguel no se movia, añadió con una impaciencia que iba en aumento.

—¡Qué! ¿no te vas? ¿no has conseguido ya con tus importunidades la deseada rama?

—Sí, sí, gracias, Margarita, repuso el jóven levantándose, y queriendo tomar la mano de su novia, que ésta retiró con repugnancia; sí, ese don era lo que más deseaba en el mundo... porque, te lo confieso, dudaba de tu amor... pero ya creo en él, puesto que tú misma me has dado el medio de desvanecer mis dudas.

Margarita se sonrió con frialdad, encogiéndose de hombros, y Miguel dió un paso hácia Cecilia é Inés.

—Buenas noches, dijo con voz aún conmovida: hasta mañana.

—Dios te acompañe, hijo, contestó la anciana con tristeza.

—Adios, Miguel, añadió Inés enjugando una lágrima.

El hijo del molinero salió del terrado, y Benito le siguió.

—Espérame, dentro de una hora, junto al álamo grande, le dijo: tengo que hablarte.

El jóven hizo un signo de conformidad, y se alejó lentamente. Benito volvió á entrar en el soportal, al mismo tiempo que Margarita iba á salir de él.

X

Benito.

—Siéntate, Margarita, y escúchame, dijo Benito tomando de la mano á su hija, y haciéndola entrar de nuevo en el florido terrado.

Obedeció la doncella: pero su padre sintió temblar la mano que tenia asida con la suya, porque Benito, á pesar del apasionado cariño que profesaba á su hija, habia inspirado siempre á esta un respeto, en el cual entraba tambien una gran parte de temor, á causa, sin duda, del caráter poco elevado de la jóven, y aumentado entonces por el convencimiento de su culpabilidad.

Benito soltó aquella mano temblorosa, y señaló á Margarita el asiento que antes habia ocupado, tomando él el inmediato, que habia servido para el jóven molinero.

Hubo algunos instantes de penoso silencio: el desgraciado padre sentia hervir en su pecho la cólera y el dolor: la señora Cecilia é Inés, que no se habian movido de sus sitios, temblaban instintivamente.

—Margarita, dijo el labrador con severo acento, rompiendo por fin aquella triste calma: Margarita, eres una mala hija, y una jóven despreciable.

La jóven tembló con más violencia; su temor crecia; pero su corazon endurecido y extraviado por la funesta influencia del ayuda de cámara, y deslumbrado por culpables ambiciones, no envió á sus ojos ni una lágrima.

—Para procurarte el esposo más gallardo y honrado entre los jóvenes de la aldea y del valle, y porque creí que le amabas, he dado la mano, y he ayudado á la fortuna del padre de Miguel; no me pesa, prosiguió el honrado labrador, como si se arrepintiese de haber evocado este recuerdo de sus beneficios: no me pesa; Antonio es un hombre de bien y un anciano respetable, y yo me acordé de que no era más que un pobre jornalero cuando me dieron á tu santa madre.

Detúvose Benito: procuró reprimir su emocion: enjugó con su callosa mano una lágrima que brotara de sus ojos, y luego continuó:

—¡Mucha falta te ha hecho aquel angel, Margarita! ¡sí, mucha falta! su ejemplo y su amor, te hubieran fortalecido contra la vanidad, y contra los malos pensamientos.

Las alabanzas que Benito daba á su difunta esposa, no ofendieron á la anciana Cecilia, cuya fisonomía permaneció profundamente tris-

te, pero tranquila: no obstante, ella tambien habia cuidado con sumo esmero de Margarita, y habia rodeado su infancia y su adolescencia de la mayor ternura.

¡Santo amor de las madres, que no conoce jamás la envidia, que nunca se queja, y que es todo abnegacion y dulzura!

—Sin embargo, continuó Benito, temeroso de haber herido la susceptibilidad de la anciana, porque ya he dicho que bajo su ruda corteza ocultaba una sensibilidad profunda, y una delicadeza poco comun; sin embargo, Margarita, tú no has tenido á la vista otra cosa que buenos ejemplos y acciones virtuosas: tu abuela es la mejor mujer que conozco, y tu prima es una jóven honrada y hacendosa. Margarita, tú has nacido mala, á pesar de haber sido concebida en el seno de una santa... y esto no me extraña, porque ayer, quitando las yerbas dañinas del huerto, junto á los frutales donde sueles ir por las tardes con tu abuela... ayer ví allí un cardo que habia nacido en el seno del más hermoso rosal!

Estremecióse Cecilia al oir estas palabras: el pensamiento suyo, era tambien el de su yerno: á ella le habia ocurrido esta imágen al tratarse de Margarita; y cuando el cielo enviaba el mismo pensamiento á los dos séres que más le amaban en el mundo, la imágen debia ser verdadera.

Al advertir Margarita la misma triste coincidencia, se extremeció tambien y se preguntó si en efecto, era ella para todos los suyos el amargo é hiriente cardo; pero un momento de reflexion bastó para que aquel rayo de bienhechor remordimiento se disipase por completo; pensó en su hermoso Enrique, tan esperado, tan querido, tan superior á toda su familia: pensó que era una injusticia obligarla á casarse con aquel labrador palurdo; y pensó despues, que siendo hija única, no bien se casara, la perdonarian, y estarian muy orgullosos de que ella quisiera volverlos á ver.

—Me han contado, Margarita, prosiguió Benito, con la misma severidad lenta y terrible, que tan agudos temores inspiraba á Cecilia, me han contado que, desde hace dos meses, todas las tardes, y cuando por las tardes no puedes, por las noches, tienes citas con uno de esos señores del castillo... que ayer estuviste hablando con él, desde las diez hasta las doce de la noche... es decir, desde la hora en que tu honrada familia se duerme rendida del trabajo, hasta la en que ese señor tiene costumbre de acostarse en Madrid, y que aquí se ve acometido por el sueño!...

Detúvose otra vez Benito: sacó su pañuelo de algodon de cuadros azules, y lo pasó repetidas veces por su frente para enjugar el helado sudor que la bañaba.

Luego continuó:

—Sé que hablas con él por la ventana de tu cuarto, desde el dia en que os sorprendí en el valle... sí, lo sé... y esta es la razon por qué vives aún... Si me hubieras desobedecido, acudiendo á sus citas en el valle ó en su castillo, te hubiera muerto.

La anciana lanzó un gemido: Inés un grito de angustia: mas la dolorosa preocupacion de Benito era tal, que no se apercibió de nada, y continuó así:

—Dicen que esos señores del castillo son hermanos... lo ignoro y no me importa saberlo: no son de este país, ni aun de esta provincia: jamás han vivido aquí, no han hecho ningun beneficio en la aldea ni en el valle: no tienen colonos, ni aun se sabe su nombre; pero aun cuando fuesen los señores de las diez aldeas que se extienden á la redonda, y de todas las alquerías que yo con mis buenas piernas puedo visitar, aunque te pidiese á mí en matrimonio su orgulloso padre para uno de sus hijos... Margarita, jamás le concederia tu mano. Dios no quiere que salgamos de la esfera en que él nos ha colocado, y al que desea otra y se empeña en entrar en ella, le niega toda fortuna.

—Así, pues, prosiguió Benito, con voz que iba siendo cada vez más severa é iracunda; así, pues, algun vecino... algunos más bien, se han apercibido de tus conversaciones con el señor

del castillo, cuando me las han avisado... son honrados, y no creo que se diviertan en publicar mi deshonra: pero me basta con que ellos lo sepan, para no consentir que Miguel se case contigo.

—¡Hijo mio! ¿qué es lo que dices? exclamó asustada la anciana Cecilia. ¡Dios del cielo! ¡no casarse tu hija con Miguel! ¿qué suerte le espera pues? ¿quién se casará con ella?

—Nadie, contestó Benito con voz sorda, pero firme; nadie, madre mia: del mismo modo que soy bastante honrado para no dar á Miguel una esposa tachada, lo seré para no engañar á ninguno de los hombres de bien que pudieran pretender á mi hija.

—¡La Vírgen nos ampare! murmuró la anciana, por cuyas mejillas se deslizaban gruesas lágrimas.

—Margarita, prosiguió el labrador con creciente y amargo enojo: Margarita, mira esa anciana que llora... es dos veces tu madre, porque en su seno tomó vida la tuya... Pues bien; Dios lo ha dicho... el hijo que arranca una sola lágrima á los ojos de su padre ó de su madre, será maldito sobre la tierra.

Un agudo grito se escapó de los lábios de Margarita: palideció su frente, brotó de sus blancas sienes un helado sudor, estravióse su mirada durante algunos instantes, como si pasase ante sus ojos alguna horrible vision, y luego cayó

desplomada de rodillas en medio del soportal: bajó la cabeza y extendió hácia delante sus temblorosas manos, lanzando un agudo sollozo

—¡Benito, Benito, tú la matas! gritó la anciana con esa ternura impetuosa de las que son madres dos veces: ella no me hace llorar, no: eres tú, que dices que no se casará con nadie: pues qué, ¿no es acaso la doncella más bonita y más rica de la aldea y del valle? ¿quién no se llamará dichoso siendo su marido?

Diciendo estas palabras, la anciana rodeó á Margarita con sus brazos, y la levantó del suelo, donde no dejaba de sollozar desde que había oido las terribles frases de su padre.

—Ni en la aldea ni en el valle, madre mia, hay un solo hombre honrado que, al decirle yo que mi hija ha dado citas á uno de esos señores del castillo, consienta en tomarla por mujer.

—¡Pero tú no lo dirás, no! ¿qué padre es capaz de publicar las faltas de sus hijos?

—¡Yo! dijo Benito levantándose con cierta solemnidad, llena de una majestad ruda é imponente: en este momento, añadió con acento ronco y tembloroso á pesar de sus esfuerzos: en este momento voy á decirle á Miguel: «¡Renuncia á mi hija, porque ni te quiere, ni es ya digna de ser tu esposa!»

—¡No lo harás, hijo mio! ¡no querrá Dios que labres la desdicha de tu hija! ¡ella le quiere,

sí! ¿no has visto que esta noche le ha dado la rama de sándalo á la luz de la luna?

—¿Cree ya mi hija lo que creemos nosotros? repuso Benito con honda amargura. Madre, su corazon está seco para siempre, y esa misma rama de sándalo, dada sin fé, convencerá á Miguel del desamor de esa mujer!

Benito acompañó estas palabras echando sobre su hija, á la cual aún tenia abrazada Cecilia, una mirada de hiriente desprecio, y se dirigió á la puerta.

Mas la anciana deshizo el amante lazo con que sujetaba á su nieta, y se lanzó á detener á su yerno como si le arrebatase ésta toda su felicidad.

—¡Benito, mira lo que haces! exclamó: ¡luego puedes arrepentirte! ¡es tu hija, y lo es tambien de mi pobre Margarita!...

—¡Tio mio, por Dios! exclamó Inés cerrando asimismo el paso á su tio, y juntando las manos con ademan suplicante.

Benito contempló á la jóven durante algunos instantes; luego la separó suavemente, y murmuró:

—¡Pobre mártir!

—¡No saldrás de aquí, hijo mio! repitió la señora Cecilia cogiéndole las manos: ¡no, no saldrás!

Volvióse Benito, y mostró á la anciana la figura inmóvil de Margarita, que habiendo pa-

sado su primer espanto, permanecia tranquila y silenciosa.

—¿Ha intentado siquiera ella detenerme ó pedirme perdon? preguntó á media voz el pobre padre, en tanto que contraia sus duras facciones una amarga sonrisa.

—¡Te teme, hijo mio! murmuró la anciana defendiendo aún el paso.

—¡Miedo! ¡á mí! exclamó Benito con acento terrible: y luego, enjugando el angustioso sudor que no cesaba de bañar su frente, añadió con respetuosa firmeza:

—¡Paso, madre!

—¡Hijo, por Dios!

—¡Paso! repitió Benito con voz más fuerte.

Apartóse la anciana de la puerta, y fué á caer de nuevo sobre su asiento, lanzando un doloroso gemido, en tanto que Benito atravesaba el patio con paso firme, y se dirigia al campo.

XI

El padre y el amante.

Benito habia dicho á Miguel que le esperase junto al álamo grande, y hácia él se dirigió con paso firme y apresurado.

Aquel árbol secular estaba situado al fin del valle, y daba frente á la antiquísima y enmohecida puerta del castillo.

Durante el buen tiempo, las muchachas iban á bailar bajo la sombra que proyectaba su copa, en las tardes de los Domingos, en vez de ir á la plaza de la aldea, siempre bañada del sol.

Miguel, apoyado tristemente en el grueso tronco, miraba hácia la senda que blanqueaba á través del verdor de los campos, y que debia conducir á Benito.

Mil imágenes sombrías pasaban por la mente del jóven: es verdad que sentía allí sobre su pecho la rama de sándalo, que poco antes habia recibido de la mano de su novia: más ¿podia olvidar la fria sonrisa de la jóven al presentársela, y los desdenes que hacia un mes venia sufriendo?

En tanto que se habia hallado junto á Margarita, todo lo habia olvidado: la presencia de aquella mujer, amada por tanto tiempo y con tanta ternura, purificaba cuanto habia en torno suyo, y, por decirlo así, refrescaba su alma. Pero cuaado se alejaba de ella, la duda volvia, á su pesar á mortificarle despiadadamente.

No obstante, jamás estos accesos habian tenido larga duracion: en el alma fogosa, leal é intrépida de Miguel, la duda mezquina y la tímida incertidumbre no podian aposentarse durante mucho tiempo: y la alegría de un hermoso porvenir le sonreia casi siempre.

Sin perder, pues, su postura meditabunda, la dicha habia vuelto á iluminar su frente, en tanto que esperaba á Benito: habiéndose refugiado á los radiantes horizontes de lo futuro, veíase el esposo de Margarita sentado junto á ella á la puerta de una blanca casita rodeada de árboles á la caida de una hermosa tarde, y despues de volver del trabajo.

Tan absorto estaba en estos risueños pensamientos, que no oyó acercarse á Benito, quien andaba rápidamente sobre la yerba.

La voz del labrador le hizo volver á la realidad.

—Dios te guarde, Miguel, le dijo el padre de Margarita, apoyando una mano en su hombro.

—Y á usted tambien, señor Benito, contestó el jóven volviéndose presuroso.

—Sentémonos.

Y Benito señaló una enorme piedra, situada á pocos pasos del árbol, que aún estaba cobijada por la sombra de sus ramas.

Junto aquel banco rústico brotaba una fuente natural; la misma fuente, á cuya orilla iba Margarita cuando era niña á coger campanillas blancas, para adornar sus cabellos.

Allí iba á esperarla Miguel por las tardes, á la hora en que las campanas de la aldea tocaban las oraciones; y deseando embellecer aquel sitio amado de Margarita, habia plantado en él una clavellina, un rosal y una hermosa mata de alelíes color de oro, que despedia un suave y penetrante aroma.

Sentóse Benito en el banco, y Miguel se sentó tambien á su lado.

—Te he dicho que me esperases aquí, Miguel, dijo el padre de Margarita con voz firme, para darte una mala noticia.

—¡Una mala noticia! repitió el jóven admirado: y luego preguntó con ansia:

—¿Está enfermo mi padre? No le he visto desde esta mañana...

—Tu padre está bueno, respondió Benito: acabo de verle sentado á la puerta del molino.

—Entonces...

—No puedes casarte con Margarita.

Benito dijo estas palabras con sequedad,

pues el temblor de su voz vendia su emocion, y él queria ante todo demostrar firmeza.

Pero Miguel, al oirlas, saltó de su asiento como movido por un resorte invisible, agrandáronse sus ojos, y se fijaron con espanto en el semblante de Benito.

Este habia recobrado su firmeza á costa de un esfuerzo poderoso, y continuó:

—No puedes casarte con Margarita, Miguel; y al decírtelo, créeme, quebranta mi corazon un dolor tan fuerte como el dia que me quedé viudo.

—¡No puedo casarme con Margarita! murmuró, con voz sorda el desdichado.

Y despues, irguiendo su gallarda estatura, dando un salto hácia Benito, preguntó echando llamas por los ojos:

—¿Por qué?

—Por que no te quiere.

—¿Solo por eso?

—¡No!

—¿Qué más hay?

—¡Ten valor, Miguel!

—¿Qué más hay, digo?

Y Miguel cogió el brazo del padre de Margarita y le oprimió con fuerza entre sus dedos.

—No hay nada más, contestó Benito con dolorosa calma: no creo que Margarita amé á otro; pero sí es cierto que la sigue y acosa uno de los jóvenes señores del castillo.

—¡Ja, ja, ja! gritó Miguel con una carcaja-

da histérica, que repitieron los ecos del valle y las montañas vecinas: ¿no es más que eso, señor Benito? ¡Pues entonces, mi escopeta lo arreglará todo!

—¡Miguel!

—¿Pues qué, no hay más que prendarse de una muchacha hermosa, y decirle amores, cuando se sabe que se va á casar honradamente?

—Miguel, ella es la culpable, en escuchar lo que no debia llegar á sus oidos! ¡Ella no merece que te conviertas tú en un asesino, mi pobre Miguel!

—Es verdad, murmuró el jóven, cuyo furioso arrebato se iba calmando, gracias á la dulzura de su hermoso carácter: ¡es verdad... ella no me querria para marido con las manos manchadas de sangre, y mi pobre anciano padre se moriria de pesar!

Calló apenas hubo pronunciado estas palabras, y durante algunos instantes pareció meditar profundamemte.

—Señor Benito, dijo al fin: la pobre Margarita tiene razon: yo no he sabido hacerme querer de ella.

—¿Qué dices, Miguel?

—Digo que soy muy rudo, y que no he obrado con ella como debia; en adelante me portaré mejor; sí, me portaré mucho mejor.

—¿Pero no te digo que ya no puede ser tu mujer?

—¿Por qué?

—Porque á los ojos de los que le han visto hablar con el señor del castillo, ya no tiene honra, contestó Benito, cuyo cuerpo fué agitado por un sacudimiento convulsivo.

—¿No tiene honra? ¿Por eso? con la mia, que es grande, tendremos para los dos.

—¿Qué dices, Miguel? ¿pensarias aún en casarte con mi hija?

—¿Por qué no? ¡Como antes!

—¿Y tu padre, qué dirá? tornó á preguntar Benito, cuyo corazon saltaba de alegría.

—Mi padre lo que quiere antes que todo, es verme á mí feliz; y yo no puedo serlo si no me caso con Margarita. Pues qué, continuó el noble jóven animándose gradualmente: pues qué señor Benito, ¿le parece á Vd. posible que yo haya querido durante cuatro años á Margarita, que me haya dormido cada noche viéndola, y me haya despertado cada aurora pensando en ella, para renunciar ahora...

—Pero yo no puedo, no debo consentir que todos te señalen con el dedo por casarte con mi hija, Miguel: ya sabes que en nuestras aldeas la honra de la mujer se empaña con facilidad!

—Señor Benito, repuso Miguel con entereza: sé todo lo que Vd. me dice; pero todos me conocen por lo que soy, y mi mujer será respetada siempre: honra tengo yo para dar á mi mujer, aunque al casarse conmigo no tuviese ésta

ninguna: por lo tanto, señor Benito, es en balde hablar más del asunto. Me casaría gustoso con Margarita, aunque le hubiese acontecido la desgracia que le aconteció á Teresa, la hija del señor Melchor el jardinero. ¡Sí! aunque la hubiera engañado ese hombre con un casamiento fingido, me casaría con ella legítima y santamente para devolverle el honor.

Dos gruesas lágrimas se desprendieron de las pupilas de Benito al oir la generosa expresion de aquel amor ardiente, que tan poco merecia su hija: la expresion de aquel cariño era tan fuerte y verdadera, que un rayo de esperanza penetró en su alma.

En aquel instante se oyó el galope de un caballo por el camino real que conducia á la ciudad cercana: el sitio en que estaban Benito y Miguel, se hallaba á la izquierda del camino, aunque á alguna distancia, y les permitía ver muy bien al viajero.

Eran las once de la noche: la luna de Mayo, tan dulce, tan pura, tan suave, iluminaba las copas de los árboles, y se reflejaba en la humilde fuente cuyas aguas rizaba la brisa.

—Me parece oir el paso de un caballo, dijo Miguel extremeciéndose involuntariamente.

—Es verdad, repuso Benito enjugando las lágrimas que habian arrancado de sus ojos las generosas palabras del jóven; sí, se oye el paso de un caballo que viene del castillo.

—Será algun criado que envian á la ciudad...

—¿A estas horas? Además no hay otro criado ahora que el anciano que ha estado siempre: han despedido á los otros dos.

—¡Si Dios quisiera que se marchara el señor!

—¡Hágalo su Santa Madre!

Benito terminó estas palabras con un grito terrible, desgarrador.

En aquel momento llegaba el caballo casi enfrente del sitio en que se hallaba con Miguel: por un movimiento simultáneo se lanzaron ambos hácia la orilla del camino, para ver al viajero.

Eran dos: un hombre y una mujer: el jóven señor del castillo y Margarita, colocada á la grupa, gentil, risueña y aspirando con delicia el aire embriagador de la libertad.

Ya he dicho que Benito, al columbrarles, lanzó un grito terrible: al oirle el caballero, clavó las espuelas en los hijares del caballo y éste arrancó un violento galope.

—¡La infame! ¡Me abandona!... exclamó Benito corriendo como un loco en pos del caballo, al cual perdió de vista aun antes de que pudiese salir al camino real: más allí se paró jadeante, sofocado por la cólera y el dolor: tendió los brazos hácia la nube de polvo que dejaba tras sí el fogoso corcel que se llevaba á su hija, y gritó con voz ronca y entrecortada:

—¡Maldita!... ¡maldita seas!...

Cayó al decir estas palabras sobre el banco de piedra, y sus lábios se bañaron de sangre: un sordo estertor levantó su pecho, y un color de púrpura oscuro vistió su tostado cútis, que un instante despues se quedó lívido.

Miguel nada veía: de pié, rígido, helado, inmóvil y sin voz, con la mirada fija en el camino, parecia seguir aún á la fugitiva Margarita.....

.....

La noche pasó, y la aurora derramó su blanca luz sobre el horizonte sin que ninguno de aquellos dos hombres hubiese vuelto aún de su mudo y estático dolor.

Cuando el sol, sonriendo en medio de los cielos, envió sus cálidos rayos sobre las frentes del padre y del amante, Miguel se extremeció y sacó de su pecho la rama de sándalo que la noche anterior le habia dado Margarita: estaba lácia, y sus hojas marchitas y ennegrecidas.

Miguel la contempló, durante algunos instantes, con sombría mirada y con una sonrisa impregnada en hiel.

Luego la tiró al suelo, y murmuró con amargura:

—¡Mentira! ¡Todo es mentira en esta miserable vida!

Y se encaminó con lento paso hácia su casa, sin mirar siquiera á Benito.

Este, por fin, volvió en sí, se levantó como maquinalmente, y al verse solo, tomó el camino de la alquería.

—¡Aquí está la muerte, aquí!... dijo poniendo las manos sobre su corazon: ¡mi mujer me llama desde el cielo!... ¡Gracias á Dios!

XII

Los novios.

Cuando Benito llegaba á la puerta de la alquería, iba á salir de ella la señora Cecilia, pálida, llorosa y trastornada por la más viva afliccion.

—¿Dónde está Margarita? preguntó precipitándose hácia su yerno: no está en su cuarto, y he visto una larga cuerda pendiente de su ventana...

Y como su yerno no le contestase, tornó á preguntarle sacudiéndole el brazo:

—¡Responde, hijo mio! ¿donde está Margarita?

—Se ha ido, madre, respondió Benito, cuyas facultades empezaban por fin á desentumecerse del horrible dolor que las tenia paralizadas.

—¡Se ha ido! ¿dónde? ¿con quién? ¿por qué no vas á buscarla? Y reparando en el descompuesto semblante de Benito, continuó con angustia:

—¡Pero qué descolorido estás, hijo! ¿qué sucede?

De repente, recordando las citas de su nieta con el señor del castillo, y sus conversaciones nocturnas, brotó un rayo de luz en su debilitada cabeza: llevó la manos á la frente como deslumbrada por una idea súbita, y dió un grito de angustia imposible de pintar.

Benito comprendió que no tenia nada que decir.

La pobre madre rompió en sollozos entre cortados por dolorosas reconvenciones.

—¡Se ha ido! ¡se ha ido! decia: ¡pobre hija mia, la tratabas tan mal! ¡la regañabas tanto, que no es extraño! ¡ah, los hombres teneis todos entrañas de tigre!

—Madre, contestó Benito, que ya habia recobrado parte de su entereza: madre, no hay que culpar á nadie de la perdicion de mi hija: mi conciencia me dice que he sido un buen padre; la de Vd. le dirá que ha sido una madre... demasiado buena; pero ni en su mano de Vd. ni en la mia estaba evitar lo que ha sucedido: Vd. sabe como he cuidado yo el rosal de pasion del huerto, y á pesar de todo, ha nacido en su centro un ingrato cardo; madre, respetemos los juicios de Dios.

La vista de Inés que venia del campo, y que se precipitó corriendo en el patio, cortó la palabra al infeliz padre, que se habia dejado caer en un banco de madera y apoyaba la frente entre sus manos.

El aspecto de la jóven era agitado en extremo: brillaban sus ojos; y sus mejillas, mucho tiempo hacía descoloridas como el lirio del valle, estaban animadas con un vivo color.

—Madre!.... tio!.... gritó al entrar: ¡he visto á Margarita!

—¿Dónde? exclamaron á la vez la abuela y el padre.

—¡Ya ha entrado en el castillo! ¡venia en un coche con el señor jóven que vivia en él! ¡oh, pero Margarita, Margarita...

—¿Qué?

—¡Acaba!

—Margarita lleva vestido de seda, y un gorrito como una señora!...

—Madre, vamos al castillo, dijo Benito arrelándose las mangas de la chaqueta y pasando la mano por los cabellos.

—¿Qué quieres hacer, hijo mio? preguntó la anciana.

—¿No lo adivina Vd. madre? mi hija va á ser villanamente vendida como la hija de Melchor, el jardinero!... en todas partes hay infames.

—¿Quién sabe? quizá se han casado en la ciudad, repuso la anciana con timidez.

—¡Casarse! ¿el señor marqués casarse con mi hija? ¿con una pobre labriega? Ella así lo debe creer, pues á no tener confianza en su próxima boda, no nos hubieran dejado... pero yo le haré ver de lo que son capaces esos señores!....

La anciana levantó al cielo sus ojos, y á pesar de su angustia, subió á su cuarto á ponerse una mantilla sobre sus blancos cabellos.....

.....

Media hora despues, llamaba Benito con mano trémula á la puerta del castillo.

El aldabon resonó durante largo tiempo en las bóvedas, y por fin, se oyeron los pasos del único criado que habia en él.

Abrió la rejilla y preguntó con mal humor-

—¿Qué se ofrece?

—Quisiéramos ver al señor, dijo Benito con firmeza.

—Buenas gentes, contestó el criado, acaba de llegar de viage, y estará cansado: además esta tarde esperamos á toda la familia de la ciudad, y no tenemos tiempo para...

—Diga Vd. que están aquí los dueños de la alquería de los álamos, repuso Benito sin perder su firmeza.

Retiróse el criado murmurando; pocos instantes despues volvió y descorrió los cerrojos, franqueando el paso á la anciana Cecilia y á su yerno, quienes le siguieron por la ancha escalera de mármol oscuro.

Al final habia un espacioso vestíbulo; el criado abrió una de las puertas que se veian en él, y apareció una gran sala oscura y sombría, en cúyo centro y reclinada en un canapé estaba Margarita.

A su lado, en pié y con el rostro rebosando alegría, estaba Santiago, el supuesto primogénito del marqués de B....

Margarita vestia un traje de seda, segun Inés habia dicho: mas aunque ella, engañada con sus ambiciosas ilusiones, se creia ataviada como una dama, aunque sus padres quedaron deslumbrados con su lindo vestido, este no era otro que el de una camarera francesa; pues Santiago le habia preparado el que más convenia á sus miras.

El vestido que llevaba Margarita era de seda, color de malva, de hechura lisa, que ceñia deliciosamente su talle de una finura y esbeltez maravillosas. Sobre el cerrado cuerpo del vestido, volvia un cuellecito blanco y liso, como sus mangas: un delantalillo negro, de raso, guarnecido de encaje, anudaba en su costado izquierdo dos anchas cintas, y sobre sus cabellos rubios recogidos en trenzas, tenia puesta una papalina de encaje con lazos de cinta azul.

Imposible parecerá á primera vista la trasformacion de labriega aragonesa en camarera parisiense; pero Margarita estaba dotada de tanta gracia y gallardía, que cualquiera hubiera dicho que toda su vida habia llevado aquel lindo traje.

Al ver á su padre y á su abuela, cubrióse su rostro de rubor, pero no manifestó remordimiento ni pena: habia, por el contrario, impresa

en sus facciones una especie de serenidad inefable; y cuando levantó los ojos para mirar á su padre y á su abuela, brillaba en ellos una dicha alegre y tranquila.

Arrodillóse á los piés de Benito, y dijo con voz más confiada que suplicante:

—¡Perdon, padre mio!

Santiago no habia aún variado de postura: pensaba con delicia en lo bien que le habia salido su plan, y se felicitaba de antemano del éxito que iba á coronar su atrevida empresa.

Con las manos metidas en los bolsillos de su ancho pantalon de viaje, recordaba, relamiéndose á la manera de un gato goloso, todas las peripecias de aquella noche.

Creo inútil decir á mis lectores que, desde hacia dos dias, tenia concertado con Margarita huir á la ciudad, y casarse allí al rayar el alba.

Nada habia más falso que el poder, que, segun él, habia otorgado Enrique para que en su nombre se casase con Margarita: mejor dicho, ese poder no existía: su casamiento, cuya partida tenia ya en el bolsillo, como hombre previsor, se habia celebrado bajo el verdadero nombre de los dos contrayentes, y el buen Sacerdote que los unió, quedó admirado al ver la radiante fisonomía y la serena frente de la jóven novia.

Sin embargo, la pobre Margarita habia creido unirse para siempre al hombre que adoraba con toda la ceguedad de la primera pasion;

al hombre que á sus ojos reunia las seductoras ventajas de una hermosura distinguida, de una cuna ilustre y de una fortuna régia.

Durante la ceremonia habia creido ver á su lado, no la astuta y malvada figura del ayuda de cámara, sino la dulce, noble y poética de su Enrique.

Al salir de la iglesia, subieron á un carruaje que habia á la puerta. Santiago le dijo que por órden de su esposo debia conducirla al castillo, al cual llegarian por la tarde su padre, su hermano y gran número de convidados para celebrar la boda.

Así, pues, Margarita estaba radiante de orgullo y de contento; y por eso, aunque el amor filial la arrojó á las plantas de Benito, la alegría y la esperanza hacian vibrar su voz al exclamar:

—¡Perdon, padre mio!

La inflexion de aquella voz, queria decir:

—¡Ya vereis cuán injustos eran los castigos y las reprensiones que he tenido que sufrir! ¡Ya vereis cuán pronto me llega la vez de perdonaros, mi severo padre y mi cariñosa abuela!

XIII

El ca stigo.

Benito miraba á su hija á sus piés, como si no la conociese.

Despues, y tras un breve rato de contemplacion amarga y silenciosa, la apartó con horror, y hasta él mismo retrocedió dos pasos.

La señora Cecilia acudió á Margarita, y la levantó del suelo.

—¿Qué has hecho de tu honrado traje? preguntó Benito á su hija con voz de trueno.

—¡Padre!...

—¿Por qué te presentas á mí con esas vergonzosas galas? tornó á preguntar Benito interrumpiendo el tímido acento de su hija.

—Permítame Vd., señor, que le haga ver que ese es el traje que le corresponde, dijo á su vez y con voz melosa y aflautada el ayuda de cámara.

Aquel acento cambió el curso de los pensamientos de Benito, porque, dejando de mirar á su hija, se acercó á Santiago y le dijo con entereza:

—Vamos, señor, yo no tengo humor de bromas, y así, hablemos claramente.

—Ya lo creo! Claramente, mi querido señor, muy claramente: es lo que deseo.

Una viva repugnancia se pintó en las facciones enérgicas de Benito, al ver la figura afeminada de aquel hombre grueso, y cuya mirada era falsa y astuta: no se parecia á aquel señor, por cierto, el noble dueño de las tierras que él habia cultivado antes de ser el colono de su opulenta suegra: una terrible angustia oprimió el corazon de Benito, pues á su honrada energía hubiera convenido más un hombre altivo, que aquella especie de melosa damisela.

—Señor marqués, dijo por fin haciendo un esfuerzo, conozco que solo un capricho de V. E. y las locas esperanzas de mi hija han podido llevar las cosas al estado en que se encuentran: pero vengo á decir á V. E. y mi madre viene tambien á lo mismo, que es menester deshacer este enredo vergonzoso, antes de que llegue á oidos de las gentes del pueblo.

—¿De qué enredo quiere Vd. hablar, mi querido padre? preguntó Santiago con empalagosa dulzura.

—Yo no soy padre de V. E., repuso Benito montado en cólera; y creyendo que la broma se iba ya haciendo sobrado pesada.

—¿No quiere Vd. ser mi padre, señor Benito? ¿No quiere Vd. ser mi buen padre, mi pa-

drecito? ¡Sea así! Mas no es por eso ménos cierto que yo soy el legítimo esposo de su hija de usted.

—Señor, yo no quiero insolentarme con V. E., repuso Benito, que hacia inauditos esfuerzos para conservar su calma: no, no quiero: prefiero que V. E. me devuelva á mi hija de bien á bien, á gritar y encolerizarme, aunque tenga razon para ello.

—¿Pero que está Vd. hablando de devolverle su hija, mi querido señor Benito? repuso Santiago con su eterna sangre fria: ¿ni qué adelantaria Vd. con encolerizarse? Su hija es mi mujer, mi legítima mujer.

Al ver Margarita el convencimiento con que hablaba aquel hombre, y no obstante estar cierta de que, si defendia la validez de su matrimonio era por su hermano y no por él, palideció intensamente: tanto era lo que le espantaba la sola idea de pertenecerle: pero un instante de reflexion bastó para tranquilizarla.

—Señor marqués, repuso Benito, no es posible que V. E. se haya casado formalmente con una pobre labradora como mi hija, tosca y sin crianza.

—No, no, eso no puede ser, continuó la anciana: V. E. la engaña, porque ella se deja engañar, sin duda, se apresuró á añadir la pobre mujer, temerosa de enojar al *señor marqués*. V. E. hallará muchas hermosas y ricas señoras

que le quieran, y nos devolverá á Margarita, que es nuestro único bien.

—¿Qué papel haría mi hija al lado de V. E.? tornó á decir Benito: á cada paso habria de avergonzarse: así, pues, lo mejor, y lo que yo vengo á hacer aquí, es llevármela.

—Mi querido padre, ni una palabra, ni una palabra entiendo de lo que me dice Vd., contestó el ayuda de cámara.

—Digo, señor, repuso Benito, á quien ya no cabia la cólera en el pecho; digo que V. E. ha engañado á mi hija con un matrimonio fingido.

—Padre, dijo Margarita con voz temblorosa: es verdad que el señor marqués se ha casado conmigo en nombre de su hermano, que debe llegar aquí esta tarde y...

—V. E., continuó Benito interrumpiendo á su hija, y como si no oyese lo que decia, V. E. se ha casado con mi hija como se casó otro señor con Teresa, la hija del tio Melchor.

Un grito de angustia salió del corazon de Margarita; la historia de la pobre Teresa se habia quedado muy grabada en su memoria, desde que la habia oido contar al viejo jardinero.

—¿Querrá Vd. decirme quién es esa Teresa y ese tio Melchor? preguntó el ayuda de cámara con hipócrita humildad.

—Teresa era una hermosa jóven hija de nuestro jardinero, dijo la señora Cecilia: se enamo-

ró de ella el dueño de las tierras que cultivaba su padre, y como la pobre niña era muy honrada, el señor fingió un matrimonio.

—Lo cual ha hecho tambien V. E. para engañar á mi hija, añadió Benito.

—Tengo la satisfaccion de asegurar á usted, mi querida abuelita, y á Vd., mi amado padre, que mi matrimonio es muy verdadero, dijo Santiago sacando del bolsillo de su levita su partida de casamiento, que puso ante los ojos de Benito.

Este quedó absorto, contemplando aquel papel.

—Luego, señor, dijo despues de una pausa, con las facciones más serenas y con la voz más tranquila: ¿segun lo que veo, está V. E. formalmente casado con mi hija?

En toda regla, mi querido padre; por lo tanto debe Vd. dejar á un ladito el V. E. y llamarme *tú* por *tú*.

—Señor, lo que es eso...

—Además, yo no tengo tratamiento, como sabe muy bien Margarita.

La jóven, que estaba en los brazos de su abuela desde que ésta se habia acercado llena de gozo á felicitarla, abrió los ojos y los fijó en Santiago con asombro.

—Yo, querido papá suegro, contestó éste, no soy lo que Vds. creen: soy, ni más ni ménos, que el ayuda de cámara ó criado de confianza

del señorito Enrique, hijo menor del señor marqués de B...

—¡Cómo? ¿No es Vd. hijo tambien del señor marqués? exclamó asombrada la anciana.

—No, señora: soy, como he dicho, el ayuda de cámara de su hijo menor: el primógénito está en alta mar mandando un buque de guerra... en fin, de todo esto podrá informar á Vds. Margarita.

Esta se habia quedado inmóvil y como petrificada: el fingido parentesco de Enrique con Santiago, le hacia ver que habia caido en un horrible lazo: adelantóse pálida y temblando hácia el ayuda de camara, y le dijo:

—Pero, señor, yo no estoy casada con usted: yo lo estoy con Enrique... usted me ha dicho que llegará esta tarde, y...

—Es verdad, el señorito Enrique debe llegar, no esta tarde, sino dentro de breves instantes con su mujer, pues se ha casado en Madrid con la hija de un duque.

—¡Se ha casado! repitió maquinalmente Margarita.

—Se ha casado, sí, querida: luego verás á su esposa, pues tú has de ser su camarera.

—¡Mi hija criada! exclamó la señora Cecilia con terror.

Pero se interrumpió porque habia visto vacilar á Margarita, y solo tuvo tiempo de correr á recibirla en sus brazos.

—No sé de qué se asombra, dijo Santiago con frialdad: se lo dije, y ahora, al ver á ustedes, parece llamarse engañada: lo siento, pero es mi mujer y no puedo renunciar á ella.

En aquel momento se oyó un gran ruido de coches.

—¡Los señores! dijo Santiago: y salió presuroso al vestíbulo.

Sonaba en el patio un estruendo tumultuoso: iban entrando carruajes en número crecido: de los dos primeros bajó la servidumbre: luego entraron otros más suntuosos, de los cuales se apearon muchas señoras y caballeros.

Enrique bajó de una elegante berlina de viaje, y dió el brazo á una linda jóven, que no parecia pasar de los diez y siete años.

El hijo del marqués estaba desconocido: la honda tristeza que durante sus malhadados amores con la aristocrática viuda habia impreso tan profundas huellas en su semblante, dejaba lugar á una radiosa expresion de júbilo y bienestar: no era extraño; pues habia hallado un corazon jóven y puro como el suyo, que le habia ayudado á romper el encanto fatal de su desgraciada y antigua pasion.

Enrique se habia casado en Madrid, é iba á pasar la luna de miel á su castillo.

Los convidados debian irse por la noche. y los jóvenes esposos se quedaban allí con una reducida servidumbre.

XIV

Justicia paternal.

Así que Santiago salió á recibir á sus señores, quedaron solos Margarita y sus padres.

La jóven seguia desmayada, y su abuela la habia acomodado en el canapé en que poco antes habia estado recostada.

Pronto invadió la multitud el vestíbulo, y los afligidos aldeanos pudieron ver los blancos vestidos de las jóvenes, que se precipitaron en él como una bandada de hermosas palomas.

Entre ellas iba Enrique dando el brazo á su esposa.

Era ésta una jovencita, como ya he dicho, de unos diez y siete años, algo delgada y de mediana estatura: tenia la tez morena, y los ojos y los cabellos negros y hermosos: en su carita, fresca, rosada y graciosa, se pintaba una expresion llena á un mismo tiempo de viveza y de bondad.

Llevaba un vestido blanco y liso de muselina; una manteleta de la misma tela, coquetamente guarnecida de volantes, y cerrada en el

pecho con un lazo de cinta rosa y un sombrerito de paja: en la mano, que apoyaba en el brazo de Enrique, tenia su abanico de sándalo, y en la otra una sombrilla de seda blanca, guarnecida de encaje.

Cuando entró con su esposo en la sala donde estaba Margarita con su abuela y su padre, empezaba aquella á volver en sí: su primera mirada se derramó lánguidamente en derredor suyo, y se fijó en Enrique, que acompañaba á otra mujer.

Al verle pareció recobrar de repente toda su fuerza: levantóse rápidamente del sofá, corrió hácia él, y se dejó caer á sus piés, exclamando con una voz que partia de su corazon:

—¡Enrique!

La impetuosidad de su movimiento habia desprendido su papalina, que cayó al suelo, descubriendo las hermosas madejas de sus cabellos, rubios y sedosos.

—¡Margarita! ¿qué me quieres? preguntó el jóven reconociéndola y miránndola con afectuoso interés: vamos, habla: ¿qué te sucede?

—¡Enrique! ¡con que me han engañado! ¡no estoy casada contigo! exclamó dolorosamente la desdichada.

Una carcajada general acogió aquellas palabras, incomprensibles para todos los concurrentes, é hizo cubrir de púrpura la adusta frente de Benito.

—¡Pobre criatura! exclamó Enrique con una mirada de compasion: ¡ha perdido la cabeza! ¿quién lo hubiera creido cuando cortaba, cantando por las tardes, las flores de la pradera?

—Señor, dijo entonces Benito adelantándose con firmeza, en tanto que la buena Cecilia lloraba desconsoladamente: señor, esta infeliz no ha perdido la cabeza; ha sido, sí, el juguete de un infame que se abriga aquí en la casa de V. E.

—¡Qué dice usted, buen hombre? repuso Enrique: si alguno ha causado algun daño á Margarita, yo sabré castigarle; pero antes necesito que me diga...

—Yo mismo no lo sé muy bien, señor, continuó Benito, cuya frente estaba bañada de un helado sudor: solo mi hija puede explicar lo que ha pasado aquí.

—Habla, dijo Enrique, en tanto que los convidados reian, haciéndose señales maliciosas: habla, Margarita: ¿qué te ha sucedido?

—Enrique, murmuró la jóven con voz desfallecida: Enrique, yo te amaba... te amaba desde aquellos dias en que te encontraba al ir á coger flores á los campos... no, me engaño... te amaba antes de conocerte... yo te amo todavía...

La desgraciada pasó las manos por su frente enardecida... el pensamiento le huia y el delirio clavaba en sus sienes sus garras de fuego...

—¡Un poder!... sí, ese hombre me dijo... que traeria un papel escrito... llamado un poder...

por el cual se casaria conmigo en nombre tuyo... y que luego vendrias tú... porque me aseguró que era tu hermano... sí, tu hermano... y ahora sé que es tu criado, y me hallo casada con él!

Margarita no pudo decir más; ahogábala una respiracion agitada y ardorosa... la fiebre discurria por sus venas, y abrasaba su cerebro.

Los convidados, conociendo que allí ocurria alguna gran desgracia, y que lo que creian simpleza de aquella muchacha, no eran otra cosa que lamentos de un agudo dolor, suspendieron sus risas y sus cuchicheos, y hasta algunos de ellos fueron desapareciendo poco á poco de la estancia.

—Esto es alguna picardía de Santiago, dijo por lo bajo Enrique á su esposa.

—¡Oh, merecia un castigo horrible, ejemplar! exclamó ésta indignada.

—Es verdad, repuso con amargura Enrique; sí, merecia un castigo ejemplar; pero no hay pruebas de su crímen, y...

Luego, dirigiéndose á Benito, añadió con dolor y como avergonzado:

—Buen hombre, crea Vd. que su desgracia contrista mi corazon; pero no puedo hacer más que despedir de mi casa á ese bribon: ¿podrá amenguar eso la pena que Vd. siente?

—Eso la hará más grande, señor, repuso Ce-

cilia: ese hombre puede, donde quiera que esté, reclamar á su mujer.

—Y sin embargo, mi querida señora, prosiguió Enrique tomando afectuosamente la mano de la anciana, nada más puedo hacer: la culpa de todo la tiene la inocencia de esa pobre niña, que ha creido cuanto ese infame la ha dicho: ¡pero, Dios mio! ¿tan poca confianza tenia en su familia que para nada ha contado con ella?

Benito contestó solo con un gemido sordo, y la pobre anciana se inclinó llorando sobre la rubia cabeza de su nieta, cuyos dientes se entrechocaban con el frio de la fiebre.

—Ese vil sabia que era rica, y ha querido hacerse dueño de su caudal por medio del casamiento: ¡oh, justicia! exclamó Enrique siguiendo el curso de sus pensamientos. ¡Oh, leyes humanas! ¡es posible que no tengais castigo para estos atentados!

—¿Con que la ley no castigará á ese hombre? murmuró Benito con ronca voz, y fijando en Enrique una mirada torva.

—No, amigo mio; porque ese hombre alegará que no ha habido engaño de su parte... que Margarita, arrepentida, ó quizá por un capricho, quiere ahora romper un lazo que poco antes formára su voluntad; y como su hija de usted no podrá legalmente probar lo contrario, la ley le ordenará que siga á su esposo.

—Entonces, vámonos, madre, dijo con as-

pereza Benito: nada tenemos que hacer aquí.

—¡Cómo! ¡abandonas á tu hija! exclamó la anciana exasperada.

—¿No está con su marido? repuso el afligido padre con amargura: él es su amo, como quien dice, y nos puede echar ds esta casa.

—Aquí el dueño soy yo, dijo Enrique con dignidad, y nadie se atreverá á echarles.

—De ese modo, señor, ¿podré quedarme á cuidar de mi hija, en tanto que recobra la salud? preguntó la anciana Cecilia.

—Sí, buena mujer, contestó la esposa de Enrique: van á preparar un lecho para Margarita: le acostará Vd., y no se separará de ella hasta que esté restablecida, y se haya conformado algun tanto con su suerte; además, aquí tendremos dentro de poco á nuestro médico, y...

—¡Gracias, señora! ¡muchas gracias! exclamó la anciana, besando las manos de la desposada con tierna y entusiasta efusion.

Benito se acercó á su hija, y la abrazó con ternura profunda y sombría; abrazó tambien á Cecilia. Despues, volviéndose á los jóvenes esposos:

—Adios, señores, dijo con voz conmovida: el cielo les haga felices; y desapareció.

—Ese hombre va á matar al infame Santiago, dijo en voz baja Enrique á su mujer: y aunque lo tiene merecido, bueno será evitarlo, al ménos por el pobre padre.

—¡Oh, sí, sí! exclamó Luisa: corre á evitar una desgracia que me parece cierta: yo cuidaré entre tanto de estas infelices.

Salió Enrique en busca de su ayuda de cámara, á quien halló en el vestíbulo.

—¿Qué has hecho? le preguntó severamente.

—Señor, contestó Santiago con cínica sonrisa: he seguido el ejemplo de V. E.

—¿Cómo?...

—Me he casado.

—Santiago, dijo Enrique: tú has cometido una villanía, que las leyes quizá dejarán impune ó serán muy lentas en castigar; pero yo no debo obrar como las leyes: Santiago, no puedes permanecer en mi casa ni un instante más.

—Eso no me sorprende, señor, dijo el criado, quien, á pesar de su fingida hermandad, no habia dejado un solo dia su elegante levita de ayuda de cámara.

—¿Es decir, observó Enrique, que estabas decidido á marcharte?

—Al momento, señor.

—¿Y Margarita?

—La dejaré al servicio de la esposa de V. E., si no lo lleva á mal.

—¿Para eso te has casado?

—Debo ante todo, señor, procurarme con qué mantenerla, y para eso voy á pedir la dote de mi mujer al viejo rústico de su padre.

—¡Cómo! ¿quieres ponerte frente á frente de ese padre ultrajado?

—¿Y por qué no, señor? si no fuera por su rica dote, ¿me hubiera yo casado con esa labriega, á pesar de su bonita cara? Mas bien hubiera aceptado para esposa á la señora Brígida, la gruesa y vetusta ama de llaves del señor padre de V. E.; pero comparé los ahorros de aquella con la dote de Margarita, y me decidí á ser labrador... y propietario.

—¡Eres un infame! exclamó irritado Enrique.

—Ya lo sé, contestó flemáticamente Santiago: pero, señor, estoy perdiendo un tiempo precioso: voy á la alquería de los álamos.

—Por lástima hácia tí, y por evitar á ese hombre honrado un crímen, te aconsejo que no vayas.

—Señor, como dice el refran: *el llanto sobre el difunto*; además, aquí tengo dos compañeras, que, si es menester, me servirán de mucho.

Al decir Santiago estas palabras, abrió su levita y enseñó un par de pistolas.

—¡Santiago! gritó Enrique: ¡serias tambien asesino!...

—No las emplearé si no se me obliga á ello, señor; pero como Margarita tenia un novio así, á manera de Goliat, puedo hallarme con él, y no me gustaria que me cogiese desprevenido: conque hasta luego, mi querido señor; hasta luego.

Santiago volvió á ponerse la gorra que se habia quitado al ver á su señor, y que apenas podia sujetar los espesos rizos de sus cabellos rubios, y bajó la escalera con precipitacion.

Enrique le siguió: le vió salir al campo, y permaneció un instante pensativo.

—¡Ah! exclamó por fin: ¡quiero seguirle, sí... es preciso... al ménos por la parte que he tenido en la desventura de esa pobre niña, debo seguirle para evitar otra desgracia mayor.

.....

Algunos instantes despues, marchaban por uno de los muchos senderos que cruzan aquel hermoso valle, Santiago á pasos lentos y con las manos cruzadas á la espalda, y Enrique detrás á corta distancia.

De repente se detuvo éste, y palideció: habia descubierto á su izquierda á Benito, que absorto sin duda en sus negros pensamientos no habia andado todavía la tercera parte del camino que separaba el castillo de la alquería.

La senda que seguia el infeliz padre iba á morir precisamente en la que seguia Santiago.

Este levantó la cabeza de pronto y vió al padre de Margarita: le examinó con una mirada, y viéndole desarmado y con los brazos cruzados sobre el pecho, se tranquilizó y siguió su camino para salirle al encuentro.

Enrique, algo más sosegado tambien al ver

la actitud abatida de Benito, siguió su camino, deseoso de acercárseles cuanto antes.

De repente levantó tambien Benito la cabeza, y se extremeció: habia visto á Santiago: anduvo algunos pasos más, y bien pronto le ocultó un espeso matorral que crecia á un lado del camino.

Pero allí debió detenerse, pues no se le vió volver á aparecer: poco despues llegó Santiago á aquella especie de frondoso jaral.

No bien habia desaparecido tras él el ayuda de cámara, llegaron á oidos de Enrique un pistoletazo, un grito agudo y otro pistoletazo. Enrique apresuró el paso, y los labradores que trabajaban en los campos cercanos acudieron en seguida: pero todos hallaron detrás del matorral á Benito y á Santiago nadando en un charco de sangre.

El primero respiraba aún; empuñaba con mano nerviosa y crispada una pistola: y aunque la herida que tenia en la cabeza le quitaba la vida por momentos, en sus contraidas facciones se veia pintado un gozo salvaje, emanado del cumplimiento de su terrible venganza.

Santiago habia espirado ya; tenia una herida en el pecho, y cerca de él se veia otra pistola igual á la que empuñaba Benito.

—¡Un Sacerdote, pronto, un Sacedorte! gritó Enrique echándose de rodillas al lado del padre de Margarita, que perdia sangre de un modo horroroso.

—¿Y la justicia? objetó tímidamente uno de los labradores.

—¡Dejaremos que se pierda su alma por temor de la justicia! exclamó el generoso jóven: ¡llamadla, añadió con fuerza, yo seré el primero que se dé preso; pero corred, porque se muere!...

No bien Enrique acababa de pronunciar estas palabras, apareció el Sacerdote que pedia: el virtuoso Párroco de la aldea, que se hallaba en una alquería próxima, habia oido los disparos, y acudia al trote de una poderosa mula, por si acaso eran necesarios los consuelos de su ministerio.

—¡Padre... perdon! murmuró Benito, cuyos ojos se cubrian ya con las sombras de la muerte: ese hombre ha engañado á mi hija... al verle, no pude contener... el deseo de castigar su infamia... me abalancé á él... pero sacó una pistola, y entonces... me apoderé de ella, disparé... y él al mismo tiempo... sacó otra del pecho y disparó tambien... ¡Muero... pero estoy vengado!... ¡Dios mio... tened piedad de mí!

—¡Pagas con tu vida tu delito, hijo mio! murmuró el Sacerdote: ¡Dios, todo bondad, te llama junto á él...

—Señor!... no abandone V. E. á mi hija... y abrácela por mí!... añadió Benito con voz cada vez más débil y entrecortada. ¡Sepa que muero bendiciéndola... y que la perdono!...

—Lo sabrá, amigo mio, contestó Enrique, por cuyas mejillas corrian abundantes lágrimas.

—Gracias, señor... y ahora, hasta el cielo... donde me espera mi mujer!... ¡desde allí... llamaremos... los dos... á nuestra... hija!...

—¡Desdichado mártir! dijo el Sacerdote extendiendo sus sagradas manos sobre la mutilada cabeza de Benito.

Este entreabrió los ojos, y los clavó en el cielo; iluminóse su semblante con una inefable expresion de contento, y murmuró con una voz parecida á un suspiro:

—¡Voy... Margarita!... ¡Gracias... Dios... mio!...

Habia muerto.

Enrique, el Sacerdote y los labradores, doblaron la cabeza y oraron con fervor.

Cuando llegó la justicia, Enrique refirió lo ocurrido, y despues de practicar las informaciones y pesquisas legales para cerciorarse de la verdad, y de recoger los cadáveres, se retiró sin molestar á nadie.

XV

Las despedidas.

Dos dias despues del en que tuvieron lugar los acontecimientos que acabo de referir, se celebraron las exequias por el alma de Benito en la iglesia de la aldea.

Todos los vecinos concurrieron á ellas, y rogaron con fervor por su eterno descanso.

La desgracia de Margarita causó tanto pesar, como horror la memoria del verdugo del padre y de la hija.

Y digo de la hija, porque Margarita, el dia que bajaron á la tierra el cadáver del su padre, se hallaba en la agonía.

Luisa, la jóven y linda esposa de Enrique, le prodigaba toda especie de cuidados; mas en vano; la noticia de la terrible catástrofe habia llegado hasta ella; y á pesar de haberle Enrique trasmitido el perdon y la bendicion de su padre, la imaginacion demasiado ardiente de Margarita, veia sin cesar la sombra sangrienta é irritada de Benito, y la blanca y pálida figura de su madre, que la acusaba de parricida.

Cuando se calmó aquel violento delirio, invadió su alma un deseo insaciable, una sed indescriptible de volver á la alquería de los álamos; ansiaba, decia ella, ver los sitios en que habia corrido su infancia, tan apacible, inocente y hermosa: ansiaba ver á su abuela, á su prima, su huerta y su soportal, con el sándalo, las flores y los pájaros amigos.

En vano Luisa se opuso con todas sus fuerzas: en vano le rogó mil veces que permaneciese á su lado, que fuese su amiga, su hermana.

—¿No deseaste un dia la opulencia? la preguntó abrazándola, una tarde en que Margarita rogaba con más instancias que nunca que la dejasen marchar: pues bien, serás mi igual: yo soy huérfana, no he conocido á mis hermanas, que han muerto todas: sé mi hermana tú: cuando te hayas consolado, cuando se hayan curado las heridas de tu corazon, nos iremos á la corte, y en ella encontrarás un esposo noble y rico, que te amará y á quien podrás amar.

Margarita meció tristemente la cabeza.

—Gracias, señora, dijo besando la mano de Luisa; todo lo que dice V. E. es digno de su hermosa alma y de su buen corazon, pero yo no he nacido para vivir en la corte: los campos, que han sido mi cuna, serán mi sepulcro: demasiado ofendí al cielo con culpables sueños de ambicion: la desgracia, señora, enseña más que largos años de experiencia, y yo he conocido, aun-

que tarde, que nadie es dichoso queriendo salir de su clase.

—Pero, amiga mia, repuso Luisa, cuyo talento era tan penetrante como sensible su corazon: no todos nacemos con iguales aspiraciones; hay almas para las cuales la ambicion es una segunda naturaleza: almas que ven constantemente un más allá hácia el cual vuelan, á pesar de todos los esfuerzos de la razon.

—No reconozco en mí esa fuerza, señora, repuso tristemente Margarita: los primeros obstáculos, que mi ambicion ha encontrado, han bastado para romper todas las fibras de mi alma.

¡Oh, señora! prosiguió la jóven viuda, á cuyos ojos se agolpaba el llanto con insólita fuerza: señora, la mano de Dios pesa sobre mi cabeza! no intentemos separarla contra su voluntad, y no me niegue V. E. el único consuelo que me queda en medio de mi terrible desgracia: no me niegue el llorar en la habitacion en que tan dichosos fueron mis padres.

Luisa guardó silencio, conociendo lo infructuoso que seria insistir en volver á la vida y al mundo á aquella alma desdichada, enferma y abatida.

Despues de un rato de calma, durante el cual, Margarita lloró abundantemente, Luisa enjugó con su propio pañuelo los ojos de la desgraciada jóven, y le preguntó con dulzura:

—¿Cuándo quieres volver á la alquería?

—Lo antes posible, señora, ¡deseo tanto ver de nuevo á mi abuela, y pedirle perdon á sus piés!...

—¿Quereis volver hoy?

—Ahora mismo, si es posible.

Luisa se puso una manteleta y un sombrero, y dijo á Margarita:

—¿No quieres despedirte de mi marido?

—Hoy, no, señora, balbuceó la desdichada con voz débil y palideciendo de repente.

Luisa fijó en ella una mirada de compasion y de ternura, y luego salió del aposento diciendo que iba á dar algunas órdenes.

Un instante despues, la puerta volvió á abrirse, y Enrique apareció en el umbral.

Margarita volvió la cabeza, como si su corazon le hubiera anunciado á la persona que entraba, y lanzó un grito de angustia.

Enrique estaba pálido: durante los quince dias que habian trascurrido desde la catástrofe que puso fin á la vida de Benito y á la de Santiago, habian pasado por él, al parecer, quince años.

El remordimiento pesaba sobre su corazon, y se grababa en su frente con tristes caractéres: su capricho de gran señor aburrido, le hacia responder ante Dios de la vida de dos hombres, y de la felicidad, perdida para siempre, de aquella infortunada niña.

—Luisa me ha anunciado que quieres dejar-

nos, Margarita, dijo despues de haberse acercado lentamente: ¿es verdad?

—Es verdad; contestó Margarita con voz temblorosa.

—¿Qué te hemos hecho, Margarita? continuó Enrique con acento á la vez afectuoso y triste: ¿por qué te separas de nosotros?

—¡Porque aquí me moriria ó me volveria loca! respondió la desdichada con una explosion de sollozos que, brotando de su destrozado corazon, subieron hasta sus labios, antes de que los pudiese contener.

Enrique levantó los ojos al cielo, y guardó silencio.

Margarita, extraviada por la fuerza amarga de su dolor, se dejó caer de rodillas ante él y continuó con voz sofocada y débil:

—¡Enrique, yo te amo más, mucho más desde que te has hecho imposible para mí! la vista de tu esposa me mata, y no puedo agradecer su cariño, su bondad y sus beneficios! no puedo verla, porque pierdo la razon!... no puedo verte, porque hierve en mi pecho este amor que inútilmente trato de apagar, y que ya me ha hecho tan desgraciada!

Anubláronse los grandes ojos de Enrique con un profundo dolor: tendió la mano á Margarita, la hizo sentar en un sillon, y así que pudo dominar su emocion, le dijo con acento conmovido:

—¡Valor, ten valor, Margarita!

—¡Valor! repitió ella con amargura y clavando en el esposo de Luisa sus ojos, brillantes aún con el fuego de la fiebre: ¡valor! ¡olvido, es lo que necesito! ¡arranca de mi memoria el recuerdo, siempre creciente, de mi soñada dicha! ¡haz que olvide que me creí unida á tí con eternos lazos! ¡cubre de flores el abismo de crímen, de sangre y muertes en que caí despues! ¡quítame la ignominia de mi viudez, porque el hombre con quien he estado casada durante algunas horas, era un infame, sin religion y sin honor, y yo llevo su nombre! ¡yo soy la viuda de Santiago Duval!...

Es imposible imaginar el acento de desesperacion con que Margarita pronunció estas últimas palabras; y luego, como si el propio sonido de su voz abrasase su faz de vergüenza, subió sus palmas hasta ocultarla en ellas.

Reinó de nuevo el silencio: Enrique, agobiado, trémulo de angustia, no hallaba palabras para atenúar aquel horrible dolor, del cual se consideraba la causa.

—Margarita, dijo por fin, brillando en sus ojos una dulce esperanza: Margarita, debe al ménos quedarte un consuelo.

Alzó la jóven la cabeza, y miró á Enrique con doloroso asombro, como si dudase que hubiese para ella algun consuelo en la tierra.

—Tú no has sido, más que en el nombre,

la esposa de ese miserable, añadió Enrique.

—¡Y qué! exclamó impetuosamente Margarita: ¡no tiene tambien el alma su virginidad, y tan exigente por lo ménos como la del cuerpo! ¡es cierto que si muriera hoy, podrian enterrarme con una corona de azahar! ¡pero mi pensamiento, mi pensamiento está horriblemente y para siempre mancillado! ¡Ah! prosiguió la infortunada con creciente exaltacion: ¡si no hubiera conocido otra cosa que los hábitos y los modales de los mios, entonces aún pudiera esperar la dicha en el amor de mi prometido Miguel! ¡Entonces podria aceptar su mano con alegría y agradecimiento! ¡Entonces su honrado apellido me libraria del apellido odioso de Duval! ¡pero tú, Enrique, me enseñaste, al decir que me amabas, otro lenguaje, al lado del cual, el de mis padres y Miguel me parecia de una humillante ignorancia! ¡tú me hablaste de otro mundo, en cuya comparacion, mi valle era triste y solitario! ¡tú me hablaste de florestas pobladas de melodías, y me pareció monótono y aturdidor el canto de las aves! ¡elevaste mi espíritu, despertaste mi ambicion, y mi sangre, antes fresca é inocente, hirvió en mis venas! ¡me dijiste que cruzaríamos juntos ese mundo, me ofreciste joyas y sedería!... ¡te creí, despreció lo que antes habia sido!... ¡me dormí entre nubes de oro y grana, y desperté en los brazos de Santiago Duval!!!

Detúvose Margarita, y dió salida á los sollozos que llenaban su pecho.

Enrique prosiguió en su tétrico silencio: la inmensa desesperacion de aquella alma infeliz extremecia hondamente todas las fibras de la suya.

Margarita continuó:

—Salí del poder de aquel hombre... su muerte me libró tambien de la suerte mas horrible que Dios, en su justa cólera, podia haberme deparado: la de servir de camarera á tu esposa... sí, la infinita misericordia ha velado por mí... Pero ¿dónde hallaré de nuevo la apacible sencillez de mi alma, mi tranquila y feliz ignorancia? ¿cómo borraré de mis ojos el mundo al cual querias llevarme, y que tanto ambicioné? ¿qué has hecho de la alegría de mi valle, de la sonrisa de mis flores, del murmurio de mi fuente? ¿me devolverán sus aguas tu imágen cuando yo se la pida? ¿oiré aún en esta vida la voz de mi buen padre? ¿podré orar con tranquilidad en la habitacion de mi madre? y sobre todo, ¿podré dejar de llamarme la viuda de Duval?

—¿Por qué no? se atrevió á decir Enrique: tú vales tanto, que tu prometido, al verte libre, se apresurará á ofrecerte su nombre.

—¿Y acaso seré yo capaz de aceptarle? ¿pues qué, en premio de tanta ternura, de tanta abnegacion, iré yo á llevarle un corazon henchido de recuerdos, y marchito por el desengaño?

¿Iré yo á hablarle con un lenguaje que no comprende, por ser más elevado que el suyo, y que le hará avergonzar de su ignorancia? ¿Iré yo á hacerle espectador de mi tristeza, y del eterno luto de mi alma? ¡Ah, no, jamás, jamás!

—¿Pero entonces, desgraciada, qué va á ser de tí? ¿Qué vas á hacer?

—Voy á vivir entre los sepulcros de mis padres: voy á endulzar los últimos años de mi anciana abuela: voy á ver si puedo hacer olvidar á Miguel el amor desgraciado que me tuvo; la dicha de los que nos aman, nos consuela, cuando ya no podemos ser felices.

—¡Pide á Dios que me perdone, Margarita, y perdóname tú! dijo Enrique, estrechando conmovido la mano de la jóven.

—¡Le pediré la felicidad para V. E. y el olvido para mí! repuso Margarita levantándose con el semblante revestido ya de una completa serenidad.

Su delirio habia pasado, y la resignacion extendia sus blancas alas sobre la frente de la doncella.

—¡Adios Margarita! dijo Enrique conociendo que era llegado el momento de separarse; y aunque á sus lábios acudieron en tropel mil generosas frases, no se atrevió ó no pudo formular ninguna.

El destino habia abierto entre ambos un abismo, que nada podia llenar.

—¡Adios, señor! contestó Margarita; y alzando sus ojos y sus manos, añadió:

—¡Hasta el cielo!

Enrique salió del aposento, y á poco apareció en él su esposa.

—¿Quieres que nos vayamos, Margarita? preguntó Luisa afectuosamente.

—Cuando á V. E. le plazca, respondió la jóven enjugando las dolorosas lágrimas que bañaban aún sus ojos.

Las dos mujeres salieron del castillo: cuando hubieron pasado el umbral, Margarita se volvió, se dejó caer de rodillas en él, y extendiendo los brazos al interior, exclamó con voz ahogada por los sollozos:

—¡Adios!

Luisa respetó aquel inmenso dolor: sus hermosas facciones, puras y apacibles, lejos de retratar un celoso enojo, pintaron solo una tierna piedad; ayudó á levantar á Margarita, y haciendo que se apoyara en su brazo, tomaron ambas el camino de la alquería.

Cuando llegaron, vieron á la puerta á la anciana Cecilia sentada en una silla pequeña: estaba encorvada y parecia haber envejecido diez años.

A su lado hilaba Inés.

Margarita se adelantó, y pronunció esta sola palabra:

—¡Madre!

La anciana dió un grito arrancado á lo más hondo de su alma, y abrió los brazos á su hija, en tanto que Luisa tomaba otra vez el camino del castillo, deseosa de que su presencia no coartase en nada los trasportes de aquellas desgraciadas mujeres.

XVI

Generosidad.

Vamos una tardecita de las últimas de Mayo, á la alquería de los álamos, lectora mia: ponte tu lindo sombrerito de paja, cúbrete bien con tu sombrilla, porque el camino es largo desde Madrid al valle, y aún han de herir nuestros ojos algunos rayos de sol.

¡Mira qué floridos están los campos! Conforme vamos dejando á la espalda los eriales que circundan á la corte de España, las áridas llanuras, observa qué rica naturaleza despliega sus galas, qué huertos, qué viñas, qué frondosa vejetacion!

Pasemos pronto de Castilla: el sol va bajando, bajando, porque tiene ya gana de acostarse; como es tan madrugador, le acosa el sueño temprano, y sin duda, á causa de su régimen saludable, está siempre tan brillante y hermoso.

Porque has de saber, lectora mia, que si tú estás pálida y delgada, la culpa es de los saraos y los teatros, que te hacen acostar al alba, y levantarte cuando el sol ha recorrido la mitad de su carrera; y que si te aquejan extrañas melancolías, hastíos y desaliento, es porque tus pro-

longadas veladas y tu fatigosa hora de levantarte, te impiden hacer con calma, con devocion y con ternura tus oraciones de mañana y noche.

¡Ah, lectora mia, si supieras cómo refresca y alimenta el alma la oracion cuando salimos del sueño, y antes de volver á él!... ¡Paréceme que la vida se hace más ligera rezando, y que, por muchos dolores de que la tengamos rodeada, la sobrellevamos con ménos fatiga! El alma bien alimentada adquiere fuerzas para animar al cuerpo, y los ojos, que se fijan alguna vez en el cielo, se amedrantan ménos con los abrojos del camino.

Ya he conseguido lo que me habia propuesto: hablando, hemos llegado, casi sin sentirlo, al fondo del valle.

Mira, allí entre aquel grupo de álamos, la alquería de la buena Cecilia: ¡qué blanca y hermosa parece! ¿Quién diria que habitan en ella el luto y la tristeza?

Entremos en la cocina: á pesar de la hermosura de la tarde, á pesar de la hermosura del valle, todo bordado de frondosos campos y floridos huertos, las tres mujeres que la habitan no han salido á respirar el ambiente embalsamado, y permanecen en la cocina oscura y silenciosa.

Siéntate, lectora mia, en ese gran banco de encina, en tanto que yo cuento á los demás el espectáculo que se ofrece á nuestra vista.

Figuraos la cocina bañada ya en las sombras: las cacerolas de cobre, colgadas sobre blancos paños de lienzo y heridas por los resplandores del sol poniente, despiden vivos reflejos: sentada en una silla de madera junto á la ventana del centro, la anciana Cecilia trabaja en su calceta; antes dije que habia envejecido mucho: mas en los ocho dias que hace que Margarita vive á su lado, despues de los otros quince que estuvo enferma en el castillo, creeria cualquiera que habia pasado toda una vida de dolor.

Sus facciones se habian marchitado completamente, y se habian hecho duras y angulosas: sus cabellos blancos, y poco antes suaves y brillantes como la plata, habian adquirido ese tinte amarillento, que solo pertenece á la decrepitud: sus ojos estaban apagados: su espalda encorvada: sus manos trémulas: aquella anciana tan honrada, tan leal, tan dulce, tan santa, se inclinaba hácia la tumba sin quejas, sin lágrimas y sin desesperacion: bajaba á ella con rápido paso, pero del mismo modo moria que habia vivido: rezando, sonriendo y consolando á todos los que la rodeaban.

Sentada Margarita en el banco de encina, hilaba un copo de blanco y apretado lino: vestia una basquiña de indiana de luto, y un jubon de cúbica negra, como el de su abuela, señalaba los delicados contornos de su delgado y flexible talle.

Sus manos, blancas y afiladas, se asemejaban al marfil por el contraste que formaban con el negro vigoroso de la tela de sus mangas, plegadas en el puño: un pañuelo, de seda, negra tambien, cubria modestamente su garganta y se cruzaba sobre su seno.

Sus cabellos rubios, sencillamente trenzados y sin cintas, estaban recogidos con una larga aguja de azabache.

Inés, enlutada tambien como su abuela y su prima, y arrodillada delante del hogar, hacia la cena para la familia: su fresca cara, sonrosada y morena, habia languidecido: la tristeza estaba grabada sobre su frente: sus hermosos párpados, guarnecidos de largas pestañas negras y corvas, velaban casi siempre sus ojos empañados por las lágrimas.

Las tres mujeres guardaban silencio: Inés, habiendo consultado la altura del sol por la ventana, activaba su *fritura,* y partia delgados sarmientos secos, que iba poniendo debajo de la sarten: Margarita dejaba caer de vez en cuando el huso, detenia su trabajo, y miraba á su abuela, que, inmóvil y con la cabeza inclinada, parecia poner atencion únicamente en su calceta.

Sin embargo, un mar de pensamientos amargos invadian aquella tarde su alma: un observador curioso pudiera haberla visto más de una vez mirar á Margarita, suspirar profundamen-

te y enjugar una lágrima con su trémula mano.

Allí estaba la hija de su hija, la niña criada con tanta ternura y cuidado, deshonrada y perdida en el concepto de todos.

Deshonrada sí, porque ¡ay, cuando un rumor vergonzoso traspasa la feliz ignorancia de los campos! Desde que se supo la desobediencia de Margarita, su huida de la casa paterna, su casamiento y la terrible muerte de su padre y de su esposo, se habia averiguado con una rapidez prodigiosa y con una aterradora claridad, todo lo concerniente á la vida y á los antecedentes de Santiago Duval: nadie ignoraba, ni en la aldea ni en el valle, que habia sido primero carnicero, luego un bribón de los muchos que pululan por las grandes capitales, por último, ayuda de cámara, y siempre malvado é infame.

Si Santiago hubiera vivido, nunca hubiera podido establecerse en aquel pais: nadie le hubiera mirado, ni dirigido la palabra, ni contestado á su saludo: ninguna casa se hubiese abierto para él: nadie hubiera tratado á su mujer ni besado á sus hijos: pero muerto, todo el oprobio, todo el desprecio con que le hubieran abrumado, caia sobre la desdichada Margarita.

Su desobediencia, su orgullo en pensar que se casaba con el señor del castillo, eran otros tantos insultos hechos á aquellas gentes pacífi-

cas y sencillas, pero rencorosas: nunca podrian olvidar que habia despreciado el valle que la vió nacer, y á sus habitantes, amigos todos de sus padres y de su abuela: nunca podrian olvidar que habia dado una rama de sándalo, bañada por la luna, á un hombre la víspera de casarse con otro: estos perjurios no se perdonan entre los irreprensibles aldeanos.

Además, aquella desgraciada jóven era considerada como verdugo de su honrado, de su amoroso padre. Benito era estimado de todos cuantos le conocian, y más de una madre prudente y más de un severo padre, le habian aconsejado que reprimiese la vanidad y afan de lujo que dominaba á su hija.

Así, pues, ninguna amiga iria á consolar la viudez y orfandad de Margarita: ningun jóven honrado pretenderia su mano, ni la elegiria para compañera de su vida; y su santa abuela pensaba con amargura en el abandono de aquella criatura, el dia en que Dios la llamase á sí.

Tan tristes pensamientos fueron turbados por el ruido que hizo, al entrar en la cocina, otra persona.

Al verla, la señora Cecilia, é Inés dejaron escapar una exclamacion de alegría. Margarita levantó tambien los ojos, saludó con una triste sonrisa, y continuó hilando.

Era Miguel: la sola persona amiga que podian esperar en su triste morada aquellas po-

bres mujeres, pues desde sus desgracias nadie las veia.

El jóven molinero habia adelgazado mucho: dos surcos oscuros rodeaban sus grandes ojos negros, cuya expresion era á la vez enérgica y dulce: algunos pliegues se habian formado en los ángulos de su boca, tan fresca, tan purpúrea y tan risueña poco antes: en su ancha y noble frente se veia una arruga transversal, producida por el insomnio de algunas noches.

Su primera mirada fué para Margarita, al mismo tiempo que decia con una cortesía mezclada de cordialidad;

—Muy buenas tardes.

—Buenas te las dé Dios, hijo mio, contestó la señora Cecilia. Luego, dirigiéndose á Inés, añadió:

—Trae una silla á Miguel.

—La obediencia se habia anticipado al mandato, y Miguel tomó asiento sin dejar de mirar á Margarita, y en tanto que Inés fijaba en él sus ojos llenos de ternura.

Desde la entrada del molinero, la pobre niña parecia haberse trasformado: cubriéronse sus mejillas con un vivo color: su pecho palpitaba bajo su pañuelo de luto, y sus ojos estataban brillantes y animados.

—¿Cómo está tu padre, hijo? preguntó la anciana.

—Está bueno, madre Cecilia, respondió Mi-

guel; quedó en casa esperando mi vuelta, pues de lo que voy á decir á Vd. y á Margarita, depende mi suerte venidera.

Miguel dijo estas palabras con solemnidad: la anciana é Inés le contemplaron admiradas, y Margarita continuó hilando.

—Margarita, prosiguió el molinero con voz conmovida: el dia mismo en que dieron muerte á tu pobre padre, y poco antes de pasar á una vida mejor, le dije que en todo tiempo estaria pronto á casarme contigo, como tú me quisieras: hablamos de lo ocurrido á la pobre Teresa, la hija del tio Melchor, y le aseguré que, aunque fueses engañada como ella, yo tenia mucha honra y la emplearia en cubrir la tuya: no te ha pasado eso; pero te ha ocurrido otra cosa tan mala por lo ménos; á Dios gracias, te ves libre de tu infame marido: eres viuda, y vengo á decirte: Margarita, ¿quieres ser mi mujer?

La jóven dejó caer el huso con sorpresa: acudieron á sus ojos gruesas lágrimas, y murmuró con voz ahogada por la emocion:

—¡Yo tu mujer, Miguel!

—¿Por qué no? ¿no eras mi novia?

—Pero ahora...

—¿Ahora, qué?

—Ahora es distinto: soy la viuda Duval: la viuda de un hombre sin honor!...

—Casándote conmigo, serás la mujer del honrado Miguel García, la nuera del anciano An-

tonio García, á quien nadie tiene que echar nada en cara.

—¡Y todos te señalarán con el dedo!

—¿Que importa? Yo te abrazaré entonces con toda mi alma.

—Miguel, en la aldea y en el valle me tienen por una mujer mala y sin corazon.

—Tú serás buena para mí.

—Saben que soy orgullosa y amiga de galas.

—Yo trabajaré para que tú tengas galas, y todo te sobrará.

—¡Dios te bendiga, hijo mio! murmuró la anciana enjugando sus lágrimas, y siguiendo con una triste mirada á Inés, que salia de la cocina para ocultar su llanto.

Reinó el silenció durante algunos instantes: las palabras de Miguel parecia que habian iluminado la sombría cocina, porque los últimos rayos del sol, quebrándose en los cristales, se reflejaban en las paredes, cuidadosamente blanqueadas: mas cuando Miguel dejó de hablar, desapareció aquella claridad y quedó reducida á la luz del crepúsculo.

Inés volvió á entrar en las cocina: ya habia secado sus lágrimas con una fervorosa salve rezada á la Vírgen, de rodillas, entre las flores del soportal.

Su abuela le dirigió una mirada de infinita ternura, á la cual respondió la jóven enjugando por última vez sus ojos.

XVII

La flor marchita.

—Voy á responder á tu generosidad abriendote mi corazon, Miguel, dijo la viuda Duval, rompiendo la primera el silencio que hacia rato reinaba.

Luego se detuvo, como si le costase pena lo que iba á decir, miró con timidez la noble cara del molinero, animada entonces por una viva ansiedad, y despues continuó:

—No puedo casarme contigo, Miguel, porque á pesar de mis faltas, no soy mala y te estimo: nuestro matrimonio no nos haria dichosos: yo guardo en mi alma otro amor, grande, intenso, y que únicamente se apagará cuando se apague mi vida!

—¡Qué dices, Margarita! murmuró Miguel: ¡rehusas casarte conmigo! ¡dudas de que te haré feliz!

No, Miguel; sé que seria dichosa á tu lado, tanto como puede serlo una mujer cuyo corazon brota sangre de una herida mortal; pero estoy se-

gura de que tú serias muy infeliz si te unieras á mí.

—¿Por qué? preguntó el jóven con vehemencia: ¿crees que te he de reconvenir? ¿crees que te he de recordar lo pasado?

Margarita sacó su rueca de la cintura; tomó la mano de Miguel, y le llevó cerca de la ventana, señalándole el castillo que se elevaba solitario y sombrío á la salida del valle.

—Mira, le dijo con voz quebrantada: ¿ves aquel edificio? ¡pues allí está enterrada mi dicha, y encerrado mi pensamiento! Aunque me ves aquí, pobre enredadera asida á la tapia que la vió nacer, mi alma vaga por esos muros y recorre esas habitaciones, en las cuales soñé un dia vivir dichosa y morir amada!

—¡Pero ahí ya no habita nadie! exclamó el jóven que, en su leal candidez, no acababa de comprender el lenguaje elevado y sentido de Margarita.

—¿Que importa? repuso ésta con vehemencia, en tanto que sus blancas mejillas se cubrian de un fugitivo carmin: ¡qué importa! ¡ahí ha vivido él! ¡ahí ha llorado por mí, ha pensado en mí! ¡sí! ¡porque él ha pensado, piensa aún en mí! ¡él me guarda en su corazon un recuerdo triste, pero eterno! ¡nunca hollamos impasibles las violetas de las praderas! ¡no las abrasa el sol, sin sentir pena! ¡no! Algunas veces se cubre de nubes blancas, compadeciéndose de las flores

marchitas, á las cuales mató su ardor, y que, mientras conservan un soplo de vida vuelven hácia él sus pálidas corolas! ¡Miguel, yo soy una flor marchita para siempre, pero en tanto viva, miraré hácia ese castillo, cuyos muros sombríos son el sol de mi alma!

—¡Hija mia! ¡pobre hija mia! exclamó la anciana abrazando á Margarita, que se habia dejado caer, deshecha en lágrimas, sobre el banco de encina.

Miguel nada dijo: sin comprender muy bien las palabras poéticas y elevadas de Margarita, comprendió, sin embargo, que su corazon no podia pertenecerle jamás.

Ella, despues de haber enjugado sus ojos, continuó de esta suerte:

—No mereces tú, Miguel, una mnjer cuyo pensamiento no te pertenezca más que á medias: eres demasiado bueno, demasiado generoso, para que yo quiera darte, á cambio de toda tu alma, una alma enferma y un corazon herido: aunque ahora el cariño que me tienes te hiciese pasar por todo, dia llegaria en que, templada la vehemencia de tu primera pasion, me reconvinieras y me pidieras quizá más cariño del que yo puedo darte; vamos, añadió Margarita, en cuyas facciones se pintaba una profunda pena; vamos, Miguel, dime que estás convencido y que serás mi amigo, mi hermano! ¡no te separes de mí llevando enojo en el corazon!...

—¡Margarita, respondió el molinero, no te molestaré más pidiéndote que te cases conmigo: ya veo que nunca podria hacerte feliz: esas gentes con quienes has tratado, te han hecho imposible para mí, á pesar de lo mucho que te quiero: ellas te han enseñado un lenguaje que no es el nuestro: unas ideas, que no son las nuestras: un modo de sentir que no es el nuestro tampoco: ellas te han cambiado, haciéndote desgraciada para siempre.

—Tienes razon, hijo mio, exclamó la anciana Cecilia: sí, tienes razon. Mi Margarita, feliz, alegre, ha muerto; esta desdichada solo vive para padecer, y sus tormentos me quitarán la vida.

La voz de la anciana fué interrumpida por la brusca entrada del padre de Miguel.

Era el anciano Antonio un hombre alto como su hijo, pero flaco y acabado por el trabajo excesivo á que toda su vida se habia entregado: su espalda, encorvada hácia la tierra, atestiguaba los tesoros que habia sacado de su duro seno: sus cabellos, completamente canos, hacian un penoso contraste con su tez curtida por el sol: era su semblante benévolo y apacible, y estaba sellado con la expresion de una extrema honradez.

A la sazon se notaban en todas sus facciones las señales de una afliccion profunda: entró en la cocina precipitadamente, y sin salu-

dar á nadie, encaróse con su hijo, á quien preguntó con ánsia:

—¿Qué hay?

—Padre... lo que yo me figuraba, respondió el jóven, en cuyo rostro se pintaba un vivo dolor desde que habia entrado Antonio.

—¡Ah, Dios mio! ¿Qué dices? exclamó éste con angustia; y volviéndose hácia Margarita, cogió con fuerza sus manos y le preguntó, con un acento en el cual se mezclaban de un modo singular la ira y la súplica:

—¿No quieres casarte con él?

—¡No puedo! respondió tristemente la viuda.

—¡No puedes! gritó Antonio: ¡no puedes! ¿por qué? ¡pues podias darte por muy servida!

—Padre, dijo Miguel interponiéndose, no hablemos más del particular, y vámonos.

—¡No hablemos más! ¡Ay, Madre de Dios! exclamó el anciano, á cuyos ojos asomaron lágrimas amargas: no hablemos más; y tú, hijo mio, te irás á ser soldado, como me has dicho, ¿no es cierto?

—Es cierto, padre.

—¡A ser soldado! repitió asustada la señora Cecilia.

—¡A ser soldado, si señora! contestó amargamente Antonio: á ser soldado, cuando hace cuatro años le libré yo á costa de la mitad de mi vida, que consumí en trabajar como un negro, para juntar seis mil reales! ¡á ser soldado,

sin pensar que es mi único hijo, y el solo apoyo que tengo en este mundo.

Antonio sollozaba: Margarita y su abuela lloraban tambien, y Miguel, callado y sombrío, contemplaba con dolor á su padre.

Pero nadie habia reparado en Inés, que al oir la palabra *soldado*, cayó sin conocimiento con la cabeza apoyada en uno de los bancos del fogon.

—Margarita, continuó el anciano, dirigiéndose á la jóven: hija, por la memoria de tus padres, consiente en casarte con Miguel, y ellos te bendecirán desde el cielo, por haberme conservado á mi hijo! ¡Ya conoces que estoy solo en el mundo, porque sus hermanas están casadas, y cada una tiene su marido y sus hijos! él es bueno, ya lo sabes... te quiere con el alma desde que eras pequeñita! ¡si te han ofendido las palabras que te dije al entrar, perdóname y así Dios te libre siempre de las penas de perder á un hijo!

—Señor Antonio, dijo Margarita con tristeza, pero con firme acento: no puedo casarme con Miguel.

—¿Por qué? preguntó el infeliz labrador, que volvia á exasperarse.

—Por que no podria ser dichoso conmigo.

—¿Piensas que lo será más si le mata una bala?

—Entonces, á lo ménos, no ¡tendré yo que acusarme de su desdicha.

—¿No? ¿Pues quién es el que le pone en ese caso sino tú? ¿no eres tú la que tiene la culpa de que se vaya á ser soldado? ¡Ah! prosiguió Antonio en el parasismo de su dolor y dirigiéndose á su hijo: ¡Ah, hijo mio! ¡cuántas veces te dije que no pensaras en esa mujer, porque no te queria, porque nunca podria quererte! ¡no, no, ella nunca te ha querido!... la que te queria de veras era la buena Inés!

Al oir estas palabras, los ojos de Miguel se volvieron hácia la pobre huérfana, y al mismo tiempo se dirigieron tambien hácia ella las miradas de Antonio y de la anciana.

—¡Hija mia! gritó esta última precipitándose hácia Inés, que yacia inanimada, y rodeándola con sus brazos.

Antonio acudió al instante, y levantándola como un niño dormido, la colocó en el banco.

—¡Esta, esta es la que te quiere de veras! prosiguió el afligido viejo, que, con su instinto de padre, habia adivinado lo que pasaba en el corazon de la jóven: ¡ésta, ésta es la que te convenia por todos estilos! ¡jamás ha soñado ella con señorones ni con palacios! ¡nunca se ha engalanado los dias de trabajo! ¡siempre ocupada ayudando á su abuela, siempre contenta como los pájaros, siempre caritativa y buena! esta es la mujer que Dios te habia puesto en tu camino, hijo mio, y que tú no has querido ver!

Miguel nada respondió: el desmayo de Inés

y las palabras de su padre habian hecho brotar en su alma un rayo de luz: conoció entonces lo profundo y noble del amor que aquella criatura, tan santamente resignada, le habia profesado, y durante algunos instantes, sus facciones se bañaron de un gozo tranquilo y grave, y sus ojos brillaron como si se hubiesen iluminado con la luz que nacia en su alma.

Sin embargo, la imágen de Margarita, tan profundamente grabada en aquella alma generosa, surgió bien pronto al lado de la luz de la razon, y despues de una corta lucha, la cubrió del todo con su sombra, volviendo á caer el desdichado en las tinieblas del dolor.

Inés tardó poco en volver en sí, gracias á los cuidados de su abuela; apenas abrió los ojos, el pudor dominó el quebranto en aquella angelical criatura, y pidió permiso á Cecilia para irse á acostar, asegurando que era un vahido lo que la habia acongojado, y que al dia siguiente esperaba estar completamente buena.

Entre tanto la noche habia cerrado, y Margarita, que desde su vuelta á la alquería, se ocupaba con ardor de todos los quehaceres de la casa, encendió el candil de hierro que pendia de un clavo en la chimenea, con uno de los tizones del hogar.

Al mismo tiempo entraron en el patio los mozos de labor: ya no venian cantando como otras veces: las desgracias de la buena Cecilia

se reflejaban en todos ellos, y hasta el viejo jardinero estaba silencioso y triste.

—Vámonos, padre, dijo Miguel.

—¿Con qué no hay remedio? exclamó Antonio.

—¡Dios lo quiere: yo volveré!

—Pero, hijo, ¿no tienes aquí otra mujer que te quiere con el alma? exclamó Cecilia, no pudiendo ya dominar su pena, porque amaba á Miguel como si hubiera sido su propio hijo: vamos, continuó la buena anciana, vamos, no dejes á tu padre: Inés es mi hija tambien, y yo seré tu madre: hijo mio, cásate con esa pobre niña, y acompañareis mi vejez y la de tu buen padre.

—Señora Cecilia, repuso Miguel: lo que Margarita me ha dicho hace poco, lo digo yo ahora: no daré á Inés, que me quiere con toda su alma, un corazon que no es mio, porque aún es de Margarita: aunque tosco, sé tambien lo que debe hacer un hombre de honor.

—Hijo mio, el amor vendrá luego: no se puede vivir al lado de Inés sin quererla. ¡Ah Miguel! ¡dame el consuelo de ver feliz al ménos á una de mis nietas!

—No hablemos más de eso, señora Cecilia, dijo Miguel: tengo que irme del valle: no me pregunte Vd. más!...

Volviéndose luego á Margarita, sacó de su pecho una ramita marchita de sándalo, y le dijo:

—Esta es la rama de sándalo que tu cortaste para mí á la luz de la luna, Margarita, la noche de tu casamiento, y al verte marchar con otro, la arrojé con rabia; pero antes de la aurora, habia vuelto ya á recogerla; nunca, mientras haya en mi corazon un poco de cariño para tí, se separará de mi pecho! voy á ser soldado: si te olvido, te la devolveré en una carta: si no puedo olvidarte, cuando dentro de seis años vuelva yo, te querré lo mismo que hoy, y aún podrás, si quieres, casarte conmigo.

—¡Oh, qué bueno eres, y qué generoso! exclamó Margarita tomando la mano de Miguel y besándola. Este se extremeció, como si hubiera tocado un hierro candente: llevó á sus lábios la mano que habia besado Margarita, en la cual habia dejado esta caer una lágrima, y salió presuroso y seguido de su padre.

XVIII

Las promesas.

La aurora reia en el cielo á la mañana siguiente, cuando Miguel llegaba á la alquería de los álamos.

Marianillo aparejaba á la puerta una borrica jóven y robusta, y metia en uno de los lados del esporton un trozo de carne de vaca asada y un hermoso pan moreno.

—Si no andas lista, vas á llevar unos palos de miflor, *cari-ancha,* decia el muchacho sujetando con cuidado sus provisiones.

—¿Por qué le has de pegar? preguntó á su espalda Miguel.

—¡Toma! ¡porque es más remolona!...

—No hay tal, repuso Miguel con severidad; y solo tú, que eres un mentiroso, podrias hablar mal de la pobre borrica: castigar á los animales solo por castigarlos, demuestra mal corazon, y nunca los maltrata una persona valiente y honrada.

—¡Bah! ¡para eso son animales, para llevar palos!

—Dios no los ha puesto en el mundo solo para eso, sino para que nos sirvamos de ellos cuidándolos; es menester compadecerlos, porque pasan su vida trabajando en provecho nuestro, y no pueden defenderse aunque los castiguemos injustamente; ¿qué dirias tú, si la señora Cecilia, además de hacerte trabajar con exceso, te diera solo pan de maiz, y te hartase de golpes?

—¡Toma! ¡me iria de su casa!

—¿Y si no pudieras irte?

—Me enrabiaria con ella, y la aborreceria.

—Pues los animales no pueden irse: tienen que sufrir los malos tratos de sus amos, y sin embargo, no los aborrecen: al contrario, los quieren mucho, y jamás piensan en ofenderlos, ni aun en defenderse.

—¡Es verdad! dijo Marianillo: *cari-ancha* cuando le pego se vuelve á mirarme con unos ojos tan tristes! ¡y aunque le pego mucho, nunca me tira una coz!

—Eso prueba que es mejor que tú; tú la haces trabajar y la pegas, y ella te quiere: ella trabaja, y tú la maltratas.

—No le pegaré más, dijo el muchacho; que no tengo yo la poca vergüenza de ser más malo que una burra.

—Veremos, dijo Miguel: mi padre, que está cerca del campo á donde vas á arrancar lechugas, me dirá lo que haces, y si te empeñas en castigar á la burra sin razon, no te doy más la

palabra de Dios: que á mí me gustan las gentes de razon, y no las peores que los animales.

El chico bajó la cabeza, mohino, y Miguel añadió:

—¿Dónde está Inés?

—En el soportal; ahora ha bajado: ¡está tan descolorida!

—Bueno: vete, que se hace tarde para el trabajo.

El muchacho y la burra echaron á andar hácia el campo, y Miguel entró en la alquería.

Dirigióse al soportal, y como habia dicho Marianillo, halló en él á Inés.

La jóven habia salido sin duda á regar las flores, pues era cuidado suyo desde la muerte de Benito: Inés era la providencia de todo ser desamparado, aunque este ser fuese una flor.

No obstante, conocíase que algun pensamiento triste la habia distraido durante su tarea: en un extremo del terrado, se veian dos regaderas, una llena y otra mediada de agua.

Inés se habia sentado, y apoyaba la frente en la palma de la mano derecha: sus largas trenzas negras, que aún no habia recogido, caian por su espalda, ondeando al rededor de su gracioso y redondo talle.

Al oir los pasos de Miguel, levantó la cabeza, como si su corazon le avisase quién era la persona que entraba: entonces su lindo y plácido rostro, que habia tomado hacia algun tiem-

po el color del nácar, se vistió de ese bello matiz rosado, tan delicado cuando es accidental y fugitivo.

Miguel se sentó al lado de la jóven, y tomó su mano, mientras ella temblaba de emocion.

—Inés, le dijo aquel, me voy á la ciudad para ser soldado, y enseguida marcharé lejos de aquí, porque he pedido que se me destine á uno de los regimientos que hay en Cataluña. Inés, sé que me quieres bien, y yo, que siempre te he querido como una hermana, desearía ahora poderte amar lo bastante para casarme contigo y quedarme á tu lado.

—¡Miguel! balbuceó la muchacha, consternada y confusa, porque no sabia mentir.

—Déjame acabar, Inés, prosiguió el molinero: tengo poco tiempo y muchas cosas que decirte, porque el soldado está rodeado de peligros donde quiera que se encuentre: aunque ahora no hay guerra, nunca faltan revoltosos y malhechores á quienes perseguir, y con quienes andar á tiros.

—¡Oh, Dios mio! ¡es verdad! exclamó Inés llorando á lágrima viva.

—Todo esto, Inés, continuó el jóven, no te lo digo para afligirte, ni por hacerme valer: te lo digo solo para que creas lo que voy á ofrecerte, y para que sepas que el soldado, al irse lejos de los que quiere bien, dice la verdad, lo

mismo que si estuviera en el artículo de la muerte.

—Ya sé que tú nunca has mentido, Miguel.

—Es que, aunque siempre hubiera sido embustero, ahora diria la verdad.

—Te creo.

—Tanto mejor: pero, como te iba diciendo, hemos recapacitado, mi padre y yo, y hemos venido á conocer que siempre me has querido: vaya, no te avergüences, Inés: el querer honradamente no es ningun delito: yo te lo agradezco en el alma, y esta es la primera vez en toda mi vida que desearia saber hablar mejor, para explicarte cuánto bien me hace al corazon la certeza de que me quieres.

—Entonces, Miguel, ¿por qué te vas á ser soldado? preguntó cándidamente Inés, mirando al molinero con más confianza.

—Me voy, porque necesito perder de vista por algun tiempo este valle, donde tantas buenas esperanzas alimenté: me voy, porque conozco que aún quiero á Margarita como el primer dia en que la ví, y porque, para olvidarla, es preciso que la pierda de vista tambien, del mismo modo que al valle.

—Pero, ¿y si te matan? Miguel, exclamó Inés, por cuyas mejillas volvieron á correr las lágrimas.

—Dios querrá que viva, Inés: tú rezarás á la

Vírgen por mí todas las noches y todas las mañanas: ¿no es verdad?

—¡Sí! contestó Inés con enternecimiento.

—Y me darás un escapulario de la Vírgen del Pilar.

—Aquí tengo el mio: tómale, dijo la jóven sacando, en efecto, de su cuello, un escapulario, y poniéndole en el de Miguel.

Este le besó devotamente: le ocultó entre los pliegues de su blanca camisa de lino, y continuó:

—Muchas gracias, Inés: tus oraciones y este escapulario me librarán de la muerte.

—¡Quiéralo Dios!

—Lo querrá: así lo espero: ahora escucha lo que voy á decirte.

He sentado plaza, solamente por cuatro años: si en este tiempo consigo olvidar á Margarita, como creo con la ayuda de Dios, le devolveré la rama de sándalo que me dió hará un mes en este mismo sitio, y estando tú presente, una noche, á la luz de la luna; ya sé que me la dió la misma noche que se casó con otro, y que por lo tanto, ni es una señal de cariño, ni de desposorio, porque me la dió, como quien dice, para burlarse de mí; pero no importa: como es la única cosa que tengo de ella, y como á pesar de todo, la quiero aún, no puedo resolverme á tirarla: ya lo hice, prosiguió Miguel con profunda conmocion, y volví á recogerla, porque

cualquiera diria que esta rama es un pedazo de mi corazon!

Miguel, al decir estas palabras, sacó de su pecho una bolsita de seda negra, la abrió, y tomó de ella la rama de sándalo, marchita ya del todo, y casi seca.

—Ya vés, continuó, mostrando á Inés aquel presente: ya vés que está envuelta en luto: así, pues, está mi corazon; pero el dia en que vuelva á alegrarse, el dia en que consiga separar de mis ojos la sombra de Margarita, devolveré esta rama á la viuda Duval, y te pediré otra cortada á la luz de la luna.

—¡Yo no tengo sándalo! murmuró tristemente la pobre huérfana: aunque fuí la primera hija que tuvieron mis padres, nadie se ha cuidado de señalar el dia de mi nacimiento.

—Mi padre te dará esta noche una maceta que yo he plantado para tí: corté una rama del jardin del molino, y la he abrigado con tierra de la mejor: pónla en tu ventana, y ella hará que te acuerdes de mí.

—Ya sabes que no necesito de eso para acordarme de tí, Miguel; ¡pero estoy tan contenta de tener un sándalo regalado por tí!...

—Si no señalaron el dia de tu nacimiento, yo he señalado el dia en que he sabido que me querias; ¡crezca tu amor hacia mí como esa planta!

Detúvose Miguel, contemplando á Inés, que

se enjugaba las lágrimas de gratitud que corrian por sus mejillas.

—Vamos, prosiguió él, no llores así: me ablandas el corazon, y ahora es cuando necesito tenerle más firme: aún me queda que encargarte otra cosa, Inés, para mí la más importante.

—Dí lo que quieras.

—Cuida de mi pobre padre, que se queda solo: todas las mañanas da una vueltecita por nuestra casa, y la Vírgen te lo pagará, pues ella quiere mucho á las jóvenes que cuidan de los viejos.

—No pases pena por tu padre.

—Ya, sé, Inés, que eres buena como una santa; él tambien lo sabe, y te estima: ahora, el último encargo.

—Habla.

—Si algun jóven del valle ó de la aldea te pide en matrimonio, avísamelo: el señor Cura te escribirá las cartas que quieras dirigirme, y te leerá las que yo te envíe: me lo ha ofrecido así.

—¡Me escribirás! exclamó la doncella, en cuyos ojos, y á través de las lágrimas, brilló un rayo de gozo:

—Ya lo verás; no me gusta ofrecer, sino obrar: solo quiero que me prometas cuatro cosas, de las cuales te he hablado ya.

—¿Cuáles?

—Que me enviarás una rama de sándalo, cor-

tada de tu maceta á la luz de la luna, el dia en que Margarita reciba la que guardo aquí.

Y Miguel se golpeó en el corazon.

—Te lo prometo.

—Que cuidarás de mi padre y que rezarás por mí.

—Tambien te lo prometo.

—¡Ah, y otra cosa!

—¿Se te olvidaba? preguntó con tristeza Inés.

—Sí, respondió Miguel con firmeza: yo no sé mentir.

—Dila.

—Que responderás á mis cartas, y me dirás si tienes algun novio.

—Te lo prometo tambien.

—Bien está; creo en tí, porque eres buena: ahora quiero yo tambien prometerte alguna cosa.

—No, no, Miguel, dijo la jóven poniendo su redonda mano en la boca del molinero: no me ofrezcas tú nada, me cumplirás lo que quieras.

—Lo que pueda, Inés.

—Me basta, nada te exijo.

Miguel se levantó y atrajo hácia su pecho á Inés, que lloraba, pero sin amargura.

—Ahora te abrazo como á una hermana, dijo: Dios quiera que dentro de cuatro años, te abrace como á mi mujer.

—Así sea, respondió Inés.

—Adios, murmuró el jóven: no te olvides de tus promesas.

—No me olvidaré: la Vírgen te acompañe.

El molinero estrechó las manos de la doncella, y salió al patio: allí se encontró en los brazos de la anciana Cecilia.

—¡Adios, hijo mio! dijo esta; ¡sé feliz!

—Hasta la vista, madre Cecilia, repuso Miguel: dentro de cuatro años volveré.

—¿Quién sabe si viviré yo cuatro años? dijo la anciana: y luego añadió con una triste sonrisa:

—¡Hasta allá arriba! ¡no nos volveremos á ver aquí!

En aquel momento apareció en el umbral de la puerta de la alquería el padre de Miguel.

El anciano no habló una palabra: sus facciones contraidas pintaban un agudo dolor: iba á buscar á su hijo para acompañarle á la ciudad, en donde debian filiarle en uno de los regimientos que al dia siguiente salian para Cataluña.

Miguel rodeó con sus brazos el cuello de la anciana, estrechó de nuevo la mano de Inés, y salió al campo, seguido de su padre, de Cecilia y de su nieta.

Ya allí, volvió la cabeza á las ventanas de la alquería esperando columbrar á Margarita: nada vió, lanzó un profundo suspiro, y hacien-

do con la mano una última señal de despedida, echó á andar.

Sin embargo, Margarita le vió partir, apoyada en su ventana; escapóse un suspiro de su pecho y una lágrima de sus ojos, y murmuró con tristeza esta sola palabra:

—¡Adios!

XIX

La maceta.

Tres años han pasado.

Durante ellos, la anciana Cecilia ha ido descendiendo al sepulcro, atormentada por la pena de ver á Margarita desgraciada para siempre.

Nada habia podido rehabilitarla á los ojos de aquellos aldeanos, honrados é inflexibles: es verdad que ella tampoco hacia grandes esfuerzos para conseguirlo.

Vivia tranquila en la apariencia, pero estaba pálida: habíanse hundido sus grandes ojos azules, y su boca, antes tan fresca y risueña, se habia entristecido, y ya no sabia reir.

Era una flor que se habia agostado sin acabar de abrirse.

Todas las tardes, antes de ponerse el sol, salia de la alquería é iba á sentarse enfrente del castillo: allí, con la mirada fija y los ojos secos, recordaba todas la palabras que habia oido de los labios de Enrique; aun le parecia que sonaban en sus oidos.

Aquel jóven habia heredado de su madre un

título poderoso é inmensas riquezas, y vivia en Madrid con su esposa, que ya le habia dado dos hijos.

Margarita nada de esto sabia: solo veia el castillo cerrado y solitario, y cada tarde iba á empaparse en sus fatales recuerdos á la vista de sus sombríos muros.

Los que no hayan padecido uno de esos sordos martirios del corazon, no pueden comprenderme, inútil será que les diga cómo viven los recuerdos y cómo el corazon los aumenta y los empapa de amargura; pero aquellos que hayan visto hundirse en un abismo sin fondo todas sus esperanzas y convertirse en una corona de espinas la corona de luz con que soñaron, comprenderán bien los tormentos que devoraban el corazon de Margarita.

Cuando las primeras sombras de la noche se extendian por las cimas de los montes y por las altas torres del castillo, la desdichada veia surgir de entre las tinieblas el pálido fantasma de su padre, ensangrentado y cadavérico, que le gritaba:

—¡Parricida!

Entonces Margarita caia de rodillas, extendiendo las manos, y pedia perdon á gritos.

Los aldeanos que pasaban por junto á ella, acostumbrados ya á aquellos parasismos de dolor, se encogian de hombros, y se decian unos á otros:

—Dios la ha castigado: está loca.

Luego se alejaban sin mirarla siquiera.

Algunas veces se prolongaban los comentarios de este modo:

—Lo peor es que está matando á su pobre abuela.

—Sí que se muere: ha perdido mucho.

—¡Infeliz madre Cecilia! ella, tan honrada y tan buena, no puede soportar la perdicion de su nieta.

La anciana habia sido muchas veces testigo invisible de estas conversaciones, porque siempre que sus fuerzas se lo consentian, seguia á su hija para recogerla en sus brazos en medio del extravío de su dolor.

Entre tanto que Cecilia y Margarita morian lentamente, Inés vivia con la esperanza en el corazon: tres años llevaba de esperarlo todo de la bondad de Dios, y este espacio de tiempo no habia debilitado su fé, ni alterado la paz de su alma angelical.

Su belleza se habia hecho más grave y reflexiva; reinaba en su vida esa igualdad que todas las personas buenas imprimen en la suya, porque el cumplimiento del deber es siempre el mismo; y cada mañana al abrir los ojos, y cada noche al cerrarlos al sueño, mezclaba en sus oraciones el nombre de Miguel.

Levantábase con el alba, y hacia el almuerzo para toda la familia: luego limpiaba toda

la casa, y salia al jardin á recibir del tio Melchor la verdura para el dia.

Despues de haber terminado todos los quehaceres domésticos, iba al molino para ver si se le ofrecia algo al padre de Miguel.

Encontraba al anciano Antonio sombrío y meditabundo: mas al ver aquella linda jóven, tranquila si no risueña, una sonrisa venia á iluminar sus facciones como ilumina un rayo de sol un cielo tempestuoso.

Inés poseia un recuerdo inapreciable, ó más bien una joya, que no hubiera dado por todos los tesoros de la tierra: su maceta encarnada, en la cual habia plantado Miguel, el dia antes de su partida, una mata de sándalo.

No bien volvió Antonio de la ciudad despues de haber dejado á su hijo incorporado á su regimiento y en marcha para Cataluña, se encontró á Inés: la pobre niña habia ido á esperarle al camino, y le aguardaba llorando silenciosamente.

Así que le divisó, corrió á él y le preguntó con tristeza:

—¿Marchó?

—¡Marchó! respondió lacónicamente el pobre padre con un profundo suspiro.

Inés rompió á llorar de nuevo, y Antonio pasó su callosa mano por sus ojos humedecidos.

Luego dijo á Inés:

—Vamos, hija, basta de llorar: ahora con-

viene más rezar, para que la Vírgen le libre de todo mal: vamos, ven á mi casa, que te guardo una cosa.

Inés siguió al buen hombre hasta el molino: entraron en la habitacion, y Antonio sacó de debajo de la mesa una maceta de barro encarnado, en cuyo centro, y resaltando sobre la oscura y húmeda tierra, se veia una ramita verde.

Arrodillóse la jóven, y besó la planta con profunda gratitud.

Luego tomó la maceta en sus brazos, se despidió de Antonio y echó á correr hácia la alquería, como un avaro que se lleva su tesoro.

Colocó la maceta en el antepecho de su ventana, y la cuidó con increible amor.

Cada mañana, su primera mirada era para la maceta: y cuando iba á casa del molinero, su saludo era el siguiente:

—¡Ah, señor Antonio, qué hermosa está la maceta!

Estas palabras eran las que arrancaban la primera sonrisa del anciano; y en aquella sonrisa se encerraba un mundo de esperanzas para Inés.

La jóven cuidaba á Antonio con fiel solicitud: cuando se iba, le dejaba mullido el lecho, arreglada la comida, y hasta cubierta la mesa: lavaba y componia su ropa con esmero, y tantas y tan delicadas atenciones le guardaba, que cuando en las tardes de los domingos ó al salir

de misa mayor preguntaban al anciano sus amigos que quién le cuidaba, contestaba éste con orgullo:

—Mi hija Inés.

—Pero ¿es la novia de Miguel? ¿no se iba á casar con su prima?

—No sé con quién se casará, respondia Antonio; solo sé que Inés es una hija para mí.

Algunas veces, y para probar á la jóven, solia decir á ésta el molinero:

—¿Y si Miguel se empeñase á su vuelta en casarse con tu prima?

Inés permanecia un rato silenciosa, y luego contestaba dejando correr una lágrima por sus mejillas:

—Tendria paciencia, y siempre me quedaria mi maceta.

—¡Y siempre serías mi hija! añadia el buen hombre, abrazándola.

Inés volvia á la alquería para cuidar de su abuela y de su prima: la pobre anciana se demacraba cada dia más: tosía de un modo que daba pena oirla, y pasaba largas horas encerrada en el cuarto en que habia vivido su hija, y que su yerno habia cuidado con tanto esmero mientras vivió.

Varias veces le ocurrió á Inés mirar por la ventana, y la vió arrodillada y rezando con las manos cruzadas sobre el pecho.

Así pasaron tres años: durante ellos se re-

cibieron algunas cartas de Miguel: decia en ellas que estaba bueno y contento: encargaba á su padre que se cuidase mucho: daba expresiones para la señora Cecilia y Margarita, y siempre al final recomendaba á Inés que no olvidase la maceta.

Pero la bolsita de seda, que guardaba la ya seca rama de sándalo, prenda de sus desposorio con Margarita, no venia.

Antonio abria las cartas con precipitacion, y como ansioso de hallar en el fondo alguna cosa muy esperada; pero en el fondo no habia mas que letras: nada más.

Tres veces, durante los tres años, escribió á Inés: sus cartas decian lo mismo que las de su padre: Inés le contestaba por medio del excelente Párroco, que se prestaba sonriendo á sus tareas de lector y amanuense.

Un dia fué Inés á la parroquia, y le dijo al señor Rector con el rostro encarnado y los ojos bajos:

—Señor Rector, quisiera escribir á Miguel.

—Ahora mismo, hija, repuso el Sacerdote: ya sabes, Inés, que te estimo mucho, porque eres hija ejemplar y jóven honrada, y que estimo tambien á Miguel por sus bellas prendas.

—Ya lo sé, señor.

—Y has de saber que tendria el mayor placer en echaros las bendiciones.

—Gracias, señor Rector.

—Pero vamos, hija, dicta, que te estoy entreteniendo y tendrás que hacer.

El Párroco se sentó junto á una mesita, y tomó la pluma: aunque dotado de una ilustracion poco comun, queria dejar á la correspondencia de los dos jóvenes esa sencillez que le divertia mucho, y que debia satisfacer más los corazones de entrambos que las más limadas frases.

Inés empezó así:

"Estimado Miguel: me alegraré que estas líneas te hallen con buena salud: la de tu padre está fuerte, la mia tambien; ¡pero á mi pobre abuela la veo morir, y esto me dá mucha pena!»

Detúvose Inés, y enjugó con su delantal las lágrimas que corrian por sus mejillas.

—Vamos, hija mia, esperanza en Dios, dijo el Párroco con dulzura.

Inés prosiguió con voz conmovida:

"Margarita está cada vez más trastornada y triste: sus penas no la dejan ver las de mi abuela; pero ésta ve demasiado las de Margarita, y esto la mata»!...

Nuevas lágrimas acudieron á los ojos de Inés, y el Párroco, por esta vez esperó en silencio á que pudiese continuar la jóven, pues él tambien se hallaba muy conmovido.

La pobre Inés continuó así:

"A casa no viene nadie, á no ser el señor Rector que acompaña frecuentemente á mi abue-

la, y la consuela con sus santas palabras: por lo demás, nos estamos solas mi abuela y yo, porque Margarita pasa su vida en los alrededores del castillo.»

«Sabrás, Miguel, que aunque todos nuestros amigos han dejado de venir á casa, desde nuestras desgracias, á mí todos me detienen cuando voy á misa ó á la fuente, y me hablan con agrado; y el domingo pasado que fué ayer, vino por la noche Andrés, el hijo del señor Pedro el Rico; y delante de mi abuela y de Margarita, me dijo que se queria casar conmigo, y que si yo consentia, vendria su padre al dia siguiente por la mañana, y extenderíamos los contratos, en los cuales, y por escritura, me dotarian en ochocientos duros y dos pares de mulas de labor, que valen cada una siete onzas de oro: á mi abuela se la alegró toda la cara y me dijo que ella, por su parte, me dotaba en seiscientos duros, con el huerto de los frutales y con el olivar grande, amen de la cama y el menaje de la casa; pero yo respondí, agradeciendo á Andrés sus favores igualmente que á su padre, y le dije que por ahora no pensaba casarme, porque queria cuidar á mi abuela.»

«Esta mañana, cuando se lo conté todo á tu padre, me abrazó casi llorando, y me dijo: ¡Dios te bendiga, hija mia!»

«Y esto no te lo cuento por vanidad, Miguel; sino porque tú me dejaste encargado que

te diese parte si alguno me pretendia para casarse conmigo: que yo, por mí, nunca hubiera pensado en decirtelo»

«La maceta está buena y muy hermosa: ha crecido tanto como una criatura bien cuidada, y cuando pasan las vecinas y la ven en la ventana de mi cuarto, se paran á mirarla con envidia y se dicen unas á otras:

—«¿A quién dará Inés la rama de sándalo, cuando la alumbre la luna?»

«Yo rezo por tí, como te lo ofrecí: todas las mañanas me siento junto á la ventana, y rezo mirando al sándalo, y todas las noches hago lo mismo.»

«Por las tardes, cuando me pongo á coser, me siento tambien junto á la ventana, y entonces me viene á la memoria esta copla:

Ojos que le visteis ir
Por aquellos olivares,
¿Cuándo le vereis volver
Para alivio de mis males?»

«Quédate con Dios, Miguel: recibe expresiones de mi abuela y de Margarita, y el fino afecto de

Inés.»

Cuando la jóven volvió á su casa, despues de escrita esta carta y de dirigirla á su destino, subió al cuarto de su abuela segun acostumbraba y la encontró tendida en el lecho, inmóvil y casi helada.

Inés envió á uno de los mozos de labor, montado en una mula, á buscar al médico de la aldea, y al señor Rector, que no tardaron en llegar.

—Es una luz que se apaga, dijo el médico al Sacerdote: usted solo, señor Cura, tiene que hacer aquí: yo diré á Inés que vuelvo, pero es inútilmi presencia

Salió el médico, y dos horas despues, la señora Cecilia habia entrado en la agonía.

¡Pobre madre, cuya vida habia sido tan santa, tan ejemplar! ¡cuya muerte era un largoy doloroso martirio!

XX

Los mensajes.

Ocho dias despues, aún conservaba la anciana un soplo de vida.

Moria sin dolor físico, pero martirizada cruelmente por sus penas.

Poco á poco se habian ido debilitando todos sus sentidos: mas en su corazon, en aquel gran corazon fuerte, magnánimo y generoso, aún habia calor.

Eran las cuatro de una abrasadora tarde de Julio: el cuarto de la anciana estaba á media luz: sentado á su cabecera, le dirigia el venerable Parroco consoladoras palabras: á los piés del lecho, y en pié, estaba Inés llorando silenciosamente.

Algo más lejos, Margarita, sentada, tenia cruzadas las manos sobre las rodillas: tambien lloraba, aunque ménos copiosameute que Inés.

La desgraciada habia llorado tanto, que apenas quedaban lágrimas en sus ojos.

Ambas jóvenes vestian de luto: hacia tres años que no habian dejado sus ropajes negros, pues tambien llevaban luto en su corazon.

Margarita estaba inmóvil al pié de la cama de su abuela; desde el instante en que empezara la agonía de la anciana, no habia ido á vagar por los alrededores del castillo: su corazon, su pensamiento, estaban allí: disipadas las nieblas de su alma, veia á su abuela, cuya vida habia abreviado con los pesares; á su abuela, tan buena, tan noble, tan tierna para ella, tan benéfica para todos, tan santa, en fin, que moria sin quejas, sin impaciencia, pero mártir de un profundo dolor.

Recordó junto á aquel lecho el hermoso porvenir que habia destruido con sus locos sueños, y lloró, lloró con amargura.

De improviso, y del centro mismo de sus remordimientos, surgió la serena imágen de Miguel: la soledad en que iba á verse la asustaba: en su alma dominaba el egoismo á los buenos instintos, y se reconvino amargamente por haberle quitado toda esperanza al tiempo de su partida.

En el momento en que presento á las dos jóvenes á mis lectores, ambas lloraban, pero la buena y afectuosa Inés lloraba la muerte de su abuela: Margarita lloraba su felicidad perdida.

El sol penetraba á través de las cortinas blancas de la ventana, corridas con cuidado, y reflejaba en el rostro de la moribunda una ténue y dorada claridad.

Secáronse de súbito las lágrimas de Marga-

rita, y un observodor inteligente hubiera podido ver la expresion extraña que iluminó sus facciones.

—¡Todavía no me ha devuelto Miguel la rama de sándalo! pensaba ella entonces: ¡aún me ama!... ¡quién sabe!...

Y luego añadió:

—¡Oh, si pudiera volver la vida á mi pobre abuela!

Como se ve, Margarita pensaba, ante todo, en sí misma, y despues en los demás.

Mas su último pensamiento fué interrumpido bruscamente por la anciana moribunda.

Incorporóse ésta en la cama, y murmuró con ahogado acento:

—¡Me muero!

—¡Dios te espera, alma santa! dijo el Párroá media voz.

—¡Sí!... ¡me... muero!... repitió la anciana: ¡me muero y dejo á mis hijas... huérfanas y solas!... Inés, hija de mi alma... tú aún puedes ser dichosa!... ¡él te quiere... y...

Interrumpióse con fatiga, pareció recogerse, y luego echó sus brazos al cuello de Margarita, que se le habia acercado.

—¡Ah... tú... exclamó con arrebato, tú serás la dichosa... sí!... aún no te ha devuelto... el sándalo, y eso prueba... que todavía te quiere!...

Calló de nuevo la anciana, quebrantada con aquel esfuerzo: en el momento de morir, su ra-

zon tan fuerte, tan justa, parecia brillar en todo su esplendor.

—¡Pero entonces... qué será de Inés!... prosiguió como hablando consigo misma. ¡Ah, hijas mias! gritó de repente y con un extraordinario vigor: ¡ah mis pobres hijas! ¡no teneis más que una dicha para las dos! ¡cómo hareis para repartirla!...

—¡Dios decidirá! dijo con solemnidad el Sacerdote.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció la cana cabeza del tio Melchor.

Las jóvenes, absortas en su dolor, no le vieron: pero el Sacerdote se adelantó hácia él.

—Señor Cura, dijo el anciano: está en el patio un licenciado que trae un recado de Miguel.

—¡De Miguel! murmuró débilmente la anciana.

—¡De Miguel! repitieron las jóvenes.

—Trae un paquete para la señora Cecilia.

El Párroco meditó un instante, y luego dijo:

—Que suba.

Un momento despues, entró en la estancia el licenciado.

Era un gallardo mozo, en cuyo rostro resplandecia la alegría de volver á su lugar.

—Señor Cura, dijo quitándose con respeto el pañuelo que rodeaba su cabeza, me alegro de ver á Vd. bueno, tanto por lo ménos como siento ver enferma á la señora Cecilia.

—Gracias, Juan, respondió el sacerdote: seas bien venido entre nosotros.

—¡Ese paquete.... ese paquete!.... exclamó ansiosamente la moribunda, clavando una mirada en el que tenia Juan en la mano,

—¿Quereis que lo abra? preguntó el Párroco.

—Sí.... sí, pronto.... porque me muero!

El Sacerdote abrió el paquete: contenia dos cartas: la una, que era bastante abultada, iba dirigida á Margarita.

El Rector leyó el sobre, y á una seña que le hizo la jóven, rompio el sello.

Una bolsita de seda negra cayó al suelo, dentro de la cual estaba, seca é inodora, la rama de sándalo.

El Rector leyó el contenido de la carta, que Margarita oyó con la frente entre las manos, y derramando amargo llanto.

Decia así:

«Margarita: Ya ha muerto en mi corazon para siempre el amor que te tenia: te devuelvo tu rama de sándalo, y tu libertad.

Miguel.»

La otra carta que venia en el paquete era para Inés, y estaba concebida en estos términos:

«Inés: Acabo de recibir tu carta: nunca olvidaré que has renunciado por mí á ser la mujer de Andrés, el rico, y que me quieres en silencio, y me eres fiel hace siete años. Dentro de diez meses iré á casa de mi padre, y nos ca-

saremos. ¡Ojalá pueda pagarte de este modo lo mucho que te debo!»

«Inés, la luna está llena: corta esta noche de tu maceta la rama de los desposorios, y envíamela mañana por el correo.»

«Hasta la vista, se despide de tí tu novio.

Miguel.»

Inés alzó al cielo los ojos y las manos, y rezó con fervor durante algunos instantes.

En aquel momento se oyó en el patio de la alquería el ruido de un caballo, y poco despues volvió á asomar á la puerta el Sr. Melchor.

—¿Que hay? preguntó el Párroco.

—Un correo de Madrid, que trae un pliego para Margarita.

—Que suba, dijo la jóven.

—Ha vuelto grupas, y ha marchado á escape dejando el pliego, contestó el anciano mostrando un paquete voluminoso.

Margarita le tomó, y le presentó al Sacerdote, que le abrió enseguida.

Apareció en su seno una carta y una escritura.

La carta decia lo que sigue:

«Señora viuda Duval: El Excmo. Sr. D. Enrique Augusto Luis de Guzman, grande de España de primera clase, caballerizo de S. M. y Duque de..... ha fallecido de una pulmonía el dia 8 del pasado mes de Junio, en Madrid.»

«Abierto su testamento con la solemnidad

debida, en presencia de la Excma. Sra. Duquesa viuda, y con todos los requisitos que prescribe la ley, hemos hallado en él la donacion que hace á Vd. de su castillo del término de Montañana, con cuantos muebles y riquezas encierra, y el inmenso pinar que le son anexos.»

«Asi, pues, señora, cumpliendo la última voluntad del Sr. Duque difunto y los deseos de la Excma. Sra. Duquesa viuda, remitimos á Vd. la escritura de donacion, legalizada en debida forma, para que pueda tomar posesion de su castillo y dependencia, cuando lo tenga por conveniente.»

«Madrid, 4 de Julio de 185.....

Los testamentarios.

El Conde de V. El Baron de C.»

Al acabar de leer el Párroco esta carta, cayó Margarita al suelo, y la moribunda se incorporó en el lecho haciendo un insólito esfuerzo.

—¡Ya eres rica!... ¡muy rica!... ¡hija mia! exclamó con un grito del alma: ¡y yo sé... que eso te hará feliz!...

Margarita nada oyó: la noticia de la muerte de aquel hombre á quien tanto habia amado y su recuerdo hácia ella al tiempo de morir, le habian producido una conmocion de esas que rompen ó conmueven todas las fibras del alma.

La anciana volvió á caer en las almohadas:

cerró los ojos, y su pecho se levantó con el estertor de la muerte.

Inés se precipitó hácia el lecho, y la rodeó con sus brazos.

—¡Os dejo felices!.... murmuró, aún dominada por su idea fija: ¡dí á Miguel!... cuando vuelva, que le bendije como á mi hijo!.. ¡y... adios!.....

Luego fijó los ojos en el cielo, y murmuró con voz ya imperceptible una oracion: poco á poco su semblante se fué serenando y se puso radiante de una suave alegría.

El Rector, Inés, Juan el licenciado, y el anciano jardinero, se arrodillaron y rezaron con fervor.

De repente se incorporó Margarita con el cabello suelto, pálida, desesperada: levantóse y se arrojó sobre el lecho; abrazó frenética el cuerpo de su abuela y gritó:

—¡Madre, no te vayas!.. ¡no me dejes... que me quedo sola en el mundo!.... ¡sola.. sola!....

Sonrióse la anciana dulcemente, y de su pecho se escapó un leve suspiro entre las últimas palabras de la oracion.

La buena Cecilia, que ya columbraba el cielo, no habia podido ver, en los últimos momentos de su vida, los dolores de la tierra.

Aquel postrer suspiro pasó rozando la pálida frente de Margarita.

Esta abrió los ojos espantada: dió un grito, y quedó presa de un terrible parasismo nervioso.

XXI

La vuelta del soldado.

Margarita sufrió una larga y penosa enfermedad: cuando dejó el lecho, parecía haber vivido veinte años.

Al dia siguiente de la muerte de la anciana Cecilia, se abrió su testamento, hecho desde hacia algun tiempo.

Dejaba en él la mitad de sus posesiones á Margarita, y la otra mitad á Inés: conocíase que la division habia sido hecha con la más escrupulosa igualdad, y que todas las fincas habian sido tasadas por peritos imparciales.

Encontróse bastante dinero, á pesar de la comodidad y abundancia con que la buena anciana habia sostenido su casa y su familia: de este dinero, la mitad estaba destinada en el testamento para los pobres de la aldea: la otra mitad debian partírsela sus dos hijas.

Todo fué dividido en partes iguales, segun la voluntad de la testadora: las aves del corral, las caballerías de labor y hasta las provisiones de casa, por si Margarita queria separarse algun dia de Inés y de su marido.

Inés rogó al Rector que esperase hasta que Margarita, más tranquila, pudiese intervenir en el arreglo de los negocios de la casa.

Entretanto, compartió todo su tiempo entre el cuidado de la enferma y el de Antonio, á quien ya miraba como á su padre desde hacia mucho tiempo.

Siempre es dulce la vida cuando no hay en el corazon sentimientos culpables, y cuando el pensamiento es puro. Inés, á pesar de haber perdido á su abuela, á pesar de estar llorando largas horas por la muerte de su madre y bienhechora, no sentia amargura: ¡amaba y era amada! ¡Miguel iba á volver!

Dios, que en medio de los mayores infortunios conserva la esperanza como una blanca y aromada flor en el alma de los buenos, habia dejado en la purísima de Inés la más hermosa de todas; la del amor correspondido.

Diez meses despues de la muerte de su abuela, y un dia de fiesta, cuya tarde habia pasado Inés acompañando á Margarita, aun no restablecida de su enfermedad, ésta la tomó por la mano al tiempo que iba á salir, y le dijo:

—Inés, mañana parto de aquí: he esperado á estar algo mejor, y me voy al castillo.

—¡Cómo! exclamó Inés consternada: ¿me dejas?

—¡Sí, repuso la viuda: necesito estar sola: tú tienes que hacer preparativos para tu boda,

que, te lo confieso, me lastimarian muchísimo!

—¿Por qué? preguntó asombrada Inés.

—Porque me recordarian un tiempo mejor: voy á vivir en medio de la opulencia que tanto soñé: pero ¡ay! que la cólera divina ha hecho brotar en medio de ella las sombras irritadas de mi padre, de mi abuela y del hombre á quien amé. ¡Ha sido preciso que me comprara el fausto la muerte de lo que me era más caro sobre la tierra!

—¿Por qué no quieres vivir á mi lado? preguntó Inés tomando cariñosamente la mano de la viuda. ¡Miguel y yo seremos dos hermanos para tí!

—¡Lo sé! contestó Margarita con una sonrisa amarga.

—Entonces, ¿por qué nos dejas?

—¡Debo hacerlo así!

—¡No, no! ¡Tu deber es no abandonar la casa en que has nacido: en que han vivido y muerto tus padres! ¿Qué vas á hacer sola?

—Lo ignoro; pero créeme, Inés: los casados necesitan su casa; cualesquiera personas que no sean sus hijos, les incomodan.

—Nos ofendes á Miguel y á mí, pensando de ese modo: dijo Inés con sentimiento.

—¡Calla! interrumpió Margarita: tu alma inocente está aun velada por una santa ignorancia! ¡Tu puro corazon no conoce el abismo del

mio! ¿Qué sabes tú de las pasiones de la vida? ¡En nuestro valle hay lirios azotados por el vendabal, y otros que crecen acariciados por la brisa! ¡Esa es la imágen de nuestra existencia! ¡Yo soy un pobre lirio, que ya no tiene galas ni perfume, y que en la agonía ve devorada la savia de su lánguido tallo por un negro gusano!... ¡Hermana, porque siempre lo serás para mí, hermana mia, créeme... es preciso que nos separemos!

Margarita dijo estas palabras con un acento tan firme, y sus facciones marchitas expresaban una resolucion tan inmutable, que Inés no se atrevió á insistir.

Contentóse solo con decirle:

—Entonces, cuando quieras, acabaremos de arreglar los negocios de la casa.

—Todo está arreglado ya, respondió Margarita.

—No lo creas: hay aún muchas cosas que te pertenecen, y de las cuales aún no te has hecho cargo.

—Son todas para tí: yo te las cedo, y quiero que sean mi regalo de boda.

—Pero, Margarita...

—¡Bah! ¿Para qué quiero yo las mulas de labor, las vacas, las aves del corral, las modestas ropas de lino de mi pobre abuela? ¿No voy á ser una gran señora? repuso la viuda con desgarradora sonrisa: y dando un golpecito en la

espalda de Inés, añadió: ¡consérvalo tú, feliz labriega!

.....

Al amanecer del dia siguiente, Margarita marchó al castillo acompañada de una jóven aldeana que llevaba para su servicio, y de Inés, que quiso dejarla instalada en él.

Cuando la jóven viuda entró en el aposento donde se habia despedido de Enrique, la sobrecogió un desmayo mortal.

Inés permaneció con ella todo el dia.

A la caida de la tarde, estaban ambas sentadas junto á la ventana del aposento que Margarita habia elegido para sí, y que caia al valle.

Descubríase desde allí una parte de la alquería, su blanca chimenea, y los altos y copudos álamos que la rodeaban.

De pronto, y cuando las campanas de la iglesia tocaban el *Angelus*, se oyeron gritos de alegría en el fondo del valle.

Inés se asomó á la ventana, conmovida y palpitante: sabia que de un instante á otro debia llegar su novio, aunque éste no habia fijado dia en su última carta para dejar á su padre y á Inés el placer de la sorpresa.

No bien se inclinó la jóven hácia el valle, llegó á sus oidos, en alas de la brisa, el nombre de *Miguel*.

Trémula, desalada y sin despedirse de Margarita, bajó la escalera y se precipitó al valle,

hallándose en los brazos de su novio, que la estrechó en ellos con pasion.

—No he querido que llegase al castillo, dijo Antonio á la jóven: esa mujer me causa horror: la desgracia la acompaña siempre.

Miguel se desprendió de los brazos de su novia: sacó de su pecho una bolsita de raso verde y dejó ver en el fondo una rama de sándalo, la misma que Inés le habia enviado como prenda de sus desposorios.

¡Cosa rara! La planta estaba verde y aromática, como diez meses antes, en la noche que Inés la cortó á la luz de la luna.

Antonio, lleno de orgullo, y con los ojos bañados en lágrimas de alegría, dió una mano á Inés y otra á Miguel: los aldeanos los rodearon aclamando á los novios, y entre canciones y vítores, tomaron el camino, por el valle abajo, hácia la alquería de los álamos.

Aquellos alegres ecos llegaron á los oidos de Margarita, que permanecia apoyada en su ventana solitaria, y resonaron dolorosamente en su corazon.

XXII

Conclusion.

Quince dias despues de la llegada de Miguel, el señor Rector bendijo en la parroquia el casamiento de aquél con Inés.

Esta dejó en el mismo dia el luto, por complacer á su esposo y á su padre, quienes le hicieron ver que lo llevaba hacia cuatro años, y que ya era demasiado.

Su traje, elegido y regalado por su suegro, era precioso, y jamás una labradora jóven ha encerrado su lindo talle en corsé más primoroso, ni sus piececillos en zapatos de raso más graciosos. Miguel la habia traido de Barcelona un rico aderezo de piedras finas.

Oculta en una de las capillas de la iglesia, asistió á la ceremonia una figura enlutada y misteriosa, á la cual se hubiera podido tomar por una estátua, á no ser por los sollozos que de vez en cuando levantaban su pecho.

Se convino en que Antonio viviria en la alquería de los álamos, con sus hijos, de los cuales no se volveria á separar.

Melchor, el viejo jardinero, quedó en la casa como antes, y vió cumplidas las palabras de la buena Cecilia, en la noche qne empezó esta historia:

«Cuando yo muera, aquí quedarán mis hijos.»

Los dos mozos de labor, y Marianillo, quedaron tambien en la alquería, y asimismo todos los peones que antes se empleaban.

Miguel, Inés y hasta su padre, respetaban y amaban todo cuanto habia pertenecido á aquella santa anciana.

Muchas veces, y durante las largas veladas del invierno, sentada toda la familia en torno del hogar, Inés hilaba, los hombres fumaban su tabaco negro, y el viejo Antonio mecia sobre sus rodillas el primer hijo de Miguel: éste tomaba la mano de su mujer, que dejaba caer el huso sonriéndose: y la decia:

—¡Todo te lo debo!

—¡Vaya! respondia Inés: ¿quieres enojarme? ¡padre mio, regáñele Vd.!

—¡Tiene razon, hija, contestaba el viejo con gravedad, todo te lo debemos: yo, mi hijo: él y yo, la felicidad!

—¿Pues cómo, padre?

—Sin tu amor le hubiera matado su horrible desengaño.

—¿No le quedaba Vd., padre mio?

—Hija mia, los padres no alcanzamos á cu-

rar las heridas del corazon: á no haber sido por tí, hubiera muerto, y yo tambien.

Inés, viva y juguetona, porque era feliz, abrazaba y besaba á su padre; luego tomaba á su hijo y le hacia bailar entre sus brazos: concluyendo por decir á dos robustas mozas, que hilaban como ella.

—Juana, Melitona, avivad la cena, que este hijo me hace tener siempre hambre; pero á él se le luce.

Antonio se reia á carcajadas: las muchachas ponian la mesa gozosas con la alegría de su ama, y Miguel decia, señalando á la ventana, en la cual lucía una maceta encarnada una frondosa mata de sándalo, que perfumaba la cocina:

—¡Mira la imágen de nuestro amor!

En tanto Margarita, enlutada y sola en el castillo, contemplaba una ramita de sándalo seca y metida en una bolsita negra, y murmuraba con amargura:

—¡He aquí lo que ha alcanzado mi ambicion! ¡Esta es la imágen de mi felicidad!

FIN.

ÍNDICE.

El lazo de flores.

		Páginas.
I	Una familia bien unida	5
II	La casa de la parra	13
III	La madre	25
IV	¡Juventud!	33
V	Los novios	45
VI	Doña Agueda	55
VII	Florencia	69
VIII	La boda	77
IX	El bolsillo	93
X	Avaricia y desprendimiento	105
XI	Fraternidad	113
XII	La sonrisa de Dios	123
XIII	El Tio Pedro	133
XIV	Lógica	145
XV	Lucha	155
XVI	¡Victoria!	163
XVII	Borrascas de la vida	173
XVIII	Contraste	181
XIX	El soldado	195
XX	Catástrofe	201
XXI	Amor de madre	205
XXII	La bienhechora	213
XXIII	La Clemencia real	219
XXIV	Los lazos de la familia	229
XXV	Conclusion	241

La rama de sándalo.

		Páginas.
I	Margarita	247
II	Reprensiones	257
III	La alquería de los álamos	265
IV	La cena	275
V	Quejas	285
VI	Miguel y Margarita	291
VII	El castillo	301
VIII	El impostor	311
IX	La rama de sándalo	319
X	Benito	329
XI	El padre y el amante	339
XII	Los novios	349
XIII	El castigo	357
XIV	Justicia paternal	365
XV	Las despedidas	377
XVI	Generosidad	389
XVII	La flor marchita	399
XVIII	Las promesas	409
XIX	La maceta	421
XX	Los mensages	433
XXI	La vuelta del soldado	441
XXII	Conclusion	447

OBRAS

DE

UBALDO ROMERO QUIÑONES

PUBLICADAS

	Ptas. Cts.
Biografía de Blas Pierrad y Alceda, un tomo.	1
La fórmula social (2.ª edicion), un volúmen en 8.º	3'50
A los católicos (2.ª edicion), un volúmen en 8.º	2'50
Teoría revolucionaria (2.ª edicion), un volúmen en 8.º	2
La chusma (novela original de costumbres), dos tomos en 8.º	4'50
Sensitiva (novela original, 2.ª edicion), un tomo en 8.º	2
El Paraiso encontrado (estudio social), un tomo en 8.º	4
Los huérfanos (novela sociológica original, 2.ª edicion), un tomo en 8.º	3
Los Polos de la civilizacion (novela original), dos tomos en 8.º	6
La linterna del pueblo, 16 folletos	7'50
La guerra del Norte (tercera edicion), un folleto en 8.º	1'50

Se han agotado los ejemplares de las anteriores obras, y solo hay de las siguientes:

Mision de la mujer (2.ª edicion), un folleto 8.º	1
La Religion de la ciencia, un tomo en 8.º	7'50
La educacion moral de la mujer (2.ª edicion), un tomo en 8.º	2'50
Juan de Avendaño (novela original), un tomo en 8.º	3
Filosofía de la Caridad (estudio sociológico), un tomo en 8.º	3

Se venden en las principales librerías de Madrid, en casa del autor, Espíritu Santo, 41, principal, y en esta Administracion calle del Espejo, 8, 3.º—Remitiendo su importe en libranzas ó sellos de correo, las envia franco á provincias.—En París, Librairie Socialiste, Chonmoru, 84, Rue Muoffetard.—Bruxelles, Librairie Européenne, C. Muquardt, 45, Rue de la Régence.

PARA PUBLICARSE.

Ideal del Ejército, un folleto.
Violeta (novela original), un tomo.
La Bestia (novela original de costumbres), un tomo.
¡Pobre mujer! (un poema en prosa).
Estudio biográfico, de Francisco Pí y Margall, un tomo.
El Evangelio del obrero, un tomo.
Notas á la vida de Jesus (Segun Lúcas), un tomo.
La educacion moral del hombre, un tomo.

Esta obra es propiedad de la autora: queda hecho el depósito que marca la ley.

Todos los ejemplares llevarán una contraseña reservada.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

Ls.
S618n
21201
Author Sinués, María del Pilar
Title Narraciones del Hogar.